

VIAJE A OXIANA



ROBERT BYRON

Poética, erudita y ácidamente humorística a la vez, la narración que Robert Byron traza de su peregrinaje a través de Persia y Afganistán en los años treinta, en busca de los orígenes de la arquitectura islámica, es una obra maestra en su género. Al hacer revivir con animada autenticidad a unos personajes y unos paisajes, *Viaje a Oxiana* se convierte en una oda apasionada a la búsqueda de la aventura, en el retrato evocador de un heroico y visionario viajero.



Robert Byron

Viaje a Oxiana

ePub r1.0

Titivillus 30.09.17

Título original: *The Road to Oxiana*
Robert Byron, 1937
Traducción: Antoni Puigròs
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Veramin: mezquita del viernes (1322-26)

INTRODUCCIÓN

Cualquiera que sea aficionado a leer libros de viajes de los años treinta, a la larga deberá llegar a la conclusión de que *Viaje a Oxiana* de Robert Byron constituye la obra maestra de toda esta literatura. Byron era un caballero, un erudito y un esteta, que se ahogó en 1941 cuando torpedearon el barco en el que viajaba a África Occidental. En su breve vida viajó a lugares tan remotos como China y el Tíbet, así como a países más cercanos al suyo. En 1928 publicó *The Station*, un relato de su visita a los monasterios del Monte Athos, y al que siguieron dos volúmenes innovadores acerca de la civilización de Bizancio, los cuales, en aquel entonces, obtuvieron escaso reconocimiento por parte de los círculos académicos. Byron tenía algunos prejuicios bastante agudos entre los que constituían el blanco de sus improperios estaban la Iglesia católica (en oposición a la ortodoxa), el arte de la Grecia Clásica, los cuadros de Rembrandt, Shakespeare. Cuando su guía de Intourist protestó diciendo que ningún tendero de Straford-upon-Avon podría haber escrito nunca aquellas obras Byron murmuró: «Pues son exactamente el tipo de obras que se esperaría de un tendero». En 1932, cautivado por la fotografía de una torre mausoleo selyuqí de la estepa turcomana, marchó en busca de los orígenes de la arquitectura islámica. Y si bien es justo considerar sus primeros libros como la obra de un joven aficionado extraordinariamente dotado, es asimismo justo reconocer que *Viaje a Oxiana* constituye la obra de un genio.

Escribo como alguien parcial, no como lo haría un crítico. Hace mucho tiempo elevé este libro a la categoría de un “texto sagrado”, de modo que está más allá de cualquier consideración crítica. Mi propio ejemplar, ahora con las páginas sueltas y llenas de manchas después de cuatro viajes al Asia Central me ha acompañado desde que yo tenía quince años. Por lo tanto esto autorizado a tomarme a mal las sugerencias de que se trata de «un libro perdido», o de que necesita que se le «rescate de los anaqueles de las bibliotecas». Por suerte, para mí nunca ha sido un libro perdido.

Dado que sentí con tanta intensidad la muerte de Robert Byron, busqué a sus amigos y los importuné para que me dijeran cómo lo recordaban «Muy irritable», me contestaron. «Un terrible bromista». «Sorprendentemente duro». «Cáustico». «Increíblemente divertido». «Gordo». «Bastante feo ojos de besugo». Hacía una maravillosa imitación de la reina Victoria». Cuando yo tenía veintidós años, había leído todo cuanto podía de lo escrito por él y acerca de él, de modo que aquel verano emprendí mi propio viaje a Oxiana.

En 1962 seis años antes de que los hippies lo echaran a perder (al lanzar a los afganos cultos en brazos de los marxistas) —podías emprender viaje a Afganistán con la misma expectación pongamos por caso, que Delacroix al salir para Argel. En las calles de Herat podías ver hombres con turbantes gigantescos, paseando cogidos de la mano, con rosas en la boca y los fusiles en vueltos en tela de saraza floreada. En

Badakhshan podías merendar encima de una alfombra china tendida sobre la hierba mientras escuchabas el canto del bulbul. En Balkh, la Madre de Todas las Ciudades, pregunté a un faquir las señas para ir al mausoleo de Hadji Piarden. No lo conozco, me contestó «Sin duda debió de destruirlo Gengis Khan».

Incluso la Embajada de Afganistán en Londres te introducía en un mundo desternillante y extraño. La sección de los visados dependía de un corpulento emigrado ruso, de melena despeinada que se había cortado el forro de la chaqueta para que colgara como una cortina y así ocultar los agujeros que llevaba en el trasero del pantalón. A la hora de abrir el despacho, removía montañas de polvo con un plumero, sólo para que volvieran a posarse encima de un mobiliario que estaba a punto de venirse abajo. En una ocasión en que le di diez chelines de propina, me abrazó, me levantó del suelo y me gritó: «¡deseo que tenga un viaje sin accidentes por Afganistán!

No, nuestros viajes nunca fueron sin accidentes: aquella vez en que un soldado nos lanzó una piqueta contra el coche, o aquella en que nuestro camión se deslizó con suave resignación por el borde del precipicio (aunque tuvimos tiempo de saltar), o aquella en que nos azotaron por extraviarnos en una zona militarizada o cuando padecimos disentería, o la septicemia, o las picadas de avispa; o las pulgas..., aunque, por fortuna, no la hepatitis.

A veces nos encontrábamos con viajeros dotados de una moral más elevada que la nuestra, que seguían las huellas de Alejandro Magno o de Marco Polo. Para nosotros era más divertido seguir las de Robert Byron. Todavía conservo el cuaderno de anotaciones que prueba en qué medida copié ciegamente tanto su itinerario como su estilo —si esto fuera posible—. Basta con tomar esta anotación mía, perteneciente al 5 de julio de 1962 y compararla con la suya del 21 de septiembre de 1933:

Por la tarde visitamos al señor Alouf, el tratante de arte. Nos condujo a un apartamento lleno de muebles «franceses» laqueados, la mayoría plagados de polillas y colocados cabeza abajo. Hacía poco que el señor Alouf se había convertido al catolicismo, y, al enseñarnos una fotografía autografiada del papa Pío XII, se santiguó con fervor al tiempo que hacía resonar la dentadura postiza.

De un armario sacó los siguientes objetos:

Un pectoral romano de oro con incrustaciones de cristal azul de bisutería. Falso.

Un ídolo neolítico de mármol, con el falo erecto y acompañado de un pedestal. El pedestal era auténtico, el ídolo no.

Treinta muñecas funerarias de hueso siriofenicias.

Una estatuilla «hitita» repleta de complementos de oro, tal vez la misma que Byron vio en 1933. Falsa.

Diversos objetos de oro dudosos.

Una colección de copas de la primera época cristiana (auténticas «Tengo muchas copas cubiertas con cruces», explicó el señor Alou santiguándose «Pero están en el banco»

Por último, una cabeza de mármol de Alejandro Magno. «Rechacé veinte mil dólares por esta pieza. ¡Veinte mil dólares! Todos los arqueólogos coinciden conmigo en que es la única cabeza auténtica de Alejandro. Observe. El cuello. Las orejas». Es posible, pero la cara ha desaparecido por completo.

De los países de Levante proseguimos hasta Teherán. Había allí más dinero que en la época de Byron, y muchos más europeos que iban tras él. Pero el Sha era una

pálida imitación de su padre, y también él parecía ya bastante estúpido, así como aduladores los hombres que tenía a su alrededor. Un día fuimos a ver a Su Excelencia Amir Abbas Hoveyda en su despacho de la Iranian Oil Company (todavía no era primer ministro): «Un hombre de ojos grandes y gestos desesperados. Daba la sensación de que se hallaba atrapado detrás de la enormidad de su mesa escritorio. Se ofreció para que utilizáramos su helicóptero, en caso de necesitarlo».

En cuanto Byron llega a Irán, su búsqueda de los orígenes de la arquitectura islámica se pone realmente en marcha. Pero, para crear de la piedra, el ladrillo y los azulejos una prosa que sea no sólo amena, sino capaz de transportar al lector al punto más elevado de la emoción, hace falta un talento de gran calibre. Y éste constituye el gran logro de Byron. El canto de alabanza que hace a la mezquita del jeque Luft Allah en Isfahán le sitúa como mínimo a la altura de Ruskin. Una tarde, para ver cómo la habían hecho me llevé el libro de Byron a la mezquita, me senté en el suelo con las piernas cruzadas, y me quedé tan maravillado de aquella construcción cubierta de azulejos como de la descripción que hizo Byron de ella.

Ahora los expertos renegarían de esto, porque, si bien Byron Poseía grandes dotes descriptivas, no era un erudito, y no lo era, al menos en el sentido que ellos le dan. Sin embargo, tanto ahora como entonces, supera la pura erudición mediante la extraña habilidad que posee para calibrar la moral de una civilización a partir de su arquitectura, y tratar los edificios antiguos y a gente actual como si fueran dos caras de una historia ininterrumpida.

En *The Byzantine Achievement*, que escribió a los veinticinco años, existe ya un inquietante fragmento que en cuatro frases dice tantísimas cosas del cisma entre la Iglesia de Oriente y la de Occidente como cualquiera de los múltiples libros que se tienen por serios.

La existencia de Santa Sofía es atmosférica; la de San Pedro es abrumadora y amenazadoramente sustancial. Una es la iglesia de Dios; la otra el salón de sus representantes. Una está consagrada a la realidad, la otra a la ilusión. De hecho, Santa Sofía es grandiosa; San Pedro es perversa y trágicamente pequeña.

En cuanto al tema de Irán, Byron es todavía más lúcido. Al leer *Viaje a Oxiana* uno termina con la sensación de que la meseta iraní es un centro maleable que potencia las ambiciones megalómanas de sus gobernantes sin suministrar el genio capaz de Sustentarlas.

Como ya es bien sabido, el difunto Shah-in-Shah vio en las ruinas de Persépolis un reflejo de su propia gloria y, por este motivo, hizo que su coronación se celebrara a unos dos kilómetros del lugar y en tiendas que había diseñado Jasen de París, donde los desechos de la realeza pudieran cenar con los fantasmas de sus supuestos predecesores. Lean, por consiguiente, los comentarios de Byron sobre Persépolis a la luz de las pretensiones y la caída de la dinastía Pahlevi.

La piedra, debido a su extrema dureza, se ha mostrado impermeable al envejecimiento, sigue siendo lisa y de un gris reluciente bruñida como una cacerola de aluminio. Esta pulcritud provoca en las esculturas la misma reacción que la luz del sol en la obra de un falso maestro revela en lugar del genio que uno esperaba encontrar, un desconcertante vacío. Al enseñarme Herzfeld la nueva escalinata, el pensamiento espontáneo que me invadió fue: “¿Cuánto costaría? ¿La construirían en una fábrica? No, no es posible. Entonces ¿cuántos trabajadores y durante cuántos años, cincelaron y pulieron estas figuras interminables?” Es cierto que no son figuras mecánicas, ni son culpables de su propio acabado, ni son pobres en el sentido de que carezcan de habilidad técnica pero son lo que los franceses llaman fauxbons. En ellas hay arte. Pero o un arte espontáneo. En vez de inteligencia o sentimiento destilan un refinamiento sin alma, un barniz adoptado por los asiáticos cuyo tinto artístico se vio constreñido y privado de vitalidad al entrar en contacto con el Mediterráneo.

Ahora bien, si siguen este filón, hallarán que, bajo la brillante de estos fragmentos, Byron expone una tesis muy seria y de crucial importancia para la comprensión de nuestra propia época. Todo lo que él considera más admirable en el arte persa —la torre de Gondad-i-Qabus, la mezquita selyuqí de Isfahán, el incomparable mausoleo del príncipe mongol Uljaitu, o las construcciones de Gohar Shad es el resultado de una fusión (se la podría calificar de explosión química) entre la antigua civilización iraní y los pueblos de estirpes nómadas procedentes de la cuenca del Oxus e incluso de más allá. Notarán incluso que el personaje favorito de Byron, Shir Ahmad, el embajador afgano en Teherán, se inscribe entre esos monumentos de primera categoría, en otras palabras, que el genio visita Irán desde el noreste.

En efecto, en tiempos de Byron y en los míos, cruzar la frontera afgana, después del sombrío fanatismo de Mashad, era como salir en busca de aire fresco. «Aquí por fin aparece Asia sin el menor complejo de inferioridad», escribió de Herat. Y es esa superioridad moral de los afganos, junto con el temor a las fuerzas centrífugas que se extienden por el Asia Central, lo que ha asustado a los rusos y al puñado de miserables traidores que han vendido su país. (¡Que ardan en el infierno!) Así que cuando leí que los habitantes de Herat enviaban vestidos de mujeres y cosméticos a los cobardes de Kandahar, me acordé del vestido que vi una vez ondeando en el bazar de ropa usada en Herat: un vestido largo de crepé de seda, con mariposas de lentejuelas en las caderas y la etiqueta de una boutique de Beverly Hills.

En Kabul, hasta lo improbable era siempre previsible: la visión de príncipe Daud, el primo del rey, en una fiesta con la camisa Mussolini y su turbia sonrisa, la cabeza y las botas relucientes hablando con... ¿quién? Con Duke Ellington, ¿con quién, si no? El Duke, con su corbata a topos blancos y azules, y una camisa a topos azules y blancos, realizaba su última gran gira. Y ahora sabemos lo que fue de Daud muerto a tiros, junto con su familia, en el palacio que él mismo usurpó.

Puedo imaginarme lo que fue del muchacho tullido de Nuristan, el que nos trajo la cena desde la aldea situada en lo alto de la montaña. Habíamos acampado junto al río y él bajó por la pedregosa ladera, balanceándose sobre la muleta y la pierna encogida, como si en cierto modo se sujetara de la bandeja con la comida y de una tea encendida. Nos cantó mientras comíamos... Pero ellos bombardearon su aldea y

lanzaron gases sobre sus habitantes.

Puedo imaginarme también lo que le ocurrió a Wali Jahn. Él me llevó a un lugar seguro cuando padecí septicemia. Me trasladó sobre sus hombros al otro lado del río, me humedeció la y me obligó a descansar bajo las encinas.

Pero cuando regresé, cinco años después, él tosía hasta padecer ataques de náuseas, y tenía el aspecto de alguien que se acercara a su fin. Pero ¿qué le hicieron a Gul Amir el Tadjiko? Era más feo que el diablo, tenía una nariz superlativa y lucía pendientes de plata. Nunca vi a nadie tan devoto como él. Siempre quería que nos detuviéramos. «No había más Dios que Dios...», pero, en cuanto inclinaba la cabeza hacia La Meca, miraba de soslayo, y una vez en que me caí al río cuando intentaba lanzar el sedal para pescar truchas, se olvidó de Dios en medio de un estallido de risas infantiles.

¿Dónde está ahora el médico de Kande? Nos alojamos en su casa de verano, bajo una acumulación de reluciente pizarra, donde contemplamos cómo las algodonosas nubes asomaban por encima de la montaña. Por la tarde vimos a una jovencita vestida de rojo que salía de entre los maizales. «El maíz está alto» comentó él. «Dentro de nueve meses habrá muchos recién nacidos»

¿Qué habrá sido del camionero que admiraba el lóbulo de mis orejas? Lo dejamos en medio de la carretera. El carburador se le había obstruido, así como la pipa de hachís las piezas estaban todas desperdigadas en medio de la carretera y nosotros teníamos prisa.

¿Y del muchachito que servía en el Park Hotel de Herat? Llevaba un turbante color rosa, y cuando le preguntamos por el almuerzo nos contestó:

—¡Sí señor! ¡Todo lo que quieran! ¡Todo!

—¿Qué es lo que tienes?

—No licores. No hielo. No pan. No carne. No arroz. No pescado. Huevos. Uno Quizá, Mañana. ¡Sí!

¿O del hombre que en Tashkurgan me llevó a su jardín? Era una tarde muy calurosa y polvorienta, y Peter buscaba las huellas de los griegos de Bactriana «Tú lárgate y encuentra a tus griegos», le dije, «A mí dame tu Marvell y yo encontraré un jardín donde al pasar me encontré en realidad con unas sandías, y bajo la verde sombra disfruté de pensamientos refrescantes.

¿O de la loca que había ante la tumba de Mahmud en Ghazni? Era alta y hermosa, y miraba melancólicamente el suelo al tiempo que hacía resonar los brazaletes. En cuanto abrieron las puertas, se precipitó sobre la balaustrada de madera y, haciendo ondear su vestido carmesí, graznó igual que un pájaro herido. Tan sólo cuando le permitieron besar la tumba, se sumió en un profundo silencio. Besó la inscripción como si en cada letra de mármol blanco se hallara el remedio a su mal.

¿Acaso estaba enterada de lo que Byron había escrito acerca de aquella inscripción? «En los últimos diez meses he podido disfrutar con muchos ejemplos de lo que estoy diciendo [de los caracteres cúficos]. Pero ninguno se puede comparar

con estas letras altas y rítmicas, entrelazadas con el ondulante follaje, que lloran la pérdida de Mahmud, el Conquistador de la India, de Persia y de Oxiana, nueve siglos después de su muerte en la capital donde gobernó».

Este es el año —más que ningún otro— en que hay que lamentar la pérdida de Robert Byron, enemigo acérrimo de la conciliación, quien, al ver lo que pretendían hacer los nazis, declaró: «Haré que pongan “belicista” en mi pasaporte». Si hoy siguiera con vida, pienso que estaría de acuerdo en que, con el tiempo (en Afganistán todo necesita su tiempo), los afganos harán algo terrible a sus invasores: quizá despertar a los gigantes dormidos del Asia Central.

Pero eso no nos devolverá las cosas que tanto quisimos los días intensos y claros, y las azuladas cumbres de las montañas, las hileras de álamos blancos que se mecían a impulso del viento, así como las largas ristas de los banderines de plegarias, los campos llenos de asfódelo al que seguirían los tulipanes, ni las ovejas de cola gruesa que se diseminaban por las colinas más arriba de Chakcharan, ni el cordero con la cola tan larga que había que espaldas en el Fuerte Rojo, mientras observamos a los buitres volar en círculo por encima del valle donde mataron al nieto de Gengis Khan. No leeremos las memorias de Babur en su jardín de Istalif, ni veremos al ciego que se guiaba husmeando en torno a los macizos de rosas. No nos sentaremos en la Paz del Islam con los mendigos de Gazar Gagh. No nos pondremos de pie sobre la cabeza del buda de Bamiyan, erguido en su nicho como una ballena en un dique seco. No entraremos en la tienda nómada ni escalaremos el alminar de Jam. Y nos perderemos los sabores: el basto y acre del pan caliente; el del aromático té verde con cardamomo, el de las uvas que enfriábamos en la nieve derretida, el de los frutos secos y de las moras deshidratadas que masticábamos para el mal de altura. Tampoco recuperaremos el olor de los algarrobos indios, el olor dulzón y resinoso de la madera de cedro deodara al quemarse, o el tufillo de un guepardo a cuatro mil metros de altitud. Nunca jamás. Jamás. Jamás.

BRUCE CHATWIN
Agosto de 1980

PRIMERA PARTE

Venecia; CHIPRE: Kyrenia, Nicosia, Famagusta, Lárnaca;
PALESTINA: Jerusalén; SIRIA: Damasco, Baalbek, Beirut; IRAK:
Bagdad

Venecia, 20 de agosto de 1933. Aquí, disfrutando a lo grande, un agradable cambio después de aquella pensión en la Ciudadela hace dos años. Esta mañana fuimos al Lido, y, desde una canoa rápida, el palacio Ducal parecía más hermoso de lo que siempre me pareció desde una góndola. En un día encalmado, el baño debe de ser el peor de Europa: agua como saliva caliente, colillas flotando hasta tu boca y bancos de medusas.

Lifar vino a cenar. Bertie comentó que todas las ballenas tienen sífilis.

Venecia, 21 de agosto. Después de visitar dos palacios el Labia en donde se encuentra el fresco del *Festín de Cleopatra* pintado por Tiépolo, y el *Papadopoli*, un asfixiante laberinto de suntuosidad y fotografías de la realeza—, buscamos refugio de la cultura en el Harrys Bar. Había allí un siniestro parloteo, un continuo disparo de saludos ya están llegando los ingleses.

Por la noche volvimos a Harrys Bar, donde nuestro anfitrión nos obsequió con una bebida compuesta de champán y aguardiente de cerezas. «Para obtener el efecto deseado —nos explicó Harry en tono confidencial—, el aguardiente tiene que ser de los peores». Y lo era.

Anteriormente a esto, el trato que yo había tenido con nuestro anfitrión se limitaba a las partidas de caza. Se me hacía extraño con aquella camiseta playera color verde y la chaquetilla blanca de etiqueta no rigurosa.

Venecia, 22 de agosto. En góndola hasta San Rocco, donde la Crucifixión del Tintoretto me ha dejado boquiabierto; ya no me acordaba. Han retirado el antiguo libro de visitantes, en el que aparecía el nombre de Lenin. En el Lido soplabla la brisa; el mar estaba erizado, frío, y no había sitio donde guarecerse.

Fuimos en coche a tomar el té a Malcontenta, por la nueva carretera paralela a la vía del tren, por encima de las lagunas. Nueve años atrás, a pesar de que se la elogiaba en todos los libros sobre Palladio, Landsberg se encontró con la villa casi en ruinas, sin puertas ni ventanas, un granero de productos agrícolas de todo tipo que él convirtió en una residencia habitable. Las proporciones del gran vestíbulo y de los aposentos son un canto a las matemáticas. Otro individuo los habría llenado con muebles pretendidamente italianos, basura de anticuario y dorados. «Landsberg encargó muebles de madera sencilla en el pueblo de al lado. No hay nada que sea de época», excepto las velas, imprescindibles debido a la ausencia de electricidad.

Afuera, la gente discute sobre los laterales y aparenta lamentar la parte posterior. La fachada no suscita opiniones. Es un precedente una norma. Estás autorizado a analizarla, nada sería más lúcido, pero no la puedes cuestionar. Me detuve con Diane

sobre el césped frente el pórtico, mientras la luz del atardecer definía, por un momento con mayor nitidez, todas las etapas del diseño. Europa no podía proporcionarme una despedida tan afectuosa como esta exultante confirmación del intelecto europeo. «Es un error abandonar la civilización», comentó Diane, consciente de que por el simple hecho de existir ya probaba lo dicho. Yo me sentía abrumado por la tristeza.

Dentro de la villa, las velas estaban encendidas y Lifar danzaba. Regresamos en coche bajo una fuerte tempestad, y yo me fui a la cama en compañía de un despertador.

B. Italia, 26 de agosto. El gondolero bigotudo y corpulento adscrito al palacio me esperaba a las cinco. Todas las ciudades son guales al amanecer del mismo modo que Oxford Street puede semejar hermosa cuando está desierta, Venecia no me parecía ahora tan insaciablemente pintoresca. Que me den Venecia tal como Ruskin la vio por primera vez, sin ferrocarril, o que me den una canoa rápida y el lujo internacional. Los museos humanos son horribles, como los de esas islas que hay frente a la costa de Holanda, donde los habitantes todavía lucen el traje típico.

En Trieste, la salida del barco se vio acompañada por escenas que ya se habían presenciado en el Antiguo Testamento. Los refugiados judíos de Alemania partían hacia Palestina. A un lado tenía a un venerable rabino, cuyos bucles ortodoxos y sombrero de fieltro redondo dictaban la moda para sus discípulos a partir de los ocho años de edad, al otro lado había un exaltado grupo de chicos y chicas con ropas playeras que ahogaban sus emociones cantando. Una multitud se había congregado para verlos partir. En cuanto el buque soltó amarras, todas las preocupaciones personales —la maleta extraviada, el puesto menos apropiado— se relegaron al olvido. El asombroso rabino y su séquito de patriarcas estallaron en una nerviosa e incontrolable agitación de manos y los chicos y chicas se pusieron a cantar un himno solemne en el que a palabra Jerusalén se repetía con una nota triunfal. La multitud que había abajo se unió a los cánticos, avanzando por el muelle hasta el final, y allí se quedaron hasta que el barco alcanzó el horizonte. En ese momento llegó al muelle Ralph Stockley ayudante de campo del alto comisario en Palestina y se encontró con que el barco ya había zarpado. Su nerviosismo, y la ulterior prosecución en lancha, aliviaron la tensión.

Un viento del norte salpica de blanco el mar de zafiro, silenciando a los animados judíos de abajo. Ayer navegamos frente a las islas Jónicas. Las familiares costas tenían un aspecto árido y despoblado, pero inalterablemente hermoso a través de la bruma rosada. En la esquina suroccidental de Grecia viramos hacia el este pasamos ante la bahía de Kalamata y llegamos al cabo de Matapán, al que yo había contemplado por última vez desde los montes Taigetos, perfilado por el lejano mar como en un mapa. Las caras rocosas se volvieron de un oro rojizo, las sombras de un

azul brumoso. El sol se puso, Grecia se convirtió en una silueta dentada y el faro más meridional de Europa empezó a centellear. Al doblar la punta en la siguiente bahía, titilaron las luces eléctricas de Gytheion.

Stockley contó una anécdota de su jefe, al que habían disparado en las piernas durante la Guerra de los Bóers, y tuvo que esperar treinta y seis horas antes de que acudieran en su ayuda. A otros los habían herido de la misma forma pues los bóers disparaban bajo. Algunos estaban muertos, y los buitres se iban acercando. Mientras los heridos pudieran moverse, aunque fuera débilmente, las aves se mantenían apartadas. Pero, en cuanto ya no podían, les picoteaban los ojos incluso estando con vida. El jefe de Stocley había descrito los sentimientos que le embargaron ante la perspectiva de que aquél fuera su destino, mientras los buitres planeaban a unos pocos metros por encima de él.

Esta mañana, los picos gemelos de Santorini se recortaron contra el rojo amanecer. Rodas se encuentra ya a la vista. Llegaremos a Chipre mañana al mediodía. Allí voy a disponer de una semana Para mí, antes de que el 6 de septiembre leguen a Beirut los quemadores de carbón.

CHIPRE: Kyrenia, 29 de agosto. La historia de esta isla es casi excesiva. Produce una especie de indigestión mental. En Nicosia, una nueva residencia oficial del gobernador ha sustituido a la que destruyeron durante las revueltas de 1931. Afuera hay un cañón, regalo de Enrique VIII de Inglaterra a la Orden de San Juan de Jerusalén en 1527, y en él figuran las armas de los Tudor. Pero la acuñación, que se realizó para conmemorar el cincuentenario de la dominación inglesa en 1928, lleva las armas de Ricardo Corazón de León, que conquistó la isla y se casó aquí en 1191. Yo desembarqué en Lárnaca. A unos Pocos kilómetros de este puerto, o el año 45 habían desembarcado san Pablo y san Bernabé. En Lárnaca se halla enterrado Lázaro, y también dos sobrinos de obispo Ken, Ion y William, que murieron respectivamente en 1693 y 1707. Las referencias empiezan con una mención egipcia de 1450 a C. La fama le llegaría a finales de siglo XII, con el dominio y la cultura de los Lusignan: dedicaron algunos de sus libros al rey Pedro I escritores tan dispares como Boccaccio y santo Tomás de Aquino. En 1489, la reina Catalina Cornaro cedió su soberanía a los venecianos, y ochenta años después el último gobernador veneciano fue desollado vivo por los turcos. Los tres siglos de olvido que siguieron se terminaron con el Tratado de Berlín, que arrendó la isla a los ingleses. En 1914 nos la anexionamos.

Su paisaje se parece más al de Asia que al de las otras islas griegas. La tierra está descolorida hasta la palidez, sólo alguna zona verde de las viñas, o un rebaño de cabras negras y leonadas, alivian su árida soledad. Había árboles plantados a lo largo de la impoluta carretera asfaltada que nos llevaba de Lárnaca a Nicosia casuarinas y cipreses. Pero el viento los vencía, una corriente de aire furiosa y cálida que todas las tardes se levantaba del mar y hacía girar las innumerables norias. Estos desolados

esqueletos de hierro se levantan formando grupos en las afueras de los pueblos, y su coro de chirridos constituye la canción principal de la isla. A lo lejos siempre hay montañas. Y por encima de todo este paisaje flota una luz peculiar, una pátina de acero y lila, que agudiza los perfiles y las perspectivas, y hace que cada cabra errante, cada algarrobo solitario, resalte sobre la blanca tierra como si se con templara a través de un estereoscopio.

El panorama es hermoso por lo abstracto, pero violento y adusto como habitáculo humano. Incluso las flores están ausentes en esta época, a no ser por un pequeño gamón de color grisáceo, cuya curvatura es la de un fantasma. Los griegos lo llamaban «flor de la cera» La cara norte de las montañas, entre Nicosia y la costa, resulta más acogedora Aquí la tierra es roja, como si fuera más nutritiva, y los campos en terrazas están salpicados de algarrobos. Cuando pasé por allí la recolección de las algarrobas estaba en pleno apogeo: hombres que fustigaban las vainas con largas pértigas, mujeres que las metían en sacos y los cargaban encima de unos burros. La algarroba se exporta para la fabricación de pienso para el ganado. Su forma recuerda a un plátano arrugado, y he averiguado que su sabor es como de un felpudo de glucosa.

Visité al arzobispo de Nicosia con el fin de solicitarle una carta para la clerecía de Kiti. Sus ayudantes se mostraron poco serviciales, pues la Iglesia encabeza la oposición contra los ingleses difícilmente podían saber que yo he escrito en favor de su causa en la prensa inglesa. Pero el arzobispo, aunque viejo y sordo, se mostró complacido con tener a un visitante, e hizo que un secretario mecanografiara la carta. Cuando la hubo concluido, le trajeron una pluma ya mojada en tinta roja y, en virtud de un privilegio otorgado por el emperador Zeno en el siglo v, firmó: «† Cyril de Chipre». Los gobernadores seculares de la isla han usurpado desde entonces este privilegio: los turcos por fastidiar, los ingleses por considerarlo pintoresco.

Esta mañana fui a Bella Paese para ver la abadía. Mi chófer aprovechó y visitó a su novia, que vive en el pueblo de al lado. Ella y su tía me invitaron a café y a una conserva de castañas azucaradas. Nos sentamos en una galería desde la que se veía el mar por encima de los tejados del pueblo, rodeados como siempre de mace las de albahaca y de claveles. El hijo de la tía, que tiene dos años, no paraba de empujar las sillas de un lado para otro mientras gritaba «Yo soy un barco, yo soy un auto». Cuando el automóvil de verdad se puso en marcha, conmigo dentro, el niño estalló en unos alaridos de decepción que me siguieron montaña abajo.

Esta tarde, en el castillo, me indicaron que el caballero de barba blanca y salacot blanco era el Señor Jeffery. Teniendo en cuenta que es el responsable de las antigüedades de la isla yo mismo me presenté. Se puso a la defensiva, e intenté arreglarlo mencionando su libro sobre los asedios a Kyrenia «He escrito muchas cosas contestó. Es imposible acordarme de todo. Pero a veces leo mis escritos, ¿sabe?, y los encuentro bastante interesantes».

Continuamos hasta el castillo, donde encontramos a algunos presos que se

dedicaban a excavar sin mucho entusiasmo. En cuanto asomamos por allí, dejaron a un lado las palas, se quitaron la ropa y por una puerta lateral corrieron hacia el mar para tomar el baño de la tarde. Una vida placentera —comentó el señor Jeffery—. Sólo vienen aquí cuando quieren un descanso». Me enseñó un plano de los cimientos de siglo XIII, tal como la excavación de los presos había dejado al descubierto. Pero la exposición solar le dejó sediento y nos dirigimos al despacho para tomar un poco de agua: «Lo peor del agua es que te da más sed», comentó.

Kyrenia, 30 de agosto. Montado en un burro color chocolate, con orejas de dos palmos, subí hasta el castillo de San Hilarión. Al pie de los muros atamos al burro, y también a su compañera, una mula gris que transportaba agua fresca en una enorme ánfora de barro protegida con hojas de algarrobo. Los senderos escarpados y los tramos de escalones ascienden en medio de capillas, vestíbulos, aljibes y mazmorras hasta la terraza superior y su torre vigía. Por debajo del brillo plateado de los riscos y el verde alado de los raquíuticos pinos, la montaña cae unos novecientos metros hasta la llanura costera, un interminable panorama de rojo oxidado, moteado con innumerables arbolitos y su sombra, tras lo cual, a un centenar de kilómetros al otro lado del mar azul, aparece el perfil de Asia Menor y de los montes Tauro. Incluso los asedios debían de tener sus compensaciones con el solaz de semejante panorama.

Nicosia (150 m.), 31 de agosto. «Contratiempos obligan retraso una semana y llegamos Beirut catorce Christopher informado stop fallo coche no equipo».

Esto me proporciona una semana extra. La pasare en Jerusalén. Imagino que el «equipo» hace referencia a los aparatos de carbón. Teniendo en cuenta lo que cuesta telegrafiar, debo suponer que éstos no funcionan. De lo contrario, ¿para qué molestarse en negarlo?

Hace tiempo, en la Legación griega de Londres, me presentaron a un nervudo muchacho, ataviado con una larga túnica, que sostenía un vaso de limonada. Se trataba de su ilustrísima Mar Shimun, patriarca de los sirios. Dado que ahora está exiliado en Chipre, esta mañana fui a verle al Crescent Hotel. Una figura robusta y barbuda, con pantalones de franela, me saludó con el acento característico de las universidades inglesas (el de Cambridge, en este caso). Le presenté mis condolencias, pero él cambió a acontecimientos más recientes: «Tal como le dije a sir Francis Humphrey, en Bagdad la prensa ha declarado una guerra santa contra nosotros durante meses. Le pregunté si podía garantizar nuestra seguridad y él me dijo que sí podía, etcétera, etcétera. Hará a unos cuatro meses me encarcelaron, pero ni siquiera entonces hizo nada y eso que todo el mundo sabía lo que se avecinaba. De aquí pienso ir a Ginebra, con el fin de abogar por nuestra causa, etcétera, etcétera. A mí consiguieron sacarme en avión en contra de mi voluntad, pero lo que será de mi

pobre gente, ultrajada, abatida por las metralletas, etcétera, etcétera, es algo que ignoro». Etcétera, etcétera.

Un hito más en la Era de la Traición de la política internacional de Gran Bretaña. ¿Es que nunca acabará? No dudo que debe de ser difícil tratar con los sirios. Pero lo que Mar Shimun quiso dejar claro, y creo que debe de ser la verdad, es que las autoridades británicas estaban enteradas de lo que planeaban los iraquíes, o disponían de amplios medios para enterarse, y que no hicieron nada para evitarlo.

Famagusta, 2 de septiembre. Aquí hay dos ciudades. Varosha, la griega, y Famagusta, la turca. Ambas se hallan unidas mediante un barrio residencial inglés, formado por las oficinas de la administración el Club Inglés, un parque público, numerosas casas suburbanas y el hotel Savoy, que es donde yo vivo. Famagusta es a ciudad antigua, y sus murallas flanquean el puerto.

Si Chipre hubiera sido propiedad de los franceses o de los italianos, hoy en día habría tantos barcos de turistas visitando Famagusta como los que van a Rodas. Bajo el dominio inglés, el visitante se ve frustrado por una deliberada insensibilidad cultural. El núcleo gótico de la ciudad aún está completamente amurallado. El hecho de que este núcleo siga deteriorándose con cualquier edificio que a cualquiera le apetezca construir, o que la suciedad de las casas viejas se vea superada por la de las nuevas, que las iglesias estén ocupadas por familias indigentes; que los baluartes aparezcan todos los días repletos de excrementos humanos, que la ciudadela sea una carpintería propiedad del departamento de Obras Públicas, y que al palacio sólo se pueda acceder o través de la comisaría de policía..., todas estas manifestaciones de cuidado de los ingleses, si bien insensibles a todo lo artístico, al menos tienen la ventaja de constituir una defensa contra la atmósfera agónica de un museo. La ausencia de guías, de vendedores de postales y demás miembros de su tribu, es también un atractivo. Pero el hecho de que en estas dos ciudades haya tan sólo un hombre que conozca incluso los nombres de las iglesias y que sea un maestro de escuela griego, cuya timidez hace imposible mantener con él una conversación racional, que el único libro (el del señor Jeffery) capaz de informar al visitante acerca de la historia y la topografía del lugar tan sólo se pueda adquirir a sesenta kilómetros de allí, en Nicosia, o que todas las iglesias, exceptuando la catedral, estén siempre cerradas, y que la llave, en caso de que se pueda rastrear su paradero, esté en poder de algún funcionario particular, cura o familia a los que se les ha consignado su custodia, y que por lo general haya que buscarlos, no en Famagusta, sino en Varosha..., todas estas manifestaciones iban a resultar excesivas incluso para mí, que, a pesar de que hablo un poco el griego —algo que no suelen hacer la mayoría de los visitantes—, no fui en absoluto capaz de completar en tres días la visita a los edificios obligados. El espectáculo de semejante indiferencia posee un interés en sí mismo, para los estudiosos de la federación de países anglosajones. Pero no es la clase de interés que

atrae cargamentos enteros de lucrativos turistas. Para éstos tan sólo existe una recompensa, la Torre de Oteló, una invención absurda que data de la ocupación inglesa. Y no sólo los taxistas sustentan esa ficción. En la fachada del edificio hay una placa oficial, como si anunciara «Té» o «Servicios». Esta placa es la única información que las autoridades, o cualquier otra persona, pueden facilitar.

Me detengo en el baluarte Martinengo, una gigantesca construcción de tierra revestida de piedra tallada y protegida por un foso abierto en la roca unos doce metros más abajo, en cuyo interior antes fluía el mar. Desde las entrañas de esta fortificación montañosa, dos rampas subterráneas para carruajes emergen a la luz del día bajo mis pies. A derecha e izquierda se extienden los parapetos de las murallas que lo circundan, interrumpidos por una sucesión de gruesas torres circulares. En primer término todo es desolación; por allí cruza una hilera de camellos guiados por un turco de pantalones holgados. Una pequeña depresión está ocupada por dos mujeres turcas, que cocinan algo debajo de una higuera. Más allá empieza la ciudad, un revoltijo de pequeñas casas, algunas de barro, otras de piedras saqueadas a los monumentos, otras de estuco blanco reciente, con tejados rojos. No existe ninguna planificación, ningún respeto por las convenciones. Las palmeras se elevan entre las casas, rodeadas de solares vacíos. Y de esta confusión destacan los ornamentos y los contrafuertes de la catedral gótica, cuyas piedras de color anaranjado se perfilan sobre la lejana unión del cielo y el mar, turquesa y zafiro. Una cordillera de montañas color lila prolonga la línea costera hacia el oeste. Un buque de vapor abandona el puerto en aquella dirección. Una carreta de bueyes emerge del suelo a mis pies. Los camellos se han tumbado. En lo alto de la penúltima torre, desde donde yo estoy, una señora ataviada con un vestido rosa y una pámela mira melancólicamente hacia Nicosia.

Lárnaca, 3 de septiembre. El hotel de aquí no está a la altura de lo habitual. En otras partes son limpios pulcros, y sobre todo baratos. Tampoco la comida es deliciosa, pero ni siquiera la ocupación inglesa ha logrado empeorar la comida griega. Hay aquí algunos vinos buenos. Y el agua tiene un sabor agradable.

Salgo en coche para Kiti, que se encuentra a unos doce kilómetros. El cura y el sacristán, ambos con pantalones holgados y botas altas, reciben con respeto la carta del arzobispo. Me acompañan a la iglesia, cuyos mosaicos son una hermosa obra de arte, su técnica me recuerda la del siglo X, si bien otros la atribuyen al siglo VI. La túnica de la Virgen es de color malva ahumado, casi color carbón. Los ángeles que la rodean llevan ropajes blancos, grises y ocre, y el verde de sus alas de pavo real se repite en los globos que sostienen entre sus manos. Las caras, las manos y los pies están hechos con unos cuadraditos más pequeños que el resto. En su conjunto, la composición posee un ritmo extraordinario. Sus dimensiones son pequeñas, no superan el tamaño natural, y el techo de la iglesia es tan bajo que la bóveda que contiene el mosaico se puede contemplar a una distancia de tan sólo tres metros.

B. Martha Washington, 4 de septiembre. Me encuentro con Christopher en el muelle. Luce una barba de cinco días, algo indómita, aunque cuidada. No sabe nada de los quemadores de carbón, pero acoge con agrado la perspectiva de Jerusalén.

Hay novecientos pasajeros a bordo. Christopher me llevó a dar una vuelta por las dependencias de tercera clase. De haber sido animales sus ocupantes, un inglés como es debido habría informado de su situación a la Sociedad Protectora de Animales. Pero el billete del pasaje es barato, y, tratándose de judíos, uno sabe que, de haber querido, habrían podido pagarse uno más caro. Primera clase no es mucho mejor. Comparto el camarote con un abogado francés, cuyos frascos y útiles para emperifollarse no dejan espacio para una simple aguja. Me ha dado una clase magistral sobre las catedrales inglesas. Vale la pena ver la de Durham. «En cuanto a las demás, mi querido señor, son pura fontanería»

En la cena, al coincidir con un inglés al lado, inicié conversación expresándole mis deseos de que hubiese disfrutado de una agradable travesía.

—En efecto, así ha sido. La bondad y la clemencia nos han acompañado todo el tiempo.

Una mujer de aspecto cansado pasó por allí forcejeando con un niño malcriado.

—Siempre he sentido lástima por las mujeres que viajan con niños —comenté.

—No puedo estar de acuerdo con usted. Para mí, los niños pequeños son como rayos de sol.

Más tarde vi aquella criatura sentada en cubierta y leyendo la Biblia. Esto es lo que los protestantes llaman un auténtico misionero.

PALESTINA: Jerusalén (850 m), 6 de septiembre. A un leproso de Nicaragua le habrían ido mejor las cosas con las autoridades portuarias de un mandato británico de lo que nos fueron a nosotros ayer. Subieron a bordo a las cinco de la tarde. Después de tenerme dos horas esperando en la cola me preguntaron cómo pensaba desembarcar sin un visado y sin haber ratificado siquiera mi pasaporte para visitar Palestina. Les dije que podía comprarme un visado, y que el sistema de la ratificación era tan sólo una de las formas más groseras de falta de honestidad que practicaba nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores, y que no tenía ninguna relación con la validez del pasaporte. Otro entrometido descubrió entonces que yo había estado en Rusia. ¿Cuándo? ¿Y por qué? Oh, ¿así que por placer? ¿Había sido placentero el viaje? Y ¿adónde me dirigía ahora? ¿A Afganistán? ¿Para qué? De nuevo por placer, claro. Así que hacía un viaje de placer alrededor del mundo, supuso. A continuación se enfrascaron de tal modo con el visado diplomático de Christopher, que se les olvidó darle la tarjeta de desembarque.

Una multitud hervía frenética al inicio de corredor. Físicamente, los judíos pueden

parecer las personas mejor o peor educadas del mundo. Aquéllos eran de los peores. Apestanaban, te miraban con desdén, daban empujones y hablaban mediante chillidos. Un hombre, que llevaba allí cinco horas, empezó a sollozar. Cuando su rabino fracasó al intentar consolarlo, Christopher le ofreció un whisky con soda a través de la ventanilla de bar. Lo rechazó. Poco a poco fueron bajando nuestro equipaje al interior de un bote. Yo lo seguí. Christopher tuvo que regresar en busca de su tarjeta de desembarque. Había una fuerte marejada cuando pasamos ante la escollera batida por las olas que constituye el puerto de Jaffa. A mi lado, una mujer estaba vomitando. El marido acunaba a su hijo, mientras con el otro brazo sujetaba una maceta con una alta planta de verónica.

—Suban arriba, por favor.

La sudorosa y maltrecha multitud se dividió en dos colas. A cabo de media hora llegué ante el médico. Se disculpó por el retraso y me dio un certificado médico sin someterme a ningún examen. Abajo, los responsables del bote exigían su dinero nuestro transporte, y el de nuestro equipaje, costó una libra y dos chelines.

—¿Escribe usted libros? —preguntó el oficial de aduanas, intuyendo a un autor de obscenidades sujetas a derechos de aduana.

Le dije que yo no era lord Byron y le sugerí que prosiguiera con sus obligaciones. Al final encontramos un coche y, en atención a la Tierra Santa, bajamos la capota y partimos hacia Jerusalén.

El hotel King David es el único hotel bueno de Asia desde Shanghái hasta aquí, y guardamos como un tesoro todos los momentos que pasamos allí. La decoración general es armoniosa y comedida, austera casi, pero nadie lo pensaría al leer la placa que cuelga de la pared del vestíbulo:

NOTA ACERCA DE LA DECORACIÓN. INTERIOR DEL HOTEL KING DAVID, JERUSALÉN

El objetivo consistía en evocar, mediante reminiscencias de los antiguos estilos semíticos, el ambiente de la esplendorosa época del rey David.

Como una fiel reconstrucción era imposible el artista había intentado adoptar al gusto moderno los diferentes estilos antiguos de los judíos:

Vestíbulo: Período del rey David (influencia asiria)

Salón principal: Período del rey David (influencia hitita).

Salón de lectura: Período del rey Salomón.

Bar: Período del rey Salomón.

Restaurante: Estilo grecoasirio.

Salón de banquetes: Estilo fenicio (influencia asiria).

Etcétera.

G. A. HUFSCHMID

Decorador, O.E.V. y S.W.B.

En cuanto al paisaje, la belleza de Jerusalén puede compararse con la de Toledo. La ciudad se halla en las montañas, una sucesión de cúpulas y torres rodeadas de muros almenados que se yergue en un meseta rocosa, por encima de un profundo valle. Hasta las distantes colinas de Moab, los contornos del paisaje recuerdan un mapa físico, en el que las pronunciadas pendientes ascienden mediante curvas regulares y estratificadas, y proyectan enormes sombras en los valles que surgen de improviso. Tierra y roca reflejan la luminosidad de un ópalo de fuego. Semejante tentativa de emplazamiento urbano, tanto si fue accidente como premeditada, constituye una auténtica obra de arte.

Si se mira con detalle, ni siquiera Toledo puede compararse con las empinadas calles, pavimentadas con amplios peldaños, y tan estrechas que un solo camello provoca tanta conmoción como un autobús en las estrechas callejuelas de Inglaterra. La gente que, desde que sale el sol hasta que se pone, circula apiñada por la calle King David constituye todavía una imagen «de Oriente», inmune aún a la marea de trajes de corte occidental y a las gafas de carey. Por ahí se acerca el árabe del desierto, con su poblado bigote, avanzando majestuoso dentro de su voluminosa túnica dorada de pelo de camello, la mujer árabe, con el rostro tatuado y el vestido bordado, acarreando un cesto sobre la cabeza; el imán islámico, luciendo barba y turbante de un blanco inmaculado alrededor del fez, el judío ortodoxo, con sus bucles, su sombrero de fieltro negro y su negra levita; el cura y el monje griegos, ambos con barba, y el moño debajo de sus altos tocados de color negro; curas y monjes de Egipto, de Abisinia, de Armenia; el monje católico de hábito marrón y salacot blanco; la mujer de Belén, cuyo tocado inclinado hacia atrás, debajo de un velo blanco, se dice que es un legado del reino de Normandía; y, entre todos ellos, como fondo a ese lugar común esencial, aparece de vez en cuando el traje occidental, el vestido de cretona y la cámara al hombro de un turista.

No obstante, Jerusalén es algo más que pintoresquismo, algo más que pura imitación, al estilo de muchas otras ciudades de Oriente. Es posible que sea mugrienta, pero no hay ni ladrillos ni estuco no hay desmoronamiento ni decoloración. Los edificios están hechos totalmente de piedra, una piedra blanca como el queso, inmaculada y luminosa, en la que el sol refleja todos los tonos rojizos del dorado. El hechizo y la aventura romántica no tienen lugar aquí. Todo es abierto y armonioso. La asociación de la historia y la fe con profundas raíces en los primeros recuerdos de la infancia, se disuelve ante la visión actual. Las efusiones de la fe los lamentos de judíos y cristianos, la devoción de los islámicos por la Roca sagrada, han amortajado al genio local sin ningún misterio. Ese espíritu es una emanación imperiosa que evoca supersticiosos homenajes y que tal vez por eso se mantenga, pero que existe con independencia de todo esto. Su simpatía está con los centuriones en vez de con los sacerdotes. Y los centuriones han regresado por aquí. Llevan

pantalón corto y salacot y, cuando se les pregunta, contestan con acento de Yorkshire.

Situada en medio de este entorno, la iglesia del Santo Sepulcro parece la más insignificante de las iglesias. Su oscuridad semeja más oscura de lo que realmente es, su arquitectura peor, su culto más degradado. El visitante entra en conflicto consigo mismo. Simular indiferencia es pura arrogancia, simular veneración es pura hipocresía. La elección está entre ambos sentimientos. Sin embargo, a mí se me libró de esta elección. En la entrada de la iglesia me encontré a un conocido, quien me enseñó cómo debía enfrentarme a los Santos Lugares.

Ese conocido era un monje de hábito negro, que llevaba barba corta, pelo largo y un alto sombrero cilíndrico.

—Hola —le saludé en griego—. Usted es del Monte Athos, ¿verdad?

—Así es —me contestó—. Del monasterio de Dokiariou. Me llamo Gabriel.

—¿No es usted hermano de Aristarco?

—En efecto.

—¿Es cierto que Aristarco ha muerto?

—Sí, pero ¿quién se lo ha dicho?

Ya he descrito a Aristarco en otro libro. Era un monje de Vatopedi, el más rico de los monasterios del Monte Athos, al que llegamos, cansados y hambrientos, después de cinco semanas por la montaña sagrada. Aristarco cuidó de nosotros. Había servido como criado en un yate inglés, y cada mañana nos despertaba con esta pregunta: «¿A qué hora querrán hoy almorzar los señores?». Era joven, eficiente y práctico, del todo inadecuado para la vocación monástica, y decidido, si le era posible, a ahorrar suficiente dinero para viajar a América. Aborrecía a los monjes más viejos, que no paraban de humillarle.

Un día, un par de años después de nuestra visita, compró un revólver y disparó contra dos de aquellos venerables abusones. O así lo cuenta la historia. Lo cierto es que a continuación se suicidó. Nunca había existido un hombre tan cuerdo como Aristarco, al menos por fuera, y la comunidad del Monte Athos se llenó de vergüenza y de mutismo ante la tragedia.

—Aristarco se disparó en la cabeza —dijo Gabriel dándose unos golpecitos en la suya.

Yo sabía, pues Aristarco me lo había contado, que Gabriel era feliz con su vocación y que en la violencia de su hermano podía ver un acto aberrante.

—¿Es su primera visita a Jerusalén? —preguntó, cambiando de tema.

—Hemos llegado esta mañana.

—Le enseñaré el lugar. Ayer estuve en el mismísimo Sepulcro y mañana entro de nuevo a las once. Sígame.

Estábamos ahora en una amplia cámara circular, tan alta como una basílica, en la que una cúpula achatada se apoyaba sobre un anillo de sólidos pilares. En medio del suelo desnudo se alzaba el santuario, una iglesia en miniatura que semejava una antigua locomotora de un tren.

—¿Cuándo estuvo usted por última vez en el Monte Athos? —preguntó Gabriel.

—En 1927.

—Ya me acuerdo. Vino usted a Dokiariou.

—Sí. ¿Y cómo está mi amigo Sinesio?

—Muy bien. Pero es demasiado joven para ser un superior Venga por aquí.

De pronto me encontré en una pequeña estancia de mármol, tallada al estilo barroco turco. El paso al núcleo del santuario se hallaba bloqueado por tres franciscanos arrodillados.

—¿A quién más conoce en Dokiariou?

—A Frankfurt. ¿Se encuentra bien?

—¿Frankfurt?

—Sí, el gato de Sinesio.

—¡Ah, su gato! No se preocupe por estos hombres; son católicos. Es un gato negro.

—Sí, y salta sobre la gente.

—Lo sé. Ya hemos llegado. Cuidado con la cabeza.

Gabriel avanzó entre los franciscanos como si fueran ortigas, luego se agachó y entró por un hueco que tendría un metro de altura, y del cual salía una brillante luz. Le seguí. La cámara interna tendría unos dos metros por cada lado. Una mujer francesa estaba arrodillada en éxtasis encima de una delgada losa de piedra. Junto a ella, de pie, había otro monje griego.

—Este caballero ha estado en el Monte Athos —informó Gabriel a su camarada, que me estrechó la mano pasando por encima de la francesa—. De eso hará unos seis años, y todavía se acuerda del gato de Sinesio... Esto es el Sepulcro —dijo, señalando la losa de piedra—. Mañana me toca estar aquí todo el día. Debería venir a verme. No hay mucho espacio, ¿verdad? Salgamos. Ahora le enseñaré los otros lugares. Esta piedra roja es donde lavaron el cadáver. De las lámparas, cuatro son griegas, las demás son católicas y armenias. El Calvario está arriba. Dígale a su amigo que suba. Esta es la parte griega, aquélla la católica. Pero los que hay en el altar griego son católicos, pues el Calvario estuvo allí. Observe la inscripción que hay encima de la cruz. Es de diamantes auténticos, y la regaló el zar. Y vea esa imagen. Los católicos vienen y le ofrecen estas cosas.

Gabriel señaló una urna de cristal. En su interior había una virgen de cera, envuelta con las existencias propias de un prestamista: cadenas, relojes, colgantes.

—Aquí, mi amigo es católico —informé con malicia a Gabriel.

—Oh, ¿de veras? ¿Y usted qué es? ¿Protestante? ¿O nada de nada?

—Pienso que debería ser ortodoxo mientras esté aquí.

—Debería informar de eso a Dios. ¿Ve estos dos agujeros? Ahí colocaron a Cristo; una pierna en cada agujero.

—¿Está eso en la Biblia?

—Por supuesto que está en la Biblia. Este hueco es donde estuvo el cráneo. Ahí

es donde el terremoto quebró la roca. Mi madre, en Samos, tuvo trece hijos. Ahora sólo quedamos mi hermano de América, mi hermana de Constantinopla y yo. Aquella es la tumba de Nicodemo, y aquella otra la de José de Arimatea.

—¿Y de quién son aquellas dos tumbas pequeñas?

—De los hijos de José de Arimatea.

—Yo creía que José de Arimatea estaba enterrado en Inglaterra.

Gabriel sonrió como si dijera: «Eso cuéntaselo a otro»

—Esto —prosiguió— es un cuadro de Alejandro Magno visitando Jerusalén y recibido por uno de los profetas. No recuerdo cuál.

—Pero ¿es que Alejandro Magno visitó Jerusalén?

—Claro. Yo sólo le digo la verdad.

—Lo siento pensaba que tal vez fuera una leyenda.

Al final salimos a la luz del día.

—Si viene a verme pasado mañana, volveré a estar fuera del sepulcro salgo a las once después de estar allí toda la noche.

—No preferiría usted dormir.

—No a mí no me gusta dormir.

Los demás lugares sagrados son el Muro de las Lamentaciones y la Cúpula de la Roca. Haciendo inclinaciones de cabeza y ululando sobre sus libros o estrujando la cabeza contra las grietas del enorme Muro, los plañideros judíos no resultan mucho más atractivos que los visitantes del Santo Sepulcro. Pero al menos hay luz, el sol reluce y el Muro es comparable a los muros de los incas. La Cúpula de la Roca da cobijo a un enorme peñasco, desde el cual el profeta Mahoma ascendió a los Cielos. Y aquí, dejando a un lado sus asociaciones, surge al fin un monumento digno de Jerusalén: una plataforma de mármol blanco de varias decenas de metros de extensión, que ofrece una espléndida vista sobre las murallas de la ciudad y el Monte de los Olivos, y a la que se sube por distintos lados mediante ocho tramos de escalones, precedidos por una hilera de arcadas. En el mismo centro de la plataforma, empequeñecido por el espacio que lo rodea, se alza un chato edificio octagonal, forrado con azulejos de color azul, que soporta un tambor cilíndrico también de azulejos y cuya altura mide más o menos una tercera parte de la de la planta octagonal. Encima del tambor descansa la cúpula algo achatada y cubierta con un dorado antiguo. En uno de los lados se alza otra planta octagonal en miniatura, como si fuera hija de la más grande la cual reposa sobre unas columnas y da cobijo a una fuente. El interior posee un sello griego tanto las columnas de mármol, de capiteles bizantinos, como la bóveda de mosaico dorado, adornada con retorcidos arabescos, son obra sin duda de un artesano griego. Una reja de hierro conmemora el intervalo cristiano, cuando los cruzados convirtieron el lugar en una iglesia. Como mezquita se fundó en el siglo VII, pero el paso de los siglos ha contribuido a su forma actual. Últimamente han vuelto a dorar con un brillo excesivo los capiteles bizantinos, pero el tiempo se encargará de suavizar el tono.

Cuando vimos por vez primera la mezquita, era demasiado tarde para entrar pero pudimos echar un vistazo desde la entrada al final de la calle King David. Un árabe se plantó delante de nosotros y empezó a darnos información. Le dije que por el momento prefería contemplar la mezquita, y que ya me informaría sobre ella mañana ¿sería tan amable de apartarse a un lado? A lo cual me contestó:

—Yo soy árabe y me pongo donde me da la gana. Esta mezquita es mía, no tuya. Un ejemplo claro del encanto árabe.



Jerusalén: la Cúpula de la Roca

Esa tarde fuimos a Belén. Anohecía casi y apenas podíamos distinguir las espléndidas hileras de columnas que sostienen la basílica. Los guías estaban casi tan cansados como los del Santo Sepulcro. Dejé que Christopher viera solo el pesebre, o lo que sea que enseñen.

Jerusalén, 7 de septiembre. Mientras aguardaba sentado debajo de un olivo en el patio de la Cúpula de la Roca, un muchacho árabe se acercó para compartir la sombra mientras repasaba en voz alta su lección. Era su lección de inglés.

—Golfos y promontorios, golfos y promontorios, golfos y promontorios — repetía.

—No se dice promontorios —le interrumpí—, sino promontorios.

—Golfos y promón-tórios, golfos y promón-tórios, golfos y promón-tórios. Devolver el Mosul, devolver el Mosul, devolver el Mosul. Golfos y...

Me dijo que era el primero en clase de dibujo y que pensaba irse al Cairo, donde podría estudiar para ser pintor.

Stockley dio una cena anoche, en la que los invitados árabes resultaron una excelente compañía. Uno de ellos, que había estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores turco, había conocido a Kemal y a su madre en los viejos tiempos. Era cónsul en Salónica cuando estalló la guerra, y de allí Sarraíl lo deportó a Toulon: un castigo innecesario, si se tiene en cuenta la proximidad de la frontera turca, y que además le supuso la pérdida de todos sus muebles y pertenencias. La conversación se centró entonces en Arlosorov, el líder judío al que habían asesinado en la playa de Jaffa mientras paseaba con su esposa. Se suponía que los asesinos eran judíos revisionistas, un partido extremista que pretendía desembarazarse de los ingleses e instaurar el estado judío. Ignoro cuánto tiempo pensaban que los árabes tolerarían la presencia de un solo judío una vez los ingleses se hubiesen marchado.

Esa mañana fuimos a Tel Aviv como invitados del señor Joshua Gordon, principal animador de la agencia judía. En el municipio, donde recibieron a Christopher como digno hijo de su padre, las paredes se hallaban cubiertas con retratos de los apóstoles del sionismo: Balfour, Samuel, Allenby, Einstein, Reading. Un mapa mostraba el desarrollo del lugar en el transcurso de los años, desde la batalladora utopía de tan sólo 3.000 personas a la irrupción de una comunidad de 70.000. Frente al corvejón de la bahía de Jaffa, en el Palestine Hotel, ensayé los argumentos árabes con el señor Gordon. Éste se mostró desdeñoso. Se había creado una comisión para ocuparse de los árabes sin tierra. Tan sólo habían encontrado unos pocos centenares. Mientras tanto, los árabes de Transjordania suplicaban que los judíos se trasladaran allí para potenciar el desarrollo del país.

Le pregunté si a los judíos no les compensaría aplacar a los árabes, incluso a costa de ciertas inconveniencias para ellos con vistas a una futura paz. El señor Gordon dijo que no. La única base posible para que se produjera un entendimiento entre árabes y judíos era unirse contra los ingleses, y eso era algo que los líderes judíos no tolerarían.

—Si hay que desarrollar el país, los árabes deberán sufrir porque a ellos no les gusta el desarrollo. Y eso pone fin a la cuestión.

Los hijos del desierto han hallado bastantes apologistas en los últimos tiempos. A mí me resulta mucho más alentador con templan un presupuesto en expansión —el único en el mundo en estos momentos— y felicitar por ello a los judíos.

Los italianos constituían otra serpiente en el jardín del señor Gordon. Hace algún tiempo, junto con otros había intentado crear una línea naviera anglo-palestina, la cual pudiera transportar el correo, en vez de tener que utilizar los barcos italianos. Debido a la falta de cooperación de los ingleses, el proyecto había sido un fracaso.

Los italianos ofrecían a todos los palestinos la posibilidad de estudiar libremente en Roma, y además con tarifas reducidas. Había que reconocer que sólo la utilizaban unos doscientos al año. Pero el tono del señor Gordon se volvió más amargo al considerar las dificultades con que se encontraba cualquier estudiante que quisiera finalizar sus estudios en Londres, incluso aunque se los pagara de su propio bolsillo.

Después de visitar la zona de los naranjos y el teatro de la ópera, fuimos a tomar un baño. De pronto, entre la multitud que había en la playa surgió el señor Aaranson del Italia:

—Hola, hola, hola. ¿Ustedes también por aquí? Jerusalén está muerta en esta época del año ¿no les parece? Aun así, es posible que mañana decida hacerle una breve visita. Hasta la vista.

Si Tel Aviv estuviera en Rusia, todo el mundo se desharía en elogios por lo que se refiere a su planificación y a su arquitectura, a su risueña vida comunal, a sus inquietudes intelectuales y a su aire de juventud entronizada. No obstante, la diferencia con Rusia estriba en que, en lugar de ser todavía un objetivo para el futuro, todas estas cosas son hechos ya consumados.

Jerusalén, 10 de septiembre. Ayer almorzamos con el coronel Kish. Christopher fue el primero en entrar en la estancia, pero el coronel vino hacia mí con estas palabras:

—Por lo que veo, usted es el hijo de sir Mark Sykes.

Supusimos que con eso quería implicar que ningún inglés con semejante parentesco se hubiese atrevido nunca a llevar barba. En el transcurso del almuerzo, nuestro anfitrión nos informó de la muerte del rey Feisal en Suiza. De la pared colgaba un precioso cuadro de Jerusalén pintado por Rubin, a quien al señor Gordon le hubiese gustado que visitáramos en Tel Aviv, de no haberse encontrado de viaje.

Fui a nadar a la YMCA, que está frente al hotel. Para ello tuve que pagar dos chelines, renunciar formalmente a una inspección médica, cambiarme en medio de un grupo de enanos peludos que olían a ajo, y por último darme una ducha con agua caliente acompañada por una fuerte discusión al negarme a restregar mi cuerpo con una pastilla de jabón insecticida. Luego llegué a la piscina, nadé unos pocos metros en medio de un partido de waterpolo que dirigía el preparador de educación física y salí tan perfumado de antiséptico que tuve que regresar al hotel a darme un baño antes de salir a cenar.

Cenamos con el alto comisario, y muy a gusto. No hubo ninguna de las formalidades oficiales que están muy bien en las grandes celebraciones, pero que son un estorbo en las pequeñas. En realidad, de no haber sido por los criados árabes, muy bien podíamos haber estado cenando en una casa de campo inglesa. ¿Recordaría Poncio Pilatos a sus invitados la imagen de un hacendado italiano?

Cuando regresamos, había baile en el hotel. Christopher se encontró con un

antiguo compañero de estudios en el bar, quien le suplicó que, en nombre de la Madre Patria, se afeitara la barba.

—Lo digo en serio, Sykes, ya sabes, por supuesto, no me gusta tener que decirlo, lo digo muy en serio, por supuesto, puedes estar seguro, y preferiría no tener que decirlo, pero, amigo mío así son las cosas, me refiero, por supuesto, a que si estuviera en tu lugar yo me quitaría esa barba que llevas, porque la gente pensará, por supuesto, ya sabes, lo digo en serio, no, de veras que hubiese preferido no decirlo, por supuesto, pero no habría sido justo, por supuesto que no lo habría sido, pero, si de veras quieres saberlo, me has obligado a decírtelo, porque, de no habértelo dicho, ya sabes, las cosas son así, la gente habría podido pensar que eres un poco granuja, ya sabes, por supuesto.

Cuando todos se hubieron acostado, me dirigí a la ciudad vieja. Las calles estaban invadidas por la niebla, muy bien podía haber sido Londres en noviembre. En la tumba de la iglesia del Santo Sepulcro se estaba celebrando un servicio ortodoxo, al que acompañaba un coro de campesinas rusas. Aquellos cánticos rusos hacían que todo fuera distinto, y el lugar adquirió un aspecto más solemne y real cuando el obispo de barba blanca, con su corona achatada en forma de diamante y su capa bordada, salió del santuario en medio del suave resplandor de las velas. Gabriel volvió a presentarse y, cuando finalizó el servicio, me hizo entrar en la sacristía para tomar café con el anciano y el tesorero. Eran las tres y media cuando regresé al hotel.

SIRIA: Damasco (670 m), 12 de septiembre. Oriente se encuentra aquí en su mezcla más auténtica. Mi ventana da a una calle estrecha y adoquinada, cuyo olor a comida cargada de especias se ha desvanecido temporalmente, arrastrado por una corriente de aire frío. Amanece. La gente se pone en movimiento, animada por el trémulo canto sobrenatural del muecín que sale del pequeño alminar que hay al frente, en respuesta a otros más distantes. No tardará en empezar el vocerío de los vendedores y el martilleo de los cascos de las bestias de carga.

Lamento haber dejado Palestina. Es alentador encontrar un país dotado de una gran belleza natural, con una capital cuyo aspecto es merecedor de la fama que tiene, con una agricultura próspera y una renta que sube de forma prodigiosa, con el germen de una cultura autóctona moderna personificada en sus pintores, en sus músicos y en sus arquitectos, y con una administración cuya conducta semeja la de un benévolo terrateniente en medio de sus trabajadores. No hace falta ser sionista para ver que este estado de cosas se debe a los judíos. Éstos llegan a raudales. El año pasado se dio permiso de entrada a 6.000: llegaron 17.000. Los 11.000 restantes lo hicieron a través de pasos fronterizos que no se pueden controlar. Una vez en Palestina, se deshacen del pasaporte y así no se les puede deportar. Aun así, la impresión es que consiguen hallar la manera de ganarse la vida. Poseen iniciativa, tenacidad, conocimientos técnicos y capital.

La nube que se alza en el horizonte es la hostilidad de los árabes. Para un observador superficial, parece como si el gobierno, al ceder ante la susceptibilidad de los árabes, alentara su sentido de agravio, y en cambio no consiguiera ninguna de sus bondades.

Los árabes odian a los ingleses y no desaprovechan la más mínima ocasión para manifestarles en público sus malos modales. No consigo ver cómo esto puede ayudar a su causa ante el gobierno. Ellos carecen de la excusa de los habitantes de la India: la barrera del color.

Anoche, durante la cena, cuando Christopher estaba hablando de Persia, se dio cuenta de que un grupo de la misma mesa nos estaba observando. De repente advirtió que hablaban persa. Hablándome entre susurros, intentó recordar si había dicho algo despectivo contra el Sha o contra su país. Es como si nos acercáramos a una tiranía medieval de las sensibilidades modernas. Se produjo un incidente diplomático cuando la señora Nicolson comentó a la audiencia inglesa que en Teherán no había podido comprar mermelada.

Damasco, 13 de septiembre. Aunque muy restaurada después del incendio de 1893 la gran mezquita de los Omeyas data del siglo VIII. Las grandes arcadas, con la galería superior, son tan espléndidamente proporcionadas, y ostentan una armonía tan majestuosa, dentro de su severo estilo islámico, como la biblioteca de Sansovino en Venecia. En un principio, su desnudez estuvo a ro pda por el brillo de los mosaicos. De éstos aún quedan algunos los primeros paisajes de la tradición europea. Pues todo su pintoresquismo pompeyano, sus palacios con columnatas y sus castillos encaramados en lo alto de un peñasco constituyen auténticos paisajes, más que simple decoración, concebidos dentro de los mismos límites formales que la identidad de un árbol o la energía de un arroyo. Sus autores debieron de ser griegos, y presagiaron con bastante propiedad, los paisajes que el Greco haría de Toledo. Incluso ahora, cuando el sol se posa en un fragmento de muro exterior, uno puede imaginar el primitivo esplendor del verde y el dorado, cuando todo el patio relucía con aquellas mágicas escenas concebidas por la imaginación árabe a fin de como pensar la interminable sequedad del desierto.

Beirut, 14 de septiembre. Para venir aquí contratamos dos asientos en un coche. Junto a nosotros, en la parte de atrás, se sentaba un caballero árabe de enormes proporciones, vestido igual que una avispa con su túnica a rayas negras y amarillas, el cual sostenía entre las piernas un cesto con hortalizas. Delante iba una viuda árabe, acompañada por otro cesto lleno de hortalizas y un hijo pequeño. Cada veinte minutos vomitaba por la ventanilla. En algunas ocasiones parábamos, pero, cuando no era así, el vómito volvía a entrar volando por la otra ventanilla. Fueron tres horas nada agradables.

Con el correo habían llegado unos recortes de periódicos que describían la partida

de los quemadores de carbón. Incluso *The Times* había publicado media columna. El *Daily Express* decía:

Cinco hombres abandonaron anoche un hotel del West End, rumbo a una expedición secreta. Es muy probable que se trate de la expedición más romántica que se haya llevado a cabo hasta el momento.

Salieron de Londres en dirección a Marsella y al desierto del Sáhara. Después de esto, pocos son los que conocen cuál será su destino.

UNA DIFUSIÓN PREMATURA PODRÍA ACARREAR GRAVES CONSECUENCIAS POLÍTICAS.

* * *

Estos cinco hombres viajarán en dos camiones impulsados con unos equipos conversores de gas portátiles. El combustible utilizado será carbón normal y corriente tan sólo hace falta reabastecerlos cada ochenta o cien kilómetros. Es la primera vez que se usa este nuevo invento, pero es muy probable que en el futuro se utilice en todo el mundo para el transporte por carretera.

Es un fastidio ver el nombre de uno asociado a semejantes sandeces.

Ahora estamos esperando la llegada del Champollion, con los camiones y el grupo a bordo.

Beirut, 16 de septiembre. Mis presentimientos se han hecho realidad.

Al amanecer subí a bordo del Champollion. ¿Goldman? ¿Henderson? ¿Dos camiones? Nadie sabía nada de ellos. Pero Rutter sí estaba, con una historia impregnada de catástrofes y absurdidad.

Los camiones se habían estropeado en Abbeville. Podrían haber seguido con gasolina, pero habían preferido regresar en secreto a Inglaterra, donde se perfeccionaría el invento y se planearía una nueva salida, esta vez sin que se enterara la prensa, para dentro de un mes o así. Por temor a que yo también regresara y mi presencia en Londres revelara el fracaso del invento habían enviado a Rutter como avanzadilla para que me facturara sano y salvo a Persia. De hecho, se me había investido gratuitamente con los poderes y la personalidad de un chantajista.

Hemos pasado la mayor parte del día en el mar, recuperándonos de la conmoción, y hemos reservado plaza en un autocar de Nairn que sale para Bagdad el martes.

El mismo señor Nairn vino a tomar una copa esta noche, intrigado por lo de los camiones que utilizan carbón. Enterado desde hace años de semejante invento, o de otros similares, se mostró algo escéptico, y ni con la mejor voluntad del mundo pudimos combatir sus dudas con un exceso de fe. Toda Siria está excitada con las fotos de su nuevo autocar de lujo, que va a llegar en noviembre.

Damasco, 18 de septiembre. Desde que llegamos a estas costas Christopher y yo hemos averiguado que el coste de todo, desde una suite de lujo a una botella de agua de soda, puede reducirse a la mitad con el simple trámite de exigir que haya que

rebajarlo a la mitad. Con todo primor, pusimos en práctica nuestra técnica en el hotel de Baalbek.

—¿Cuatrocientas piastras por esta habitación? ¿Ha dicho usted cuatrocientas piastras? ¡Jesús! ¡Vámonos! Llama el coche. ¿Trescientas cincuenta? Querrá decir ciento cincuenta. ¿Trescientas? ¿Está usted sordo o es que no me entiende? He dicho ciento cincuenta. Tenemos que irnos. Hay otros hoteles Venga cargue el equipaje. A fin de cuentas, dudo que vayamos a quedarnos en Baalbek.

—Pero señor este es un hotel de primera clase. Le daré una cena muy buena, cinco platos. Y ésta es nuestra mejor habitación, señor con baño y vista sobre las ruinas, preciosa.

—Dios del cielo, ¿es que las ruinas son tuyas? ¿Es que debemos pagar incluso por el aire? Cinco platos para una cena son demasiados y no tengo la certeza de que el baño funcione. ¿Sigue todavía en las trescientas? Vaya bajando. He dicho que baje un poco. Doscientas cincuenta; eso está mejor. Yo digo ciento cincuenta. Pongamos doscientas. Deberá usted pagar las cincuenta de su propio bolsillo ¿qué le parece? Acepte, por favor. Me encantaría. ¿Doscientas pues? ¿No? Está bien. (Bajamos con paso acelerado las escaleras y salimos a la entrada) Adiós. ¿Cómo dice? No le he oído bien. ¿Doscientas? Eso había creído entender.

—Y ahora un whisky con soda. ¿Cuánto cobra por esto? Cincuenta piastras. ¿Cincuenta piastras, dice? ¿Quién se cree que somos? En cualquier caso, ustedes siempre ponen demasiado whisky. Le pagaré quince piastras, no cincuenta. No se ría. Y tampoco se vaya. Quiero exactamente esta cantidad de whisky, ni más ni menos; esto es sólo la mitad de una ración. ¿Treinta, dice usted? ¿Acaso treinta es la mitad de cincuenta? ¿Sabe usted aritmética? En efecto con soda. ¿Veinte, pues? No, veinticinco no. Veinte. Pues claro que hay una gran diferencia, basta con querer verla. Traiga la botella de una vez, y, por Dios, deje ya de discutir.

Durante la cena de cinco platos felicitamos al hombre por unas aves succulentas.

—Son perdices, señor —contestó—. Yo mismo las engordo, dentro de unas pequeñas jaulas.

La entrada a las ruinas cuesta cinco chelines por persona. Después de haber conseguido una reducción en la tarifa mediante una llamada telefónica a Beirut, al final nos disponemos a entrar.

—*Guide, Monsieur?*

Silencio.

—*Guide, Monsieur?*

Silencio.

—*Quest-ce que vous désirez, Monsieur?*

Silencio.

—*D'Où venez-vous, Monsieur?*

Silencio.

—*Où allez-vous, Monsieur?*

Silencio.

—*Vous avez des affaires ici, Monsieur?*

—*Non.*

—*Vous avez des affaires à Bagdad, Monsieur?*

—*Non.*

—*Vous avez des affaires à Teheran, Monsieur?*

—*Non.*

—*Alors, qu'est-ce que vous faites, Monsieur?*

—*Je fais un voyage en Syrie.*

—*Vous êtes un officier naval, Monsieur?*

—*Non.*

—*Alors, quel est-ce que vous êtes, Monsieur?*

—*Je suis homme.*

—*Quoi?*

—*Homme.*

—*Je comprends. Touriste.*

Hasta *voyageur* está pasado de moda, y con razón la palabra tiene un matiz halagador. El antiguo viajero era alguien que iba en busca de conocimiento, y al que los indígenas se complacían en agasajar con las cosas interesantes de la localidad. En Europa, hace tiempo que esta actitud de reconocimiento mutuo ha desaparecido. Pero al menos allí el «turista» ya no es un fenómeno. Forma parte del paisaje, y en nueve casos de cada diez dispone de poco dinero para gastar después de lo que ha tenido que pagar por el viaje. Aquí sigue siendo todavía una aberración. Si vienes de Londres a Siria por negocios, entonces tienes que ser rico. Si vienes de tan lejos y no es por negocios, entonces tienes que ser muy rico. A nadie le importa si el lugar te gusta, si lo odias o qué. Eres tan sólo un turista, del mismo modo que un primo es un primo, una variante parasitaria del género humano que existe únicamente para sacarle el jugo, como una vaca lechera o un árbol del caucho.

Frente al torniquete, ese ultraje final, un vejestorio medio paralítico invierte diez minutos para anotar cada entrada. Después de esto, huimos de todas estas trivialidades y penetramos en la gloria de la Antigüedad.

Baalbek es el triunfo de la piedra, de la magnificencia de la piedra, a una escala cuyo lenguaje, siendo todavía el lenguaje de la vista, reduce Nueva York a un simple hormiguero. La piedra es de color melocotón, con una pátina de oro rojizo del mismo modo que las columnas de St. Martin-in-the-Fields están cubiertas de hollín. Tiene una textura marmórea, no transparente, sino ligeramente polvorienta como la capa lechosa que hay sobre las ciruelas. El amanecer es el momento ideal para ver Baalbek, para alzar la vista hacia la Seis Columnas, cuando la atmósfera de melocotón dorado y azul brillan con idéntico esplendor, e incluso los pedestales vacíos que no sostienen columna alguna adquieren una identidad viva, favorecida por el sol, contra la profunda tonalidad violeta del firmamento. Mirar hacia lo alto, hacia

lo alto, a esa carne extraída de la cantera, a esas astas tres veces enormes, hasta los capiteles rotos y a la cornisa grande como una casa, todo flotando sobre el azul. Mirar por encima de los muros, hacia los verdes bosquecillos de álamos de tallo blanco, y por encima de éstos hacia el lejano Líbano, un estremecimiento de colores malva y azul, dorado y rosa. Mirar siguiendo las montañas hasta el vacío el desierto, ese mar de piedras sin un alma. Beber el aire embriagador. Acariciar la piedra con tus blandas manos. Decir adiós a Occidente si éste te pertenece. Y entonces, turista, vuélvete hacia Oriente.

Nosotros así lo hicimos cuando las ruinas cerraron. Oscurecía ya, y damas y caballeros, formando grupos separados, cenaban sobre la hierba de un prado junto al arroyo. Algunos se sentaban en una silla, junto a unas fuentes de mármol, y fumaban de una pipa de agua, otros, sentados sobre la hierba debajo de los escasos árboles comían junto a sus fanales. Las estrellas habían salido y las laderas de la montaña eran cada vez más oscuras. Entonces sentí la paz del Islam. Si menciono esta experiencia tan trivial es porque, tanto en Egipto como en Turquía, ahora se nos niega esta paz, mientras que en la India el islamismo se manifiesta, como cualquier otra cosa, única y exclusivamente a la manera de ese país. Y en cierto modo es así porque ningún hombre ni ninguna institución pueden enfrentarse a ese entorno abrumador sin sufrir un cambio de identidad. Pero yo puedo decir esto por experiencia propia: cuando viajaba por la India musulmana sin un conocimiento previo de Persia, me comparaba a un indio que estuviera observando el clasicismo europeo, y que hubiese empezado por las orillas del Báltico en vez de por el Mediterráneo.

Ayer por la tarde, en Baalbek, Christopher se quejó de cansancio y se metió en la cama, lo cual retrasó nuestra partida hasta que fue noche cerrada y hacía un frío espantoso en los altos del Líbano. Al llegar a Damasco se tomó un par de tabletas de quinina y se acosó, pero le entró un dolor de cabeza tan fuerte que soñó que era un rinoceronte de un solo cuerno. A la mañana siguiente se despertó con 39 grados de fiebre, si bien la crisis había remitido ya. Hemos tenido que cancelar nuestros asientos en el autocar de Nairn para mañana, y los hemos reservado para el viernes.

Damasco, 21 de septiembre. Un joven judío se ha encariñado con nosotros. Esto ocurrió porque hay un camarero del hotel que es una copia exacta de Hitler, y cuando comenté esta circunstancia, el judío, el gerente del hotel y el propio camarero sufrieron tal ataque de risa que a duras penas podían parar.

Al cruzar Rutter y yo por una zona polvorienta, devastada por los bombarderos franceses, descubrimos a un adivino que hacía marcas en una bandeja con arena, mientras una pobre mujer y su demacrada criatura esperaban a que les informara respecto a destino de la pequeña. Por allí cerca había otro adivino similar sin clientela. Me agaché a su lado. El adivino puso un poco de arena en la palma de mi mano y me dijo que la esparciera sobre la bandeja. Luego marcó de manera muy

superficial tres líneas de jeroglíficos en la arena, las examinó un par de veces como si de las cartas de un solitario se trataran, hizo una pausa en actitud pensativa antes de trazar con brusquedad una profunda diagonal y pronunció estas palabras, que imagino que Rutter tradujo con la suficiente exactitud, puesto que había pasado nueve meses en La Meca disfrazado de árabe:

—Tienes un amigo al que aprecias mucho y el cual te aprecia a ti. Dentro de unos días te enviará dinero para tus gastos de viaje y más tarde se reunirá contigo. Tendrás un viaje venturoso.

Por lo visto, mis poderes como chantajista funcionan de manera espontánea.

El hotel es propiedad del señor Alouf, cuyos hijos habitan en el último piso. Una noche me condujo a una bodega desprovista de ventilación en la que había alineadas unas vitrinas de cristal y una caja de seguridad. De las vitrinas sacó los siguientes objetos:

Un par de cuencos de plata enormes, grabados con símbolos cristianos y con una imagen de la Anunciación.

Un documento escrito en una tela color barro, de unos noventa centímetros a un metro de longitud por cuarenta y cinco centímetros de ancho, que se supone es el testamento de Abu Bakr el primer califa, y que, según se dice la familia del rey Hussein había traído de Medina en 1925.

Una botella bizantina de cristal azul oscuro, delgada como la cáscara de un huevo, sin tara alguna, y cuya altura ronda los veinticinco centímetros.

Una cabeza helenística de oro, que tiene los labios separados, ojos de cristal y cejas azul intenso.

Una momia de oro en el interior de un cofre.

Y una estatuilla de plata de unos veinticinco centímetros, que, al no haber nada con lo que se la pueda comparar, el Señor Alouf calificó como hitita. Este objeto, de ser auténtico, debe de ser uno de los descubrimientos más notables de los últimos tiempos en el Próximo Oriente. La figura representa a un hombre de anchos hombros y caderas estrechas. En la cabeza lleva un gorro puntiagudo, tan alto como su cuerpo. Tiene roto el brazo izquierdo, en la articulación del derecho sostiene un toro cornudo, y un cetro en la mano. En torno a la cintura lleva una faja de hilos de alambre. Tanto estos hilos, como el cetro, la cola y los cuernos del toro, y el gorro son de oro. Y el oro es tan flexible que el señor Alouf dobló jocosamente el cetro hasta formar un ángulo recto, para luego enderezarlo de nuevo. Nada logró persuadirle para que me autorizara a fotografiar la estatuilla. Uno se pregunta cuándo y cómo se podrá rescatar de aquella bodega.

Christopher se levantó el miércoles, y Rutter nos llevó a tomar el té con El Haj Mohammad ibn el Bassam, un anciano de setenta años, o más, ataviado con el traje de los beduinos. Su familia favoreció a Doughty, y él es un personaje famoso entre los arabófilos. Después de ganar una fortuna con los camellos durante la guerra, al

concluir ésta perdió cuarenta mil libras por haber especulado con marcos alemanes. Tomamos el té en una mesa de mármol, a la que la altura de las sillas tan sólo nos permitía rozar con la barbilla. El ruido de la conversación en árabe, puntuada con ventosidades y sorbos, me recordó a Winston Churchill pronunciando un discurso.

Los árabes odian más a los franceses que lo que nos odian a los ingleses. Y, teniendo toda la razón para odiarnos, sin embargo se muestran muy corteses; en otras palabras, han aprendido a disimularlo cuando conocen a un europeo. Esto hace que Damasco sea una ciudad muy agradable desde el punto de vista del visitante

IRAQ: Bagdad (30 m), 27 de septiembre. Si hay algo en la tierra capaz de conseguir que este país resulte atractivo, es compararlo con el trayecto hasta aquí. Viajamos en el interior de un vagón con dos ruedas y forma de plátano, enganchado al asiento trasero de un Buick de dos plazas y conocido de manera eufemística como el aerobús. Un autocar más grande, el padre de todos los autobuses venía detrás de nosotros. Herméticamente sellados a causa de polvo y sin embargo empapados por el continuo goteo de un depósito de agua potable, avanzamos traqueteantes a sesenta por hora a través de un desierto carente de pistas, castigados por el sol, ensordecidos por el golpeteo de las piedras contra el suelo de hojalata y asfixiados por el hedor de cinco sudorosos compañeros de viaje. Al mediodía hicimos un alto para el almuerzo, que la compañía nos entregó dentro de una caja de cartón, en la que una etiqueta ponía «Servido con una sonrisa». El servicio sería con un «fruncimiento de cejas», si alguna vezuviésemos que dirigir un medio de transporte por estas zonas. El papel parafinado y las cáscaras de los huevos duros se alejaron flotando por el aire hasta destrozar el paisaje de la campiña árabe. Al atardecer llegamos a Rutbah y, dado que había almorzado aquí durante mi viaje a la India en 1929, vi con sorpresa que estaba invadido por un ejército de peones y un campamento: eran los efectos del oleoducto del Mosul. Cenamos allí: tanto el whisky como los refrescos cuestan seis chelines cada uno. Por la noche nos animamos; la luna brillaba a través de la ventana, y los cinco iraquíes, dirigidos por la señora Mullah, se pusieron a cantar. Nos adelantó un convoy de coches blindados que escoltaba a los hermanos de Feisal, el ex rey Ali y el emir Abdullah, los cuales regresaban de los funerales de Feisal. El amanecer nos descubrió, no el desierto dorado, sino el barro, barro por todos lados. A medida que nos acercábamos a Bagdad, la desolación iba en aumento. La señora Mullah hasta ese momento tan recatada, ocultó sus encantos detrás de un espeso velo negro. Los hombres se pusieron unas gorras negras. Y a las nueve en punto, cuando la ciudad de las Mil y Una Noches nos mostró su solitaria calle principal, hubiéramos podido imaginar que nos encontrábamos en el extremo más desolado de Edgware Road.

Produce muy poco placer recordar que Mesopotamia fue en el pasado tan rica, tan fértil en arte e inventiva, tan hospitalaria con los sumerios los seléucidas y los sasánidas. El dato más relevante de la historia de Mesopotamia es que en el siglo XIII

Hulagu destruyó el sistema de regadío, y a partir de ese día Mesopotamia ha sido una tierra de barro privada del único beneficio que otorga el barro: la fertilidad de los vegetales. Es una llanura de barro, tan plana que una simple garza descansando sobre una pata junto al hilito de agua de una acequia parece tan alta como un poste de telégrafos. De esta llanura se elevan aldeas de barro y ciudades de barro. Los ríos fluyen con barro líquido. El aire se compone de barro refinado hasta convertirse en gas. El color de la gente es el color del barro, y también el de su vestimenta, y el tocado nacional no es más que una torta de barro institucionalizada. Bagdad es la capital que uno podría esperar de esta tierra favorecida por los dioses. Se oculta en medio de una nube de barro, y cuando la temperatura desciende por debajo de los cuarenta grados, sus habitantes se quejan del frío y sacan las prendas de pieles. Hoy en día es justamente famosa por una sola cosa: una especie de furúnculo que tarda nueve meses en curar y que deja una cicatriz.

Christopher a quien la ciudad le desagrada más que a mí, la califica de paraíso comparada con Teherán. De hecho, si yo creyera todo lo que él me ha contado de Persia, debería considerar nuestra partida de mañana como una sentencia de destierro. Y no es así. Pues Christopher está enamorado de Persia. Habla de esta manera lo mismo que si a un chino bien educado le preguntas por su esposa, te contestará que la zorra espantapájaros no ha muerto aún, con lo cual querrá decir que su bella y reverenciada consorte goza de una excelente salud.

El hotel está regentado por sirios, unos tipos patéticos y beligerantes, de modales melifluos, cuya vida aún está medio regida por el terror. Tan sólo hay uno al que consideraría bagdadiano de verdad, un espabilado joven llamado Daood (David), que incrementa los precios de todos los coches de Teherán y que se refiere a arco de Ctesifonte como una «vista espléndida, señor, muy alta»

Este arco mide 37 metros desde el suelo, y su luz es de 25 metros. También está hecho de barro; aun así, ha sobrevivido durante catorce siglos. Existen algunas fotografías en las que se ven dos laterales en lugar de uno, y también la fachada del arco. En conjunto, sus ladrillos mal cocidos tienen un hermoso color, un ocre blanquecino que destaca sobre un cielo que vuelve a ser azul ahora que estamos fuera de Bagdad. La base ha sido restaurada hace poco, y con toda probabilidad por vez primera desde su construcción.

Aquí el museo se halla bajo vigilancia, no para que los tesoros de Ur estén a salvo, sino para que los visitantes no ensucien el latón de las vitrinas al apoyarse en ellas. Dado que ninguno de los objetos que en él se exhiben es mayor que un dedal, nos fue imposible contemplar los tesoros de Ur. En el muro exterior, el rey Feisal colocó una placa en memoria de Gertrude Bell. Al dar por sentado que la intención del rey Feisal era que se leyera la inscripción, me acerqué para leerla. De inmediato, cuatro policías me lanzaron un alarido y me apartaron de allí. Le pregunté al director del museo por qué actuaban así.

—Si es usted corto de vista, puede conseguir un permiso especial —fue su

respuesta.

Una muestra más del encanto árabe.

Cenamos con Peter Scarlett, y Ward, un amigo suyo, explicó una anécdota relacionada con los funerales de Feisal. Hacía un día extremadamente caluroso, y un negro corpulento se internó en la zona reservada a los dignatarios. Sin embargo al cabo de un rato le obligaron a salir de allí «¡Maldita sea! —exclamó el jefe de las tropas inglesas—. ¡Se han llevado mi sombra!».

Aquí me aguardaba el dinero, tal como el adivino había prometido.

SEGUNDA PARTE

PERSIA: Kermanshad, Kermanshah, Teherán, Gulhek, Zanján,
Tabriz, Maragheh, Tasr Kand, Saoma, Kala Julk, Ak Bulagh, Zanján



PERSIA. Kermanshah (1490 m), 29 de septiembre. Ayer estuvimos viajando las veinticuatro horas. Las dificultades estribaron más en la discusión que en la locomoción.

Una abrasadora tormenta de polvo nos empujó en volandas por la carretera hasta Khaneqín, y en medio de la oscuridad surgió de pronto una línea de colinas. Christopher me agarró del brazo.

—Los bastiones de Irán —anunció solemne.

Unos instantes después subimos una pequeña cuesta y de nuevo desembocamos en la llanura. Esto se fue repitiendo cada ocho kilómetros, hasta que el verde opaco de un oasis nos anunció la ciudad y la frontera.

Allí cambiamos de coche, pues tanto Persia como Irak se niegan a admitir a los conductores del país vecino. Aparte de eso el recibimiento que nos dieron fue hospitalario: los oficiales persas nos ofrecieron disculpas por el engorroso asunto de la aduana y nos retuvieron allí durante tres horas. Cuando les pagué las tasas por unos carretes de fotografía y algunos medicamentos, cogieron el dinero al tiempo que bajaban la mirada, lo mismo que una duquesa que aceptara un donativo para actos de beneficencia.

A Christopher le hice un comentario acerca de lo ridícula era la indumentaria de la gente.

—¿Por qué el Sha les obliga a llevar estos tocados?

—Chisss... No debes mencionar al Sha en voz alta señor Smith.

—Siempre llamo señor Smith a Mussolini en Italia.

—Entonces señor Brown.

—No, ése es el nombre de Stalin en Rusia.

—Entonces señor Jones.

—Jones tampoco sirve. Se lo aplico a Hitler ahora que Primo de Rivera ha muerto. Además, me hago un lío con esos nombres tan comunes. Será mejor que lo llamemos Marjoribanks si queremos saber a quién nos referimos.

—De acuerdo. Y será mejor que también lo utilices para tus notas, por si confiscan tu diario.

—Así lo haré, de ahora en adelante.

En Qasr-i-Shirin nos detuvieron otra hora, mientras la policía nos extendía una autorización hasta Teherán. Luego, en efecto se mostró ante nosotros todo el esplendor de Irán. Iluminado desde atrás por el sol poniente, y delante por la luna emergente un vaso panorama de sucesivas colinas redondeadas se alejaba de las ruinas sasánidas centelleando aquí y allá con las luces ambarinas de las aldeas. Hasta que muy a lo lejos, emergió una poderosa cadena de montañas, por fin los auténticos bastiones. Subiendo y bajando, avanzamos veloces a través del tonificante aire puro has a llegar al pie de las montañas allí subimos y subimos hasta un collado en medio

de los dentados pináculos que se mezclaba con el entramado de las estrellas. Al otro lado estaba Karand, donde cenamos con la música de los arroyos y el canto de los grillos de cara a un jardín de álamos bañados por la luna, mientras mordisqueábamos grandes cantidades de uva dulce. En la habitación había unos grabados que representaban a una Persia femenina reposando en brazos de Marjoribanks, mientras, desde lo alto del arco de Ctesifonte, Jamshyd, Artajerjes y Darío los contemplaban con mirada aprobadora.

Teherán (1190 m), 2 de octubre. En Kermanshah el chófer dio rienda suelta a su temperamento. No deseaba pasar la noche en Hamadán, sino dormir en Qazvín. ¿Por qué motivo? No podía dar ninguno. Y dudo que lo supiera. Era como una criatura que quiere una muñeca en vez de otra. Para concluir con la discusión, que había empezado a involucrar a todo el personal del hotel, salí hacia Taqbostán por la mañana. Esto imposibilitaría proseguir más allá de Hamadán ese día.

En las cuevas de Taqbostán tuvo que trabajar más de un escultor, pues el rostro de los ángeles que hay encima del arco es de estilo copto, y sus túnicas son tan planas y delicadas como un medallón de bronce renacentista. Los paneles laterales del interior del arco son en alto relieve, pero difieren entre sí mientras: el de la izquierda está exquisitamente acabado y esculpido, el del lado contrario nunca se acabó, y aparece tallado en una serie de planos achatados como si se acumularan sobre la piedra en lugar de emerger de ella. Luego, al fondo, en violento contraste con estas móviles escenas de caza y cortejo casi cinematográficas, se yergue la gigantesca figura de un rey a caballo, cuya hierática crueldad recuerda un monumento alemán a la guerra. Esa estatua es típica del estilo sasánida. Resulta difícil creer que los otros artistas fueran persas.

Las cuevas se esculpieron en la base de una gran escarpa montañosa y se reflejan en un embalse de agua. A un lado se levanta una destartada casa de lenocinio, en la que en aquellos momentos un grupo de mujeres celebraban un pícnic. El aire romántico del lugar se completó cuando se les unió un caballero de facciones enjutas el cual vestía una camisa con los faldones fuera, bombachos de raso color lila y medias de algodón que se sujetaba mediante unos tirantes también de color lila.

Bisotun, con su gran inscripción cuneiforme tallada como las páginas de un libro sobre una roca color sangre, nos retrasó un minuto y lo mismo sucedió con Kangavar, un pequeño lugar en ruinas que se jacta de los restos de un templo helenístico, y con una tribu de chiquillos que nos lanzaron adoquines. En Hamadán pasamos por alto las tumbas de Ester y de Avicena, pero visitamos el Gumbad-i-Alaviyan un mausoleo selyuquí del siglo XII, cuyos paneles de estuco sin policromar, hinchados y vaciados en una orgía de exuberancia vegetal, son sin embargo tan formales y espléndidos como el propio Versalles o quizá más espléndidos teniendo en cuenta la economía de medios, pues cuando el esplendor se consigue con un cincel y un puñado de estuco en

lugar de con toda la riqueza del mundo, tan sólo queda el esplendor del diseño. Y éste hace que uno olvide por fin el sabor que dejaron en su boca la Alhambra y el Taj Mahal, por lo que al arte islámico se refiere. Yo vine a Persia para librarme de ese sabor.

Ese día, el viaje estuvo dominado por una excitación sin límites. Arriba y abajo por las montañas, cruzando las interminables llanuras, saltando y cayendo en picado. El sol nos despellejó. Grandes espirales de polvo, danzando como demonios por el desierto, detuvieron nuestro elegante Chevrolet y nos asfixiaron. De pronto, desde el otro lado del valle, llegó el destello de una tinaja azul turquesa bamboleándose encima de un asno. El dueño caminaba a su lado, vestido con un azul más apagado. Al verlos a ambos perdidos en aquella gigantesca desolación rocosa, comprendí por qué el azul es el color de Persia, y por qué la palabra persa que se utiliza para referirse al azul también se emplea para referirse al agua.

Llegamos de noche a la capital. Ni el más leve centelleo de luz en el horizonte nos advirtió de su presencia. Primero árboles, y luego casas, nos rodearon de improviso. De día es una especie de ciudad balcánica. Sin embargo, los montes Elburz que medio se apoderan del cielo, confieren un sorprendente interés a las calles perpendiculares a las montañas.

Teherán, 3 de octubre. En el club inglés encontramos a Krefter, el ayudante de Herzfeld en Persépolis, profundamente inmerso en una conversación con Wadsworth, el secretario de la Embajada norteamericana. Su secreto, aunque ambos estaban demasiado excitados para mantenerlo consistía en que durante la ausencia de Herzfeld en el extranjero, Krefter había excavado una serie de placas de oro y plata en las que se registraba la fundación de Persépolis por Darío. Krefter había descubierto su disposición mediante cálculos matemáticos abstractos, y cuando se cavaron los hoyos, allí estaban: dentro de unas cajas de piedra. Aunque de mala gana, Krefter nos enseñó las fotos que había sacado; en sus ojos centelleaban los celos y la desconfianza de arqueólogo. Por lo visto, Herzfeld había convertido Persépolis en su feudo privado y había prohibido que nadie fotografiara el lugar.

Esta tarde fui a visitar a Mirza Yantz, un anciano caballero diminuto y muy educado. Nos sentamos en su estudio, que daba a un estanque circular y a un jardín lleno de geranios y petunias que él mismo había plantado. Es delegado de la colonia armenia de Jolfa, situada en las afueras de Isfahán, y ha traducido El corsario al armenio, pues el espíritu nacional aprecia a Byron debido a la mención que éste hizo del monasterio armenio en Venecia. Hablamos de la guerra, cuando muchos persas tenían depositados sus dineros (tanto literal como metafóricamente hablando) en las potencias centrales. Carentes de la noción del poderío naval, les resultaba difícil imaginar qué daños podía infligir Inglaterra a Alemania, situada a una distancia de 200 farsangs^[1]. Mirza Yantz se había mostrado más que previsor.

—Yo solía contarle a la gente la siguiente historia: En una ocasión yo había viajado desde Basora a Bagdad, y durante varios días me alojé en casa de un jeque, el cual hizo todo lo humanamente posible por agasajarme. Era un hombre rico, y para montar me dio una hermosa yegua gris, que saltaba y corcoveaba mientras él avanzaba con paso sosegado junto a mí, montado en una yegua negra sin brío. De modo que le pregunté «¿Por qué me ha dado este espléndido animal, mientras usted elegía esa yegua negra tan lenta, que avanza con la cabeza entre las patas?»

—“¿De veras cree que es lenta?”, me preguntó el jeque. Hagamos una carrera.

»Durante los primeros quinientos metros yo fui en cabeza. Luego me volví hacia atrás. “Siga, siga” me dijo el jeque haciendo señas con la mano, así. Yo seguí la marcha. Al cabo de un rato me di cuenta de que la yegua negra se acercaba Espoleé a mi montura. Fue inútil. La yegua negra me pasó, aunque seguía sin brío y con la cabeza entre las patas.

»Solía decirle a la gente que la yegua gris era Alemania, y que la negra era Inglaterra.

Gulhek (1370 m), 5 de octubre. Una mañana regida por la pereza. Los árboles salpicaban de manchas las persianas de junco de la galería. Montañas y cielo azul a través de los árboles. Un arroyo que desciende de las colinas murmura hasta un estanque de baldosas azules. La flauta mágica en el gramófono.

Esto es la Simla de Teherán.

Estas dos semanas la valija de Bagdad ha llegado con un oficial de las fuerzas aéreas, el cual ayudó a evacuar a los sirios. Dijo que si a él y a sus compañeros oficiales les hubieran ordenado bombardear a los sirios, tal como se había discutido, se habrían negado a cumplir la misión. El aeródromo donde aterrizaban, cerca del Mosul, estaba cubierto de cadáveres, a la mayoría de los cuales les habían disparado en los genitales; ellos, los británicos, habían tenido que enterrarlos. Por el lado de la ciudad en donde soplaban el viento llegaba asimismo un terrible hedor que traía recuerdos de la guerra a los oficiales más veteranos. Habían tomado fotografías de los cadáveres, pero se las habían confiscado a su regreso a Bagdad, y se les había ordenado que nada dijeran acerca de lo que habían visto. Se mostraba furioso, indignado, como lo estaría cualquiera cuando se trata de guardar las apariencias a costa de silenciar atrocidades.

Durante el almuerzo conocimos al señor Wylie, un americano aficionado a la caza mayor, que ha estado buscando onagros cerca de Isfahán. La conversación desembocó en el tigre y la foca del Caspio, el caballo salvaje y el león persa. El tigre y la foca son bastante comunes. Se cuenta que hará unos dos años un alemán disparó contra un caballo salvaje, pero por desgracia sus criados se comieron no sólo la carne, sino hasta el pellejo, de modo que nadie más pudo verlo. El último león fue visto cerca de Shustar durante la guerra.

Las montañas se veían muy hermosas mientras avanzábamos en medio de jardines y huertos hacia las desnudas faldas de las colinas, nítidas y rotundas, como la llamada de una voz. El solitario casquete de nieve de la derecha era el Damavand. El sol se ponía. Nuestras sombras se alargaban y se confundían con otra sombra gigantesca que invadía toda la llanura. Una sombra que se tragaba las colinas más bajas, luego las más altas, y las propias cumbres. El sol tan sólo iluminaba el Damavand, un ascua rosada sobre el cielo en penumbra. Y entonces, a medida que hacíamos girar a los caballos, la transformación se invertía y se repetía pues el sol se había ocultado detrás de un cúmulo de nubes y asomaba por debajo. El Damavand estaba en sombras mientras las bajas colinas se veían ahora iluminadas. En esta ocasión la sombra ascendió con rapidez. La cordillera se oscureció. El ascua rosada volvió a brillar pero tan sólo un minuto. Y las estrellas salieron de su escondite.

Esta tarde han llegado noticias de que Teimur Tash murió hace dos días en la cárcel, a las diez de la noche después de habersele privado de todo tipo de comodidades, hasta de la cama. Incluso yo, que me hallaba en Moscú durante la recepción que allí le dieron en 1932, lo considero muy triste así que los que le conocieron como al todopoderoso visir y le apreciaron se sienten mucho más afectados. Pero aquí la justicia es real y personal, de modo que muy bien podían haberle matado a patadas y en público. Marjoribanks dirige este país con el miedo, y el miedo supremo reside en la bota real. Se podría argumentar que, en una época en que las armas provocan la muerte desde lejos, esto redundaría en su favor.

Teherán, 7 de octubre. Con miras a facilitar mis desplazamientos visité a varias personas, entre las cuales estaban Jam, ministro de Interior, Mustafá Fateh, director de distribución de la Anglo Persian Oil Company, y el epigrafista Farajollah Baz. Luego fui a tomar el té en casa de Mirza Yantz, donde la conversación se desarrolló en inglés, griego, armenio, ruso y persa. El invitado de honor era Emir-i-Jang, hermano de Sardar Assad, ministro de la Guerra, y uno de los grandes jefes bajtiales. Había traído un regalo para la hija de Mirza Yantz: un mobiliario completo para muñecas, dorado y tapizado con felpa. Esto hizo que la concurrencia estallara en muestras de entusiasmo.

Shir Ahmad, el embajador afgano, parece un tigre disfrazado de judío. Le digo:

—Si su excelencia me autoriza, me gustaría visitar Afganistán.

—¿Le gustaría visitar Afganistán? —Rugiendo—. ¡Por supuesto que visitará Afganistán!

Según él existe una auténtica carretera desde Herat a Mazar-Sharif.

Teherán, 10 de octubre. Existe un mausoleo en forma de torre estriada a unos diez kilómetros de Rey, cuya parte baja es de estilo selyuquí y otro más allá de Veramín,

que es más armonioso, aunque no tan monumental. Éste conserva el techo, y su arrendatario es un adicto al opio que tan sólo apartó la mirada del almuerzo que estaba preparando para decirnos que era su casa, y que tenía tres mil años de edad. La mezquita de Veramín data del siglo XIV. De lejos semeja una abadía en ruinas —la de Tintern, por ejemplo—, pero en vez de torre tiene una cúpula, la cual se apoya sobre una estructura octagonal de media planta situada encima de la cámara santuario cuadrada que hay en el lado oeste. El conjunto es de puro ladrillo color café con leche, macizo, sin pretensiones, bien proporcionado: expresa la idea de contenido, algo que nunca ha hecho la arquitectura de fachada árabe o india. En su interior hay un mihrab construido con la misma técnica que el de Gumbad-i-Alaviyan en Hamadán. Pero el diseño, aun siendo posterior, es tosco y confuso.

Un hombre que semeja un mozo de estación venido a menos —como la mayoría de los persas bajo las actuales leyes suntuarias— se unió a nosotros en la mezquita. En su muñeca se posaba un halcón moteado de gris y blanco, con la cabeza tapada por una capucha de cuero. Lo había cogido del nido.

Cenamos con Hannibal, que, al igual que Pushkin, es descendiente del negro de Pedro el Grande. Y por tanto primo de algunos miembros de la realeza inglesa. Después de escapar de los bolcheviques, se convirtió en ciudadano persa, y ahora lleva un estilo de vida más persa que el de los propios persas. Un criado que sostenía una linterna de papel de un metro de altura nos condujo hasta su casa a través de los laberintos de viejo bazar. Los otros invitados eran un príncipe qayar, hijo de Firman Firma, y su esposa, que se había criado en Hong Kong. Los dos, más ingleses que los propios ingleses, se mostraron desconcertados al tener que comer en el suelo. La casa era muy pequeña, pero el torreón en miniatura y el patio hundido le daban cierta prestancia. Hannibal está muy ocupado en la creación de una biblioteca Firdawasi, en honor del poeta, cuyo milenario se celebrará el año que viene.

Zanján (1670 m), 2 de octubre. Hemos intentado llegar a Tabriz con un camión, y aún lo seguimos intentando. Hasta el momento el viaje no ha salido de acuerdo con lo planeado. El camión tenía que partir supuestamente a las cuatro. A las cuatro y media el garaje nos envió en taxi a otro garaje situado más allá de la Puerta de Qazvín. A las cinco, en este garaje intentaron que nos fuéramos en un decrepito autobús, a la vez que nos informaban de que en ningún momento había habido un camión disponible. De modo que alquilamos un coche, pero antes de partir decidimos que el primer garaje nos devolviera el anticipo. Esto provocó un altercado. Mientras tanto, un camión quedó disponible, ante lo cual el chófer del coche que habíamos alquilado amenazó con ir a la policía si le dejábamos en la estacada. No le dejamos.

En Qazvín, a la mañana siguiente, alquilamos otro coche, cuyo chófer se negó a bajar la capota. De modo que al pasar por encima del primer bache a sesenta por hora, y yo darme con la frente un porrazo contra una de las traviesas de madera, le

aticé una fuerte palmada en la espalda. El coche se detuvo en seco. Le ordenamos al chófer que prosiguiera. Y así lo hizo a diez kilómetros por hora. Le ordenamos que fuera más rápido. Así lo hizo durante un corto rato, pero luego volvió a reducir la marcha.

CHRISTOPHER: ¡Más rápido! ¡Más rápido!

CHÓFER: ¿Cómo puedo conducir más rápido si ustedes me pegan?

R. B.: ¡No se detenga!

CHÓFER: ¿Cómo puedo conducir si el agá no me quiere?

CHRISTOPHER: Conduzca con cuidado. Nosotros le queremos pero no nos gusta que conduzca de forma temeraria.

CHÓFER: ¡Ay! ¿Y cómo quieren que conduzca? El agá me odia. Mis días son muy amargos.

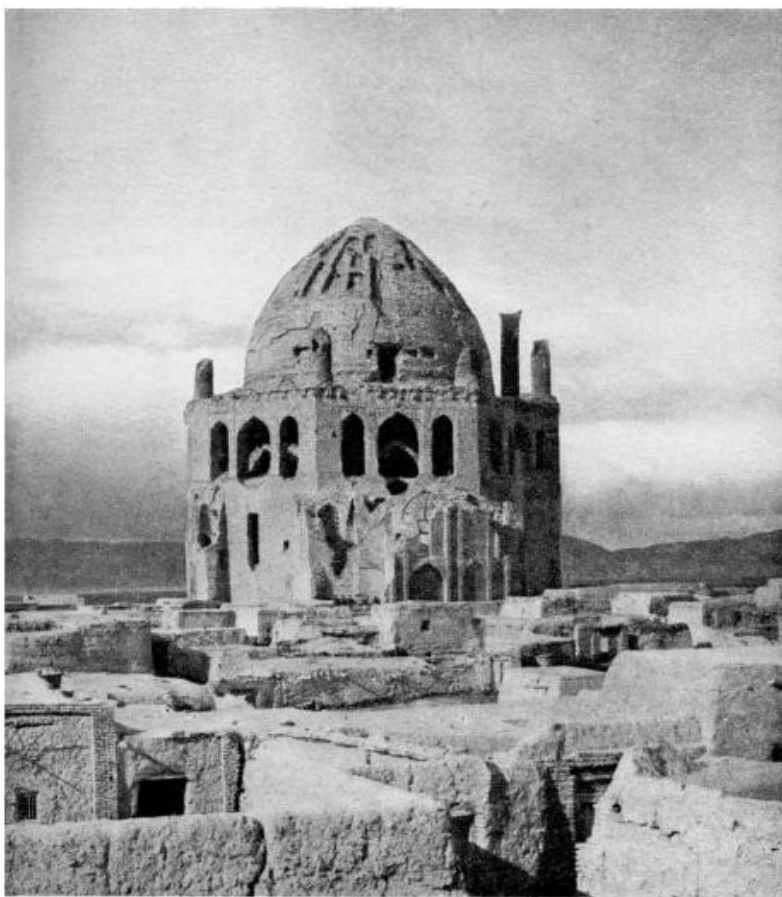
CHRISTOPHER: El agá no le odia.

CHÓFER: ¿Cómo es posible que no me odie, si le he roto la cabeza?

Y así durante kilómetros y kilómetros, hasta llegar al puesto de policía. Allí se detuvo en seco y dijo que tenía que formular una denuncia. Sólo nos quedaba una solución: ser los primeros en formularla. Saltamos del coche y con paso rápido nos dirigimos al cuartelillo. Esto alarmó al chófer, pues era evidente que si íbamos en busca de la policía con semejante determinación, los agentes se pondrían de nuestra parte en lugar de la suya. De modo que sugirió que prosiguiéramos nuestro camino. Estuvimos de acuerdo con él.

El incidente fue una ilustración, y una advertencia, del profundo terror que experimentan los persas incluso ante un simulacro de violencia física.

Kilómetro tras kilómetro seguimos por una línea recta, entre dos cordilleras de montañas paralelas, La cúpula de Sultaniya se elevaba por encima del desierto. Para llegar tuvimos que atravesar todo un sistema de regadío, y allí nos encontramos con una Persia del todo distinta. A tan sólo unos pocos kilómetros de la carretera principal, el moderno sombrero Palhevi había sido sustituido por los gorros en forma de yelmo que aparecen en los relieves de Persépolis, y la mayoría de los aldeanos hablaban turco. Después de tomar en la casa de té un tazón de cuajada y una torta de pan tan grande como una tienda, entramos en el mausoleo.



Sultaniya: mausoleo de Uljaitu (1313)

Este notable edificio fue concluido en 1313 por el príncipe mongol Uljaitu. Una cúpula en forma de huevo, de unos treinta metros de altura, descansa sobre un alto octágono y se halla encerrada por una empalizada de ocho alminares, los cuales descansan sobre el parapeto del octágono en las esquinas. La obra de ladrillo es de un tono rosado, pero los alminares eran, ya en su origen, de color turquesa, y unos trifolios del mismo color, perfilados de azul marino, relucen en torno a la base de la cúpula.

Contra el plano desierto, y comprimido entre las chabolas de barro, este gigantesco monumento conmemorativo del emperador mongol ofrece el testimonio de esa virilidad del Asia Central que, bajo el dominio de selyuqíes, mongoles y timuríes, produjo las inspiraciones más logradas de la arquitectura persa. No hay duda de que es una arquitectura de fachada, el prototipo del Taj y de otros centenares de mausoleos. Pero aun así destila fuerza y contenido, mientras que sus descendientes tan sólo transmiten refinamiento escénico. En cambio, éste posee la audacia de la auténtica invención; los adornos se sacrificaron por la idea y el resultado, por imperfecto que sea, representa el triunfo de la idea sobre las limitaciones técnicas. La mayoría de la gran arquitectura es de este tipo. Y a uno le hace pensar en Brunelleschi.

Aquí la posada luce el rótulo de «Gran Hotel-Ayuntamiento». No nos vimos obligados a depender de ella para todo, pues Hussein Mohammad Angorani, el agente

local de la Anglo-Persian Oil Company, nos invitó a cenar. Nos recibió en una enorme sala blanca, de techo brillantemente decorado: hasta las puertas y las ventanas. Se hallaban cubiertas de muselina blanca. Consistía en dos camas de bronce, repletas de almohadones de raso, y un círculo de rígidos canapés tapizados en blanco frente a cada uno de los cuales había una mesita cubierta con un mantel blanco y encima platos con sandía, uvas y dulces. En el centro del piso, que estaba protegido mediante dos capas de alfombras había tres altas lámparas de aceite, sin pantalla. Un mayordomo de barba canosa y levita amarillenta, a quien nuestro anfitrión llamaba «agá», se encargaba de atendernos.

En nuestra carta de presentación ponía que deseábamos visitar Sultaniya. Si íbamos a regresar allí, dijo nuestro anfitrión nos llevaría con su propio coche. ¿Algún problema? Él iba a Sultaniya todos los días, ya fuera por negocios o por placer. De hecho, allí poseía una casa en la que podríamos quedarnos. En mi inocencia, me creí todas esas deferencias. Pero Christopher sabía que no sería así. Después de una copiosa cena, que tuvimos que comer con las manos, el mayordomo nos devolvió al desnudo cubículo del Gran Hotel-Ayuntamiento.

Estoy sentado afuera, en la calle, pues el sol de la mañana es el calor disponible. Un viejo pomposo, vestido con traje de sarga a cuadros y un cierto parecido a Lloyd Georg acaba de presentarse como el Reisei-Shosa. Esto significa capitán de Chaussées, es decir, inspector regional de carreteras. Había guiado a los ingleses hasta Bakú, donde la recompensa por su ayuda había sido una cárcel bolchevique

Tabriz (1350 o m), 5 de octubre. En Zanján por fin conseguimos un camión. Mientras Christopher me tomaba una foto sentado en la parte trasera del vehículo, un policía se acercó y nos dijo que estaba prohibido hacer fotografías. El conductor era un sirio de los alrededores del lago Urmia, y a su lado iba una maestra de escuela también siria que regresaba de una conferencia misional en Teherán. Nos obsequió con unas rebanadas de membrillo. Ambos se mostraron muy interesados por el hecho de que yo conociera a Mar Shimun, y me aconsejaron que no lo comentara en Tabriz, dado que en aquellos momentos se perseguía a los cristianos, y en Urmia la policía había cerrado el Club Femenino Mrs. Cochran. Al recordarlo, ambos se pusieron a cantar Guíanos, amorosa luz, y la maestra explicó que se la había enseñado al chófer para impedir que cantara las canciones habituales de los camioneros. Le dije que yo habría preferido estas canciones. También añadió que le había convencido para que quitara de la tapa del radiador el rosario de cuentas azules, pues era una superstición «de estos musulmanes». Cuando le dije que también era una superstición de los cristianos de la Iglesia ortodoxa, se quedó pasmada. Luego reconoció que las supersticiones a veces funcionaban: por ejemplo, había un diablo llamado Mehmet el cual tenía una esposa humana, a través de la cual, en el salón de visitas del suegro de la mujer, había profetizado la guerra. La maestra se consideraba una divulgadora de

la Biblia, y quiso saber si en Inglaterra la mayoría de la gente fumaba. No lograba entender por qué los médicos no prohibían fumar y beber, en vez de hacerlo ellos también.

Empecé a sentir simpatía por las autoridades persas. Los misioneros desempeñan una noble labor, pero, una vez han convertido a la gente o han cristianizado a los indígenas, su utilidad es muy escasa.

Mientras tanto Christopher estaba leyendo en la parte trasera de camión, donde tenía por compañeros de viaje a un joven de Teherán, a otro de Isfahán, a dos muleros y al ayudante del chófer.

TEHERANÉS: ¿De qué va ese libro?

CHRISTOPHER: Es un libro de historia.

TEHERANÉS: ¿De qué historia?

CHRISTOPHER: La historia del sultanato de Rum y de los países de su entorno, como Persia, Egipto, Turquía y Frankistán.

AYUDANTE (*abriendo el libro*). ¡Ya Ali! ¡Vaya letras!

TEHERANÉS: ¿Puede usted leerlo?

CHRISTOPHER: Claro es mi idioma.

TEHERANÉS: Léalo.

CHRISTOPHER: Pero ustedes no lo entenderán.

ISFAHANÉS: No importa Lea un poquito.

MULEROS: ¡Lea! ¡Lea!

CHRISTOPHER: «Tal vez produzca cierta sorpresa que el pontífice de Roma erigiera, en el corazón de Francia, el tribunal desde el cual lanzaba sus anatemas contra el rey Pero nuestra sorpresa se desvanecerá tan pronto como valoremos justamente lo que era un rey de Francia en el siglo XI.

TEHERANÉS: ¿De qué habla?

CHRISTOPHER: Del Papa.

TEHERANÉS: ¿El Papa? ¿Y ése quién es?

CHRISTOPHER: El califa de Rum.

MULERO: Es una historia sobre el califa de Rum.

TEHERANÉS: Cierra el pico. ¿Es un libro nuevo?

AYUDANTE ¿Está lleno de pensamientos puros?

CHRISTOPHER: En él no se habla de religión. El hombre que lo escribió no creía en los profetas.

TEHERANÉS: Pero ¿creía en Dios?

CHRISTOPHER: Es posible. Pero despreciaba a los profetas. Decía que Jesús era un hombre corriente (asentimiento general) que Mahoma era un hombre corriente (desaliento general) y que Zoroastro era un hombre corriente.

MULERO: (que habla en turco y no se le *entiende muy bien*). ¿Se llama Zoroastro el autor?

CHRISTOPHER: No, Gibbon.

CORO GENERAL: ¡Gibón! ¡Gibón!

TEHERANÉS: Hay alguna religión que diga que no hay Dios.

CHRISTOPHER: Creo que no, Pero en África adoran a los ídolos.

TEHERANÉS: ¿Hay muchos idólatras en Inglaterra?

La carretera se internaba en las montañas, donde un gran desfiladero nos condujo hasta el río del Nadador de Oro. Éste era un pastor, un Leandro, que solía cruzarlo a nado para visitar a su amada, hasta que ella construyó el puente realmente espléndido por el que nosotros también cruzamos. Una manada de gacelas retozaba a lo largo del camino. Al final llegamos a las tierras altas de Azerbaiyán, una vasta región de tonos parduscos, muy parecida a España en invierno. Pasamos por Mianeh, famoso a causa de un insecto que sólo pica a los extranjeros, y pasamos la noche en un solitario caravasar donde había un lobo atado en el patio. En Tabriz la policía nos pidió cinco fotografías a cada uno (que no consiguieron) y la siguiente información

AVIS

<i>Je soussigné:</i>	Robert Byron Christopher Sykes
<i>Sujet:</i>	anglais anglais
<i>et exerçant la profession de:</i>	peintre Philosophe
<i>déclare être arrivé en date du:</i>	13me octobre 13me octobre
<i>accompagné de:</i>	un djinn un livre par Henry James

Etcétera.

Las características de Tabriz son un panorama de montañas color felpa, a las que se juntan unas colinas color limón, un vino blanco bastante bebible y una cerveza repugnante; varios kilómetros de espléndidos bazares con techos de ladrillo abovedados y un nuevo jardín presidido por una estatua de Marjoribanks envuelto en un capote. Hay dos monumentos: los restos de la famosa mezquita azul, revestida con azulejos del siglo xv, y el Arco, o Ciudadela: una montaña de pequeños ladrillos bermejos, apilados con sumo arte, que da la sensación de que en el pasado fue una mezquita. De ser así, sería una de las mezquitas más grandes jamás construidas. Excepto entre los oficiales, el único idioma que allí se habla es el turco. Antes los mercaderes eran ricos, pero la fe de Marjoribanks en la economía planificada los ha arruinado.

Maragheh (1500 m), 16 de octubre. Esta mañana hicimos el trayecto hasta aquí en cuatro horas, a través de una región que me recuerda Donegal. El lago Urmia se divisaba a lo lejos, una franja azul y plata, con montañas al fondo. Unas torres cuadradas en forma de palomar, con agujeros en la parte superior, otorgan a las aldeas el aspecto de una fortificación. A nuestro alrededor había viñedos y grupos de árboles sanjuk^[2], que tienen hojas estrechas de color gris y racimos de pequeños frutos amarillos.

Maragheh en sí no es atractiva. Se han abierto calles anchas y rectas en medio de los viejos bazares, despojándola de su. Una criatura de habla persa, adornada con unas pestañas tan largas como penachos, nos conduce hasta los imprescindibles oficiales, y éstos a su vez nos enseñan una espléndida tumba en forma de torre poligonal perteneciente al siglo XII a la que se conoce como la tumba de la Madre de Hulegu, y está construida con ladrillos de color granate formando dibujos e inscripciones. El efecto que produce este viejo material tan entrañable como si lo hubieran trasladado de la tapia de un huerto inglés a servicio de los textos coránicos, y le hubieran añadido incrustaciones de un azul brillante es sorprendentemente hermoso. En el interior hay un friso con escritura cúfica, debajo del cual las paredes se hallan alineadas mediante agujeros para nidos de palomas.

Se nos ha ocurrido la idea de ir a caballo desde aquí directo a Mianeh, cerrando así dos lados de un triángulo, cuyo vértice sería Tabriz. Esto nos llevaría a través de una región desconocida al menos por lo que respecta a la arquitectura: en el mapa se ve bastante desierta. Pero la dificultad estriba en los caballos. Primero accedimos al precio que estipuló un propietario, pero luego éste se retractó, pues ha perdido hace poco a su esposa y no tiene a nadie que cuide de sus hijos durante el viaje. Una hora de discusión puso fin a sus objeciones. Sin embargo, cuando vimos los caballos, fuimos nosotros los que reanudamos la discusión a fin de librarnos del acuerdo. El posadero nos está buscando otros. Confiamos en partir mañana por la tarde. En esta región tienen por costumbre ponerse en marcha al atardecer.

Tasr Kand (unos 1520 m), 17 de octubre. He hecho todo cuanto estaba en mi mano por lo que respecta a la ortografía del nombre de este lugar, a pesar de que no sea muy importante, dado que consiste en una única casa y tan sólo está a un farsang de Maragha. El farsang (el parasang de Jenofonte) nos será de gran interés o partir de ahora. Se ha «establecido» en seis kilómetros y medio, pero según la opinión popular varía entre los cinco y los once kilómetros.

Nuestros chaquetones de piel de borrego y los sacos de dormir se mallan diseminados por una habitación de piso superior. A través de la ventana sin cristales asoman las copas de los álamos y el último resplandor de un cielo que amenaza con

el invierno. [...] Se Produce el destello de un fósforo y un fanal ilumina las asperezas de la pared de adobe; la ventana se sumerge en la oscuridad. El policía Abbas se inclina encima de un brasero mientras utiliza un par de tenazas para calentar un dado de opio. Acaba de ofrecermé una chupadita y me sabe a patata. El mulero del rincón se llama Hajia Baba. Christopher aún está leyendo a Gibbon. Un pollo y unas cebollas hierven en el interior de un puchero. Y yo reflexiono acerca de que, de haber previsto este viaje, podríamos haber traído algo de comer, y también insecticida.

Los oficiales de Maragheh habían oído hablar del Rasatkhana que significa «casa de las estrellas», un observatorio, pero ninguno lo había visto nunca. Hulagu lo construyó en el siglo XIII, y sus observaciones fueron la última contribución islámica a la astronomía hasta que Ulugh Beg revisó el calendario a comienzo de siglo XV. Salimos temprano, subimos una montaña a todo galope y llegamos a una meseta plana. Había allí unos montículos a los que se podía acceder por los cuatro puntos cardinales mediante unos senderos adoquinados que se entrecruzaban formando ángulo recto. Supusimos que tales senderos se habían construido para facilitar los cálculos astronómicos y que los montículos eran los restos de los edificios. Pero, si nuestro objetivo era éste, ¿dónde estaba el resto del grupo que nos había precedido: el alcalde, el jefe de la policía y el comandante militar? Mientras nuestros escoltas galopaban de aquí para allá en su busca, nosotros nos detuvimos al borde de la meseta y contemplamos una gran extensión de terreno en la que se veía el lago Urmia a lo lejos, y a un grupo de sabuesos a punto de abandonar el refugio de unos álamos al pie de la montaña. De pronto, a mitad del precipicio literalmente, justo debajo de nosotros, descubrimos a los funcionarios desaparecidos. Mientras nos deslizábamos hacia ellos frenando continuamente nuestras monturas, vimos que la roca se había vaciado formando un semicírculo, y que en el centro había una cueva. Lo más probable es que ésta fuera en un principio natural, pero sin duda la había agrandado de manera artificial.

Dentro de la cueva hallamos dos altares, uno frente a la entrada, de cara al sur, y el otro a la derecha, hacia el este. Ambos estaban tallados en la piedra viva y situados en una especie de antealtar en relieve, con una bóveda puntiaguda. En la pared que había detrás del altar de la derecha, habían tallado un tosco mihrab, que señalaba hacia La Meca. A ambos lados del altar del fondo se hallaba la entrada a dos túneles, los cuales se ensanchaban para formar unas pequeñas cámaras en cuyas paredes había unos huecos destinados a las lámparas. Los túneles proseguían más allá pero, debido a la acumulación de tierra, eran demasiado angostos para que pudiéramos continuar. Nos preguntamos si alguna vez se habrían comunicado con el observatorio de arriba y, de ser así, si las observaciones se efectuarían a plena luz del día. Hay quienes aseguran que, cuando el sol brilla, es posible ver las estrellas si se mira desde el fondo de un pozo.

Mientras yo fotografiaba el interior de la cueva y pensaba en lo poco interesantes que parecerían a los demás tales resultados, Christopher oyó que el jefe de la policía

le susurraba al comandante militar.

—Me pregunto para qué querrá el gobierno británico fotografías de esta cueva. No andaba muy equivocado.

Los caballos habían logrado llegar a la aldea de abajo arrastrando los cuartos traseros por la pronunciada pendiente. Nosotros les imitamos y, al llegar a la casa del jefe, descubrimos que allí nos aguardaba fruta, té y aguardiente.

Aquella tarde, al abandonar la población, atisbé otra torre del siglo XII nada más cruzar la puerta de la muralla. Estaba hecha con el mismo ladrillo color granate, pero era de planta cuadrada y se apoyaba en unos cimientos de piedra tallada. Tres de los laterales estaban divididos en dos paneles formando arco, con los ladrillos en espiga. Las esquinas se habían creado mediante columnas semicirculares. En la cuarta cara, un gran panel enmarcado por una inserción semicircular rodeaba un portal adornado con inscripciones cúficas e incrustaciones azules. El interior nos reveló una cúpula achatada que se apoyaba sobre cuatro pechinas profundas, aunque muy bajas. No había adornos, y tampoco hacían alta con las proporciones era suficiente. Una perfección tan clásica y cúbica a la vez, tan lírica y sin embargo tan robusta, desvelaba un nuevo mundo arquitectónico al europeo. Y esta cualidad, imagina él, es su propia invención, independientemente de cuáles puedan ser las demás bellezas de la construcción asiática. Resulta sorprendente encontrarla, no sólo en Asia, sino expresada en otros lenguajes arquitectónicos del todo distintos.

Saoma (unos 1680 m), 18 de octubre. Abba y los muleros estaban demasiado amodorrados por el opio para partir puntuales esa mañana. Y cuando nos quejamos, se rieron en nuestra propia cara. La verdad es que sus modales son detestables en un país que da tanta importancia a los buenos modales, no hace falta ir con contemplaciones. Así que esta noche cuando empezaban a instalarse en nuestra habitación, los eché a la calle con pipa y samovar incluidos. Esto trastornó a Christopher, quien aseguró que eso iba en contra de las costumbres de aquella gente, e ilustró su punto de vista con una historia de cómo en una ocasión en que se alojaba en casa de un jefe bajtiar y deseaba decirle algo en privado, dejó pasmado a su anfitrión al sugerirle que ordenara salir de la estancia a los criados. Le contesté que yo también tenía mis costumbres, y una de ellas era que no me molestaran, ni la pipa, ni la presencia de los muleros que estaban a mi servicio.

Hoy recorrimos a caballo cinco farsangs, alimentados por un solo cuenco de cuajada y torturados por las sillas de montar de madera. Poco después de Tasr Kand, el camino cruzaba un viejo puente muy esbelto, y los tres arcos, que se alternaban con otros dos más pequeños encima de los pilares de piedra, volvían a ser de ladrillo rojo apagado. A continuación fuimos ascendiendo por las ondulaciones de unas tierras montañosas, vastas, desnudas y sombrías en el otoño que llegaba a su fin. Sólo algunos terrenos estaban arados y mostraban una rica tierra de color marrón, pero la

totalidad de la región es cultivable y podría abastecer a una población mayor de la que abastece. Ésta fue la primera aldea importante que encontramos. En el centro había una impresionante losa de piedra que se apoyaba en otra piedra primitiva provista de un eje, con las que los aldeanos fabricaban su propio aceite.

Ocupamos la mejor habitación en casa del jefe de la aldea y huele a estiércol. Las paredes están recién encaladas y al fondo se encuentra la típica chimenea. En torno a las paredes hay nichos que dan cobijo a los enseres del hogar: aguamaniles, palanganas y jarras de peltre, algunas de las cuales contienen una mezcla de pétalos de rosa y hierbas aromáticas. No hay muebles, tan sólo alfombras. A lo largo del friso de madera hay montones de cojines y edredones acolchados, cubiertos con antiguas telas de zaraza. Antes de la guerra, estas telas se tejían especialmente en Rusia para los mercados del Asia Central: en un cojín, sobre un fondo bermellón y enmarcadas en círculos de flores, aparecen imágenes de buques a vapor, coches antiguos y el primer aeroplano. Su apariencia es vistosa, y se ven limpios. Sin embargo, una pulga acaba de saltar encima de mi mano y tengo miedo de la noche; no por mí, ya que nunca me pican sino por Christopher, para quien las pulgas son algo más que una simple broma de cabaret.

Nos han traído un tazón de leche tibia, directamente de la vaca. En su honor, abrimos la botella de whisky.

Cuando hablan en persa, los azerbaijanos pronuncian la k como una ch. Pero al pronunciar la ch lo hacen como si fuera ts.

Kala Julk (unos 1.680 m), 19 de octubre. Unas nubes pequeñas relucen en el azul. A través de suaves pendientes, ascendemos hasta un panorama de ondulados terrenos color pardusco, con cuadros negros y rojos de tierra recién arada, y entre sus repliegues se cobijan las aldeas grises, punteadas por torrecillas. Este paisaje se estrella contra las lejanas montañas formando colinas veteadas de rosa y limón, y al final se ve interceptado por una cordillera tras otra de dentados montes color lila. Los picos gemelos que hay por encima de Tabriz nos acompañan, y lo mismo hace una bandada de mariposas amarillas. Abajo, a lo lejos, un jinete se aproxima en nuestra dirección.

—La paz sea con vosotros.

—Que la paz os acompañe.

Clip, clop, clip, clop, clip, clop...

De nuevo estamos solos.

Christopher entregó ayer al posadero un billete de dos tomanes. Esta mañana, Abbas ha cogido el cambio y se ha negado a entregárnoslo.

—¿Es que eres un ladrón? —le ha preguntado Christopher.

—Sí, lo soy —ha replicado él.

Entonces se ha quejado con amargura del insulto, diciendo que en el bolsillo

llevaba más de mil tomanes, y sin pararse a respirar ha preguntado cómo queremos que viva sin un regalo de vez en cuando. Nuestras relaciones con él, ya bastante frías, se han vuelto más tensas desde que intentó robar el dinero que habíamos pagado a cambio del almuerzo en una casa. Incluso llegó a levantar la fusta contra el propietario, un anciano, y le habría pegado si yo no me hubiese interpuesto al tiempo que llamaba a Abbas hijo de padre colérico.

Por eso fue más humillante descubrir que, mientras cabalgábamos junto a un arroyo salado, a través de un solitario valle que cortaba el aliento, Christopher había perdido la cartera con nuestro dinero. De modo que ahora dependíamos por completo de Abbas para que nos consiguiera alojamiento gratuito. En ese momento él venía detrás de nosotros, pues había dicho que tenía que visitar una aldea apartada, y sospechábamos que podía haber encontrado la cartera y habérsela guardado. Minutos después cuando se reunió con nosotros y le explicamos nuestros apuros, se mostró ligeramente exultante, si bien envió a uno de los muleros en busca de la cartera.

Como ligera compensación, el administrador de un magnate local nos ha ofrecido aquí la máxima hospitalidad, y ahora estamos reclinados junto a un aromático fuego, enfrascados en una partida de bridge a dos manos. El burbujeo del samovar proporciona una gran sensación de bienestar. Ruego a Dios para que el mulero haya tenido éxito, pues acaba de entrar en la estancia. No, no ha encontrado nada; de hecho, aún no se ha puesto en marcha. Ahora quiere que Haji Baba lo acompañe, al precio de un tomán cada uno. Les he dado dos de los doce que me quedaban, y aquí estamos, en medio de Azerbaiján, con sólo una libra para poder regresar a Teherán.

Más tarde. Christopher ha encontrado la cartera, abotonada dentro de su camisa. Ya es demasiado tarde para detener a los muleros, pero a Abbas le hemos dado dos tomanes para compensarle por nuestra desconfianza, aunque no se la hubiésemos manifestado.

Ak Bulagh (unos 1.680 m), 20 de octubre. Nada más despertar Christopher se sintió enfermo. Por culpa de las pulgas. Al verlo, el administrador le dio un cucurucho de miel negra y le dijo que si se la tomaba durante cuatro días a la vez que se abstenía de comer cuajadas y rogand, la mantequilla rancia con la que allí lo cocinan todo, las pulgas le dejarían en paz, tal como me sucede a mí. Mientras desayunábamos leche y huevos junto al fuego, un muchacho de unos catorce años entró en la estancia asistido por un anciano y un séquito de sirvientes. Por lo visto era el hacendado a quien debíamos tan excelente comida y las demás atenciones, y el anciano era su tío. Se llama Mohammad Ali Khan, y nuestro anfitrión de esta noche se refiere a él como «el señor de todas las aldeas».

Los muleros recorrieron 32 kilómetros anoche, hasta la aldea donde habíamos almorzado, y luego regresaron. Hoy se han mostrado tan activos como de costumbre, tal vez incluso más, y lo más probable es que se deba al hecho de no haber fumado

opio.

Un farsang nos llevó hasta Saraskand, un pequeño pueblo ennoblecido por una vieja casa de té construida con ladrillos. Aquí compramos un poco de uva, en una tienda donde también vendían lápices bávaros, clavos de acero y tela de zaraza. Por la tarde llegamos a Dash Bulagh y nos detuvimos a descansar junto a un arroyo, desde donde contemplamos el pequeño grupo de casas de barro gris, las cónicas torres cubiertas de estiércol seco, y los altos y blanquecinos troncos de los árboles cuyo follaje verde dorado se recortaba contra las desnudas colinas teñidas de rosa.

Ak Bulagh se halla a mayor altitud y está más expuesto. Su único refugio es un árbol raquítico, azotado por el viento. El sol se ha puesto por detrás de los picos gemelos. A la luz de un fanal, en la sórdida habitación sin ventanas, he tenido que enjuagar a Christopher con una esponja mojada en agua fría, pues las picaduras de pulga le han provocado fiebre. De hecho, algunas están en carne viva y las he mojado con whisky a falta de otro desinfectante. Por fortuna, no está tan enfermo como para no corresponder a las cortesías del jefe del poblado.

—La paz sea con ustedes.

—Que la paz os acompañe.

—¿Se encuentra mejor la condición de su alteza, Dios así lo quiera?

—Gracias a Dios, y a la amabilidad de su Excelencia, está mucho mejor.

—Todo lo que su alteza ordene, su humilde esclavo estará encantado de poderle complacer. Esta casa es su casa. Por él haré cualquier sacrificio.

—Que la sombra de su excelencia nunca se vea menguada.

El jefe es un hombre de expresión severa, que se sienta a la manera ceremonial, con las piernas cruzadas debajo del cuerpo las manos ocultas y los párpados bajados, mientras nosotros nos repantigamos encima de las alfombras como criaturas sin control. Nos cuenta que hace diecisiete años llegaron aquí cuatro rusos, pero que ni antes ni después habían vuelto a ver a ningún europeo. Su hijo Ismail se sienta a su lado. Es un chico delicado que hace algunos años estuvo tan enfermo que su padre viajó hasta Mashad para rezar por él.

Como medicamento, Christopher ha tomado una dosis de opio y un tazón de miel negra líquida. Es lo mejor que hemos podido encontrar.

Zanján, 22 de octubre. De nuevo en el Gran Hotel-Ayuntamiento.

El largo descenso a Mianeh se hizo cada vez más tedioso a medida que el pueblo se negaba a aparecer. Un pastorcillo vestido como Darío nos pidió un «papiro», refiriéndose a un cigarrillo en ruso. A lo largo del camino, en las casas de té, a menudo se nos dirigían en ruso, aunque resultaba extraño oírlo en aquellas remotas montañas. Los muleros y Abbas habían fumado su pipa del mediodía en un solitario fortín, el único edificio con que nos habíamos cruzado en treinta kilómetros. Cuando Mianeh surgió ante nuestros ojos, los caballos aceleraron el paso, a pesar de que

todavía se hallaba a dos horas de camino. Después de cruzar el ancho lecho de un río, penetramos en la ciudad por el oeste.

Fue como si hubiéramos caído del cielo. La gente salía precipitadamente de sus casas. Una multitud nos asediaba. Yo tuve que soportar a la policía civil mientras Christopher iba a visitar a la policía de carreteras, a la que pertenecía Abbas. Regresó con el capitán, que se mostraba en extremo desconfiado.

—¿Han fotografiado algo por el camino?

—Si —contestó Christopher, con suavidad—. Una espléndida piedra antigua; una losa, de hecho. En Saoma. De veras, agá, debería usted ir y echarle un vistazo.

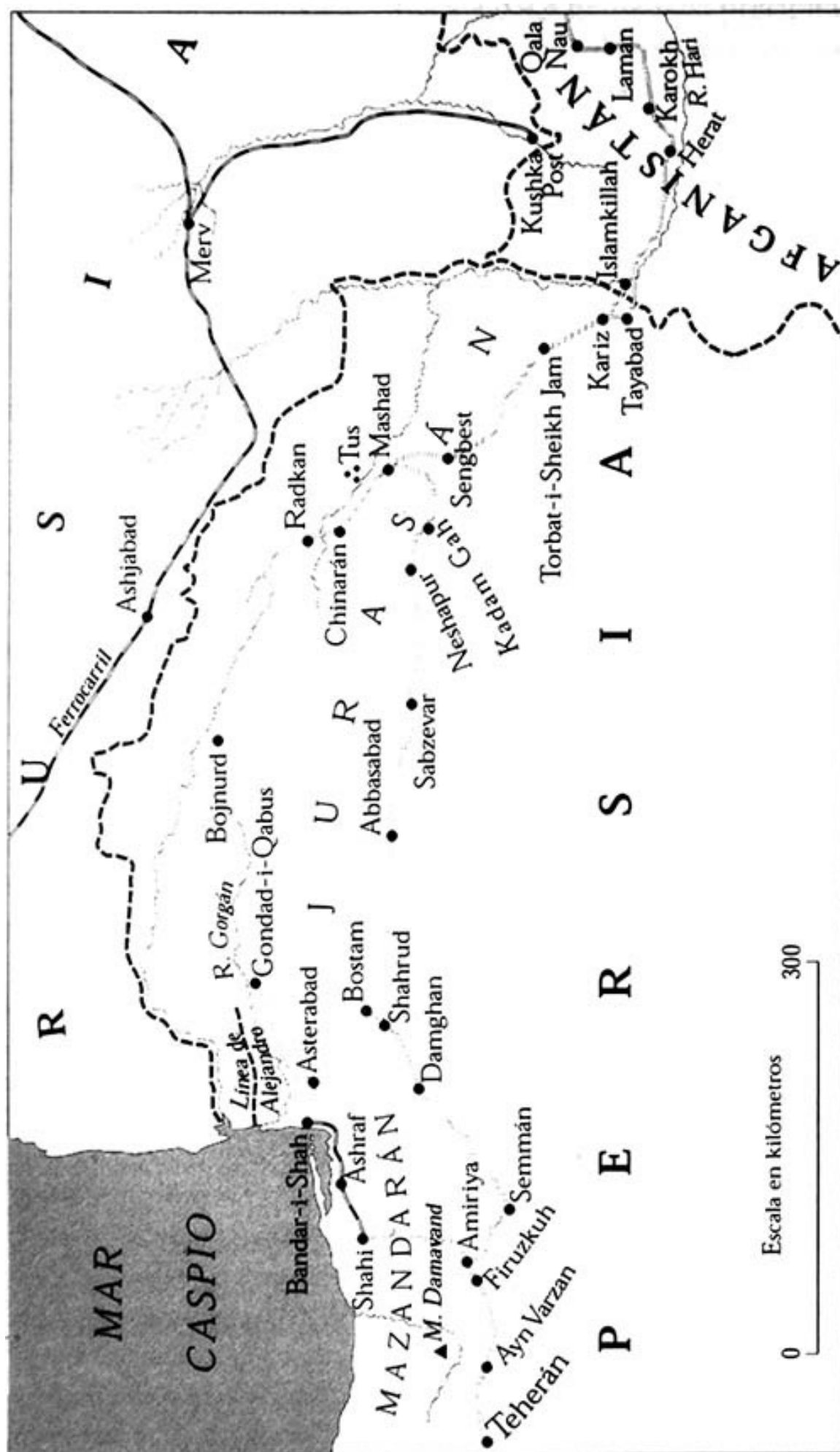
Sus sospechas no se disiparon cuando Abbas le confirmó la certeza de semejante afirmación.

Como era de esperar, a los muleros les habían dicho que cobrarían más de lo que les correspondía. Christopher les entregó una de sus tarjetas de visita escritas en persa y les sugirió que dieran una paliza a su patrón o que se quejaran al cónsul británico en Tabriz. Nosotros montamos en un camión y a la una de la madrugada llegamos a Zanján, donde se nos facilitó una celda para pasar la noche. Esta mañana, dentro de mi saco de dormir, he matado dieciséis chinches, cinco pulgas y un piojo.

Christopher está muy deprimido. Las piernas se le han hinchado hasta la rodilla y las tiene cubiertas de ampollas. Hemos reservado plazas en un coche que parte de aquí esta misma tarde y debe llegar a Teherán a medianoche.

TERCERA PARTE

Teherán, Ayn Varzan, Shahrud, Neshapur, Mashad; AFGANISTÁN:
Herat, Karokh, Qala Nau, Laman, Karokh, Herat, Mashad



Teherán, 25 de octubre. Me estaba aguardando un telegrama de Rutter, en donde dice que los quemadores de carbón van a salir de Beirut el 21. Si tenemos en cuenta que envió el telegrama una semana antes del 21, aún no hay garantías de que hayan llegado siquiera a Marsella. Supongo que ahora debería esperar aquí hasta que lleguen, o hasta que me avisen de que nunca van a llegar. Pero sería una exasperante pérdida de tiempo, cuando el invierno se halla tan cerca.

Nos alojamos en el Coq d'Or, una pensión regida por el señor y la señora Pitrau e invadida por sus animales de compañía. Pitrau había sido cocinero del embajador japonés, y había empezado como pinche de cocina para lord Derby en París. Los De Bathe están aquí también, con Karagozlu, su perro pastor de raza turca.

Christopher ha ido a la enfermería, donde le han vendado las piernas con tiras de tela escayolada. No se las puede quitar hasta pasados diez días, y aun así transcurrirá un mes antes de que las heridas sanen. Las pulgas de Azerbaijón son un enemigo terrible.

Fui al palacio de Gulistán, donde el Sha concede audiencia pública: una fantasía de excéntricos azulejos del siglo XIX y estalactitas de cristal tallado. El trono en forma de pavo real hace juego con ese entorno; tan sólo el relieve de un león cubierto de piedras preciosas y esmaltes que hay debajo del asiento parece lo bastante antiguo como para formar parte del trono original procedente de Delhi. También existe otro trono —el que los qayas trajeron de Shiraz— que se guarda en una especie de salón de recepciones oficiales abierto al jardín. Su forma es la de una plataforma que se apoya encima de unas figuras y está tallado en esteatita, un mármol translúcido de color amarillo, gris y verde, con algunos dorados. En la plataforma, frente al trono del Sha, hay un pequeño estanque.

Teherán, 6 de noviembre. Aún seguimos aquí.

No hay noticias respecto a los quemadores de carbón. Pero la última valija de Bagdad trae el rumor de que los vehículos finalmente se han averiado. Mientras tanto, un recorte de The Times informa que el coronel Noel ha partido de Londres para la India en un Rolls-Royce que se alimenta con un aparato de carbón idéntico. Lo más probable es que leyera en The Times la noticia de la primera expedición y pensara que esto ya era una garantía suficiente para el invento. Buena suerte.

En mi desespero, hace dos días estuve a punto de salir por mi cuenta hacia Afganistán. Me libré por los pelos.

Wadsworth, el encargado de negocios de la Embajada norteamericana, me presentó a Farquharson. Ante mí vi a un tipo de acciones nada atractivas, mandíbula saliente aunque delgada, y cabello que le crecía casi en el mismo puente de la nariz. De la boca le salía una especie de monótono gimoteo. De todos modos, pensé, uno

tiene que ser indulgente. Ahora que Christopher está obligado a guardar reposo, sería difícil encontrar a alguien más con quien Viajar.

R. B: He oído decir que piensas viajar a Afganistán. Tal vez pudiéramos ir juntos, si es que...

FARQUHARSON: Bien, en primer lugar tengo que explicarte que estoy aquí para hacer un viaje muuuy rápido. Ya he pasado dos días en Teherán. Me han dicho que debo ver el trono del pavo real, o lo que sea eso. Nao sé si estoy particularmente interesado en verlo. Con franqueza, nao estoy interesado en ver cosas. Lo que me interesa es la historia. Me interesa la libertad. Incluso en América la libertad nao es lo que era. Sé que lo vas a entender. Voy muuuy apurado de tiempo. Mis padres nao estaban muuuy ilusionados con que hiciera este viaje. Mi padre ha montado hace poco una empresa de publicidad en Memphis y dijo que confiaba en que yo estuviera de regreso por Navidad. Pero es posible que me quede hasta enero. Depende de cómo vayan las cosas. Está el viaje al sur con un día en Isfahán y otro en Shiraz. Está Tabriz. Y luego Afganistán. La verdad, si es posible me gustaría ir a Afganistán. Mis planes nao son rígidos. Cuando salí, ni siquiera estaba seguro de que fuera a venir a Persia. En los Estados Unidos la gente me decía que nao era un lugar seguro. Y aquí la gente dice lo mismo de Afganistán. Tal vez tengan razón. Pero lo dudo He viajado considerablemente. Nao hay país de Europa que nao haya visitado, incluyendo Islandia y con la excepción de Rusia. Una vez en Albania, dormí en una zanja. Nao es que esto fuera muuuy difícil, aunque luego expliqué un montón de historias en Memphis. De modo que si es posible, me gustaría ir a Afganistán. Pero sólo puedo hacer un viaje muuuy rápido. Podríamos ir a través de Kabul, ¿nao crees? Así yo podría alquilar una avioneta para regresar aquí. Nao estoy muuuy interesado en ver la India en estos momentos. Es un país muuuy grande y me lo reservo para otro otoño. Ya he pasado dos días en Teherán, y estos dos días los he invertido sobre todo en compromisos sociales. Los he disfrutado, pero nao es por eso por lo que he venido. He venido para hacer un viaje muuuy rápido, ¿comprendes? Bien, si fuera posible visitar Afganistán, me gustaría salir mañana mismo. El señor Wadsworth, que también es de Memphis, me entregó una carta para el embajador afgano. Como la extravié me dio otra. Esta mañana fui a verle, pero el embajador nao pudo recibirme. Estaba con unas damas. Sin embargo, vi a un secretario, pero él nao hablaba inglés, y mi francés es tan sólo el que aprendí en el colegio, así que nao pudimos llegar muuuy lejos. Es posible que me den el visado, pero es posible que no. En cualquier caso, me gustaría partir mañana por la mañana. Como ves, estoy aquí para hacer un viaje muuuy rápido.

R. B.: Iba a sugerirte que si quieres un compañero yo podría ir contigo y compartir gastos. Esto me iría de maravilla, pues puedo permitirme el lujo de alquilar un coche.

FARQUHARSON: Debo admitir que nao estoy lo que se dice necesitado de dinero. Sin embargo, también trabajo, como todo el mundo en Estados Unidos. Con vosotros en Europa es distinto. Pero allí nao tenemos una clase ociosa. Todo el mundo trabaja, aunque nao lo necesite. La sociedad le repudiaría a uno si nao o hiciera... Para este viaje he apartado cuatro mil dólares. Pero esto nao significa que esté especialmente ansioso por dilapidar el dinero. Confío en poderme permitir el viaje a Afganistán si dispongo de tiempo. Ya sabes que estoy aquí para hacer un viaje muuuy rápido.

R. B.: Si me dijeras con exactitud cuánto tiempo quieres invertir en el viaje, tal vez pudiéramos trazar un plan.

FARQUHARSON: Eso depende. (*Repite todo cuanto ha dicho con anterioridad, aunque de manera más prolija.*)

Al final me fui a la Embajada de Afganistán, para ver si podía ayudar con la solicitud de visado de Farquharson. Mientras tanto, acordamos vernos al día siguiente. Llegó al Coq d'Or cuando Christopher y yo almorzábamos con Herzfeld, que acababa de regresar de Europa.

FARQUHARSON: (*jadeando mientras cruza el comedor a grandes pasos*). Creo que mis planes han dado un cambio para mejorar. Lo cierto es que aún nao he conseguido el visado, pero creo que lo voy a conseguir. Bien, hay un par de puntos que estoy muuuy interesado en discutir contigo...

R. B.: Deja que te presente al profesor Herzfeld.

FARQUHARSON: Encantado de conocerle, señor... Como ya sabes, estoy aquí para hacer un viaje muuuy rápido, e iba a decirte...

CHRISTOPHER: ¿No quieres sentarte?

FARQUHARSON: Iba a decir, en primer lugar, que estoy muuuy ansioso por salir mañana por la mañana, si es posible. Claro que tal vez nao sea posible. Pero, si lo es, éste es mi plan.

HERZFELD: (*en un intento por dispar el aburrimiento*) Veo que tienen a un zorro domesticado en el patio.

CHRISTOPHER: Antes solía haber un jabalí también. Pero hubo que sacrificarlo porque se metía en la cama de los huéspedes cuando éstos dormían. Madame Pitrau decía que no entendía por qué iban a inquietarse, si él sólo quería que le rascaran la barriga. Pero se inquietaban, y eso fue el fin de la historia.

R. B.: También el zorro se mete en las camas, y las deja todas mojadas.

FARQUHARSON: Sin duda esto es muuuy divertido, pero me temo que nao capto la gracia. Bien, hay un par de puntos que estoy muuuy interesado en discutir contigo.

HERZFELD: Yo tengo un puerco espín en Persépolis. Está muy domesticado. Si se sirve el té con un minuto de retraso se pone furioso, y los pelos, eso que ustedes llaman púas, se le ponen tiesos.

FARQUHARSON: Hay un par de puntos que estoy muuuy...

HERZFELD: También utiliza el baño, como cualquier ser humano. Todas las mañanas tengo que esperar para poder entrar. Todos tenemos que esperar a que salga.

FARQUHARSON: (*con un gran cansancio*) Esto resulta muuuy interesante, pero me temo que nao entiendo muuuy bien de qué va. Bien, hay un par de...

R. B.: Será mejor que vayamos a mi habitación.

(*Nos vamos.*)

FARQUHARSON: Hay un par de puntos que estoy muuuy interesado en discutir contigo. Quiero que quede claro que si voy a Afganistán, mi viaje será muuuy rápido. Y ahora quiero hablarte con toda franqueza. Tú nao me conoces a mí, ni yo te conozco a ti. Pienso que nos entenderemos. Confío en que así será. Nao obstante, habría que dejar las cosas claras de antemano. En un papel he anotado algunas cuestiones importantes que paso a leerte. A la primera la he titulado Relaciones Personales. Yo he viajado bastante. Por tanto, sé que viajar hace que salga a la superficie lo peor de las personas. Por ejemplo, tengo un hermano en Memphis. Es muuuy aficionado a la música. Yo nao soy aficionado a la música. Viajamos juntos a París. Después de cenar él se fue a un concierto. Yo nao fui. Quiero mucho a mi hermano, pero aun así pueden surgir algunas dificultades de este tipo. Bien, yo nao te conozco a ti y tú nao me conoces a mí. Es posible que pasemos por dificultades, que caigamos enfermos. Y en la enfermedad nao se puede esperar que estemos animosos. Por tanto, creo que debemos tener presente esta cuestión de las Relaciones Personales. Al segundo punto lo he titulado Política. Te hablare con absoluta franqueza. Como ya sabes, voy muuuy apurado de tiempo aquí y si vamos juntos a Afganistán, como espero que así sea, quiero dejar muuuy claro que debo llevar el mando en este viaje. Es por eso por lo que a este segundo punto lo he titulado Política. Si decido que nao quiero ir a un sitio, bien, entonces simplemente nao podremos ir. Haré todo cuanto me sea posible por coincidir con tus deseos. Intentaré ser razonable y pienso que lo lograré. El señor Wadsworth, que también es de Memphis, conoce a mi familia y supongo que te habrá comentado que suelo ser bastante razonable. Sin embargo, políticamente debo ser el jefe. La tercera cuestión son las finanzas. Dado que voy a ostentar una mayor autoridad en

este viaje, estoy dispuesto a pagar un poco más de la mitad del coche. Pero ya sabes que voy apurado de tiempo, así que es posible que vaya directo hasta la India y desde allí coja un barco. Según tengo entendido, por lo que me has dicho, vas algo escaso de dinero. Yo sería incapaz de abandonar a un compañero de viaje sin recursos en la India. Así que antes de partir necesito saber si dispones de suficiente dinero para regresar a Persia, ver los billetes en tu mano...

R. B.: ¿Cómo dices?

Farquharson: Que necesito ver el dinero en tu mano.

R. B.: Adiós.

Farquharson:... antes de partir para estar seguro de que podrías arreglártelas por tu cuenta en caso de que ...

R. B.: ¡Largo de aquí! ¿O estás sordo?

Farquharson se marchó con paso presuroso. Al salir se topó con Herzfeld y Christopher, a quienes estrujó la mano con auténtico ardor.

—Me alegro mucho de haberles conocido. Adiós. Debo ponerme en marcha. Como ya saben, tengo que hacer un viaje muuuy rápido.

Y sin duda lo hizo: yo le pisaba los talones. No es que tuviera a intención de ponerle la mano encima, como no fuera con guantes de goma y una botella de desinfectante. Pero Farquharson era ideal para amenazarlo. El día anterior le había visto cuando se vestía, y había notado que tenía una musculatura muuy poco desarrollada.

Teherán, 9 de noviembre. Todavía estamos aquí.

En Kabul han asesinado a soberano Nadir Shah.

Al Bank ha llegado esta mañana un rumor del bazar, según el cual el rey Ghazi de Irak ha muerto. La Legación se ha enterado de la noticia a la una de la tarde. Reuters la ha confirmado esta noche. El gobierno de la India está histérico. De propio Afganistán no hay noticia alguna. Pero tanto si hay disturbios como si no, semejante suceso no contribuirá a facilitar el viaje... si es que alguna vez logro empezar.

Uno de los jefes bajtiars, viejo amigo de Christopher accedió a cenar con nosotros en un reservado. Había exigido mantener el secreto, pues las relaciones con extranjeros resultan peligrosas para alguien que ha heredado la posición del jan de una tribu. De hecho, Marjoribanks mantiene a todos estos jefes en una especie de cautiverio no oficial. Pueden vivir en Teherán y dilapidar allí su dinero, pero no regresar a sus territorios bajtiars. Marjoribanks teme a las tribus e intenta neutralizarlas manteniéndolas en aldeas bajo el control de la policía y privándolas de sus líderes. En el pasado, con excesiva frecuencia han sido esos jefes los que han decidido quién iba a ser el rey.

Nuestro invitado habló con pesimismo del futuro. Estaba resignado a ello, dijo. Persia había sido siempre así. Lo único que cabía hacer era tener paciencia y aguardar la muerte del tirano.

Teherán, 11 de noviembre, sábado. Aún estamos aquí.

Decidí que partiría el martes. El lunes encontré un Morris por 30 libras y me pareció una ganga. La verdad es que pensé que me permitiría partir al día siguiente.

La secuencia que entonces empezó, para entrar en posesión del coche, obtener el permiso para conducirlo, la licencia para permanecer en Persia, la autorización para viajar a Mashad, una carta para el gobernador de Mashad y otras para los demás gobernadores que me encontraría en el trayecto, me llevó cuatro días. Me dijeron que era «recalcitrant de la loi» por carecer de carnet de identidad. Para conseguir uno, me vi obligado a revelar a los archivos del Estado el secreto del lugar de nacimiento de mi madre, por triplicado. Mientras tanto, el propietario de coche se había marchado de Teherán después de entregar poderes notariales a un abogado muy viejo, que vestía levita de paño rosa. Se cerró el trato y las firmas se autentificaron mediante testigos oficiales, pero la policía se negó a registrar la transacción porque, a pesar de que el poder notarial entregado al abogado hacía referencia a todos los bienes terrenales de su cliente, en la lista no se mencionaba de manera explícita ningún coche marca Morris. Para revocar esta decisión, apelamos a un oficial superior de la policía, el cual telefoneó el fallo a su subordinado. Sin embargo, cuando regresamos al primer departamento, situado a trescientos metros del otro, allí no sabían nada de la contraorden. Se preguntó a los departamentos contiguos si habían recibido el mensaje. Al final, alguien recordó que el hombre que debía de haberlo recibido había salido. El cielo nos favoreció pues lo encontramos en la calle y le seguimos hasta su escritorio. Esto le molestó. No haría nada, dijo, sin una copia de los poderes notariales. Hasta que no la tuviera, sería mejor que le dejáramos tranquilo. El abogado salió con paso renqueante a comprar una hoja de papel en blanco. Nosotros —es decir el hijo del dueño, el propietario del garaje y yo mismo— buscamos refugio en el adoquinado de la plaza mayor, acucillados en torno a un viejo amanuense malhumorado al que las gafas le resbalaban encima de la nariz mientras su pluma arponeaba la hoja de papel, que iba adquiriendo el aspecto de un estampado. Aún no había concluido una frase cuando la policía nos echó de allí. Apenas había iniciado la otra cuando nos echaron de nuevo. Al igual que una colonia de sapos a los que se incordiará, nos fuimos trasladando de un punto al otro de la plaza, anotando una palabra aquí y otra allá, mientras el crepúsculo se transformaba en la noche. Cuando presentamos la copia, en la oficina tuvieron que copiarla otra vez. La plaza había sido mejor que aquello, pues en la oficina se había ido la luz, y hubo que encender cerillas en tal cantidad que las yemas de los dedos se nos chamuscaban con la premura. Yo me eché a reír, los otros se rieron, los policías se rieron como locos, pero de pronto se

pusieron serios y dijeron que el certificado de propiedad no podría estar listo hasta dentro de tres días. Tras una hora de discusión les arrancamos la promesa de que estaría listo a la mañana siguiente. A la mañana siguiente fui a buscarlo y de nuevo me dijeron que dentro de tres días. Pero ahora, al ir solo, tenía la ventaja de que hablaba suficiente persa para decir lo que quería, pero no lo bastante para entender una negativa. Una vez más cruzamos a las oficinas del otro lado de la calle. Los empleados corrieron de un despacho a otro. El teléfono chisporroteó. El documento fue una realidad. Y todo esto, dejen que les diga, fue tan sólo una pequeña parte, una simple muestra de cuál fue mi suerte esos últimos cuatro días.

El coche era de 1926, y el motor necesitaba algunos arreglos. Ayer, después de probarlo, propuse salir a las seis de esta mañana. Sin embargo, al finalizar la revisión, la batería se estropeó. Tendré que salir al mediodía y confío en llegar a Amiriya por la noche con lo cual habré salvado el penúltimo de los peores collados.

El grupo de Noel llegó anoche con dos Rolls-Royce. Por lo visto, en Dover se libraron ya de los aparatos de carbón. Según me informan, los quemadores de carbón originales necesitaron cinco noches para cruzar el desierto entre Damasco y Bagdad y rompieron dos cabezas de biela, que ahora se están reparando. Sigo sin tener la certeza de que vayan a llegar, y es absurdo aguardar por si lo consiguen. Después del 15 de noviembre, los pasos entre las montañas pueden quedar bloqueados en cualquier momento.

Ayn Varzan (unos 1520 m), más tarde, a las 19:30. A noventa y cinco kilómetros de Teherán, el eje trasero se ha roto.

—¡A Jurasán! ¡A Jurasán! —gritaban los policías en la puerta de la ciudad.

Experimenté una maravillosa alegría al avanzar traqueteando por los desfiladeros de los Elburz Arriba y abajo, el motor siempre en primera. Sólo eso podía impedir que nos precipitáramos, tanto hacia delante como hacia atrás, por encima de la última curva cerrada, o de la siguiente.

Siete campesinos cantarines han empujado el coche colina arriba hasta un cobertizo de esta aldea. Es una pérdida total. Pero no pienso retroceder a Teherán.

Shahrud (1340 m), 13 de noviembre. Un autobús llegó a la mañana siguiente a Ayn Varzan, repleto de mujeres que iban en peregrinación a Mashad. Su parloteo en el patio de abajo me despertó cinco minutos después, me hallaba ya al lado del conductor y mi equipaje debajo de las señoras.

Desde el paso que hay por encima de Amiriya, miramos atrás por encima de la ascendente formación de picos, cordilleras y estribaciones, hacia el cono blanco del Damavand en lo alto del cielo, y al frente hacia una llanura de distancias infinitas, donde las montañas se elevaban formando ondulaciones y se alejaban como el flujo

de la marea, oscuras aquí luminosas allá, mientras sol y sombra seguían a sus dueñas las nubes por el anfiteatro terrestre. Algunos árboles, de un amarillo otoñal, servían de cobijo a las aldeas. Por todos lados estaba el desierto, el desierto de lustrosas piedras negras de Persia Oriental. En Semmán, mientras las señoras bebían té en un caravasar construido con ladrillos, o hablar de un viejo alminar, que encontré antes de que la policía me encontrara a mí. Pero cuando lo hicieron, tuve que beber el vaso amargo de la pena, como dice la frase, por no poder que darme más tiempo en su hermosa ciudad, y nos alejamos en medio del crepúsculo.

—Venga con nosotros a Mashad —me dijo el conductor, que era de raza negra, al tiempo que me ofrecía un precio que indicaba amistad.

Obstinado, me bajé en Damghan.

En ese lugar hay dos mausoleos en forma de torre circular, donde aparece grabada la fecha de su construcción en el siglo XI, edificada con ladrillos color café con leche y unida mediante argamasa fina pero poco consistente. Una mezquita en ruinas, conocida como la Tarikh Khana, o “Casa de la Historia”, es incluso más antigua; sus columnas redondas y achatadas recuerdan una iglesia rural inglesa de la época normanda, y debió de heredar su inesperado estilo románico de la tradición sasánida. Toda la arquitectura islámica coge algo prestado de esta tradición, desde que el Islam conquistó Persia. Pero resulta interesante ver cómo el proceso empezó de manera tan tosca, antes de alcanzar valores artísticos.

Los policías, unos individuos bonachones, empiezan a desfallecer de hambre cuando los entretengo más allá de la hora de su almuerzo. Luego, a última hora de la tarde, un camión llega procedente del oeste y me suben a él con la esperanza de poder comer algo ese día. Llegamos a Shahrud a las ocho y debemos partir a medianoche.

Esta admirable institución que es el caravasar persa se ha negado a que el transporte moderno la elimine. Por todos lados hay garajes, en efecto, pero son una copia del antiguo esquema. Este consiste en un cuadrado, tan grande como un colegio de Oxford protegido por unas puertas enormes. En un lateral de esas puertas, junto al arco de la entrada, hay estancias para cocinar, para comer, para dormir comunitariamente y para la transacción de los negocios. En los tres laterales restantes hay hileras de estancias más pequeñas, que recuerdan a unas celdas monásticas, así como alojamiento para caballos y vehículos motorizados. La comodidad varía. Aquí, en el Garaje Massis, dispongo de una cama con somier, una alfombra y una estufa, y he comido un pollo bastante tierno junto con algo de uva muy dulce. En Damghan no había mobiliario alguno, y la comida consistió en unos grumos de arroz tibio.

Neshapur (1220 m), 14 de noviembre. Uno puede convertirse en un experto en cualquier cosa. Nunca en toda Persia había subido a un camión como el que cogí en Damghan, un Reo Speed Waggon completamente nuevo, en su viaje inaugural, capaz de alcanzar los sesenta por hora en terreno llano, con ruedas dobles, radiador

refrigerado y luces en la cabina del conductor. Mahmud e Ismail consiguen hacer en un tiempo récord el trayecto que va de Teherán a la frontera con la India. Cada cinco minutos preguntaban por mi salud y querían que fuera con ellos hasta Duzdab.

El amanecer, como una sonrisa de ultratumba, desgarró la tempestuosa y lluviosa noche. Me comí un trozo de queso y la o mitad de la pechuga de pollo de Shahrud. Dos sauces y una casa de té surgieron del lóbrego desierto. Mahmud e Ismail entraron en el local para saludar a otros camaradas de la carretera. Yo di una cabezadita allí donde me senté.

En Abbasabad nos acurrucamos junto a una hoguera, mientras la intentaba vendernos collares, pitilleras y dados hechos con una piedra blanda de color gris verdoso. Lucían blusas rusas color escarlata y eran descendientes de los colonos georgianos que el Sha Abbas había establecido allí. Luego seguimos, contra el viento y el agua, por las colinas yermas y grises. El zepelín grisáceo de las nubes vuela bajo y veloz. Las escasas aldeas grises están vacías de gente. Apiñadas en torno a las ciudadelas en ruinas, aquellas antiguas siluetas, colmenas de cúpulas y zigurats, se disuelven con la lluvia. Se han disuelto así desde los albores de la historia, y cuando llegue el verano volverán a surgir de unos nuevos ladrillos de barro, hasta que la historia llegue a su fin. Los arroyos serpentean como torrentes púrpura entre los senderos amurallados de los campos hasta salir al desierto. La misma pista se ha convertido en un cauce de agua. En una sola noche, los álamos han perdido sus hojas, si bien los plátanos conservan las suyas un día más. Caravanas de camellos se mecen paralelas a nosotros: retumba el cencerro del camello macho, y cuando vuelve a retumbar ya han desaparecido. Unos pastores con tabardo blanco zigzaguean en medio de la ventisca tras los rebaños que pastorean entre guijarros. Tiendas negras y gorros de lana negros anuncian la presencia de los turcomanos en los límites de Asia Central. De modo que ésta es la Ruta del Oro. Ocho siglos atrás, el alminar de Khosrugird vigilaba el tráfico tal como ahora nos vigila a nosotros. Sabzevar está a tres kilómetros. El caravasar nos proporciona pinchos de carne, cuajada, granadas y una botella de clarete de la zona.

Poco después de anochecer, las luces del camión se apagaron. Ese par de incompetentes perseguidores de récords, Mahmud e Ismail, no llevaban consigo ni una sola cerilla, ni un mechero. Yo llevaba ambas cosas, pero el desperfecto no era fácil de reparar, de modo que en vez de llegar a Mashad, tuvimos que alojarnos aquí.

El lugar de nacimiento de Umar Yayyam, maldita sea.

Mashad (940 m), 16 de noviembre. La distancia entre Neshapur y Mashad es de 144 kilómetros, y supuse que llegaríamos a eso de mediodía.

Pero mi precioso Speed Waggon no pudo proseguir y ya eran más de las nueve cuando hallé plaza en un autocar de peregrinos, un Bedford inglés. En Kadam Gah, unos veinticinco kilómetros carretera adelante, el chófer se detuvo servicialmente

para que yo pudiera subir al mausoleo. Este precioso octágono, sobre el que se apoya una cúpula achatada, fue edificado a mediados del siglo XVII y conmemora una tumba del imán Ridá. Se levanta sobre una plataforma debajo de una escarpa rocosa, rodeado de altos pinos en forma de sombrilla y tintineantes arroyos. El sol acariciaba los azulejos, que lanzaban destellos azules, rosa y amarillos contra el oscuro follaje y el encapotado cielo. Un chiíta barbudo y con turbante negro me pidió dinero. Brincando y a tientas, cojos y ciegos convergieron con terrible celeridad. Escapé corriendo hacia el autocar.

Aquel vehículo transportaba el doble de pasajeros permitidos, así como el doble de equipaje. Animado ante la perspectiva de la conclusión del viaje, el chófer arrancó colina abajo a sesenta y cinco por hora, avanzó a bandazos por el lecho de un río, y acababa de rebotar contra el repecho de enfrente, cuando vi con gran sorpresa cómo la rueda delantera externa avanzaba hacia mí, abombaba el estribo con un chasquido y huía hacia el desierto.

—¿Es usted inglés? —me preguntó el chófer, contrariado. Mire eso.

Unos tres dedos de acero inglés mostraban una rotura limpia.

Nos llevó una hora y media efectuar otra soldadura. Los peregrinos se acurrucaban en el suelo de espaldas al viento, los hombres debajo del amarillento chaquetón de piel de borrego, las mujeres envueltas en el sudario negro. Tres pollos, atados por una pata, disfrutaban de una libertad momentánea. Pero su cloqueo presagiaba pocas esperanzas. Cuando nos pusimos de nuevo en marcha, el chófer se vio paralizado por un ataque de repentina cautela. Avanzaba a ocho kilómetros por hora y en cada caravasar se detenía para calmar sus nervios con un té. Hasta que por fin llegamos a un pequeño collado y a un nuevo paisaje.

Una hilera de montañas color fuego circundaba el horizonte. La noche y un oleaje de nubes penetraban ondulantes por el este bajo en la llanura, una masa de humo, árboles y casas anunciaban Mashad, la ciudad santa de los chiítas. Una cúpula dorada centelleó, otra azulada emergió de la fría neblina otoñal. Siglo tras siglo, desde que el imán Ridá fue enterrado junto al califa Harun al-Rashid, esta visión ha renovado la mirada fatigada por el desierto, de peregrinos, mercaderes, ejércitos, reyes y viajeros, hasta convertirse en la última esperanza de varias docenas de peregrinos irritados por culpa de un autocar averiado.

Varios montículos de piedras marcaban el lugar sagrado. Los varones peregrinos bajaron para orar y volvieron la espalda a Mashad en favor de La Meca. El conductor bajó para cobrar los pasajes, pero, dado que los maridos estaban ocupados, no le quedó otro remedio que dirigirse a sus esposas. Un alarido de protesta que se elevó a un furioso y sostenido crescendo, arruinó el momento de la plegaria. Pero los piadosos maridos siguieron rezando, golpeándose la frente contra las piedras, lacerándose los pies cubiertos con calcetines, elevando suspiros al cielo y poniendo los ojos en blanco, en su resolución a posponer el inevitable arreglo de cuentas. En torno al autocar danzaban el chófer y su ayudante, rechazados por las encapuchadas

arpías dentro de su casquete de alambre. Uno tras otro, los esposos trataron de volver con sigilo a sus plazas sin que los vieran. Uno tras otro, cayeron en manos de los conductores. Cada uno protestó por separado durante un cuarto de hora. Sin embargo, al final sólo tres se negaron a pagar, y a éstos, a pesar de sus gruñidos y sus maldiciones, se les expulsó del grupo a mamporros y a patadas. Liderados por un hipócrita gimoteante, el más activo de los devotos, que había sido mi vecino en el asiento delantero del autocar, empezaron a bajar la colina con un trote saltarín.

El vehículo apenas había empezado a seguirlos, cuando las mujeres del fondo iniciaron un estridente griterío por triplicado. Con los puños y otros utensilios caseros no hubieran tardado en derribar la delgada partición de madera que las separaba del conductor y de mí. Una vez más, nos vimos obligados a detenernos. Dejando caer sus velos, las tres arpías vociferantes apelaron a mí para recuperar a sus tres hombres. Pero en ese momento mi único interés consistía en llegar al hotel antes de que oscureciera.

—Acepte de nuevo a esos hombres —le dije al conductor— o póngase en marcha. Pero como se quede aquí más tiempo, perderá también mi dinero.

Este argumento se impuso. Alcanzó a los hombres, que seguían carretera abajo, y les invitó a subir. Pero ellos se negaron. Recularon hasta la cuneta y se negaron de forma categórica a congraciarse con el monstruo que había mancillado el momento más sagrado de sus vidas. Una vez más las mujeres chillaron y golpearon. De nuevo la partición crujió. Todo el autocar empezó a crujir.

—¡En marcha! —grité, pateando las tablas del suelo hasta que se enredaron con el freno.

Entonces el chófer bajó de un salto, atrapó a los desertores empezó a maltratarlos hasta que le suplicaron clemencia, y los arrastró de nuevo al autocar. El hipócrita quería recuperar su sitio a mi lado, pero entonces me tocó a mí ponerme histérico. No quería tenerlo junto a mí, exclamé. Como respuesta, él me cogió la mano, la restregó contra su barba punzante y chorreante de saliva, y me la salpicó de besos. Lo derribé de un empujón y me aparté hacia el otro lado, al tiempo que anunciaba al ahora desconcertado, agotado y desdichado conductor que, antes de soportar más contactos con aquel hombre, prefería ir andando hasta Mashad conservando en mi bolsillo el dinero que le debía. Ante mi reacción, las mujeres dirigieron entonces sus protestas contra el hipócrita. El acobardado bruto se vio empujado en volandas y metido en la parte trasera del autocar. A continuación pudimos partir hacia la ciudad santa, a una velocidad idónea para que nos adelantara una tortuga.

El conductor y yo nos miramos el uno al otro y nos echamos a reír.

Mashad, 17 de noviembre. El santuario domina toda la ciudad. Turcomanos, kazakos, afganos, tahiríes y hazaraspies se apiñan en las vías de acceso, mezclándose con la negra multitud de persas pseudoeuropeos. La policía teme a esos fanáticos, de

modo que a pesar de la política anticlerical oficial, que está abriendo las mezquitas en todos lados, el acceso al santuario todavía está prohibido a los infieles.

—Si de veras quiere ir —me dijo el encargado del hotel—, le puedo prestar mi sombrero. Es todo cuanto necesita.

Miré con repugnancia aquel abollado símbolo del reglamento de Marjoribanks, una parodia del quepis francés, y llegué a la conclusión de que, con mis ojos azules y el bigote recortado, me sería muy difícil pasar por uno de ellos.

No hace mucho, Marjoribanks efectuó una primera visita a Sistán. Con el fin de satisfacer sus gustos por una moderna planificación urbanística, las aterrorizadas autoridades locales construyeron una ciudad completa, tipo Potemkin, cuyos muros, si bien adornados con cables eléctricos, no encerraban otra cosa que campos. Un camión le precedió con un día de antelación, transportando uniformes para los niños. A la mañana siguiente, todos los escolares se congregaron vestidos como en una guardería francesa. El soberano llegó con su coche, se detuvo el tiempo necesario para echar al maestro porque los niños llevaban las prendas al revés, y prosiguió su camino. Sin embargo, antes despojaron a los niños de sus prendas y las metieron de nuevo dentro del camión, que volvería a preceder al soberano hasta la siguiente localidad. Persia todavía es el país del pícaro Haji Baba^[3].

Ayer llegó el grupo de Noel. He reservado plaza a Herat en un camión afgano, pintado con rosas por todos lados. Tiene intención de partir pasado mañana.

Mashad, 18 de noviembre. Tus, la ciudad natal de Firdawasi, existió antes que Mashad, que crecería en torno al sepulcro del imán Ridá. Se encuentra a unos treinta kilómetros en dirección oeste, justo al lado de la carretera que lleva a Ashjabad, en la frontera rusa.

Lomas y promontorios delatan los contornos de la vieja ciudad. Un antiguo puente de ocho arcos se extiende por encima del río. Y un sólido mausoleo coronado por una cúpula, cuyos ladrillos tienen el color de las rosas muertas, se alza contra las montañas azules. Nadie sabe a quién pretende conmemorar pero por su semejanza con el mausoleo del sultán Sanjar en Mery parece que fue construido en el siglo XII. Es lo único que ha sobrevivido de los esplendores de Tus.

Sin embargo, el año que viene será el milenario del nacimiento de Firdawasi. Los extranjeros han oído hablar del poeta, y lo aprecian tan sólo como se puede apreciar a un escritor al que nadie ha leído. Por consiguiente, se espera que los homenajes que le hagan celebrarán, no tanto su obra, como su nacionalidad. Esa es al menos la esperanza de Persia. Ya se ha anunciado un programa de celebraciones. Los gobiernos cuya frontera o intereses coinciden con los de Persia enviarán delegaciones para recordarle a Marjoribanks que mientras sus compatriotas creaban epopeyas, los suyos aún vestían túnicas azules. Y esta comparación no es del todo inapropiada hoy, observarán el nuevo ferrocarril de Su Majestad, su justicia abierta e imparcial, su

pasión por los trajes europeos, proporcionan esperanza a un mundo desorientado. De hecho, el Sha Reza Pahlevi ha dejado inoperante a Firdawasi.

Tus, largo tiempo silenciosa entre las montañas y el desierto, será el escenario de estas primorosas declaraciones. Se descubrirá un cenotafio, situado más o menos en el sitio donde se alzaba la tumba del poeta. Este monumento, que está a punto de acabarse, ha sido una agradable sorpresa. Un cono cuadrado, que se va a forrar con piedra blanca, se alza en lo alto de unas anchas escalinatas. Enfrente hay un largo estanque, enmarcado por unas hileras de árboles y anunciado por un par de pabellones clásicos. Si tenemos en cuenta las limitaciones del gusto oriental cuando se enfrenta a una idea occidental, el diseño resulta admirable. La parte occidental, el cenotafio, no puede ser más sencilla, la parte persa, los jardines, es hermosa como siempre y ambas partes se mezclan con unas espléndidas proporciones. Cuando concluyan las celebraciones, el enamorado de Firdawasi hallará una reconfortante paz en este sencillo santuario.

Esta tarde se celebró en el Consulado una reunión para tomar el té, a la que siguieron algunos juegos. Fue todo un espectáculo ver al jefe de la policía, que parece un ejecutor de la justicia, y probablemente lo sea, cogido del bazo de una misionera americana en una competición para encontrar la sortija escondida. Conocí al señor Donaldson, jefe de la misión norteamericana, quien, en lugar de preocuparse por los conversos, o quizá además de esto, acaba de publicar un libro sobre la religión chiíta.

Un telegrama de Teherán informa que los quemadores de carbón han llegado allí, y que los enviarán tan pronto como la aduana los deje pasar. Carece de sentido esperar su llegada. Ya nos encontraremos en Mazar-i-Sharif, si es que alguna vez nos encontramos. Incluso ahora ya es posible que la carretera esté bloqueada por la nieve.

Noel piensa que también él debería intentarlo y obtener un visado para Afganistán.

AFGANISTÁN: Herat (910 m), 21 de noviembre. Noel obtuvo el visado y me trajo aquí; o, mejor dicho, yo lo traje a él. Después de haber conducido desde Londres, se alegró de poder entregar el volante a otro. Esta tarde se marchó a Kandahar por la carretera que lleva hacia el sur.

Exceptuando al personal del consulado ruso, que viven como prisioneros, yo soy el único europeo en esta ciudad, y por tanto debo comportarme lo mejor posible: la curiosidad de la gente lo exige. En el hotel me acompañan tres indios parsis que viajan por el mundo en bicicleta y han llegado de Mazar-i-Sharif por la nueva carretera que se abrió este verano. En el camino se encontraron con varios rusos, que habían huido a través del Amu Daria y, bajo vigilancia, proseguían hasta el Turquestán chino por la carretera Wakhan-Pamir. Uno de ellos era periodista y había entregado a los indios una carta en la que relataba sus sufrimientos. Tenía las botas agujereadas, pero aun así pretendía ir andando a la Pekín.

Herat tiene su propio secretario de Asuntos Exteriores, al que se le conoce como el Mudir-i-Kharija, y me dice que, si consigo transporte, puedo continuar hasta el Turquestán. También he pedido audiencia al gobernador, Abdul Rahim Khan, un apuesto anciano que luce un gorro alto de astracán negro y un bigote canoso a lo Hindenburg. También me da permiso para ir a donde yo quiera, y me proporcionará cartas para las autoridades que encuentre en el camino.

Luego visité al Muntazim-i-Telegraph, que habla inglés.

—¿Dónde está Amán Allah Khan? —me preguntó de pronto, mirando por la ventana para comprobar que no había nadie más por allí.

—En Roma, supongo.

—¿Va a volver?

—Usted debería saberlo mejor que yo.

—Yo no sé nada.

—Su hermano, Inayat Allah, está en Teherán.

El Muntazim se yergue en su asiento.

—¿Cuándo llegó?

—Vive allí.

—¿Y qué hace?

—Juega al golf. Juega tan mal que los diplomáticos extranjeros lo esquivaban. Pero, tan pronto como se enteraron de que habían asesinado al rey Nadir Khan, le telefonearon para invitarle a jugar.

El Muntazim balancea la cabeza ante esta siniestra información.

—Y el golf ¿qué es? —pregunta.

Un caballero del municipio vino esta noche para comprobar si estaba cómodo. Reconocí que lo estaría más si en las ventanas de mi habitación hubiera cristales. El hotel está regentado por Sevid Mahmud, un afridi, por su apariencia, que antes había trabajado en un hotel de Karachi. Me enseñó su libro de visitantes y vi él que Graf von Bassewitz, el cónsul alemán en Calcuta, se había hospedado allí en su viaje de regreso de vacaciones. Es la primera vez que tengo noticias suyas desde 1929.

Herat, 22 de noviembre. Herat se encuentra en una larga llanura cultivada que se extiende de este a oeste y se halla a cinco kilómetros del río Hari por el sur y de las estribaciones de los montes Paropamisus hacia el norte. Está formada por dos ciudades. La vieja es un laberinto de calles angostas y serpenteantes, encerrada en un cuadrado amurallado, y dividida diagonalmente por el túnel del bazar principal, que se extiende a lo largo de tres kilómetros. En el norte se alza la ciudadela, una impresionante fortaleza medieval construida sobre un montículo, desde donde domina la llanura que la rodea. Enfrente está la ciudad nueva, que consiste en una ancha calle que parte hacia el norte desde la entrada del bazar, y otra calle similar que la corta, formando ángulos rectos. En estas calles se alinean las tiendas abiertas al

exterior, y por encima de ellas emerge el segundo piso del hotel. Situado en la zona de los caldereros, el repiqueteo de éstos entre el alba y el anochecer impide que los huéspedes se dejen vencer por la pereza. Más adelante, en el cruce de carreteras, está la oficina que expende los pasajes para los camiones, en donde los pasajeros se concentran a diario entre fardos de mercancías y bidones de gasolina rusa metidos dentro de cajas de embalaje de madera.

Absorto en el contraste con Persia, regreso a la inspección de la gente. El aspecto del persa corriente, vestido según las leyes suntuarias de Marjoribanks, es una afrenta a la dignidad humana; es imposible, pensará cualquiera, que ese enjambre de andrajosos mestizos sea verdaderamente la raza que ha cautivado a innumerables viajeros con sus modales, sus jardines, su pericia con los caballos y su amor por la literatura. Cómo conseguirán los afganos que se les quiera, eso es algo que todavía está por ver. Para empezar, sus ropas y su manera de andar ya son credenciales suficientes. Unos pocos, los funcionarios, llevan traje europeo, coronado por un elegante gorro de piel de borrego. En ocasiones, los hombres de la ciudad lucen también un chaleco de estilo victoriano o la levita de cuello alto de los indios musulmanes. Pero estas importaciones, cuando van acompañadas por un turbante tan grande como un fardo de sábanas, una capa que es en realidad una manta multicolor, y unos holgados pantalones blancos de pernera ceñida que llega hasta los zapatos en forma de góndola y bordados en oro, poseen una exótica vistosidad, igual que un chal indio en la Ópera. Ésta es la moda del sur, preferida por los propios afganos. Los tadjiks, o el componente persa, prefieren la túnica acolchada del Turquestán. Los turcomanos llevan botas altas de color negro, abrigo largo de color rojo, y birretina de sedoso pelo de cabra negro y rizado. Pero el traje más singular es el de los vecinos montañeses, que circulan por las calles con un gabán de rígida sarga blanca, falsas mangas que cuelgan como si fueran alas y que les llegan hasta la rodilla, y troqueladas forman dibujos, como un estarcido. De vez en cuando, una especie de colmena de percal con una ventanita en lo alto revolotea por la escena. Se trata de una mujer.

Los atezados hombres de pantalón holgado, ojos de halcón y pico de águila deambulan por el oscuro bazar con una seguridad temeraria. Para ir de compras llevan un fusil, del mismo modo que un londinense lleva el paraguas. Semejante ferocidad es parte teatral; lo más probable es que los fusiles no disparen. El físico de los soldados, bajo los ajustados uniformes, no es muy impresionante. Hasta la mirada penetrante de los ojos es consecuencia a menudo del maquillaje. Pero ya es una tradición: en un país donde la ley se aplica de manera caprichosa, la mera apariencia de fortaleza ya gana la mitad de la batalla en los asuntos cotidianos. Es posible que se trate de una tradición incómoda desde el punto de vista del Gobierno, pero al menos contribuye a que la gente mantenga el equilibrio y la confianza en sí misma. Ellos esperan que el europeo se adecue a sus normas, en vez de ellos a las suyas, un hecho que se me ha presentado con absoluta claridad esta mañana, cuando he intentado

comprar un poco de arak: no se puede obtener ni una sola gota de alcohol en toda la ciudad. Aquí por fin aparece Asia sin el menor complejo de inferioridad. Amán Allah, cuenta la historia, se jactó ante Marjoribanks de que occidentalizaría Afganistán mucho más rápido de lo que Marjoribanks occidentalizaría Persia. Esto supuso el fin para Amán Allah y es posible que también lo sea, a largo plazo, para sus sucesores.

Al acercarse a Herat, la carretera que viene de Persia continúa por debajo de las montañas hasta que se encuentra con la que viene de Kushk, momento en que dobla colina abajo hasta la ciudad. Nosotros llegamos en medio de una noche oscura, aunque iluminada por las estrellas. Este tipo de noches es siempre un misterio en un país desconocido, después de la visión de los cerriles guardias fronterizos, me produjo una excitación como pocas veces he sentido. De pronto la carretera se internó en un grupo de chimeneas gigantescas, cuyas negras siluetas se agrupaban contra las estrellas a nuestro paso. Por un instante me quedé atónito: allí esperaba encontrar cualquier cosa, pero no una fábrica. Hasta que, empequeñecida por aquellos enormes troncos, surgió la silueta de una cúpula rota, curiosamente acanalada, como un melón. Que se sepa, en todo el mundo sólo hay una cúpula como ésta, pensé, la de la tumba de Tamerlán, en Samarcanda. De modo que las chimeneas deben de ser los alminares. Me fui a la cama lo mismo que un chiquillo en vísperas de Navidad, casi incapaz de esperar a que se haga de día.

Y llega la mañana. Al salir a una azotea contigua al hotel, veo siete columnas azul celeste que se alzan de los campos desnudos contra las elegantes montañas color brezo. A lo largo de cada alminar el amanecer lanza una luz cenital de un pálido color dorado. Y en medio brilla el azul de una cúpula en forma de melón al que le hubieran cortado la punta. Su belleza es más que teatral, dependiendo de la luz o del paisaje. Si se mira de cerca, cada azulejo, cada flor, cada pétalo del mosaico contribuye con su genialidad al conjunto. Incluso en ruinas, esta arquitectura habla de una edad de oro. ¿Acaso la historia la ha olvidado?

No del todo. Las miniaturas de Herat pertenecientes al siglo xv son famosas, tanto en sí mismas como por ser la fuente de la pintura persa y mongol que se haría después. Pero la vida y los hombres que la produjeron, así como también estos edificios, ya no tienen un lugar destacado en la memoria del mundo.

La razón estriba en que Herat está en Afganistán, mientras que Samarcanda, la capital de Tamerlán (o Timur Lang), aunque no la de los timuríes, tiene el ferrocarril que llega hasta allí. Afganistán había sido inaccesible hasta ayer, en su sentido más literal. Samarkanda en cambio, durante los últimos cincuenta años ha atraído a estudiosos, pintores y fotógrafos. De ese modo el escenario para el Renacimiento timurí se ha concebido como Samarcanda o Transoxiana, mientras que la auténtica capital, Herat, perduraba tan sólo como un nombre, como un fantasma. Pero ahora la situación ha cambiado. Los rusos han cerrado el Turquestán y los afganos han abierto su país. Y se ha presentado a ocasión de restablecer el equilibrio. Mientras subo por

la carretera hacia los alminares, me siento como se sentiría cualquiera que encontrara por casualidad los libros perdidos de Tito Livio o un cuadro desconocido de Botticelli. Imagino que es imposible transmitir un sentimiento como éste. Los timuríes son demasiado remotos para que la mayoría de la gente piense de manera romántica acerca de ellos. Sin embargo, para mí ésta es la recompensa del viaje.

A pesar de todo, estos Médicis orientales fueron una raza extraordinaria. Con la excepción de Shah Ruj, hijo de Tamerlán y de Babur, que conquistó la India, sacrificaron la seguridad pública a sus ambiciones privadas. En política todos fueron lo que Tamerlán había sido: un saqueador en busca de un reino. Tamerlán, que siguiendo este impulso había fundado un imperio, liberó a Oxiana de los nómadas e introdujo a los turcos de Asia Central en la órbita de la civilización persa. Sus descendientes, siguiendo ese mismo impulso, arruinaron su labor y se destruyeron a sí mismos. Se negaron a reconocer cualquier ley sucesoria. Asesinaron a sus parientes, y entre ellos se jactaron de un parricidio. Uno tras otro murieron alcoholizados. Pero si el placer fue el objetivo de sus vidas, estos príncipes creían que las artes eran la forma más elevada del placer, y sus súbditos siguieron su ejemplo de modo que para ser un caballero había que ser, sino un artista, al menos partidario de las artes. Cuando el famoso ministro Ali Shir Neva cuenta de Shah Ruj que si bien no escribía poesía, a menudo la citaba, hay un leve matiz de sorpresa en la primera parte de enunciado. Su afición era la innovación. Fueron a China en busca de nuevas ideas en pintura. No satisfechos con la lengua persa clásica, escribieron también en la lengua turca del sur, un medio de expresión más eficaz del mismo modo que Dante, no satisfecho con el latín, había recurrido al italiano. Entre los talentos de la época está el instinto por los detalles biográficos. Si bien su cronología es insoportable —un tedioso inventario de intrigas y guerras civiles—, los personajes son de carne y hueso. Sus rasgos se corresponden con los de nuestros conocidos. Debido a sus retratos, con frecuencia sabemos cuál era su aspecto, cómo vestían cómo se sentaban. Y los monumentos que construyeron tienen un sello similar. Hay en ellos una característica personal que nos habla de un extraño fenómeno en la historia islámica, una Edad del Humanismo.

Si se juzga según los modelos europeos, se trató de un humanismo limitado. El Renacimiento timurí, al igual que el nuestro, surgió en el siglo xv, debió su progreso al amparo de los príncipes, y precedió al nacimiento de los estados nacionalistas. Pero ambos movimientos difieren en un aspecto. Mientras el europeo fue en gran medida una reacción contra la fe y a favor de la razón, el timurí coincidió con una nueva consolidación de la fe. Los turcos del Asia Central habían perdido ya contacto con el materialismo chino, y fue Tamerlán quien los lideró hacia la aceptación del Islam, no únicamente como una religión, dado que esto ya se había logrado, sino como el fundamento de las instituciones sociales. Los turcos, en cualquier caso, no eran muy propensos a la especulación intelectual. Y los descendientes de Tamerlán, al desviar el flujo de la cultura persa hacia su propio disfrute, se preocuparon por los placeres de

este mundo, no del venidero. Dejaron que santos y teólogos, a los que dotaban en vida y conmemoraban después de su muerte, buscaran el sentido de la vida. Pero la aplicación de este sentido, dentro del marco musulmán, la llevaron a cabo según su propio criterio, sin prejuicios ni simpatías, excepto a favor de una inteligencia racional.

La capacidad intelectual que esto generó se refleja en las memorias de Babur, que éste escribió en lengua turca meridional a comienzos del siglo XVI, y que se han traducido al inglés en dos ocasiones. En ellas se ve a un hombre tan preocupado por las convenciones del día a día, conversaciones, indumentaria, rostros fiestas, música, vivienda y jardines, como por la pérdida de un principado en Oxiana o la conquista de un imperio en la India, tan interesado en el mundo de la naturaleza como en el de la política, lo cual le permite observar datos como la distancia que las ranas indias son capaces de nadar, y tan honesto consigo mismo como con los demás, de modo que en ese retrato que hizo de sí mismo —tan real que a pesar de la traducción uno casi puede oír su manera de hablar— nos ha dejado un retrato de toda su estirpe. Nacido como la sexta generación después de Tamerlán, no sería hasta el final de su vida que conquistaría la India y se convertiría en el primer Gran Mogol. Pero incluso esto ocuparía sólo el segundo lugar entre sus mejores logros, después de haber pasado treinta años intentando establecerse de nuevo en Oxiana. Sin embargo, en calidad de hombre cultivado, hizo todo cuanto estuvo en sus manos para lograr que la vida fuera posible en ese odioso país, y sus comentarios al respecto demuestran los modelos a que aspiraba. Consideraba que los indios eran asquerosos, su conversación aburrida, sus frutas insípidas y sus animales malcriados: «En su artesanía y en sus obras no hay forma ni simetría, ni método, ni calidad [...] para sus edificios no han tenido en cuenta la elegancia, ni el clima, ni la apariencia, ni la regularidad». Denuncia sus costumbres del mismo modo que Macaulay denunció su ciencia, o como Gibbon denunció a los bizantinos, basándose en la tradición clásica. Y dado que esta tradición se extinguió después de que los uzbekos conquistaran Oxiana y Herat, decidió implantarla de nuevo en otro lugar. Él y sus descendientes cambiaron la faz de la India. Le dieron una lingua franca, una nueva escuela de pintura y una nueva arquitectura. Avivaron de nuevo la teoría de la unidad india, que se convertiría en la base de la dominación británica. Su último emperador moriría en el exilio en Rangún, en 1862, para dar paso a la reina Victoria. Y los descendientes de Tamerlán han sobrevivido hasta hoy entre la pobreza y el orgullo, en medio de los laberintos de Delhi.

Regreso a mi hotel en el bazar de los caldereros, donde Babur, en la traducción de la señora Beveridge, ocupa la mesa mientras yo me quedo en el jergón que yace en el suelo. Herat está a medio camino entre las dos mitades del imperio de Tamerlán: Persia y Oxiana. Y de las dos carreteras que las unen el libro aconseja la más fácil, la que voy a tomar, pues la otra, vía Merv, es todo desierto sin agua. Por tanto, geográficamente era más adecuado que Herat fuera la capital, en vez de Samarcanda

y al morir Tamerlán, en 1405, Shah Rujla la eligió para que lo fuera. Se convirtió en la metrópoli política, cultural y comercial del centro de Asia. Aquí vinieron embajadas de El Cairo, de Constantinopla y de Pekín: en su obra *Medieval Researches from Eastern Asiatic Sources*, Bretschneider proporciona las descripciones que China hizo de la ciudad. Después de los veinte años de desconcierto que siguieron a la muerte de Shah Ruj, en 1447, Hussein Baikara, un descendiente de Omar Sheikh, otro de los hijos de Tamerlán, la adoptaría de nuevo. Hussein iba a proporcionarle una paz que duraría otros cuarenta años. Ese fue el momento más fructífero del Renacimiento, cuando Mirkhond y Khondemir escribían sus historias, Jami estaba cantando, Bihzad pintaba y Ali Shir Newai era el principal escritor en lengua turca meridional. Fue en el Herat de esa época, cuando los uzbekos ya se habían levantado y Samarcanda había caído, donde Babur vivió su juventud. «En todo el mundo habitado —recordaría después— no había una ciudad como lo que Herat fue bajo el mandato del sultán Hussein Mirza [...]. Jurasán, y sobre todo Herat estaba repleto de hombres eruditos y sin parangón. Fuera cual fuera el trabajo que un hombre eligiera hacer, aspiraba a llevarlo a cabo con absoluta perfección».

Babur estuvo aquí tres semanas en el otoño de 1506. Es posible que hiciera el mismo tiempo que ahora: días vigorizantes y soleados, cada vez más cortos y fríos. Diariamente salía a caballo para ver cosas. Esta mañana seguí su itinerario y contemplé los edificios que él miraba. No queda mucho por ver: Siete alminares y un mausoleo en ruinas es todo lo que puedo retratar de aquella época. Pero su historia proporciona el resto, y para eso debo recurrir a escritores, militares y arqueólogos posteriores. Hay dos en particular que han guiado mi curiosidad hasta aquí.

Hubo un intervalo muy prolongado antes de que vinieran los dos pues el esplendor del Renacimiento timurí se apagó en 1507 cuando Herat cayó en poder de los uzbekos. Babur, al darse cuenta de que esto iba a suceder, se vio obligado a huir, y desahogó su cólera narrando cómo Shaybani, el líder de los uzbekos, estaba tan ufano de su cultura que pretendió corregir los dibujos de Bihzad. Tres años después, cayó en poder de Shah Ismail, que la incorporó a su nueva Persia. Las sombras eran cada vez más impenetrables. Un último destello del antiguo esplendor saludó la llegada de Humayun, el hijo de Babur, en el viaje que desde la India hizo a Isfahán para visitar a Shah Tahmasp en 1544. Trescientos años después, el telón se levantó para descubrir los fragmentos del imperio de Nadir Shah a los viajeros militares del siglo XIX.

Varios oficiales británicos visitaron Herat a comienzos del XIX. Uno de ellos, Eldred Pottinger, organizó las defensas de la ciudad contra un ejército persa en 1838, y se convirtió en el héroe de una novela de Maud Diver; nada mala, si uno aprecia la escuela literaria de Flora Annie Steel. Otro fue Burnes, al que más tarde asesinarían en Kabul, y cuyo secretario, el indio Mohun Lal, publicaría una relación de los monumentos en el *Journal of the Bengal Asiatic Society* de 1834. También estuvo Ferrier, un mercenario francés que en 1845 realizó dos tentativas para llegar disfrazado hasta Kabul, pero a quien al final obligaron a dar media vuelta. También él

descansa sobre mi mesa, aunque la importancia de su libro apenas vale el desorden. Luego, a mediados de siglo, llegaron dos estudiosos, el húngaro Vambéry y el ruso Khanikov. La autenticidad del viaje de Vambéry a Bujara a menudo se ha puesto en duda, y lo cierto es que en la descripción que hace de Herat no hay nada que no pudiera haber extraído de oficiales como Conolly y Abbott. Khanikov resulta casi tan decepcionante como él. Aunque estuvo en Herat todo un invierno, la relación que publicó en el *Journal Asiatique* de 1860 contiene tan sólo unas pocas inscripciones y un plano.

En 1885, los militares acudieron finalmente al rescate. Las tropas rusas estaban tomando posiciones en la frontera noroeste de Afganistán, y el gobierno de la India no podía impedirselo, pues ni éste ni los afganos sabían dónde estaba la frontera. Entre las dos potencias se creó una comisión conjunta para establecerla, y los historiadores por parte inglesa fueron dos hermanos A. C. y C. E. Yate. Mientras viajaban por lo que en aquel entonces era un país casi desconocido, informaron de todo con la precisión característica de los militares, y C. E. dedicó un capítulo a las antigüedades de Herat como si de un nuevo cañón de campaña se tratase, aunque no fuera en absoluto insensible a su belleza. Él es el primero de mis dos guías primordiales, y lo he trasladado de la mesa a mi regazo.

El segundo es también un soldado, si es que este término puede aplicarse a alguien que intentó hacer la guerra él solo. En el otoño de 1914, un pequeño grupo de alemanes se reunió en Constantinopla con la intención de crear problemas a los ingleses en Asia. Algunos se quedarían en Persia, entre los cuales estaba Wassmuss, el héroe de Christopher. Otros siguieron hasta Afganistán, y una prueba de su éxito la constituye el ataque de Amán Allah a la India en 1919, con dos años de retraso. Entre éstos estaba Oskar von Niedermayer, que en 1924 publicó en forma de libro de fotografías las que tomó de la región. El profesor Erns Díez contribuyó al libro con un prólogo en el que, cotejando las fotos de Niedermayer con referencias históricas o de otros viajeros, identifica y data la mayoría de los edificios de aquí. Díez es un viejo conocido, pues salí de Teherán con su *Churasanische Baudenkmáler*, un gigantesco libro tamaño cuaderno cuyo peso sin duda contribuyó a romper el eje del Morris. A Niedermayer no lo conocía. Fue una suerte que encontrara su libro en el consulado en Mashad cuando me exigían que abandonara el libro de Díez, por miedo a que el Rolls de Noel corriera el mismo destino fatal.

Con esto ya es suficiente por ahora. El médico local viene a visitarme.

Era un amigable penjabí destinado al servicio médico afgano. Vino en busca de noticias, y para practicar su inglés. Le hablé de mi entrevista con el gobernador e hice hincapié en lo agradable que era escapar de las suspicacias persas para entrar en un ambiente más libre.

—Se equivoca si piensa que aquí no existe la sospecha. Aquí todo es sospechoso. Se lo aseguro, señor, Persia no puede compararse con Afganistán en ese aspecto. En estos momentos, veinte extranjeros residen en esta ciudad indios y rusos. Y para su

vigilancia se emplean a unos ciento veinte agentes. ¿Cree acaso que a usted no le vigilan? Abajo le están espiando en estos momentos. Los he visto. Y ellos me han visto a mí. Están vigilándome en todo momento. E informarán enseguida de que me han visto subir a su habitación. También los rusos le vigilan, imagino. Sin duda sentirán curiosidad por los movimientos que usted haga por aquí. Están por todas partes. Puedo decirle con toda certeza que controlan la oficina de Correos. A principios de este año escribí una carta a un pariente de Inglaterra, en la que le hablaba del tren ruso a Kushka y de la distancia que hay desde aquí. Sí, tan sólo hay ciento treinta kilómetros... Cuando volvía visitar el Consulado ruso, por un asunto puramente profesional, desde luego me dijeron sin rodeos: «¿Por qué revela ese tipo de información? No es asunto suyo». Ni se molestaron en disimular que habían leído mi carta. Así que desde entonces no he vuelto a escribir más.

»Son malos tiempos para andar por Afganistán, señor. Habrá problemas, ahora que han asesinado al rey Nadir Shah. Dentro de un mes habrá problemas. O tal vez en primavera, cuando las tribus puedan trasladarse mejor por las montañas. Pero pienso que será dentro de un mes. De modo que haga lo que quiera por aquí, señor, pero hágalo rápido. Vea lo que le interesa. Luego váyase, y a paso ligero. Yo me iré. Cuando pueda conseguir un camión, yo y mi familia nos iremos. Nos iremos a Kandahar, y luego a mi casa, en Lahore. Éste es un mal país, señor. Confío en no tener que regresar jamás.

Herat, 23 de noviembre. Con el recuerdo presente de mis dos guías me encaminé por la carretera norte, de las cuatro que dividen la Ciudad Nueva, hacia una loma gigantesca de unos seiscientos metros de longitud, la cual parece artificial y que, según el decir de todos, deben de ser los montículos de los alrededores de Balkh. Desde aquí uno puede subir a otra muralla, una obra situada fuera de las defensas de la ciudad, y contemplar la disposición de la Musalla. Éste es el término popular con que se designa el conjunto de los siete alminares y el mausoleo. Pero en realidad eran parte de unos edificios aislados y contruidos en épocas distintas; algunos durante el reinado de Shah Ruj y otros durante e de Hussein Baikara.

Todos los alminares miden entre treinta y cuarenta metros de altura y se apoyan en distintas esquinas; la parte superior está rota y los zócalos retorcidos y gastados. La mayor distancia entre ellos en dirección oeste-suroeste y este-noreste, es de unos cuatrocientos metros. Los dos alminares del oeste son más gruesos que los demás, pero, al igual que los cuatro del este, poseen una galería exterior. El del medio, que está aislado, tiene dos galerías. El mausoleo se halla entre los dos alminares del oeste, pero más hacia el norte, y su altura alcanza la mitad de éstos, aunque desde lejos da la sensación de que no sea tanta.

Esta formación de torres azules que se eleva caprichosa sobre un damero de campos color marrón y huertos amarillentos ofrece una apariencia de lo más artificial.

Los monarcas islámicos de los primeros tiempos tenían la costumbre de levantar alminares aislados, solos o por parejas: una prueba la constituyen el Rut de Delhi y la base de su compañero. Pero esta cifra no se amplió hasta el siglo xv, y nunca hasta totalizar los siete. Sin embargo, en el interior de los alminares, allí donde los azulejos se interrumpen con brusquedad, a unos doce metros del suelo, puede verse que en su origen debían de estar unidos por paredes o arcos, y que formaban parte de una serie de mezquitas o de madrasas. ¿Qué había sido de todos estos edificios? Es factible que construcciones de esta envergadura se desmoronen, pero siempre quedan algunas ruinas; no se desvanecen de manera espontánea y sin dejar rastro, tal como había ocurrido con éstos.

Es una historia deplorable. Ni siquiera Yate, que vio cómo sucedía, pudo reprimir un suspiro impropio de un soldado. Ferrier opinaba que los edificios, incluso en ruinas como estaban, eran los más bellos de Asia. Los demás viajeros coinciden en su belleza extraordinaria, en el fulgor de los azulejos y en la magnificencia de las inscripciones doradas. Conolly, si mal no recuerdo, habla de veinte o treinta alminares. De hecho, reconociendo la diferencia entre la prosa inglesa y la persa, su descripción no difiere de la que Khondemir hizo de los edificios en su esplendor.

En las décadas de los setenta y los ochenta, Herat estuvo constantemente en boca de los ingleses. Incluso figura en las cartas de la reina Victoria. Si los rusos se apoderaban de ella, tal como se temía, la hundida carretera a Kandahar sería suya para poder instalar un tren hasta la frontera con la India. En 1885 ocurrió el incidente de Panjdeh. A pesar de que San Petersburgo había accedido ya a reunir la Comisión de Fronteras, las tropas rusas atacaron a los afganos al sureste de Merv y les obligaron a retroceder. De un momento a otro se esperaba un avance sobre Herat y el emir Abd al-Ramán ordenó que la ciudad se dispusiera para la defensa. Los rusos se acercarían desde el norte de modo que debían arrasar todos los edificios de esta parte de la ciudad que pudieran servirles de protección. Durante años los oficiales de ejército de la India habían aconsejado tales medidas. Sospecho que una orden así tuvo que ser de inspiración británica, aunque las pruebas deberán aguardar a que los archivos de Delhi o de Ministerio de la Guerra hagan públicos sus documentos secretos. En cualquier caso, las más fantásticas creaciones de la arquitectura islámica del siglo xv, que habían sobrevivido a la barbarie de cuatro siglos, eran ahora arrasadas ante la mirada, y la aprobación, de los comisarios ingleses. Nueve alminares y el mausoleo lograban escapar a esa destrucción.

Incluso este epitafio de un epitafio resulta poco fiable. Dos alminares han desaparecido ya desde que Niedermayer estuvo aquí. Cayeron durante un terremoto en 1931, el cual destruyó también un segundo mausoleo rematado con una cúpula que Niedermayer fotografió. Ayer vi el sitio donde estaba, cerca del cruce de las carreteras que llevan a Kushk y a la frontera persa: un montón de escombros. A menos que se efectúen reparaciones y se enderecen los cimientos, los otros monumentos pronto se convertirán también en escombros.

Sin embargo, todavía queda lo suficiente, además de bastante información, para mostrar cómo se habían conservado los edificios hasta 1885.

Los alminares que cayeron hace dos años eran iguales a los dos que hay en el lado oeste. En conjunto, los cuatro marcaban las esquinas de la mezquita. Esto era la verdadera Musalla. Según la inscripción que había en uno de los alminares, que Niedermayer fotografió y que debió de destruirse en el terremoto, se construyó a expensas de Gohar Shad Begum, la esposa de Shal Ruj, el hijo de Tamerlán, entre los años 1417 y 1437. Con toda probabilidad el arquitecto fue Kawam al-Din de Shiraz, que sirvió como tal a Shah Ruj durante gran parte de su reinado, ya quien el historiador Daulat Shah menciona como uno de los cuatro grandes talentos de la corte.

Díez, que conoce el tema mejor que nadie y no es esclavo de las emociones del viaje como yo, dice que estos alminares se hallaban adornados con una «magnificencia tan fabulosa y un gusto tan sutil» que no hay en el Islam ningún otro que se les pueda comparar. Pero él habla sólo a través de fotografías. Sin embargo, ninguna fotografía, ni ninguna descripción, pueden describir su color azul uva con su pelusilla azul celeste, ni los complejos repliegues que lo hacen tan profundo y a la vez tan luminoso. En la base, cuyos ocho lados se apoyan sobre unos paneles de mármol blanco tallados con una barroca decoración cúfica, el amarillo, el blanco, el verde oliva y el rojo siena se mezclan con los dos azules en un laberinto de flores, arabescos y textos tan delicados como el dibujo de una taza de té. Las agujas superiores están cubiertas de pequeños rombos en forma de diamante repletos de flores, aunque siguen siendo mayormente de color azul uva. Cada rombo está ribeteado con cerámica blanca en relieve, de modo que la parte superior del alminar parece envuelta en una malla reluciente.

En cuanto a decoración, los alminares suelen ser la parte menos elaborada de un edificio. Si los azulejos del resto de la Musalla superaban o tan sólo igualaban lo que hoy en día ha logrado sobrevivir, nunca hubo una mezquita como ésta, ni antes ni después.

Sin embargo, eso es algo que ignoro. Gohar Shad hizo construir otra mezquita dentro del santuario en Mashad. Esa mezquita aún sigue intacta. Tengo que ingeniármelas como sea para verla si es que regreso por esa ruta.

Si se examina con detalle, la decoración del mausoleo es inferior a la de los dos alminares. El tambor de la cúpula se halla rodeado por altos paneles cubiertos de mosaicos hexagonales color lila, combinados con triángulos de estuco en relieve. La cúpula es de color turquesa, y las nervaduras, como las del mausoleo de Tamerlán en Samarcanda, están salpicadas de rombos blancos y negros. Cada nervadura es redonda en sus tres cuartas partes, y tan gruesa como un tubo de órgano de veinte metros. Las paredes están desnudas en la parte baja salvo unos pocos ladrillos vidriados y un curioso mirador con tres ventanas que me recuerda uno de una casa suburbana en Clapham. Pero la calidad de estos elementos por separado, aunque a

veces algo burda, se ve superada por la excelencia de sus proporciones y la solidez de la idea en su conjunto. Son pocos los proyectos arquitectónicos capaces de igualar a una cúpula con nervaduras en lo que respecta a una inconsciente ostentación monumental.

Por lo visto, ésta fue también una obra de Gohar Shad. Babur habla de que ella hizo construir tres edificios: la mezquita que es la Musalla, la madrasa o colegio coránico y el mausoleo. Y Khondemir afirma en varias ocasiones que el mausoleo estaba dentro de la madrasa. Es indudable que Gohar Shad fue enterrada en el mausoleo. Yate anotó la inscripción que había en su lápida. También registró las de otras cinco, todas pertenecientes a príncipes timuríes. Veinticinco años antes, Khanikov había observado nueve en total. Ahora hay sólo tres, de una piedra negra y mate en forma de caja rectangular, esculpida con dibujos de flores. Una es más pequeña que las demás.

Luego, a la derecha del mausoleo, se alza el alminar solitario de las dos galerías. El origen de éste me desconcierta. Su ornamentación de rombos azules, adornados con flores pero separados por ladrillos corrientes, no es comparable a la de los alminares de la Musalla. Es posible que formara parte de la madrasa de Gohar Shad. Es lógico que un colegio fuera más sobrio que una mezquita. Babur habla como si la madrasa, la mezquita y el mausoleo estuvieran todos juntos.

Siento cierta curiosidad por Gohar Shad, no por su devoción como patrocinadora de fundaciones religiosas, sino como mujer poseedora de una intuición artística. O poseía ella esa intuición o sabía contratar a gente que la poseía. Esto demuestra que tenía carácter. Y que además era rica. Gusto, carácter y riqueza significan poder, y las mujeres con poder, aparte de las hechiceras no son muy frecuentes en la historia del Islam.

Próximos al puente, sobre un canal serpenteante, quedan cuatro alminares. También éstos se hallan circundados por una malla blanca, pero su azul es más luminoso que el de los de la Musalla, de modo que vistos de cerca es como si uno viera el cielo a través de una red de relucientes cabellos, en el que de pronto hubieran plantado flores. Estos alminares marcan las esquinas de la madrasa de Hussein Baikara, que gobernó en Herat de 1469 a 1506. La lápida de su abuelo —del mismo tipo que las del mausoleo, aunque se la conoce como la Piedra de las Siete Plumas debido a la mayor exuberancia de su talla— se encuentra por allí cerca y todavía se la reverencia como si se tratara de un sepulcro famoso.

La belleza lírica y menos mayestática de estos alminares es un reflejo del reino que los construyó. A diferencia de Gohar Shad, Hussein Baikara es algo más que un nombre. Al menos su imagen nos resulta familiar. Bihzad lo retrató. Babur lo describió, y también sus aficiones. Tenía los ojos rasgados, barba blanca y un talle esbelto. Vestía de rojo y verde. Por lo general llevaba un pequeño gorro de piel de borrego. Pero en los días de fiesta «a veces lucía un turbante de tres vueltas, que se colocaba holgada y defectuosamente, con un pluma de garza en lo alto, y así acudía a

las plegarias». Era lo mínimo que podía hacer, ya que al final de su vida estaba tan incapacitado por el reumatismo que apenas podía efectuar las plegarias como es debido. Al igual que la gente sencilla, disfrutaba haciendo volar palomas, así como con las competiciones de gallos de pelea y de carneros belicosos. También era poeta, si bien publicaba sus versos anónimamente. En el trato era alegre y agradable, aunque de temperamento desmedido y voz estridente. En el amor, tanto ortodoxo como heterodoxo, era insaciable. Tuvo innumerables concubinas e hijos que alteraron la paz de su Estado y de su vejez. Como consecuencia de esto, «lo que pasó con sus hijos, sus soldados y su pueblo fue que todos persiguieron los vicios y los placeres con desmesura»

Babur no era un puritano. Pero las fiestas de Herat le obligaban a emborracharse. Y al explicar cómo ocurrió esto por vez primera en su vida, desvela las consecuencias de semejante ambiente en el equilibrio de un muchacho joven. No obstante, al recordar Herat, cuando ya se había convertido en un hombre poderoso, escribe todavía con deferencia, como alguien que ha presenciado una gran época y, después de aprender a vivir, ha visto cómo ésta se desvanecía igual que Talleyrand. El humanismo de esa época fue el modelo de su vida. Y sus logros en la historia fueron restablecer esta época, y dejar descendientes para apreciarla, en medio de los monótonos calores y las rústicas gentes del Indostán.

El Mudir-i-Kharija me dice que un camión va a salir para Andkhoi dentro de cuatro días. Esto significa que allí tendré que encontrar otro para ir hasta Mazar-i-Sharif. Añade que la carretera de Turquestán a Kabul está en excelente estado, y que los camiones correo todavía circulan.

El Imperial Bank de Persia en Mashad me dio libranzas en rupias emitidas en su sucursal de Bombay para que las utilizara en Afganistán. Esta mañana fui a cambiar una en la Shirkat Asharmi, la compañía estatal de comercio recientemente establecida. Nadie en la oficina era capaz de interpretar la libranza, ni tan siquiera los números que aparecían en ella. Pero aceptaron mi palabra de que su valor era de cien rupias y, después de averiguar, sin duda por telepatía, cómo estaba el cambio en la actualidad en Kandahar, contaron 672 monedas de plata del tamaño de un chelín. Tuve que llevármelas en dos saquitos, y con ellas paseé entre las multitudes del bazar, como un millonario en una caricatura.

Herat, 24 de noviembre. La desconfianza de la gente de por aquí se ha hecho evidente hoy.

Ya he mencionado la ciudadela de Ikhtiar al-Din situada en el lado norte de las murallas. Los karts maliks la levantaron inicialmente en el siglo XIV, sin duda al dejar de ser leales a los mongoles. El resurgimiento del nacionalismo persa que supuso este acto iba a ser muy breve. Hacia finales de siglo, otra oleada surgió de Asia Central, y los ejércitos de Tamerlán destruyeron tanto a los karts como a su castillo. Más tarde,

Shah Ruj se dio cuenta de que necesitaba un castillo, de modo que en 1415 puso a siete mil hombres a trabajar en la reconstrucción del antiguo y a partir o entonces, la historia política de Herat se desarrolló en torno a él. En estos momentos se utiliza como residencia del comandante en jefe de la guarnición.

La cara norte consiste en una impresionante muralla de casi cuatrocientos metros de longitud, que a determinados intervalos se abulta formando unas torres semicirculares, de las cuales la que está más al oeste tiene un dibujo de ladrillos azules incrustados en una superficie de barro: una combinación de materiales tan poco habitual sugiere que esta torre podría datar de la restauración de Shah Ruj. Después de examinarla, y con el fin de tomarle una foto, regresé a la esquina más lejana de la plaza de armas amurallada que separa la ciudadela de la Ciudad Nueva. Esto me llevó cerca de un parque de artillería con unos veinte cañones, que de lejos muy bien podían confundirse con un cementerio de cochecitos de niño a medio desmontar. Luego regresé al hotel en busca de unos carboncillos con los que copiar una inscripción cúfica que había al pie de la torre. Al mismo tiempo, el individuo que el Mudir-i-Kharija había designado para que me ayudara, se había ido a almorzar.

Cuando volvió, le dije que debíamos regresar a la ciudadela para copiar la inscripción. Me contestó que la plaza de armas estaba cerrada.

—¿Cerrada, dice? Pero si hace una hora estuvimos allí.

—Sí, estuvimos, pero ahora está cerrada.

—Está bien, entonces iremos mañana.

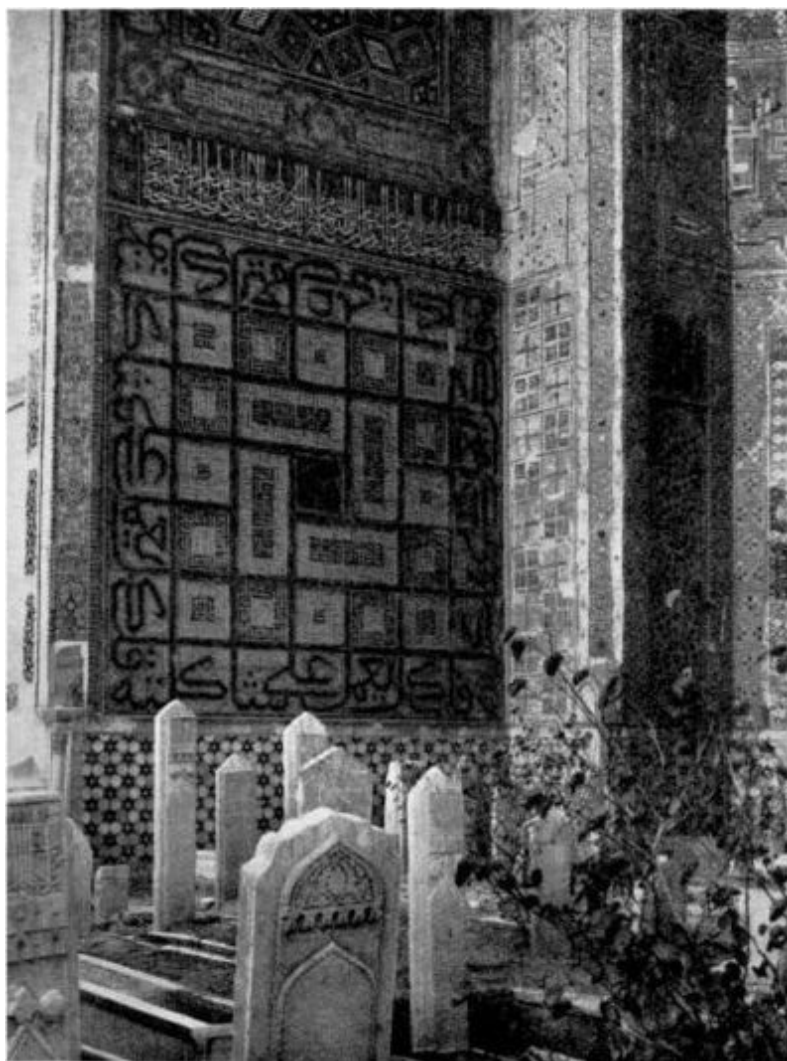
—Mañana también estará cerrada.

—En ese caso iré ahora mismo.

Y salí con paso rápido, mientras el ayudante me seguía remiso, sin dejar de protestar. Tal como esperaba, la puerta de la plaza de armas seguía abierta. Sin embargo, obedeciendo a un murmullo de mi ayudante, el centinela me obligó a retroceder. Argumenté que el propio gobernador me había autorizado a visitar la ciudadela. No importaba, replicó el centinela, ésas eran órdenes de Mudir Sahib.

De regreso al hotel me encontré al médico. Se dirigía a la ciudadela para atender al comandante en jefe. Media hora después regresó con un oficial, quien me dijo que el comandante en jefe no veía objeción alguna en que yo copiara la inscripción. El me acompañaría.

Ahora procuro mantener la vista apartada del parque de artillería para no ponerle en apuros. Pero mi deseo sería echarle un vistazo. Conocería así el secreto de un formidable armamento, capaz de oponer resistencia, o peor aún, de acelerar el avance de ejército soviético hacia la India. Ya me veía obteniendo la Cruz de la Victoria, y tal vez una plaza en el Ministerio por el hecho de informar acerca de este arsenal.



Herat: influencia china en Gazar Gah (1428)

Fue interesante descubrir por experiencia propia, cómo se despierta la vocación en los espías.

En el exterior de la plaza de armas hay una hilera de cabriolés. Cuando salimos, dos caballos jóvenes se encabitaron y se acercaron arrastrando no un carro ligero, sino un atronador landó azul adornado con el escudo real de Persia y el interior acolchado de raso azul celeste. Sentados en el interior de esta carroza, el oficial y yo salimos hacia el santuario de Gazar Gah, que se halla en las primeras estribaciones de las montañas, al noreste de la ciudad.

Todo el mundo va a Gazar Gah. Babur, fue Humayun fue. El Sha Abbas mejoró el suministro de agua. Aún sigue siendo el centro de esparcimiento favorito de los habitantes de Herat, y su gran orgullo frente a los visitantes. Consta de tres recintos. En el primero hay un pequeño pinar y un pabellón decagonal de dos pisos que hace de merendero. El segundo está rodeado por unos edificios irregulares, y en el centro hay un estanque a la sombra de rosales y moreras. El tercero es rectangular y está repleto de tumbas, entre las cuales se encuentra la del emir Dost Mohammad. Al fondo hay un gran arco en un muro de veinticinco metros de altitud, lo que llamaríamos propiamente un iwán, cuyos azulejos interiores denotan la influencia

china. Frente al iwán, y debajo de una vieja encina, está la tumba del santo. La lapida, de mármol blanco, aparece tallada con su historia a la que han añadido sus leyendas.

Hoja Abdullah Ansari murió en 1088, a la edad de ochenta cuatro años apedreado por unos chiquillos cuando hacía penitencia. Uno siente cierta simpatía por aquellos muchachos, pues, incluso entre los santos, Ansari era un prodigioso pelmazo. Habló cuando aún estaba en la cuna empezó a predicar a los catorce años, durante su vida mantuvo correspondencia con mi jeques, se aprendió de memoria cien mil versos (hay quienes aseguran que un millón doscientos mil) y compuso otros. Sentía pasión por los gatos. Shah Ruj experimentó una especie de devoción por él, y en 1428 hizo reconstruir el santuario tal como está ahora. Esto fue en la época de las embajadas chinas lo cual explicaría los azulejos del iwán. Hacia finales de ese siglo enterraron aquí a algunos timuríes de poca importancia para los cuales no había sitio en el mausoleo. Khanikov registró cinco de esas tumbas, incluyendo la de Mohammad al-Muzaffar, el hermano de Hussein Baikara, cuya inscripción rechaza cualquier trivialidad propia de un funeral e informa a la posteridad de que fue asesinado por su primo Mohammad hijo de Baisanghor. En las celdas que se encuentran a lo largo de las arcadas laterales descubrí una tumba real con una lápida negra, mejor tallada incluso, en tres niveles distintos, que la Piedra de las Siete Plumas. A las otras no pude identificarlas.

En la esquina sureste del recinto situado en el centro se levanta un pabellón coronado con una cúpula, cuyo interior está pintado con flores doradas sobre un fondo lapislázuli. Junto a esta pintura, Ferrier observó la firma de Giral di, un pintor italiano contratado por el Sha Abbas. Tampoco pude encontrarla.

En el trayecto de regreso, el landó se detuvo en Takht-i-Safar, el “Trono del Viajero”, un jardín de terrazas completamente en ruinas, cuya melancolía natural se vio incrementada por la cercanía de una tarde de otoño y los primeros silbidos del viento nocturno. Desde el depósito ahora vacío que hay en la parte más elevada del jardín, una línea de estanques y canales de agua baja de terraza en terraza. Este parque de Hussein Baikara fue construido por condenados a trabajos forzados cuando sus súbditos sobrepasaban los anchos límites de la moral permitida, en vez de encarcelarlos se les condenaba a ayudar en la construcción de los jardines del sultán. Hasta el siglo pasado hubo aquí un pabellón, y el agua todavía circulaba. Mohun Lal menciona una gran fuente «que con sus dardos acuosos compite con el techo de edificio» ¡Menuda frase! Pero Mohul Lal, si bien pedía disculpas por su inglés al editor del Bengal Journal, a veces escribía muy bien. Será difícil mejorar la descripción que hizo de Yar Mohammad, el gobernante de Herat en aquel entonces: «Es un príncipe sombrío y decrepito, que despierta la compasión de todo el mundo».

Ha llegado un húngaro. Acaba de pasar un mes hospitalizado en Kandahar, y tiene tan mal el estómago que es incapaz de comer. En realidad se está muriendo de hambre. Le di un poco de sopa Ovaltine, lo cual le animó un poco y le permitió hablar en un francés muy deficiente.

—Llevo cinco años viajando, señor. Y debería viajar otros cinco. Tal vez entonces pudiera escribir algo.

—¿Le gusta viajar?

—¿A quién puede gustarle viajar por Asia, señor? Yo he tenido una buena educación. ¿Qué dirían mis padres si me vieran en un sitio como éste? No es como Europa. Beirut sí lo es. A Beirut puedo soportarlo. Pero este país, esta gente. ¡Las cosas que he llegado a ver! No se las puedo ni contar. No puedo ¡Aaaaah!

Vencido por el recuerdo de aquellas cosas, enterró la cabeza entre las manos.

—Vamos, señor —le dije, mientras le daba unas suaves palmaditas—, cuénteme esas terribles experiencias. Eso hará que se sienta mejor.

—No soy de esos que se consideran superiores al resto de la humanidad, señor. Lo cierto es que no soy mejor que los demás. Es posible que sea peor incluso. Pero estas gentes, estos afganos, no son humanos. Son como perros, unas bestias. Son peores que los animales.

—¿Por qué dice eso?

—¿Es que no lo ve, señor? ¿Acaso no tiene ojos? Mire aquellos hombres de allí. No ve que están comiendo con las manos ¡Con las manos! Es espantoso. Le juro que en una aldea vi a un loco, señor, y que iba... desnudo. ¡Desnudo!

Guardó silencio durante un rato. Luego, con voz seria, me preguntó.

—¿Conoce usted Estambul, señor?

—Sí.

—Yo viví un año en Estambul, señor, y le aseguro que es un infierno sin salida.

—¿De veras? Pero, puesto que está usted aquí, es indudable que encontraría alguna.

—Sí, señor, la encontré, gracias a Dios.

Herat, 25 de noviembre. Tendría que haber salido hoy.

Llovió toda la noche, y seguía lloviendo esta mañana. Sin embargo, hice el equipaje y me quedé en la habitación hasta las doce, momento en que la opinión general decidió que el camión ya no saldría. Después de desempaquetar, me dirigí a la Masjid-Juma.

La Masjid-i-Juma es la mezquita de los Viernes. En todas las ciudades hay una. Corresponde a la iglesia parroquial —o a la catedral metropolitana, dependiendo del tamaño de la población— y suele ser el edificio más antiguo y a menudo más grande del lugar. Así como en una ciudad europea la abadía o la catedral todavía proclaman la Edad Media, mientras todo lo demás va cambiando con el tiempo, en Herat esta adusta mezquita encerrada dentro de las murallas se anuncia como un venerable complemento a la fastuosidad de los timuríes en los alrededores. Las maravillas de semejante fastuosidad se multiplicaron de la noche a la mañana, conmemoraron a individuos extraordinarios, florecieron y cayeron. La mezquita de los Viernes era ya

vieja y ruinosa antes de que se oyera hablar de los timuríes. Ahora, que ya no se habla de ellos, es menos ruinosa que entonces. Durante siete siglos, los habitantes de Herat han rezado en ella. Todavía siguen haciéndolo, y la historia de la mezquita es su historia.

Desde los oscuros laberintos de la ciudad vieja salí a un patio enlosado de unos cien metros de largo por sesenta y cinco de ancho. Cuatro iwanes, unos salones abovedados y abiertos por delante, interrumpen las arcadas de los cuatro laterales. Al iwán principal, el de la izquierda, lo escoltan dos imponentes torres con cupulinos o linternas azules. De no ser por estos cupulinos, y por un amplio pino que se comba en rincón no habría color, sólo muros encalados, ladrillo en mal estado y fragmentos de azulejos rotos. Un estanque cuadrado refleja a un mullah^[4] y a sus alumnos, que pasan vestidos de blanco. El silencio y los rayos del sol transmiten paz al gastado pavimento. Era paz lo que yo quería. Maldije al camión y a mis dudas respecto al viaje, y me olvidé de ellos.

La mezquita fue fundada en 1200 por Ghiyas al-Din, hijo de Sams, de la dinastía gurí, que convirtió a Herat en su capital después de la desintegración del imperio ghaznawí, tal como se conmemora en la inscripción que hay al pie de Qutb Minar de Delhi. Las arcadas son de Ghiyas al-Din: corredores de diez o más arcos ojivales que se cruzan entre sí. También lo es, imagino, una leyenda cúfica que hay en un ladrillo ornamental situado en lo alto de un arco de la esquina noreste, que ofrece una pista de cómo era la ornamentación original. Cerca de allí se encuentra el mausoleo de Ghiyas al-Din, una planta cuadrangular anexa a la mezquita. Cuya cúpula se ha desmoronado por completo. Hay algunas tumbas entre los escombros, pero no lápidas ni inscripciones.

Esto fue el mausoleo real hasta la llegada de los timuríes. Los gobernantes de la dinastía kart fueron enterrados aquí, y en el siglo XIV enlucieron de nuevo las paredes, grabando la superficie con rodillos para que tuviera el aspecto del viejo enladrillado. También colocaron una inscripción en torno al interior del iwán principal, para la cual utilizaron una curiosa y complicada grafía cúfica que al parecer copiaron de Ghazni, en otro intencionado acceso de amor por lo antiguo.

Detrás del iwán principal, tal como cabía esperar, había habido un cámara santuario, que se volvió poco segura y que Ali Shir Nevai ordenó derribar en 1498. Después de los propios príncipes, Ali Shir marcaría la pauta del Renacimiento timurí, tanto con sus modales como con sus actos. Había ayudado a Hussein Baikara en los primeros tiempos, y con él había alcanzado la fortuna. Pero, al carecer de esposa e hijos que estimularan su ambición, renunció al poder en favor de las artes. «No hubo mecenas ni protector de hombres de talento y de grandes logros como él», dice Babur, «ni se sabe que apareciera otro así». Él rescató a Hussein Baikara del chiísmo; si bien es sabido que tenía una mentalidad racional, tal como ilustra el desprecio que sentía por la astrología y la superstición. Dedicó su fortuna a las obras públicas. Sólo en Jurasán hizo construir 370 mezquitas, madrasas, caravasares, hospitales, salones

de lectura y puentes. Recopiló una vasta biblioteca, que puso a disposición del historiador Mirkhond. «En música también compuso algunas obras buenas —añade Babur—, algunas tonadas y preludios excelentes». Las gentes de Herat le tenían en tal estima, que pusieron su nombre a algunos inventos comerciales, entre los cuales una nueva silla de montar o un pañuelo, como a unas galletas se las llamó Garibaldi. Entre los eruditos se le recuerda por la defensa que hizo de la lengua turca meridional como expresión literaria y por abogar por ella en contra del ridículo persa. Moriría en 1501. Cinco años después, Babur se quedaría en su casa.

Hacia el final de su vida, al ver que la vieja mezquita de los Viernes estaba en ruinas, y consciente de la importancia histórica que tenía, obtuvo permiso del sultán para restaurarla. Los trabajos se realizaron a un ritmo frenético, y él mismo los supervisaba, con la túnica arremangada y una paleta en la mano. En lo alto de las arcadas se añadió una pared protectora, perforada por unos arcos que guardaban proporción con los de abajo, y la superficie de ambos, que daba al patio, se unificó mediante un revestimiento de azulejos. Éste era al menos el plan. Pero nunca llegó a completarse, y tan sólo se conserva intacto en la esquina suroeste. También se construyó un nuevo santuario y se embelleció, según Khondemir, con diseños chinos. Éste ha desaparecido por completo.

Otra reliquia de los timuríes que se conserva en la mezquita es un caldero de bronce, de un metro veinte de diámetro, cubierto con arabescos e inscripciones en relieve. En la ciudad de Turquestán existe otro caldero similar, que Tamerlán hizo fundir para la mezquita de Hazrat Yassavi^[5], donde todavía se encuentra. Al de Herat, que se conserva en una alacena de la escalera de iwán principal, se le menciona en las descripciones de las embajadas chinas.

El viernes 21 de febrero de 1427, Shah Ruj padeció un atentado en esta mezquita y el hecho de que escapara con vida significó la salvación del imperio durante otros veinte años. El mismo día de la semana y el mismo lugar acaban de ver cómo se frustraba otra conspiración para derrocar al gobierno actual.

Hace dos días, unos funcionarios del Consulado ruso divulgaron por el bazar el rumor de que también al nuevo rey lo habían asesinado como al anterior, con el propósito de fomentar disturbios en favor de Amán Allah. Sin embargo, no tuvieron en cuenta al gobernador que detesta a Amán Allah y, al haber abortado un motín a su favor el año pasado, es por lo tanto respetado por las tropas. Sin duda los rusos pensaron que si lanzaban el anzuelo un jueves por la tarde, el viernes la gente dispondría de tiempo libre para tragárselo. Tal como se desarrollaron los acontecimientos, el que se tragaron fue el del gobernador. Abdul Rahim Rhan se dirigió a los fieles de la mezquita de los Viernes y desmintió el rumor, al tiempo que les aseguraba que, en cualquier caso, el orden se mantendría. Esta última advertencia los dejó algo alicaídos. La verdad es que el rey les tenía sin cuidado, pero ansiaban que hubiera disturbios a fin de continuar con sus peleas y saqueos a los mercaderes chiítas. Este delicioso sueño deberá posponerse ahora hasta la primavera.

Esta tarde, una horda de criaturas con turbante se precipitó en mi habitación, uno con un martillo, otro con un clavo, otro con un cincel, y pusieron algunos cristales en la ventana. Me hubiese gustado que vinieran antes. Sin duda el camión saldrá mañana, si hace buen tiempo.

Llegó un mensaje del húngaro avisando de que estaba muy enfermo; anoche se le veía pálido como un espectro. Me lo encontré ardiendo por la fiebre y a punto de vomitar. Lo único que le protegía del suelo era la estera habitual, y tan sólo se cubría con una raída manta de viaje. Le mediqué lo mejor que pude, le di una manta y le dije que debía ver a un médico. Después de media hora de discusión en la cocina, por fin enviaron a buscar al médico. La respuesta que llegó decía que estaba durmiendo. Así que fui yo mismo a buscarlo, entré a la fuerza en su casa, algo ansioso por temor a que sus mujeres no llevaran el velo, y le convencí para que me acompañara. Diagnosticó la fiebre como malaria y dijo que el paciente debía ir al hospital, en respuesta a lo cual el paciente lo tildó de indio estúpido y le contestó que no iría a ningún hospital. Tres horas después, vino un hombre para llevárselo. Pero, en ese mismo momento, llegó también la orden del Mudir-i-Kharija de que no podía ir al hospital hasta que el médico no hubiera solicitado por escrito su ingreso. Envié a mi ayudante en busca de la solicitud. Luego vino un turco para informar que dado que el Mudir-i-Kharija se había marchado ya de la oficina no se podría tramitar ninguna orden de ingreso hasta mañana. Me rendí.

Los parsis dicen que el húngaro carece totalmente de dinero y que las autoridades tendrán que trasladarlo y alimentarlo corriendo con todos los gastos. Es indudable que el húngaro es de los que muerden la mano que les da de comer. Por lo visto, la Legación británica en Kabul le negó el visado para la India, y con toda justicia, en opinión de los parsis, que, si bien no son grandes partidarios del gobierno, no aprueban a los «blancos pobres». Le he dejado una lata de pastillas para caldo y un poco de crema de queso a fin de que le ayuden en su viaje de regreso a Mashad.

Al ignorar el término persa para una bolsa de agua caliente esta noche he hecho reír a todos los de la cocina al pedirles mi *khanum*^[6].

Herat, 23 de noviembre. El día amaneció cálido y sin nubes un día ideal para la época del año. A las nueve me encontré con el conductor del camión, quien me dijo que íbamos a partir a las once. A las once el camión estaba cargando bidones de gasolina, y ayudante del chófer me dijo que estaría listo a la una. A la una, después de hacer bajar el equipaje, me enteré de que no tampoco saldríamos. Debido a la lluvia, los demás pasajeros habían regresado ayer a sus casas y no habían vuelto a aparecer.

Como lo más probable es que tenga que quedarme aquí para el resto de mi vida (que no durará mucho, con estos incidentes), he hecho que limpiaran la habitación. Tengo que describir cómo es así como también el hotel en conjunto. En la planta baja hay tres habitaciones grandes con cristaleras al frente que dan a la calle. La primera

es la cocina reconocible por un charco de sangre y la cabeza de un pollo decapitado en el suelo. La segunda y la tercera están repletas de mesas con el tablero de mármol y cuadros de europeas pintadas sobre cristal por un indio familiarizado con los primeros ejemplares del Illustrated London News, También hay el escritorio de Seyid Mahmud, un armario gramófono con patas procedente de Bombay, y una pila de discos indios. Contigua a la cocina hay una escalera exterior que lleva a un largo pasillo iluminado a través de claraboyas, con habitaciones a ambos lados. Mi habitación es la del fondo, lo cual amortigua en parte el estrépito de los caldereros: una caja cuadrada, con el techo de vigas y listones sin cubrir, paredes blancas y un friso azul. El suelo es de baldosas, cuyos intersticios segregan una continua nube de polvo y paja; la mitad está tapado con una alfombra, y la mitad del resto, con el colchón y las sábanas a prueba de agua. El mobiliario consiste en dos sillones de madera torneados y una mesa cubierta con un mantel blanco. Encima de la mesa hay un jarrón con espirales azules y blancas y adornado con una rosa de cristal rosado —de esos que se consiguen en una rifa—, dentro del cual Seyid Mahmud ha colocado un apretado ramillete de crisantemos amarillos que rodean una corona de otros crisantemos color rojo chocolate, los cuales a su vez encierran un centro de margaritas de botón amarillo. Una jofaina de peltre y una elegante jarra sirven para que me lave en la parte del suelo sin cubrir. Mi cama está formada por un jergón verde, un chaquetón de piel de cordero amarillento y un edredón afgano de zaraza escarlata. Al lado, mi lámpara el libro de Boswell, el reloj, cigarrillos y una bandeja con uvas convenientemente dispuesta encima de un maletín. La khanum todavía espera que la llenen. He hecho que claven un clavo para mis corbatas, otro para mi sombrero y un tercero para el espejo. Si la puerta y la ventana no estuvieran una frente a la otra, si la puerta estuviera cerrada y en la ventana hubiera todos los cristales, estaría bastante cómodo. Pero la corriente de aire es como una tormenta en alta mar. Todo cuanto arrastra sale por la ventana y cae en el jardín.

Hace un momento, al salir al pasillo iluminado por la luna, se me ha cortado la respiración. Cuatro figuras espectrales, vestidas de blanco, permanecían acucilladas en la habitación de enfrente y empuñaban cuatro fusiles que me apuntaban directo al estómago. Descubrí el destello de sus ojos en la oscuridad, debajo de los turbantes de un blanco apagado. Otros cuatro estaban de espaldas a mí, con los fusiles apuntando hacia la ventana. Lo más probable es que se tratara tan sólo de una agradable reunión nocturna Pero esta mañana el Muntazim-i-Telegraph había vuelto a hacer pronósticos respecto a los disturbios que se avecinan, y por un instante me pregunté si Amán Allah no habría llegado de verdad.

Hay aquí un monumento que es más antiguo incluso que la mezquita de los Viernes. En escritos del siglo x, Mukadasi ya describe el puente de Malan, y dice que fue construido por un mago. Durante mil años ha soportado el tráfico que va y viene de la India por encima del río Hari. Hoy todavía conserva veintiséis arcos —en época de Khondemir tenía veintiocho— y espacio suficiente para que pasen dos camiones a

la vez. Los arcos tienen formas distintas, y puesto que cada año se desmoronan un par de arcos a causa de los desbordamientos de primavera, el puente debe de haberse reconstruido muchas veces de principio a fin. Pero lo más probable es que los pilares descansen encima de los antiguos cimientos.

A la ciudad vale la pena verla desde el sur. Cuando regresábamos del río en el landó azul, las sombrías almenas de color gris dominaban la llanura y las aldeas como si la artillería aún fuera algo perteneciente al futuro. Hay tres murallas. La superior tendrá unos veinticinco metros de altura, y se halla defendida por una hilera de torres. Las otras dos están perforadas por una red de troneras. Debajo hay un ancho foso donde crecen las cañas. Constantinopla tenía un sistema igual por el lado de tierra sólo que allí el foso era de piedra y aquí es de barro.

En la carretera que sigue paralela al foso nos encontramos con tres caballeros que paseaban detrás de un poni trotador. Iban sentados uno encima del otro dentro de un carrito ligero color marrón, del que sobresalían como pinchos suficientes armas como para llenar una casa señorial.

Karokh (1340m), 28 de noviembre. Esta mañana, en vez de hacer el equipaje, me senté a leer. El truco funcionó: a la una el camión se puso en marcha. Poco faltó para que lo perdiera.

Una ancha carretera de macadán se dirige al este subiendo por el valle del río Hari y por las montañas hacia Bamiyan, aunque todavía no llega allí. A veinte kilómetros de Bamiyan, en la aldea de Pala Piri, doblamos hacia el norte por una pista estrecha.

—*Ra Turkestan! Ra Turkestan!* —gritaron a coro los pasajeros.

¡La carretera al Turquestán! Aquello sonaba demasiado bien para ser verdad.

Los treinta kilómetros que siguieron significaron un cruce continuo del río por una cañada cuyos declives, o mejor la ausencia de ellos, demostró que un vehículo motorizado puede ser tan bueno como una mula, si se conduce con pericia. A las tres y media nos detuvimos para pasar la noche. Cerca de la carretera hay un santuario, disimulado por un bosquecillo de pinos cuyo olor dulzón me recordó el Pinetum de Rávena. Cuán intensos permanecen los recuerdos de Italia. Yo podría haber sido t o funcionario, si no hubiese experimentado esta primera visión de un mundo mucho más amplio. En el patio interior también hay árboles de esa misma especie: *horhju*, los llaman. En lo alto de la alameda se yergue un modesto arco, cuyos cupulinos de hojalata centellean dándonos la bienvenida a lo lejos. Este arco señala la tumba de un tal Sheikh al-Islam, al que mataron —decapitado, según cuentan— mientras combatía a los persas en 1807. Su hijo Abul Kasim hizo construir el santuario y plantar aquellos árboles en su memoria.

Los dos patios se hallaban separados por una hilera de edificios, en los que se nos asignó una habitación en el piso de arriba. El resto de los pasajeros, que eran soldados, de inmediato lo aprovecharon para despojarse de sus uniformes y ponerse

turbantes, chaquetas largas y pantalones holgados. Molesto por la lluvia de polainas y túnicas, me llevé mi petate a una galería y lo estaba desenrollando cuando vi que una procesión de solemnes caballeros de mediana edad entraba en el patio de abajo. Después de quitarse la túnica y el turbante, se detuvieron frente a un árbol que se bifurcaba en dos, y allí de uno en uno intentaron pasar entre los dos troncos. Aquellos que lo conseguían, me dijeron, tenían asegurada la salvación en el más allá. Los que lo lograron fueron una minoría.

—¿No traerá consigo un poco de arak, por casualidad? —me susurró el guardián de la entrada al acompañarme por la alameda hasta la tumba, después de que los caballeros se marcharan.

Cuando me hallaba en la azotea del arco, observando las ruedas dentadas en lo alto, y un resplandor rojizo bañaba el horizonte de montañas cubiertas de nieve, otra procesión, más solemne incluso que la anterior, se estaba aproximando. Al frente i una figura altiva, con altas botas negras y túnica acolchada de color verde, y debajo del turbante una barba blanca que se proyectaba en un plano horizontal sobre su pecho, abultado como el de un palomo buchón.

—El Hazrat Sahib viene a saludar a su excelencia el viajero europeo —me informó el guardián.

—Tiene usted unos peces enormes en el estanque de aquí abajo —le dije cortésmente, como saludo.

—¿Ésos? —inquirió el Hazrat Sahib con desdén—. Debería usted ver los de la madrasa.

La gente se ponía en pie y hacía reverencias cuando desfilamos en procesión hasta la madrasa de la aldea. Debajo de una terraza de la que colgaban unos textos del Corán, había un mullah sentado en corro con unos muchachitos, los cuales le recitaban la lección. Además de otros grupos de gente había unos sauces a rededor del estanque. El Hazrat Sahib pidió que le trajeran pan empezó a lanzarlo al agua. Una bandada de patos se zambulló para atraparlo, pero un banco de carpas gigantescas subió a la superficie y los expulsó a mordiscos. Los patos se tuvieron que marchar sin saciar el hambre.

Los troncos de los pinos proyectan largas sombras a través de la alameda iluminada por la luna. Una brisa agita la llama dentro del quinqué. Nur Mohammad, un soldado que se ha pegado a mí, está durmiendo en un rincón de la galería. Apoya la cabeza en el fusil, cuyo cañón apunta hacia mi nariz. Acabamos de celebrar un banquete: el Hazrat Sahib, regresó después de la cena, precedido por una bandeja de peltre con frutos secos y granadas. El té vino después, en tazas en lugar de vasos, y eso hizo que me sintiera más cerca de China.

—¿A qué gobierno pertenece usted? —me preguntó el Hazrat Sahib.

—Al de Inglistán.

—¿Inglistán? Y eso ¿qué es?

—Lo mismo que Indostán.

—¿Es Inglistán parte de Indostán?

—Sí.

Una caravana se acerca por el camino. Tong, tong, el cencerro del camello macho llena la noche. A pesar de los ronquidos de Nur Mohammad, los cencerros de sonido agudo se oyen cada vez más fuertes. Mi pluma está haciendo garabatos por su cuenta. Es hora de dormir.

Qala Nau (880 m), 30 de noviembre. Llegamos aquí a las nueve y media de la mañana y nos hemos detenido a descansar.

La carretera de Karokh prosiguió por una región ondulada y cubierta de hierba, dividida por el cañón del río. Nos cruzamos con una tribu de kazakos, gente de cara achatada que va montada en caballos, asnos y bueyes. En un solitario caravasar, dos camioneros que regresaban de Andkhui nos dieron noticias del estado de la carretera. No eran muy alentadoras. El río, reducido ahora a un simple arroyo, nos llevó finalmente por uno de esos interminables valles serpenteantes, donde los salientes de ambos lados se alternan a la manera de dos ruedas dentadas. Después de recorrer treinta y dos kilómetros, salimos de él subiendo hacia la cara norte. Al llegar a la línea de nieve, el camión se quedó parado, mientras las ruedas seguían girando como batidores de huevos.

Pero íbamos bien pertrechados. Montones de cadenas, tres palas, un pico y cuerdas resistentes para evitar que el camión cayera por el borde del precipicio entraron de inmediato en acción. Recorrer los dos kilómetros que siguieron nos llevó cuatro horas. Unos cavaban, otros tiraban de las cuerdas, otros extendían ramas de una hierba que olía a menta como si lo hicieran ante el pollino del Redentor. El día estaba a punto de acabar cuando un zigzagueante tramo nos llevó, entre gritos de ánimo, al estrecho paso del collado de Sauzak.

A unos ochenta kilómetros, y a través de la menguante luz, se divisaban las murallas de la tierra prometida: Band-i-Turkestan, un muro montañoso de cumbres planas que llegaba hasta el Hindu Kush. Racimos de nubes doradas flotaban hacia un cielo que presagiaba tormenta. Acumulaciones y pináculos de rocas desnudas de color rojizo, hacían guardia por encima del paso. La humedad de la cara norte se anunciaba a través de los enebros, centinelas solitarios y maltratados que convergían en los bosques de las lejanas lomas.

Esa humedad fue nuestra perdición. Por debajo de la línea de nieve, una vez que la dejamos atrás, la carretera era tan resbaladiza como la vaselina, tan empinada como un tren alpino, y a menudo no superaba en un metro la anchura del eje de las ruedas del camión. Fue inútil que extendiéramos ramas por el suelo, tirásemos de las cuerdas o que apiláramos piedras en las curvas cerradas. Indiferente tanto a los frenos como al volante, el camión seguía su propio camino, dando bandazos como un cangrejo sobre las lisas piedras, colgando los neumáticos por encima del abismo, rebotando de risco

en risco, mientras nosotros le seguíamos dando traspies a través del anochecer y del barro medio congelado. Un pastor nos saludó desde abajo. Junto a él, iluminado por la luna, yacía otro camión con las ruedas al aire. En aquellos momentos, las luces empezaron a fallar. Cuando por fin llegamos a las pendientes despejadas, el chófer ya no podía conducir y nosotros no podíamos andar, ni un paso más.

Después de elegir un desfiladero, tan estrecho que comprimía el viento hasta enfurecerlo, los soldados encendieron una hoguera. No teníamos nada que comer y lo que es peor, tampoco agua. Yo había estado sediento desde la mañana y me bebí una ración de barro blanco, nieve derretida y petróleo que guardaban en un bidón de gasolina para llenar el radiador. La luna brillaba luminosa, la carretera era dura y el viento me levantaba las mantas. Los soldados montaban guardia dando pataditas arriba y abajo, mientras cantaban Para tranquilizarse. Yo me lamentaba por todos esos obstáculos que no me dejaban dormir, cuando de pronto me desperté a plena luz del día, después de haber dormido diez horas.

La aldea donde confiábamos llegar anoche se encontraba a tan sólo un cuarto de hora de donde estábamos. Allí nos encontramos con otros dos camiones que procedían de Andkhui. Sus pasajeros eran judíos, a los que identifiqué —por su rostro ovalado, rasgos delicados y sombrero cónico con reborde de pieles— como parientes de la comunidad de Bujara. También habían dormido al raso. Pero su problema era peor que esto: el suyo era una especie de éxodo. Varias mujeres me llevaron aparte y empezaron a murmurar en ruso. Cuando les dije que no entendía su lengua, se mostraron incrédulas y señalaron mi espléndido cabello como prueba de que yo tenía que ser ruso. La descripción de nuestro paso por el collado menguó su comprensible agitación. Las madres agarraban a sus hijos, los ancianos se mecían y gemían al tiempo que se mesaban la barba con sus negras uñas. Más adelante nos cruzamos con otro par de camiones que, a una velocidad vertiginosa, transportaban más judíos.

Qala Nau, o “castillo nuevo”, es un pequeño núcleo comercial de unos dos mil habitantes. Al final de su única calle ancha encontré al gobernador sentado en un jardín medio en ruinas, mientras su caballo, un semental gris de casi quince palmos, piafaba encima de un descuidado parterre de flores. Después de leer la carta que traía del Mudir-i-Kharija de Herat, me asignó una habitación que daba a la calle, donde Nur Mohammad sigue atendiéndome.

—No se preocupe por el precio de los pollos —me dice—. Usted es aquí un invitado.

Ha sido un gesto considerado y amigable, pero ha impedido que yo comprara dos pollos, uno de los cuales lo necesitaba para el viaje de mañana.

Esta tarde Nur Mohammad y yo anduvimos unos dos kilómetros a lo largo de la carretera por donde llegamos, para echar un vistazo a unas cuevas que hay en la ladera de la colina. Justo debajo de ellas me asaltó el vértigo y preferí volver a bajar antes de quedarme atascado. Nur Mohammad completó la exploración y me asegura que en las cuevas no hay pinturas ni esculturas.

El secretario del gobernador, ataviado con un abrigo púrpura forrado de pieles y pertrechado con una linterna eléctrica, acaba de hacerme una visita y ha escrito una larga frase en este diario por el privilegio, me ha dicho, de utilizar mi preciosa pluma estilográfica.

Qala Nau, 1 de diciembre. Otro día de descanso, pero no tanto como el anterior. Por la noche se desató una tormenta y el viento soplaba con tal fuerza que las dos puertas situadas una enfrente de la otra se abrieron con estrépito y casi me vi arrastrado por los suelos. Así despertado, de pronto me di cuenta de que me sentía indispuerto. En esta casa no existen los habituales «servicios» para eso hay que utilizar el patio trasero, que sirve tanto para los hombres como para las bestias. Cuando bajaba por la escalera exterior resbalé. La linterna saltó de mi mano, la única prenda que llevaba —una gabardina— voló por encima de mi cabeza, y de pronto me encontré desnudo sobre un lecho de nieve y excrementos, que se me pegaban al cuerpo con la escarcha. Por unos instantes me quedé demasiado aturdido para moverme. Algo se había roto y tuve que palpar a tientas para averiguar si se trataba de mi cabeza o del último peldaño de la escalera. Cuando descubrí que era el peldaño, no pude contener la risa.

Ahora nieva con intensidad y no podemos partir.

El secretario del gobernador envió un mensajero esta para decirme, después de un montón de circunloquios que le gustaría que le regalara mi pluma. Me negué. Luego vino él en persona a pedírmela. Al ver que tendría que darle algo, le dije que se sentara y le hice un retrato en color. Como hizo que me fijara en su abrigo de pieles, lo reproduje con exquisito detalle. Esto le dejó satisfecho.

Todos los judíos han regresado, en total, los cuatro camiones transportaban unas sesenta personas. Además, también ha llegado un grupo de turcomanos, cuyas mujeres llevan unos altos tocados rojos de los que cuelgan planchas de plata dorada con incrustaciones de cornalina. Debido a esta afluencia, la comida escasea y no hay gasolina. Como sólo puedo iluminar la habitación abriendo las puertas, tengo que calentarme poniéndome todas mis prendas y quedándome en la cama. Las tiendas venden cigarrillos rusos y tinta china, pero ninguna de las dos cosas me sirve de alivio. No obstante, he comprado unos calcetines tejidos artesanalmente que resistirían incluso en el Polo Norte.

Qala Nau, 2 de diciembre. La gente dice que ahora, incluso aunque lleguemos al Turquestán, la carretera que lleva a Kabul estará cubierta por la nieve. Podría habérmelo imaginado viendo las altitudes en el mapa. A caballo el viaje duraría un mes, y precisaría, supongo, más dinero y equipo del que poseo. También me preocupa la posibilidad de que no pueda telegrafiar a casa por Navidad. Mientras tanto

continúa nevando, y han enviado a buscar caballos a Herat para que los judíos puedan marchar. Tal vez debiera regresar con ellos.

Hasta Nur Mohammad se siente deprimido. No para de rezar y si por casualidad me cruzo en su camino, es capaz de postrarse encima de mí.

Qala Nau, 3 de diciembre. La diarrea se ha convertido en disentería. Tengo que regresar.

Es posible que sea cobardía, pero prefiero llamarlo sentido común. En cualquier caso, la diferencia se difumina en la decepción que siento. No obstante, he averiguado que el viaje puede hacerse, algo que antes nadie sabía.

El tiempo ha despejado, y eso hace que mi decisión sea todavía más difícil. Para no desmoronarme, me tomé una fuerte dosis de whisky y temprano me fui a ver al gobernador. Lo encontré reunido, acucillado delante de un brasero, al fondo de una sala. Me tomó el pulso y dijo que no estaba enfermo, pero aunque lo estuviera, tendría que telefonar a Herat antes de darme el pase. De momento la línea telefónica estaba rota y de todos modos no había caballos. Esta tarde me llega un mensaje en el que se me informa de que el teléfono está arreglado de que el pase me está esperando y de que mañana a las ocho los caballos estarán dispuestos para que los examine.

El camión sale hoy a las cuatro de la tarde. Todavía podría viajar con él, si no me sintiera tan débil.

Laman (1400m), 4 de diciembre. La aldea está debajo del paso.

Los caballos vinieron puntualmente. Uno no podía posar la pata delantera en el suelo, y el otro semejava el caballo de la Muerte del Apocalipsis. Mis protestas llegaron al Gobernador antes de que se hubiera vestido y, a fin de ahorrarse otras violaciones a las más básicas normas de cortesía por mi parte, me ofreció tres caballos del gobierno y un guía a cambio de cinco libras. El dinero estuvo bien invertido. A pesar de mi indisposición, que nos retrasaba cada veinte minutos, realizamos una etapa doble en medio día, y trataré de llegar a Karokh mañana, aunque dicen que para eso se necesitan trece horas.

Ni la silla de montar afgana ni las punzadas del hambre han podido empañar la belleza de nuestro recorrido entre las centelleantes colinas plateadas. Allí donde las quebradas se juntan con el valle, los kazakos han instalado sus campamentos de invierno tras unas tapias de adobe que ellos utilizan año tras año. Cada campamento es una silueta de cúpulas bajas y negras que contrastan con el blanco paisaje. Por lo general, una manada de perros ladrones bajaba corriendo por las pendientes para darnos la bienvenida, y entre ellos los salukis eran tan montaraces los participantes en la Copa Waterloo. Pero en uno de los campamentos, dos hombres nos obligaron a parar.

—¿Dónde está su *kibitka*? —preguntaron.

—¿Mi qué?

—Su *kibitka*.

—No entiendo.

Con gestos de irritación y desdén, señalaron sus tiendas de fieltro y juncos.

Su *kibitka*. Ustedes deben tener una *kibitka*. ¿Dónde está?

—En Inglistán.

—¿Y eso dónde está?

—En Indostán.

—¿Está eso en Rusia?

—Sí.

La gente de esta aldea es extrañamente poco servicial. ¿Huevos? ¿Queroseno? ¿Heno? No tienen nada de eso. Les dije que se lo pagaría. Pero al ver que me acompañaba un empleado del gobierno no se lo creyeron. Su autoridad al final consiguió lo que queríamos, y también una casa donde poder dormir, la cual consiste en cuatro paredes y un techo con un agujero. Por desgracia, el humo de la hoguera que hay en el centro de la estancia no escapa por ese agujero. Pero es agradable poder estar caliente para variar. Somos un grupo de siete.

Mi guía sospecha que los aldeanos tienen malas intenciones respecto a nosotros. Y yo tampoco estoy muy tranquilo. Encima de mí, en la pared, hay un boquete tapado con un trozo de tela. De pronto, ante mi sorpresa, veo que la tela ha desaparecido y una mano asoma, tanteando en busca de mis pertenencias. Aviso al guía, quien agarra su fusil y se precipita afuera. Pero no se oyen disparos.

Hemos bloqueado el agujero con una piedra. Tengo que dormir. Mi mente está llena de planes para efectuar este viaje en verano. Quizá entonces Christopher pueda acompañarme.

Karokh, 6 de diciembre, 2. 30 de la madrugada. Hoy he viajado casi cien kilómetros y me he acostado con tan sólo un tazón de sopa. Acaba de cantar el primer gallo.

Herat, 8 de diciembre. ¡Menudo día he pasado! Dios me libre de más aventuras con el estómago vacío.

El alba apenas acababa de despuntar cuando salimos de Lama para ascender el collado. Las espectrales siluetas de los enebros surgían y se desvanecían en medio de la niebla gris. La nieve amortiguaba las pisadas de los caballos. Al final, el sol desvelaría las cumbres por encima del collado, más rojizas incluso contra el cielo azul y un mundo completamente blanco. Me despedí con la mirada de los Band-i-Turkestan, y me pregunté si el camión habría llegado ya allí, al tiempo que deploraba

mi indecisión. En la bajada, los caballos empezaron a trotar. En vano traté de establecer el ritmo: o no se podía, o no tenía la habilidad necesaria. Si me levantaba en los estribos, la madera de la silla de montar me desgarraba las piernas, a pesar de la tela escarlata y adornada con borlas que la cubría. Si me sentaba erguido, a la manera oriental, y cabalgaba, el dolor que esto provocaba en mis intestinos era casi insoportable. Intenté lo uno y luego lo otro, intenté sentarme hacia delante sobre la perilla y hacia atrás en el fuste, intenté sentarme de lado, incluso consideré la posibilidad de sentarme de cara a la cola. Pero, con dolor o sin dolor, quería llegar a Karokh esa noche, y lo mismo pretendía el guía, puesto que la gente de Laman había profetizado que no lo conseguiríamos. Toda la tarde, después de parar para que pastaran los caballos, estuvimos bajando aquel interminable valle. Detrás de cada saliente yo pensaba encontrar los pastos de las tierras altas, pero detrás de cada saliente tan sólo me aguardaba otro; y hasta Karokh, como muy bien sabía, había un largo trayecto desde la entrada en el valle. Cuando el sol empezaba a ponerse, cambié mi caballo por el del guía, cuya silla era más blanda. Por fin logramos salir. Más allá del río embutido en su cañón, las tierras altas, húmedas y amarillentas, se extendían hacia las montañas azul tinta moteadas de nieve y coronadas por el gris plomizo de las nubes. Un pastor embutido en su blanco chaquetón, y su rebaño, junto con el humo que se alzaba de una aldea a lo lejos, constituían la medida humana de aquella inhóspita extensión. Bajamos por el cañón y volvimos o subir. Bajábamos y subíamos. El guía estaba preocupado apremiaba para que fuera a medio galope.

El último destello de luz fue cuando cruzamos el río por tercera vez; ni la luna ni las estrellas lo reemplazaron. Mientras encendíamos la linterna, oímos pasos que se acercaban, El guía tensó todo su cuerpo pero, al comprender que eran los de una sola persona espoleó el caballo y empuñó el fusil, amenazando con disparar al hombre por estar fuera de su casa después de oscurecer. Por fin llegamos a una aldea. No se trataba de Karokh, sino de Karokh Sar, y el guía aseguró que desde allí conocía un atajo. El camino se iba estrechando cada vez más. Girábamos a diestra y siniestra. Intentamos retroceder sobre nuestros pasos. Al final seguíamos un simple sendero de conejos.

—¿De veras es éste el camino a Karokh? —pregunté por enésima vez.

—Sí, es ése. Ya se lo he dicho una y mil veces. ¿Es que no entiende el persa?

—¿Y cómo sabe que lo es?

—Lo sé.

—Esto no es una respuesta. Es usted el que no sabe persa.

—Oh, de modo que no sé persa, ¿eh? Yo no sé nada Tampoco sé adónde conduce este camino.

—Pero ¿lleva o no a Karokh? Haga el favor de contestarme.

—No lo sé. Yo no sé persa. Yo no sé nada. Usted no dice más que Karokh, Karokh, Karolch. Yo no sé dónde está Karokh.

De pronto, se dejó caer encima de la hierba y, ocultando la cabeza entre las

manos, soltó un gemido.

Nos habíamos perdido. Era un trance difícil en un país donde la seguridad personal cesa con el toque de queda. Pero, como por arte de magia, contribuyó a disipar mis dolores. Por un momento me pregunté si el guía no me habría traído hasta allí con alguna intención oculta. Sus gemidos contradecían esa idea: podía ser un ladrón, pensé injustamente, pero no un actor. Ni siquiera me ayudó a descargar el equipaje. Al final tuve que zarandearle para sacarlo de su desespero, y consintió en trabar los caballos. Luego volvió a bajar la cabeza, rechazó la comida que le ofrecí e intentó rechazar la manta hasta que se la ató alrededor de los hombros. Hacía mucho frío, volvíamos a estar dentro de una espesa nube de humedad. Me preparé el petate, cené un poco de huevo, salchichas, queso y whisky, leí un rato a Boswell y no tardé en quedarme dormido entre las aromáticas hierbas, con los saquitos del dinero entre los pies y el enorme cuchillo de caza apretado en la mano.

A la una de la madrugada me despertó la luz de la luna y vi que nos habíamos detenido en el mismo borde del cañón. Abajo, a lo lejos, el río se alejaba ondulante como una serpiente plateada. Delante de nosotros, a unos tres kilómetros de distancia, apareció una mancha oscura que reconocí como el pinar de Karokh.

Fue una visión afortunada. Acabábamos apenas de encontrar los caballos cuando la nube volvió a cerrarse. Pero el guía había conseguido orientarse, y una hora después estábamos llamando a la puerta de un enorme caravasar que según él era más cómodo que el santuario. Y así fue. Conseguí para mí solo una habitación espaciosa y con alfombras, donde a última hora de la mañana me despertaron tres sabios barbudos que habían entrado para hacer sus plegarias, y a los que ni mis inquisitivas miradas lograron disuadir de su objetivo.

Llegamos a Herat a las cuatro. Seyid Mahmud y todos sus empleados me saludaron como a un hijo pródigo. Uno desplegó las alfombras. Otro trajo agua para que me lavara. Sin que yo se lo pidiera, volvieron a poner los clavos para mis corbatas, el espejo y el sombrero. Me ofrecieron un nuevo tarro de la mermelada que tanto me había gustado, y Seyid Mahmud me prometió para mañana una nueva hornada de pequeños bizcochos.

Sí, los indios se han ido, y también el húngaro. Mientras tanto han llegado otros europeos, amigos míos, le parece. Ah, aquí están.

En la puerta estaban los de los quemadores de carbón.

—¡Hola! —saludé desde mi rincón.

—¿Tú? Eh..., hola.

—Lo siento, pero se me ha terminado el whisky.

—No te preocupes.

—A causa de mi Salud.

—Nos dijeron que habías estado enfermo.

—¿No os parece que hace frío en Afganistán?

—La lluvia nos ha incordiado un poco.

—Pero los edificios os gustarán espero.

—Oh, preciosos.

No fue el encuentro que habíamos imaginado. Al llegar con diez días de retraso para ir por el Turquestán, ahora tendrían que ir por el sur, a Kandahar. Confiaban en que yo fuera con ellos.

Una perdiz para cenar ayudó a ver las cosas claras.

Herat, 11 de diciembre. Se han marchado ellos solos. Mi objetivo era el Turquestán, no una demostración del carbón. Todavía lo es. Tendré que regresar a Persia y esperar la llegada de la primavera.

PERSIA: Mashad, 7 de diciembre. Un espantoso viaje que me dejó sin fuerzas. De ahí el intervalo.

Sin embargo, tuvimos suerte con el tiempo. La carretera acababa de secarse e íbamos a buena marcha. Un grupo de peregrinos que se dirigían a Nejed ocupaban la parte trasera del camión. Delante a mi lado, se sentaba un joven fanático chiíta ataviado con el turbante negro y el manto marrón de pelo de camello, que había vindo de Irak para ver las ciudades del Islam y ahora se dirigía a la India vía Duzdab y Quetta. Después de dormir en Islamillah, el puesto fronterizo, cruzamos dando bandazos los veinte kilómetros de la franja de tierra de nadie que separa los dos países, acompañados por bandadas de pájaros de marjal y sus tristes lamentos. En Kariz, mientras la aduana persa retrasaba nuestra marcha un alemán se me acercó. Acababa de huir de Rusia, donde estaba nacionalizado, y después de haber llegado hasta aquí en su viaje a la India, las autoridades afganas le obligaban a regresar. Su esposa se hallaba enferma en la aldea, se habían quedado sin un céntimo y estaban desesperados. Metí la mano en el bolsillo en busca de algo de dinero para dárselo, pero él se alejó, presa del orgullo.

En el muslo me había salido una pústula, y era tal su tamaño que la pierna se me había hinchado desde el tobillo hasta la ingle. Apenas podía andar. Para combatir el dolor, encargué una botella de arak, ante lo cual el chiíta protestó con espanto teatral. En Persia no tenía por qué andarme con remilgos, pensé. Así que desenrosqué el tapón y metí la boca de la botella dentro de su barba. Huyó como una monja ultrajada, pero en el camión no tenía escapatoria. Cuando yo sacaba la botella, desfallecía encima del volante como si los vapores le quitaran el aliento, al tiempo que pedía a Dios y al chófer que vengaran semejante blasfemia. El chófer se reía. Dios no entró en acción hasta Torbat-i-Sheikh Jam, donde llegamos a medianoche.

Allí, mientras descargaba el equipaje en el caravasar, unos soldados me robaron las alforjas. Creyendo que su puerta estaba cerrada con llave, me lancé contra ella con todas las fuerzas que me permitía la pierna sana. Pero no estaba cerrada, y el ímpetu

de mi embestida hizo caer de bruces a cuatro de los soldados, incluido uno que estaba agachado encima del botín y cuyo trasero chocó con mi rodilla. Los demás se encolerizaron y salieron en mi persecución hasta la cocina, donde entré a la pata coja, lo mismo que un saltamontes. Allí la gente se rió de ellos hasta avergonzarlos. Luego pregunté dónde podía dormir y me indicaron ceremoniosamente el borde de una estera que había junto a la estufa, ocupada ya por otros cinco. Con una tetera llena de agua caliente, me dirigí a unas ruinas que había al otro lado del patio donde poder aplicarme la cataplasma con absoluta calma. Tres corrientes de aire sucesivas congelaron el vendaje sobre mi piel.

—¿Se está cómodo aquí? —preguntó el chiíta, que se había deslizado a mis espaldas con un fardo de ropa blanca entre sus brazos.

Lo exorcicé con la botella de arak.

Ningún peregrino había experimentado nunca tanta satisfacción como yo al ver las cúpulas de Mashad. La señora Haber del Consulado, me pidió que me quedara allí si volvía. No me sentía con fuerzas para fingir que vacilaba. En el Hospital Noteamericano aplicaron ventosas a mi pierna. A la mañana siguiente, cuando al despertarme descubrí sábanas limpias bajo la barbilla y el desayuno encima de una bandeja, me maravillé ante un mundo del que ya ni me acordaba.

Mashad, 21 de diciembre. La energía y el buen humor han vuelto sobre todo gracias a *Anna Karenina*, que aún no había leído. La pierna ha mejorado tanto que ya puedo curármela yo solo. Esto me ahorra la falta de intimidad que comporta el hospital. Ayer, cuando me encontraba en el dispensario, a un hombre le arrancaron siete dientes sin anestesia, mientras a otro le examinaban un cáncer en los testículos.

La gente que se burla de los misioneros no los ha visto en su labor sanitaria. La salud del Jurasán depende de ellos. Por eso, y no por sus conversiones, las autoridades los odian y les ponen trabas, no hay razón para estar celosos de una religión que aquí no tiene mayor atractivo del que tendría en Roma una misión musulmana. Los persas son especialistas en castigar a los demás perjudicándose a sí mismos. Interrumpieron los servicios de la compañía aérea Junkers porque hacía ostentación de su superioridad extranjera. Construyeron carreteras, pero la oficina de aduanas prohibió la importación de automóviles. Querían el tráfico de viajeros, pero prohibieron sacar fotografías por miedo a que alguien publicara una foto de un mendigo iraní, cuando, según los reglamentos de la policía, la mendicidad es en sí misma una profesión, como he descubierto estos dos últimos días. Lo cierto es que el país anhelante de progreso de Marjoribanks ofrece un contraste deprimente con Afganistán. Me recuerda la fábula de la liebre y la tortuga.

Mashad, 24 de diciembre. La señora Hamber se ha marchado a la India. Muy

amable, Hamber me ha pedido que me quede con él por Navidad.

Todas las mañanas cojo un coche de dos caballos para ir al santuario de Khoja Rabi, donde me siento a dibujar, en paz con el mundo, mientras me lo permitan los cortos días de invierno. El Sha Abbas lo mandó construir en 1621, y se encuentra en unos jardines de las afueras de la ciudad. Los azulejos de vivos colores turquesa, lapislázuli, violeta y amarillo provocan una singular melancolía entre los árboles desnudos y los parterres vacíos donde revolotean las hojas muertas. Muy adecuado para mi estado de ánimo.

Otros monumentos de aquí son la Masjid-i-Shah, una destartalada mezquita de 1451 que se encuentra en el bazar la cual posee dos alminares que brillan azules y púrpura lo mismo que el de las dos galerías en Herat, y el Musalla un arco en ruinas de fecha posterior, revestido de intrincados diseños de azulejos poco atractivos. También está el gran santuario del imán Ridá.

Este conjunto de mezquitas, mausoleos, tenderetes, bazares y laberintos constituye el centro de la ciudad. Hace poco han aislado la zona sagrada mediante una ancha calle circular de donde las demás calles irradian en todas direcciones, con lo que cualquier perspectiva se completa mediante cúpulas y alminares. La primera vez que llegué al anochecer, una enorme cúpula azul marino flotaba en el neblinoso cielo, y a su lado otra cúpula dorada brillaba apagadamente. Entre los fantasmagóricos alminares colgaba una guirnalda de delicadas luces.

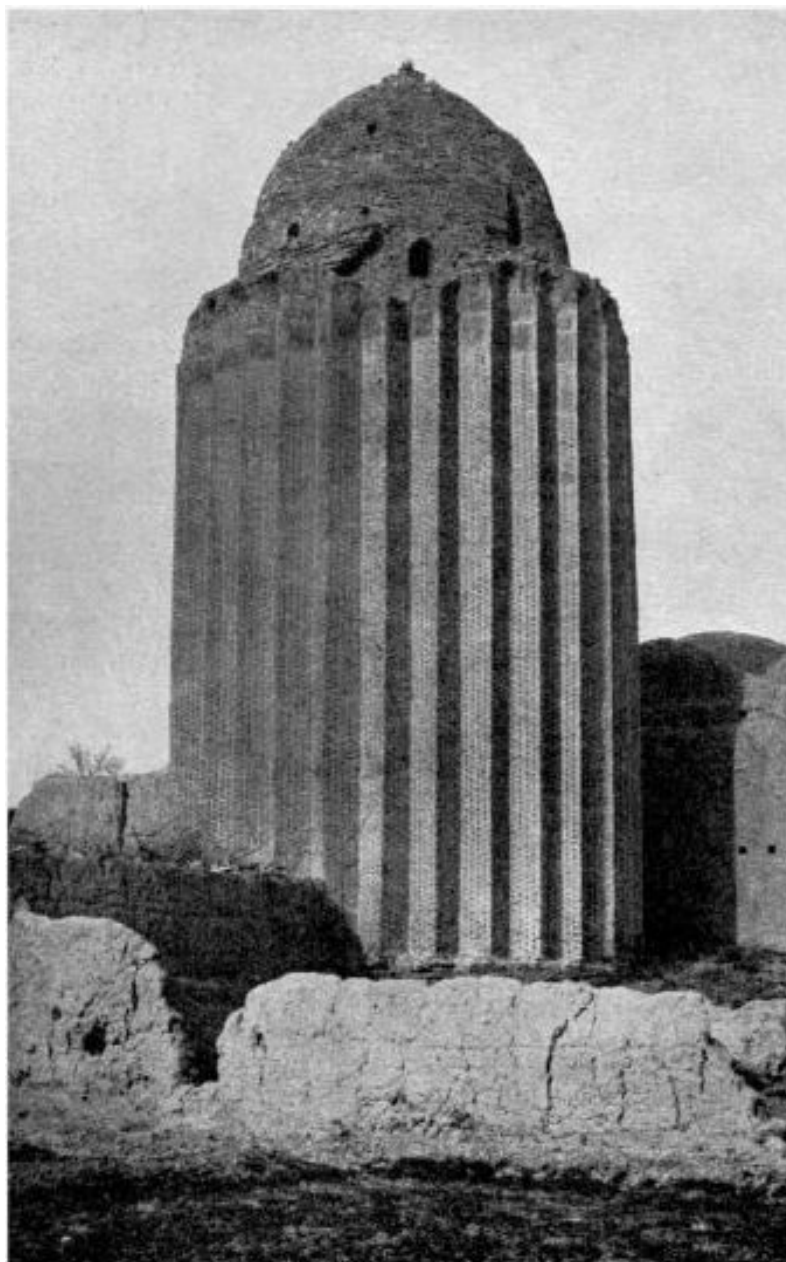
Dos funerales hicieron que la capital del Jurasán pasara de Tus a Mashad. En el 809, el califa Harun al-Rashid se sintió amenazado por una rebelión en Transoxiana. Su hijo Mamun se le adelantó y se marchó a Merv; cuando el califa le seguía, cayó enfermo en Tus, murió y fue enterrado en un lugar sagrado, situado a unos treinta kilómetros de allí, en lo que ahora es Mashad. Mamun se quedó en Merv, y en el 816 convocó allí al octavo imán de los chiítas, Ali al-Ridá de Medina, al que proclamó heredero del califato. Pero dos años después el imán también murió en Tus, cuando acompañaba a Mamun en una visita a la tumba del padre de éste. Según la doctrina ortodoxa, el imán murió de una indigestión de uvas. Pero los chiítas creen que Mamun lo envenenó. Sea como sea, lo enterraron al lado de Harun al-Rashid y su tumba se convirtió, después de la de Ali en Nejef, en el lugar más sagrado del mundo chiíta.

De modo que el santuario fue creciendo, y la ciudad en torno a él. Cuando los peregrinos adoran la tumba del imán, todavía escupen en la de Harun al Rashid. Para nosotros, este nombre evoca todo el esplendor de Asia. A los chiítas tan sólo les recuerda al del padre del asesino de un Santo.

Asistido por un contrariado agente de policía, pasé la mañana en varias azoteas, examinando el santuario a través de unos prismáticos desde el otro lado de la calle circular. Hay tres patios principales, cada uno con cuatro iwanes (no hay otro término capaz de describir esos enormes salones abiertos al frente, con bóvedas ojivales y altas fachadas que constituyen el rasgo característico de la arquitectura persa en

cuanto a mezquitas). Dos de los patios apuntan al norte y al sur están situados a ambos extremos, pero no un mismo eje. De lejos, el revestimiento de azulejos semeja zaraza y debe de ser de los siglos XVII o XVIII. Entre los dos patios se alza una cúpula dorada en forma de casco que marca la tumba del imán, que el Sha Abbas mandó construir en 1607. En 1672, Chardin vio que en Isfahán se fabricaban unas placas con el fin de restaurarla después de un terremoto. A su lado se yergue un alminar dorado, y hay otro idéntico a la derecha del patio sur.

El tercer patio apunta hacia el oeste, en ángulo recto con los patios norte y sur. Ésta es la mezquita que Gohar Shad hizo construir entre 1405 y 1418. Encima de la cámara Santuario situada al fondo, y flanqueada por dos enormes alminares, está la cúpula azul marino, de curva achatada, con inscripciones cúficas en negro sobre la curvatura y festoneada desde la cima con zarcillos amarillos.



Bastam: torre tumba. *Principios del siglo XIV*

Los azulejos que cubren todo el patio parecen intactos. Incluso desde una distancia de cuatrocientos metros se puede apreciar la diferencia de calidad en el colorido con el de los otros patios. Aquí está la clave de las glorias extinguidas de Herat. Estoy decidido a entrar en esta mezquita antes de abandonar Persia. Pero no ahora, todavía no estoy preparado. Debo aguardar a la primavera, cuando tal vez haya averiguado más cosas de Gohar. Shad.

Mashad, día de Navidad. Hamber y yo almorzamos con el señor y la señora Hart, también del Consulado, y con su hijito Keith. Comí demasiado budín y me sentí enfermo, como ocurre siempre la tarde de Navidad, aunque volvía a estar en forma a la hora de cenar. Para la cena, Hamber invitó a toda la misión norteamericana, a los Hart y a una chica alemana de Bolivia, institutriz de una familia de aquí, mundana al estilo risueño de los teutones. A continuación hubo concursos. Yo gané una pluma estilográfica, el premio al hombre que mejor luciera un sombrero de señora.

Teherán, 9 de enero. Fue un momento muy triste cuando tuve que cambiar de nuevo la confortable casa de Hamber por el mundo cruel.

En el viaje de regreso me detuve en Shahrud. Era temprano por la mañana y, dado que ahora estamos en el Ramadán, lo cual significa que nadie se levanta antes del mediodía, cogí sin permiso un caballo y salí para Bostam, una aldea pequeña y soñolienta en el camino que, a través de las montañas, conduce a Asterabad. El santuario de Bayazid, del siglo XIV, tenía un exterior tan bucólico, con sus torres similares a los secaderos de lúpulo en Kent, que la riqueza del estuco esculpido del mihrab interior fue una sorpresa. De hecho, esta técnica constituye siempre una sorpresa: su efecto es del todo desproporcionado con relación a la sencillez del material. Aquí no es tan exuberante como en Hamadán, depende más de la línea que del relieve, pero posee las mismas virtudes de esplendor sin ostentación y de complejidad sin incoherencia. Próxima a la mezquita hay una torre mausoleo, construida a comienzos de ese siglo, cuya estructura circular se halla rodeada de pequeños y aguzados contrafuertes. El enladrillado posee una fina textura debido a que en los cantos de los ladrillos, que se combinan con los de los laterales, hay grabado un pequeño dibujo.

De regreso a Shahrud fui arrestado, pero el jefe de la policía se comportó de manera bastante amigable cuando le enseñé mis documentos. Le expliqué que, por mucho que simpatizara con la costumbre de convertir la noche en día durante el Ramadán, no me serviría de gran cosa adoptarla, por lo que respecta a la búsqueda de monumentos. El hombre asintió con expresión algo avergonzada. Lo más probable es que hubiesen emitido algún ridículo edicto anunciando que el Ramadán estaba en franco retroceso.

Con los oídos todavía zumbándome a causa de las vibraciones del camión que siempre iba en primera, Teherán me pareció una ciudad de fantasmas con zapatos de terciopelo. En medio del caos reinante en la AngloPersian, me metieron dentro de un traje de etiqueta y me llevaron al baile de Nochevieja. Como tan sólo esperaba esa cortesía informal con que se pretenden evitar los recuerdos del viajero que regresa, me emocioné al comprobar el interés de la gente por mi viaje. De pronto descubrí a Busk, el nuevo secretario de la Legación, y expresé mi asombro al ver que era más alto que yo, pues en la escuela, época desde la que no nos habíamos vuelto a ver, él era uno de los chicos más bajos.

—Pero no se me tendría por o enano, ¿verdad? —preguntó lastimeramente.

CUARTA PARTE

Teherán, Qom, Deliján, Isfahán, Abadeh, Shiraz, Kavar, Firuzabad,
Ibrahimabad, Shiraz, Kazerun, Persépolis, Abadeh, Isfahan, Yazd,
Bahamabad, Kermán, Mahán, Yazd, Isfahán, Teherán



Teherán, 15 de enero. Maldito sea este país.

Poco después de que yo me fuera en noviembre, Marjoribanks se creyó amenazado por un golpe de estado. Había ido a Asterabad para inspeccionar su nueva línea férrea y asistir a las carreras de jinetes turcomanos. Con él iba Sardar Assad, ministro de la Guerra y jefe de los jans bajtiales. El primer indicio público de una conspiración fue el inesperado regreso de Sardar Assad a Teherán en camión: un medio de transporte inusual para los ricos y los miembros más prominentes de la aristocracia tribal. Él y sus hermanos, entre los que están Sardar Bahadur y Emir-i-Jang, a los que conocimos tomando el té con Mirza Yantz, ahora están en la cárcel. Se han enviado tropas y aeroplanos al territorio bajtial de sur de Isfahán. Entretanto las sospechas han caído en el Kavam al-Mulk, un magnate kashgai de Shiraz, que hasta la fecha disfrutaba del peligroso honor de ser el principal confidente de Marjoribanks. En la actualidad está confinado en su casa, y la señorita Palmer-Smith, la dama de compañía de sus hijas, se halla obsesionada por el temor de que hayan envenenado la comida.

Nadie sabe si en realidad hubo una conspiración. Pero todo el mundo piensa ahora que la habrá. Hay rumores de que Marjoribanks tiene cáncer de estómago, que al príncipe heredero lo asesinarán cuando regrese de la escuela en Suiza y que las tribus se sublevarán en primavera. Yo no creo en ninguno de estos rumores las dictaduras siempre los ponen en circulación. Lo que me inquieta es el sentimiento contra los extranjeros que impera en ese momento. La desgracia de los bajtiales se atribuye en parte a su amistad con los ingleses, los viajeros ansiosos por ver el lado más civilizado de la vida persa siempre viajan por el territorio bajtial. En consecuencia, todos los persas, excepto aquellos a los que de manera oficial se les ha ordenado que fraternicen con los extranjeros, huyen estremecidos como si uno fuera un perro rabioso.

Este sentimiento se ha visto reforzado por un artículo que Bathe publicó en *The Times* a su regreso a Inglaterra, en el cual describía el ataque de Marjoribanks contra un jockey turcomano ante los ojos del cuerpo diplomático. La prensa persa replicó diciendo que el rey de Inglaterra no se atrevía a salir de palacio sin escolta de tres mil hombres mientras el príncipe de Gales tenía cien perros que subían a su cama por una escalera especial y dormían con él. Intimidado ante semejantes despropósitos, el Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres convenció a *The Times* para que rectificara en un editorial, en el cual comparaba a la Persia moderna con la Inglaterra de los Tudor, y los logros de Marjoribanks con los de Enrique VIII. Esto sólo añadió vinagre a la herida persa, dado que se considera a los Tudor unos atrasados. Esa intromisión ha costado al Ministerio de Asuntos Exteriores varios centenares de libras en telegramas, y ha corroborado las dos obsesiones de los persas — concienzudamente establecidas por nuestro anterior ministro—: que su irritabilidad

provoca el terror en Londres y que el Ministerio de Asuntos Exteriores controla la prensa inglesa. En este infierno lleno de buenas intenciones por parte de los ingleses, los persas han encontrado múltiples respuestas para los estremecimientos de una dignidad ultrajada. Gracias a Dios, mis cartas de recomendación son americanas.

Teherán, 17 de enero. Otro defecto de la mentalidad persa son unos celos mortales a que los afganos se les anticipen en lo que se refiere a la occidentalización. Al enterarse de que yo he estado en Afganistán, el persa instruido respira hondo, como para contenerse, demuestra un afable interés por el bienestar afgano, y pregunta con felina suavidad si he visto en el país ferrocarriles, hospitales o escuelas. Por supuesto que he visto hospitales y escuelas respondo; los hay en todo el Islam. En cuanto a los ferrocarriles, sin duda las máquinas a vapor están pasadas de moda en una era motorizada. Cuando le dije a Mirza Yantz que los afganos discutían sus problemas políticos con absoluta franqueza, en vez de susurros como se hace aquí, me respondió:

—Claro, allí son menos cultos que nosotros los persas.

Los afganos les devuelven esta aversión, aunque de distinto modo. Menosprecio es lo que ellos sienten, no celos.

Ayer fui a visitar a Shir Ahmad el embajador afgano para hablarle de mi viaje. Envuelto en una bata de terciopelo iridiscente y acariciándose la bien cuidada barba ovalada, su aspecto más felino que nunca.

R. B.: Si su excelencia me da permiso, me gustaría volver a Afganistán en primavera.

SHIR AHMAD (p):^[7] ¿Volver allí? (Rugiendo ff) ¡Por supuesto que volverá!

R. B.: Y Sykes confía en poder acompañarme.

SHIR AHMAD (m): ¿Confía? No necesita confiar en nada (Rugiendo ff) ¡Por supuesto que le acompañará! (pp) Le daré un visado.

R. B.: Me gustan los afganos porque hablan alto y dicen la verdad. No andan siempre con intrigas.

SHIR AHMAD (mirando de soslayo, p): Ah, se equivoca usted ellos les gustan mucho las intrigas, (m) mucho, (cr) muchísimo. No es usted muy listo. (p) Usted no los ha visto.

R. B. (cabizbajo): En todo caso, excelencia, su gente fue hospitalaria conmigo. Si alguna vez escribo algo sobre Afganistán, primero se lo voy a enseñar.

SHIR AHMAD (ff): ¿Para qué?

R. B.: Por si pudiera ofenderle.

SHIR AHMAD (m): No hace falta. (cr) No hace falta. (f) No lo voy a leer. No quiero. Si escribe usted cosas amables nos gustará un amigo nos elogie. Si no escribe cosas amables nos gustará que un amigo nos aconseje. Debe

escribir lo que piensa. (p) Es usted un hombre honesto.

R. B.: Su excelencia es demasiado bueno.

SHIR AHMAD (mf): Ah, sí, soy bueno. Todos los afganos son buena gente. Llevan buena vida. (pp) Nada de vino, (f) ni mujeres de otro hombre (mf) Crean en Dios y en la religión. Todos los afganos son buena gente, todos fideles.

R. B.: ¿Fideles?

SHIR AHMAD (mp): Fideles, ¿no? ¿Es eso francés? Creyentes, ¿sí?

R. B.: Son muy distintos de los persas.

SHIR AHMAD (mf): No son distintos. (cr) No lo son. Los persas también son fideles. (pp) Le voy a contar una historia:

- (m) Como sabe los persas son chiítas, los afganos son sunníes. Los persas aman a Ali. Los afganos piensan en Ali (ff) En los días del Mohurram, los persas recuerdan la muerte de Ali y celebran una fiesta. El año pasado me piden que vaya a la fiesta en la Baladiya, en el municipio como dicen ustedes Voy (cr) Voy (m) Estoy al lado del alcalde. A su alrededor están todos los mullahs. Hay mucha gente. (cr) Muchísima gente. (m) Todo el mundo. Sí, jóvenes y viejos, (f) hasta oficiales del ejército persa (pp) Lloran y lloran (f) y se dan fuertes palmadas en el pecho y todo para recordar la muerte de Ali (mp). Todos fideles. Todos aman la religión. Yo soy sunní. A mí no me gusta ver estas cosas, hombres llorando, oficiales llorando. (ff) ¡No me gusta Rugiendo! (mp) Los mullahs me dicen: «¿Querrá hacer un discurso su excelencia?». (f) «¿Por qué no?», les digo (pp) «Haré un discurso». (mp) Pero primero les hago esta pregunta:
- (pp) «¿Era Ali un persa?», pregunto.
- (m) Los mullahs piensan que soy un hombre estúpido, y dicen: (f) Su excelencia es un hombre instruido. Su excelencia sabe que Ali era un árabe».
- (mp). Entonces les hago la segunda pregunta: (pp) «¿Era Ali un hombre ario?».
- (m) Los mullahs piensan que soy más estúpido todavía, y dicen: (f) «Su excelencia sabe que los árabes no son hombres arios».
- (mp). Y les hago una tercera pregunta: (pp) «¿Son de la misma raza los persas y los árabes?»
- (m) Los mullahs piensan que soy el más estúpido de los hombres. Y tienen razón. (cr) Tienen razón. Y dicen: (f) «Su excelencia es un hombre instruido. Su excelencia sabe que los persas son arios, y que los árabes no lo son».
- (m) Soy un tonto. Todos los mullahs, toda la gente, piensan que soy un tonto. Y les pregunto (pp) «¿Tenía Ali algún parentesco con los persas?».
- (m) Los mullahs me contestan (f) «No, no tenía ningún parentesco».
- (m) «Gracias», les digo (ff) ¡Gracias!».
- (m) Entonces pregunto si algunas personas de los presentes han pasado los días del Mohurram en Arabistán. Cuando me dicen que sí, yo les pregunto: (pp) «¿Es que los árabes lloraban para recordar a Ali?»
- (m) Me responden que no.
- (f) «Así que los árabes son parientes de Ali», les digo, «pero no lloran al recordarlo. Los persas sí lloran, y en cambio no son parientes de Ali».
- (m) Los mullahs me contestan que tengo razón.
- (ff) «Es extraño», les digo. «Muy extraño. No entiendo por qué lloran los persas». (Rugiendo) «En Afganistán, si un niño de seis años llora lo llamamos mujercita».
- (m) Los mullahs se muestran muy apenados, sienten mucha vergüenza. Me dicen: «Su excelencia no pasó los días del Mohurram en Persia hace veinte años. Entonces llorábamos más que hoy. En el futuro, cuando hayan pasado diez años, tendremos el progreso. Ya no lloraremos ni nos daremos palmadas en el pecho. Ya lo verá su excelencia»
- (mp) La semana que viene serán los días del Mohurram y el Sha me ha invitado a palacio. Voy a ir. (cr) Voy a ir. (m) El Sha me dijo: «Su excelencia es amigo de Persia».
- Y yo le contesté (pp) «Su majestad es demasiado amable. No lo merezco. Aunque su majestad dice la

verdad. Por supuesto que soy amigo de Persia. Pero permita su majestad que le pregunte cómo sabe que soy un amigo».

(mf) «Su excelencia», dice el Sha, (cr) «su excelencia ha prohibido a los persas que lloren durante el Mohurram. Yo también lo he prohibido. (*Rugiendo f*) El año que viene no llorarán Ya he dado las órdenes necesarias».

(pp) Ahora se acerca de nuevo el Mohurram. Ya veremos. (cr) Ya veremos.

Teherán, 18 de enero. La señora Nasr al-Mulk ofreció ayer una recepción en la mansión Karagozlu. Los Karagozlu son otra familia tribal, de Hamadán, pero hace tiempo que se salvaron de la reprobación real. En realidad se dice que la señora Nas alMul es la única persona que de vez en cuando habla sin ambages a Marjoribanks. Me lo creo. A mí me habló sin rodeos cuando pensó que iba a derramar la limonada encima del brocado de una silla.

La recepción duró de las cinco a las ocho, asistieron unas trescientas personas y tocó una banda de jazz. Circuló el rumor de que Sardar Assad había «muerto» en prisión.

Un arquitecto ruso llamado Markov ha inaugurado un hogar de acogida para los nuevos refugiados que huyen de Rusia. En una pequeña casa cerca de la Puerta de Mashad encontramos a unas cincuenta personas que desprendían el mismo olor a ruso. ¿Qué es lo que lo producirá? Todas parecían bastante sanas, excepto dos niñas lastimosas. A través de varios conductos se han recogido ropa vieja y juguetes para los niños. Una de estas personas era un sacerdote de Samarra que había estado tres años desempeñando distintos trabajos, cada vez más cerca de la frontera, antes de poderla cruzar clandestinamente. Traía consigo un hermoso icono antiguo, pero los de las demás familias, que con tantos apuros habían salvado, eran espantosos y no valían nada.

El objetivo del hogar de acogida es recibir a los refugiados cuando lleguen, proporcionarles descanso y comida después del viaje, y equiparlos con botas y ropa antes de distribuirlos por Isfahán, Kermán y otras ciudades del centro del país. Aparte de los turcomanos —de los que veinticinco mil cruzaron la frontera el año pasado—, la gente huye de Rusia a Persia a razón de mil por año. La mayoría no son antibolcheviques, se limitan a escapar del hambre. Si son ciertas las historias que cuentan acerca de los montones de conchas de tortuga vacías que hay alrededor de las casas de los trabajadores en determinados lugares, y de que las tortugas se han convertido ahora en su alimento principal, no es de extrañar que a los extranjeros se les desanime a la hora de visitar la Rusia del Asia Central.

Para averiguar si el hecho de que se les desanime equivale a una prohibición, he empezado a relacionarme con el señor Datiev, el cónsul ruso. No es tan austero como algunos de sus camaradas, lleva vistosas prendas de tweed, como Bloomsbury en el campo, y utiliza sombrero en vez de gorro. La primera vez que fui a verle me obsequió con una tarta de cerezas; la segunda, con crema de menta.

Teherán, 22 de enero. Christopher se ha comprado un coche y ayer teníamos la intención de salir para Isfahán. Pero la carretera está bloqueada por la nieve. La valija y su mensajero se han perdido entre aquí y Hamadán.

Por si el aburrimiento fuera poco, ayer hubo una representación de Otelo en armenio. El papel principal lo interpretaba Papatzian, una estrella de Moscú, que sin duda mantiene la reputación moscovita de la actuación perfecta. El resto eran actores aficionados del país que, al carecer de otros modelos sobre nuestra indumentaria antigua, se vistieron según los europeos de los frescos de Isfahán.

Para colmo, Blücher, el ministro alemán, dio una recepción en un cine para proyectar el filme de propaganda nazi *Deutschland Erwacht*. Hitler, Goebbels y los demás no paraban de vociferar. Té y pastas en el descanso. Datiev con sombrero, su embajador con gorro. Siento lástima por Blücher, y doy las gracias por no ser alemán.

Teherán, 25 de enero. Todavía estoy aquí. Sigue nevando. La valija y su mensajero continúan perdidos.

Al entrar en la papelería para comprar papel de dibujo, ante el mostrador coincidí con el nuncio del Papa y no se me ocurrió nada que decir, aparte del tema en el cual estaba pensando.

—*Bonjour, Monseigneur.*

—*Bonjour, Monsieur.*

Silencio.

—*Vous êtes artiste, Monseigneur?*

—*Quoi?*

—*Vous êtes peintre? Vous achetez des crayons, des couleurs?*

El horror asoló su virtuoso semblante.

—*Certainment non. J'achète des cartes d'invitation.*

Shir Ahmad y Tommy Jacks, director residente de la Anglo-Persian Oil Company, vinieron al club a cenar. Fue una cena excelente: caviar, remolacha, sopa de verduras, salmón a la plancha, asado de perdiz con setas, budín de merengue caliente con una bola de helado en el centro, y clarete aromatizado con azúcar y especias.

Shir Ahmad (mf): Dónde está la señora Jacks (*Confidencial*) Es una dama muy hermosa.

Jacks: No ha podido venir.

Shir Ahmad (Rugiendo ff): ¿Por qué? (*Murmurando furioso mf*) Estoy muy enojado, (*cr*) muy enojado.

Luego jugamos al bridge, pero era imposible terminar una mano porque Shir Ahmad se levantaba continuamente de la mesa para ilustrar sus historias representándolas. La de la familia real afgana le llevó media hora, y de ella se

desprendió que el parentesco de Shir Ahmad con Amán Allah y el actual soberano se debe a que el fundador había tenido ciento veinte hijos. Después de la siguiente mano, prosiguió con el viaje de Amán Allah por Europa. Acompañados por varios nobles italianos, estaban en un palco de la Ópera de Roma.

(m) A mi lado se sienta una dama italiana. Es una (*los ojos le centellean f*) señora grande. ¡Sí! ¿Grande? No, gorda (m) Más gorda que la Madame Egipto [la ministra egipcia], y su pecho es (*cr*) demasiado grande. (m) De modo que se le cae por encima del palco. Muchos diamantes y oro encima (*pp*) Estoy asustado. Me doy cuenta de que si colgara sobre mi cara (*f*) me asfixiaría.

La escena cambia al banquete de gala en el palacio de Buckingham.

(m) El príncipe de Gales habla conmigo (*p*) Le digo: «Alteza real, (*ff*) es usted un estúpido. (*Rugiendo*) ¡Un estúpido!» (m) Y el príncipe de Gales me pregunta (*p*) «¿Por qué soy un estúpido?». (m) Y le digo: «Porque salta obstáculos a caballo, señor. Esto es peligroso, (*c*) peligroso. (*p*) A los ingleses no les gustaría que su alteza real muera» (m). El rey lo oye y le dice a la reina: «Mary, su excelencia ha llamado estúpido a nuestro hijo». Se le ve muy enfadado, (*cr*) muy enfadado. (*mf*) La reina me pregunta por qué su hijo es un estúpido. Le digo «Porque salta obstáculos a caballo». La reina me contesta. (*confidencial*) «Su excelencia, su excelencia, tiene usted razón, (*cr*) tiene usted razón». (m) La reina me da las gracias. Y el rey me da las gracias.

Teherán, 29 de enero. Todavía seguimos aquí.

Ayer por la mañana nos levantamos a las tres y salimos de la ciudad a las seis, con la intención de hacer el trayecto a Isfahán en un día. Al cabo de dieciséis kilómetros la carretera se convirtió en un témpano de hielo, una acumulación de nieve que se había derretido y se había vuelto a congelar. Aceleré. A los veinte metros patinamos, estuvimos a punto de volcar, y al final nos detuvimos lúgubrementemente. En ese momento salió el sol, un centelleo de fuego iluminó la nevada llanura, la cordillera de los Elburz se bañó de azul y oro y un soplo de calor amortiguó el helado viento. Animados por la belleza de aquel panorama, regresamos a la capital.

Para aliviar la claustrofobia, pasamos el día en las montañas por encima de Darbend, donde Marjoribanks tiene un palacio. Christopher estuvo hablando con uno de los jardineros reales. Por lo visto, a Marjoribanks le gustan las flores.

Teherán, 6 de febrero. Aún estoy aquí.

Christopher se marchó el 3. Yo caí enfermo la noche anterior debido a la misma infección que padecí en Afganistán, y en lugar de partir para Isfahán tuve que ingresar en una clínica, donde me pusieron cataplasmas, me abrieron con lancetas, me aplicaron ventosas y me purgaron cien veces al día. La clínica es inglesa y motivo de orgullo para la colonia, pero su administración es un motivo tan frecuente de disputas

entre la Legación y la AngloPersian Oil Company, que es posible que no logre sobrevivir.

El médico dice que pasado mañana me podre marchar.

Qom (970 m), 8 de febrero. Me he marchado.

El señor y la señora Hoyland me llevan consigo. Él ha sido cónsul en Kemanshah y ahora lo han destinado a Shiraz, de modo que nacen la mudanza de casa con dos coches y un spaniel negro. Estuvo lloviendo durante veinticuatro horas antes de partir, y esto ha hecho que circuláramos con dificultad. Hoy una barca habría avanzado más veloz que un coche.

El santuario de aquí, a pesar de haberlo reconstruido a comienzos del siglo XIX, forma un hermoso conjunto con su alta cúpula dorada y los cuatro alminares azules.

Deliján (1520 m), 9 de febrero. Otra vez atascados.

Confiábamos en estar en Isfahán a la hora del té, cuando tras una curva de la carretera nos encontramos con dos camiones y un Ford atascados en un torrente de unos cincuenta metros de ancho. No se podía hacer nada, excepto regresar a este pueblo, donde hemos alquilado la mejor casa. Hay en ella dos torres de ventilación que dan a unas cámaras secretas, las cuales se abren en verano para permitir que el aire corra normalmente, y un gran salón adornado con dibujos de fragmentos de espejo sobre el estuco. Debajo de estos adornos cuelgan unas fotografías de estudio en las que se ve a unos caballeros vestidos con chaquetas Norfolk, las cuales se tomaron en Bombay en la década de 1880. En cuanto la señora Hoyland depositó a su spaniel en el umbral, una bruja bizca estalló en protestas, por miedo a que un sucio animal profanara la casa donde cierto santón había dormido en el pasado. Los hermanos propietarios de la casa, que querían alquilarla, la obligaron a callarse.

Por la tarde dibujé el patio. El tronco de un árbol podado, un estanque vacío y una cuerda con la colada goteando a causa de la lluvia ofrecían una nueva imagen de los jardines persas. Al fondo se alzaba un pabellón para el verano, pero tan pronto como apoyé el lápiz sobre el papel para dibujarlo, todo el edificio se vino abajo. A partir de ese instante se han escuchado otros derrumbamientos. Como material de construcción, el barro de Deliján es incompatible con el mal tiempo.

Estoy sentado en mi habitación, delante de una llameante hoguera, mientras Aga Mahmud, el mayor de los hermanos me lee cosas de Hazrat Hassan en las escrituras chiíitas. De vez en cuando hace una pausa para susurrar que la casa es suya, y que el alquiler hay que pagárselo sólo a él.

Deliján, 10 de febrero. Nos acercamos en coche hasta el río. Baja más caudaloso

que nunca. Pero el sol ha salido y tenemos algunas esperanzas.

El estruendo de edificios que se desmoronan ha continuado toda la noche. Apenas queda una azotea intacta en todo el pueblo

Isfahán (1580 m), 11 de febrero. Hemos llegado esta tarde. Si no fuera por el mal tiempo y la enfermedad, debería haber llegado hace exactamente tres semanas.

Durante la noche volvió a llover en Deliján. Nos vestimos en medio de la desesperación, y estábamos tomando pausadamente el desayuno cuando llegó la noticia de que el río había bajado pero que volvía a subir con rapidez. Al cabo de cinco minutos ya circulábamos por la carretera como si en ello nos fuera la vida con un campesino cargado con una pala en el estribo de cada coche. Hoyland se precipitó en el torrente con un zigzag arrollador y llegó sano y salvo al otro lado. La señora Hoyland y yo nos quedamos atascados, hasta que una veintena de hombres nos empujaron para salir.

Aún tuve tiempo de dar una vuelta en coche por Isfahán antes de que oscureciera. Pasé ante el palacio Chihil Sutun, en gran medida familiar gracias a las fotos del estanque en donde se reflejan los pinos y la enorme galería, y entre en el Maidan: unas falsas arcadas encaladas, formando dos hileras, rodean una explanada de cuatrocientos metros de largo por ciento cincuenta de ancho. En el extremo más cercano a mí están los esos de la Puerta del Bazar; en el más alejado, y frente a esta se halla el portal azul de la Masjid-i-Shah, con su cúpula, el iwán y los alminares agrupados oblicuamente detrás de la mezquita, en dirección a La Meca. En ambos extremos hay un par de postes de mármol; las porterías para jugar al polo. A la derecha se alza esa caja de zapatos de ladrillo que es el Ali Gapu. Enfrente, la floreada cúpula achatada de la mezquita del jeque Lutf Allah, en posición sesgada sobre un nicho azul. Simetría, aunque no en exceso. La belleza reside más en el contraste entre un espacio formal y una romántica diversidad de edificios. Para estropear este efecto, y demostrar que a los nobles bajtiales ya no se les permite jugar al polo, ni entrenar allí sus caballos, don Progreso ha hecho instalar en el centro un salto de agua ornamental. En torno a este surtidor hay una valla gótica de hierro y unos macizos de petunias a punto de brotar.

El Maidan y sus monumentos datan del siglo XVII. La mezquita de los Viernes, en el corazón de la ciudad, es la más antigua: fue construida en el siglo XI. Aquí, lo mismo que en la mezquita de los Viernes en Herat, la historia de la ciudad se condensa en un único edificio y en sus restauraciones: el encanto del color safawí, como el de los timuríes, retrocede ante su venerable magnificencia. Gran parte de la mezquita es poco graciosa, otra incluso fea, pero la gran cúpula de puro ladrillo y en forma de huevo, erigida por Malek Shah el Selyuquí, tiene pocas que se le puedan igualar en esa espontánea expresión de contenido que constituye la virtud de las cúpulas islámicas.

Ya anochecía cuando llegué a la madrasa de la Madre del Sha, que el sultán Hussein el Safawí mandó construir en 1710. A través de la entrada, un estanque estrecho y hundido conduce hasta un arco negro y lo refleja en su superficie sin ondulaciones, creando, por así decirlo, una especie de arquitectura de naipes. Acababan de podar los viejos álamos de tronco blanco y por el suelo había ramitas y tallos desparramados. Salí a la Char Bagh, la alameda del Sha Abbas, y por debajo de la doble hilera de árboles conduje hasta el puente de Ali Verdi Khan por donde pasa la carretera que lleva a Shiraz, y a la espléndida vista al otro lado del río, por un repecho de kilómetro y medio de longitud. El puente aislaba la carretera mediante unos muros arqueados, en cuya pare exterior había una pequeña arcada para el paso de peatones.

Estaba atestada de gente, y toda la ciudad corría hacia allí: nadie recordaba haber visto nunca tanto caudal de agua. De pronto las luces se encendieron. Sopló una leve brisa y, por vez primera en cuatro meses, noté un viento que no era helado. Olía a primavera y a savia que empujaba por salir. Fue para mí uno de esos extraños momentos de paz absoluta, en que el cuerpo está relajado la mente no formula preguntas y el mundo es un estallido de alegría. Todo esto por haber escapado de Teherán.

Isfahán, 13 de febrero. Hay aquí mucha labor misionera, de la dura, de la que dice que es malo fumar o beber. Hombres con gafas, chaquetas de tweed y pantalones de franela circulan por Char Bagh acompañados de muchachitos y luciendo el sello inconfundible de los maestros de escuela ingleses. El trasero les sobresale como si la columna vertebral fuera demasiado recta para inclinarla. Tras ellos se oculta un obispo anglicano que últimamente se ha convertido en apóstol del movimiento del Grupo de Oxford. ¡El buchmanismo en Isfahán! Es una cruel venganza por la instalación del bahaísmo en Chicago.

Un exponente más humano de la ética inglesa fue el archidiácono Garland, que vivió aquí durante treinta años. Solía contar que en ese tiempo había logrado convertir a una persona. Se trataba de una anciana desterrada por apostasía, que en su lecho de muerte al único amigo que mandó llamar fue al archidiácono. Tenía que hacerle una última petición, le dijo.

—¿De qué se trata? —le preguntó el archidiácono, ansioso por mitigar los últimos instantes de su protegida.

—¿Querría hacerme el favor de traer a un mullah?

Él así lo hizo, y luego contaría siempre esa historia.

Esa tarde, el placer de un paseo bajo la lluvia se vio completado con el manotazo de un cadáver. Lo transportaban en una camilla, la calle era un lodazal, y de pronto chocamos: las manos y los pies del muerto escaparon de debajo del mantel a cuadros y se movieron de forma convulsa, como si me llamara haciendo señas.

Al otro lado del río hay una catedral armenia de Jolfa que semeja un santuario musulmán del siglo XVII. En el interior, los muros están cubiertos de pinturas al óleo, siguiendo la tradición italiana de esa época. Al lado hay un museo, pero el interés de sus tesoros es más de tipo histórico que artístico.

Abadeh (1.860 m), 14 de febrero. Persia puede ser muy agradable cuando la policía da rienda suelta a su afabilidad natural.

Los Hoyland y yo llegamos aquí temprano. Al ver en la calle a un excelente caballo, le pregunté al jefe de la policía si podía prestarme una montura durante una hora. De inmediato trajeron dos espumeantes caballos ante la verja de la posada y salimos a galope por el campo, con el sol poniente en pleno rostro, de modo que no podía ver las zanjas ni los taludes a medida que el caballo salvaba aquellos obstáculos. Nuestro objetivo era un jardín solitario. Durante unos minutos, Hallibullah, el policía que me acompañaba, permaneció en silencio, fascinado por el sonido y el centelleo de un arroyo.

—Debería venir usted en verano —me dijo en tono sentimental. Y luego, como si se avergonzara de haber dado rienda suelta a esta emoción, me habló de la caza de gacelas y muflones.

Dado que el caballo que yo montaba era suyo, le di diez coronas. Más tarde, ya de noche, me devolvió el dinero obedeciendo las órdenes del jefe de la policía. Si deseaba hacerle un favor, podía recomendarle al jefe de la policía de Shiraz.

Abadeh es un pueblo privilegiado. La calle principal está primorosamente cubierta de gravilla; sus habitantes son gente próspera hacen los mejores zapatos de Persia. Es muy seco. Incluso ahora en que por todos lados hay inundaciones, aquí ni siquiera llueve.

El vino tinto de Jolfa sabe a borgoña elaborado en Grecia. Hoy nos bebimos cada uno una botella.

Shiraz (1.520 m), 17 de febrero. ¡El sur, el bendito sur! Me produce la misma excitación que una primera mañana en el Mediterráneo. El cielo brilla sin una nube y las negras puntas de los cipreses resaltan contra las colinas color cáscara de huevo y el púrpura de las cumbres nevadas en las montañas que se divisan a lo lejos. Las cúpulas turquesa en forma de puerro, que coronan unos anchos tallos, se elevan por encima de un llano mar de azoteas de barro. En el jardín del hotel, las mandarinas cuelgan de los árboles. Escribo acostado en la cama, las ventanas están abiertas y la suave brisa primaveral exhala fragancias del paraíso dentro de maloliente cubículo de anoche.

En el trayecto desde Abadeh nos detuvimos unos minutos en Persépolis, para subir con celeridad la gran escalinata que conduce hasta la terraza. Siempre he

sentido curiosidad respecto a la piedra que se utilizó aquí. Las columnas son de mármol blanco, que con el paso del tiempo ha adquirido tonos crema, marrón y negro, y tienen una pátina rosada, aunque más blanquecina y menos translúcida que la del pentilón, carente de esa marca que da el haber absorbido mucho sol y que constituye la belleza del Partenón. Los relieves están tallados en una piedra gris mate, completamente opaca y de textura muy fina, cuya exposición al sol ha transformado el gris en un negro jaspeado.

No hubo tiempo para ver la nueva escalinata, pero dejamos unas tarjetas para Herzfeld a fin de prepararle para una visita más detallada.

La llegada al Consulado fue un momento crucial para los Hoyland, puesto que será su hogar durante los próximos tres años. Christopher llegó cuando nos disponíamos a tomar el té, en extremo complacido con los descubrimientos que ha hecho sobre la infamia de Wassmuss, aquel misterioso agente de las tribus persas durante la guerra que, si los alemanes hubiesen ganado, ahora ocuparía el sitio del coronel Lawrence. Vamos a ir juntos Firuzabad, donde a él le mantendrá ocupado la topografía de una batalla entre soldados ingleses y las tribus descontentas por su presencia, y a mí el palacio de Ardashir.

Aquí todavía hay reliquias de la ocupación británica. Los taxis aún llevan anuncios de la cerveza Tennan. El director del hotel nos ofreció patatilla para cenar. Antes de la guerra, la naturaleza plantó una curiosa montaña en las afueras, que complementa la perspectiva de la calle principal con un retrato de lord Balfour tendido de espaldas, al estilo de Lisipo. Ahora la llaman KuhiBarfi, que significa montaña de nieve. Podría ser un calificativo comprensible si alguna vez hubiese habido nieve allí. Pero nunca la hubo. Su nombre auténtico es KuhiBalfour, del que Barfi es una adulteración persa.

Cuando fui a la misión inglesa para que me dieran una inyección, la doctora Mess, una mujer, me ofreció un cigarrillo y ella cogió uno para sí. ¡El sur una vez más!

Los monumentos de Shiraz son más curiosos que importantes, aunque la fachada del patio de la mezquita de los Viernes, ya en ruinas, da la sensación de que cubría una mampostería de gran antigüedad. En medio del patio se alza una especie de tabernáculo de piedra flanqueado por cuatro columnas gruesas y redondas de piedra tallada. En torno a los capiteles, sobre los cuales ahora no se apoya nada, hay unos textos esculpidos en la piedra, aunque rodeados con un fondo azul. Es el único caso en que he visto la utilización conjunta de piedra y loza fina. No es una combinación muy lograda, como puede deducirse de las reproducciones que Sarre hizo de Konya.

El patio de la madrasa también está en ruinas, condición que contribuye a realzar los azulejos de flores rosas y amarillas pertenecientes al siglo XVIII. El adorno principal lo constituye la enorme higuera que hay junto al estanque octagonal. Al patio se accede por un hermoso vestíbulo octagonal techado con una cúpula redondeada, que descansa encima de unas pechinas poco profundas en forma de ala

de murciélago. Éstas se embellecen con unos preciosos azulejos de colores fríos pertenecientes al siglo XVII.

En las afueras de la ciudad hay un alto edificio cuadrado que en el pasado tenía una cúpula, al que se conoce como el Khatun, y que se dice era el mausoleo de la hija de un rey muzaffarí, si bien parece de construcción posterior. La fachada se ha caído, pero los laterales y el fondo, de puro ladrillo, se ven amortiguados por una doble hilera de paneles en arco, cada uno con un tímpano de azulejos. Los ladrillos tienen un color como de ante rosado, similar al de las colinas.

Detrás están los jardines de Hafiz y Saadi, cada uno con la tumba de su poeta, y muchos otros asimismo preciosos por sus cipreses, pinos y naranjos, en donde las palomas blancas revolotean y los gorriones ofrecen sus conciertos. Afuera sobre la tierra desnuda, están secando pieles de borrego o las empaquetan en fardos, debido a lo adelantada que va la temporada de la cría de ovejas en el sur.

Esta tarde fui a ver a Bergner, un miembro del personal de Herzfeld, para consultarle respecto a sacar fotografías en Persépolis. Siguiendo su consejo, escribí una nota a Herzfeld, solicitándole formalmente permiso, pero a la vez dejando muy claro que no pretendía robarle sus nuevos descubrimientos. Bergner vive cerca de la Puerta Allah-ho-Akbar, y como ayer era viernes, todo Shiraz iba por esta carretera: unos paseando para ver a sus amistades o contemplar la ciudad a sus pies, otros que regresaban de comer en el campo, y muchos montando a caballo. Los caballos constituyen un placer inacabable, pues la mayoría son de sangre árabe, aunque no posean una osamenta tan fina como los del desierto y carecen de ese aspecto larguirucho y mestizo consecuencia de cruce de razas con los caballos turcomanos del norte. También van muy enjaezados, a menudo con cubresillas donde han bordado las iniciales. Hasta los asnos ostentan cierta elegancia, enormes bestias blancas cubiertas de almohadones, flecos y borlas, de modo que tanto los que montan un caballo como los que van en burro circulan el uno junto al otro en términos de igualdad en ese vistoso desfile. Los asnos son para los de mediana edad mientras que los caballos son para los más jóvenes, que los montan con extraordinaria firmeza. Los persas recuperan su dignidad cuando montan a caballo, ni siquiera el sombrero Pahlevi es capaz de quitársela. Se sientan con firmeza en la silla y se mantienen encima como si hubieran crecido a lomos de un caballo. Sin embargo, según Christopher, que jugaba al polo con ellos cuando era agregado en la Embajada, no dominan el control con la mano y cabalgan tan sólo basándose en el equilibrio.

El vino es otra bendición del sur de Persia. Su fama se ha extendido, y los lingüistas disputan entre sí sobre si el jerez viene de Jerez o de Shiraz. Hasta ahora hemos descubierto tres variedades aquí: un vino dorado muy seco, al que yo prefiero a cualquier jerez, aunque su sabor no sea tan celebrado; un tinto claro y seco, inclasificable al principio, si bien aceptable con las comidas; y un clarete dulce que induce a una deliciosa sensación de bienestar. Si los viñedos tuvieran nombre y los cosecheros tapones, permitiendo así que los diferentes vinos se diferenciaran y se

almacenaran, Shiraz podría producir espléndidas cosechas. Pero los persas, amplios de miras en cuanto a la religión se refiere, beben en gran medida por pecar y el sabor les tiene sin cuidado. Mientras que si los extranjeros introdujeran tales mejoras, procurarían sin duda imitar sus propias marcas, como han hecho los alemanes en Tabriz. Una imitación de vino del Rhin es aceptable, pero no interesa a nadie, yo prefiero un vino peor pero con un sabor más auténtico. Mientras tanto, el señor y la señora Hoyland planean llevar a cabo una investigación sistemática de los viñedos el próximo otoño.

Shiraz, 18 de febrero. El encanto de Shiraz se ha evaporado.

Christopher y yo fuimos a visitar al jefe de la policía a fin de completar las formalidades de costumbre y pedir autorización para viajar a Firuzabad, algo que no suele estar garantizado debido a los desmanes de los kashgai; de hecho, parece ser que Herzfeld y Aurel Stein son los únicos que han contemplado aquellos monumentos después de que Dieulafoy los viera en la década de 1880.

—Usted sí puede ir —me dijo el jefe de policía, mirándome con fijeza—. Pero tendrá que ir solo.

—No le entiendo. ¿Se refiere a que yo puedo ir, pero el señor Sykes no?

—Exacto.

Esto fue bastante doloroso, pero fue peor lo que siguió. Cuando pretendíamos salir en coche de la ciudad para respirar un poco el aire de la montaña, el policía de la Puerta Allah-ho-Akbar detuvo el coche y sólo nos permitió seguir a pie.

Más tarde hice una visita al gobernador, un hombre de intereses muy variados. La traducción era un arte, me dijo, tal como había aprendido al traducir al persa a Platón y a Oscar Wilde. Cuando le comenté nuestros tropiezos con las autoridades telefoneé al jefe de la policía, quien le aseguró que no había habido ningún malentendido en la traducción.

Al enterarse de esto, Christopher volvió al cuartel de la policía y pidió una explicación. Así acorralado, el jefe de la policía confesó que había recibido órdenes de Teherán para que le impidiera abandonar la ciudad. No, no podía viajar a Firuzabad, ni a Bushehr, ni salir a cazar, y, en el futuro, ni siquiera a pasear por el campo.

De todos los extranjeros que he conocido en este país, diplomáticos, hombres de negocios, arqueólogos de múltiples nacionalidades y lugares de residencia, Christopher es el único que aprecia a sus habitantes, simpatiza con sus crecientes sentimientos nacionalistas y en todo momento sale en defensa de sus virtudes, llegando a veces incluso a la irracionalidad. Las autoridades persas, en su actual estado de xenofobia, deberían haberle escogido el último, en vez del primero. El pobre Marjoribanks se muestra tan sensible a los comentarios europeos, que vengarnos sería muy fácil. Pero la satisfacción de sacar de sus casillas a un

megalómano senil no bastaría para compensar la destrucción del placer inmediato que significa para mí este país.

Kavar (unos 1590 m), 20 de febrero. El comienzo de un viaje en Persia se parece a una ecuación algebraica: es posible que salga bien, pero es posible que no. Dediqué todo el día de ayer a su preparación y teníamos que salir a las seis de esta mañana, pero hemos pasado aquí el resto del día, a la espera de la caballería de los caballos.

Hay dos tipos de policía: la Nasmiya, que controla las ciudades y la Amniya, que controla las carreteras y zonas de interior del país tal como exige la ley. Siguiendo el consejo del comandante de la Nasmiya, fui a visitar al de la Amniya, dado que sus hombres deberán responsabilizarse de mi viaje a Firuzabad. El comandante era un hombre gordo, jovial, y se mostró ansioso por ayudarme.

El gobernador ya le había telefoneado para explicarle cuáles eran mis intenciones y mi identidad. Sin embargo, la primera reacción del comandante fue telefonear al gobernador para inquirir cuáles eran mis intenciones y mi identidad. Después de recibir una respuesta satisfactoria, pensó para sí, y el gobernador estuvo de acuerdo con él, que el asunto se simplificaría mucho si el gobernador redactaba una nota en la que expusiera cuáles eran mis intenciones y mi identidad.

Antes de ir a buscar la nota, le pregunté si sería conveniente que llevara una escolta, dado que corrían rumores de que había salteadores en el camino. «Del todo innecesario», me contestó. «Del todo innecesario». Me apresuré a alquilar un coche para ir al Ark y pasé de inmediato a recitar las habituales fórmulas de cortesía, felicité al gobernador por sus naranjos y le pregunté si la nota estaba ya lista.

—¿No cree que debería llevar escolta para el viaje? —inquirió pensativo.

—La verdad es que nadie mejor que su excelencia para aconsejarme a este respecto. El Reis-i-Amniya dice que es innecesario.

—Le voy a telefonear...

—Por supuesto —contestó el Reis-i-Amniya—, por supuesto que debe llevar escolta. Es imposible salir sin ella.

Pero había una dificultad. El ministro local de finanzas había salido de viaje para la tasación de tierras (e incluir, entre otras, la de Kavam al-Mulk), y se había llevado a cien guardias montados. Esa era la razón de que no quedaran caballos, y ninguna escolta estaría dispuesta a venir conmigo a pie.

—En ese caso —intervine yo—, dejen que les alquile unos caballos.

El gobernador y el Reis-i-Amniya convinieron en que era una solución excelente.

Mientras tanto, en la habitación contigua, el secretario estaba escribiendo la nota del gobernador para el Reis-i-Amniya. Cuando el gobernador le hubo dado su aprobación, tuvo que hacer una copia exacta. El gobernador firmó y selló esa copia, y luego me la entregó. Volví a subir al y regresé a la Amniya, dos horas después de haberla abandonado.

—¿No cree que debería acompañarle una escolta en su viaje a Firuzabad? —me preguntó el Reis-i-Amniya como al descuido.

—La verdad, pienso que su eminencia debería aconsejarme al respecto.

—En mi opinión debería llevar escolta. ¿Será suficiente un nombre?

—Por supuesto. No soy millonario para poder contratar caballos para todo un escuadrón.

—Claro que no. ¿Y quién lo es? Imagino que con cinco hombres habrá suficiente. Como es lógico, ellos montarán caballos del gobierno; tenemos de sobras. Y podría facilitar las cosas si en el coche llevara consigo a un agente hasta Kavar. Él arreglará lo de sus caballos allí. Le diré que pase a verle por el hotel a las cinco, para arreglar las cosas.

—Su eminencia es muy amable. ¿No podría venir a las ocho en vez de a las cinco? Estoy invitado a tomar el té.

—Como usted quiera. Le diré que pase a las siete.

Salimos en un Ford, y el grupo estaba formado por mi nuevo criado Ali Asgar, el sultán, que significa capitán, el chófer su ayudante y yo, además del equipaje, comida y vino. Por una vez viajo como un príncipe. Para ahorrar tiempo. Sin un sirviente, uno pierde la mitad del día haciendo y deshaciendo el equipaje.

Cuando nos aproximábamos a la región de las tribus, el sultán se detuvo a inspeccionar los fortines de la Amniya, unas insulsas construcciones lisas, cuyos parapetos aparecían agujereados por las troneras. Resultó interesante ver la maquinaria que mantiene sometidas a las tribus, y contemplar a la Amniya en funcionamiento. Se trata de un cuerpo excelente, la mejor de las innovaciones de Marjoribanks.

Los fortines y la carretera para vehículos motorizados terminaban en Kavar, una aldea propiedad de Haji Abdul Shi, que acaba de construirse una nueva casa. Eso permite que me sienta desusadamente cómodo, a pesar de que el barro de las todavía está húmedo. El estanque del patio se mantiene claro gracias a un chorro de agua que brota de una gárgola de piedra.

En las afueras de la aldea, Haji Abdul Shi posee un viejo jardín de unas cinco hectáreas. El jardinero me dejó entrar por un portalón que hay en el muro de adobe y pase la tarde deambulando por los rectos senderos cubiertos de césped que dividen los jardines persas en cuadrados y óvalos. Cada sendero es una alameda de álamos o de plátanos, a la que acompaña un túnel de regadío. En el interior de cada cuadrado hay árboles frutales, o simplemente marcas de surcos. Pero el término «cuadrados» suena muy formal; la verdad es que el término adecuado para describir un jardín persa sería plantación o tierra sin cultivar. El invierno y la primavera coincidieron esta tarde. Un viento fuerte y cálido trajo consigo un ruido cortante y el susurro de las hojas muertas de los plátanos, entre las cuales despuntan ya las verdes curvas de los jóvenes helechos. Aquí y allá los rosales habían echado capullos demasiado pronto, y se habían ennegrecido a causa de las heladas. Las ramas desnudas de los manzanos

tenían una maraña de muérdago seco, y una maraña similar aparecía en la horqueta de un enorme castaño centenario: era el nido de un *palamdar*, según el jardinero. ¿Se refería a una urraca o a una ardilla? Su forma correspondía al nido de ambas. Las primeras mariposas habían hecho acto de presencia: una blanca amarillenta, de una especie que yo nunca había visto, acababa de salir del capullo y volaba desconcertada, como si el mundo aún fuera demasiado marrón para ella, y también una mariposa de los cardos multicolor, recién despertada, inspeccionaba el jardín que había conocido en septiembre, revoloteando de un sitio a otro. Había ya algunas flores para ellas. Un melocotonero (o un ciruelo) había florecido, y contuve la respiración ante el deslumbramiento de los capullos rojos, la transparencia de los pétalos blancos y los negros pedúnculos, que se perfilaban contra el azul del cielo. Por encima de los muros asomaban las interminables montañas, de colores malva y leonado, terriblemente yermas. Los balidos de las ovejas y de sus crías me atrajeron de nuevo hacia la portezuela. Una niña las estaba vigilando al lado del cementerio de la aldea, donde se erguían tres gigantescas coníferas, de la familia de los cipreses.

—A éstos los llaman Karj —me dijo el sultán—. Pero no entiendo por qué dice que son enormes. Tendría que ver las de Burujird, en Lorestán.

Una lechuza gris salió volando del primero, de un agujero que estaba inspeccionando. En un estanque cenagoso, salpicado por las cabezuelas amarillas de los nenúfares, unas pollas de agua ya estaban anidando.

Estoy tendido en la cama junto a una botella de clarete. Ali Asgar, que fue cocinero en un regimiento británico durante la guerra, está «asando» una perdiz dentro de una olla. Los soldados de caballería ya se han concentrado y los caballos han pasado la inspección. Dicen que a caballo hay dos días hasta Firuzabad, pero confío en hacer el trayecto en uno.

Firuzabad (1340 m), 22 de febrero. Lo conseguí con un gran esfuerzo, pero fue duro para el resto del grupo. La gente en Kava estimaba la distancia en nueve farsangs, unos cincuenta kilómetros. Estuve cabalgando once horas, con la excepción de la parada para almorzar y como la buena marcha y la mala fueron más o menos iguales, la media apenas bajaría de los siete kilómetros por hora. Debe de haber más de sesenta kilómetros.

Después de los contratiempos habituales, la rotura de una cincha, el equipaje desparramado por el suelo debido a un salto violento de un caballo, partimos a las siete. Una piara de cerdos salvajes cruzó por el camino, en fila india según su tamaño. El suelo era demasiado pedregoso para que pudiéramos adelantarlos, y eso que uno de la escolta lo intentó, pero un galope a lo largo de camino sólo consiguió ponernos a su altura, y uno de los soldados gritó:

—¿Quiere usted uno?

El hecho de que no me apeteciera, combinado con la débil inhibición inculcada

por las leyes inglesas sobre la caza, me hicieron vacilar. Entonces los cerdos dieron media vuelta y yo me perdí la ocasión de ver una cacería persa desde una silla de montar y a todo galope.

La ladera de la montaña estaba cubierta de arbustos y árboles frutales silvestres llenos de flores rosadas. Debajo de uno yacía un lobo muerto. Después de una dura ascensión, que finalizaba en un deslizamiento de pizarra y que resultó muy difícil para los caballos, alcanzamos la cima del paso de Muk de allí seguimos un arroyo cuyos márgenes estaban salpicados de campanillas profundamente azules. Este nos llevó hasta el desfiladero de Zanjirán, un estrecho paso entre dos peñascos colgantes y un lugar famoso por los salteadores. Allí el camino desaparecía; sólo quedaba espacio para el arroyo, que se veía bloqueado a una profundidad inusual por un revoltijo de peñascos, troncos de árboles y zarzas, de tal manera que los caballos apenas podían abrirse paso por allí. Tal como el agua escapaba de la garganta, se recogía dentro de los canales de regadío que se ramificaban por todas partes y a distintos niveles.

Una planicie calurosa y llena de matorrales surgió ante nosotros, separada de otra idéntica por un desnivel de unos treinta metros, desde cuyo borde podíamos ver las aldeas a lo lejos. Una hendidura negra en las montañas de enfrente era nuestro objetivo: el TangAb, o paso del Agua. En Ismailabad me senté debajo de un árbol, en una zona de hierba esmeralda salpicada de huesos de buey, y me comí un tazón de cuajada. Era una aldea ruinosa, y el jefe del lugar estaba muy asustado, pues la policía casi nunca hacía acto de presencia por aquella zona.

—Deberían haber ido allí, a Ibrahimabad —me dijo, como si se disculpara.

Cuando le pregunté si podía traerme mi caballo, entendió mal y pensó que yo deseaba uno nuevo, así que me lo trajo. Era un detalle demasiado generoso para pasarlo por alto. Le di cinco coronas, pero él se mostró reacio a aceptarlas. Hasta que utilicé una fórmula infalible.

—Para sus niños.

Los riscos del paso del Agua están estratificados en diagonal, como si un hacha hubiera rajado la montaña y fueran a encajar de nuevo si se los empujara. No había visto nada como aquello, ni como la garganta que vendría luego, desde las de Aghia Rumeli, en la costa sur de Creta. Al acercarnos, un río, que avanzaba paralelo a la base de las colinas desde el este, de pronto giraba en ángulo recto dentro del paso y daba la sensación de que fluyera rápidamente cuesta arriba: una ilusión que persistió a lo largo de los siete kilómetros de la garganta. Esta extraordinaria formación varía en anchura desde los cuatrocientos metros a los cien, y los riscos alcanzan una altura que va de los ciento cincuenta a los doscientos cincuenta metros. El sendero cruza una y otra vez e curso serpenteante del río. Más o menos hacia la mitad divisé los primeros indicios del pasado: un castillo sasánida descansaba en lo alto de un saliente del risco situado hacia el este y conectaba mediante un largo muro, con una fortaleza más pequeña. A estas dos construcciones se las conoce como el Kala-i-Dukhtar y el

Kala-Pisa. *Kala* significa ‘castillo’, y *Dukhtar* ‘doncella’, además de ‘hija’. Pero yo lo había olvidado en ese momento, de modo que cuando le pregunté a Ali Asgar qué significaba, me contestó en inglés.

—¿Dukhtar, *Shaib*?, Dukhtar significa señorita joven.

Unos estratos fantásticos conducían hasta el risco oriental formado por unos enormes bloques rectangulares de nueve metros de largo por seis de ancho. Al principio pensé que eran caminos artificiales, como los que los incas construyeron en Cuzco. Por entonces la luz del día ya menguaba. Ali Asgar y el equipaje venían retrasados varios kilómetros, y con ellos iban tres miembros de la escolta. Pero los dos que iban conmigo estaban cada vez más preocupados.

—¿Qué ocurre? —les pregunté.

—Ladrones.

—Pero si el Rizá Shah-in-Shah ha eliminado a todos los ladrones de Persia.

—Oh, ¿de veras? Pues el mes pasado mataron a cuatro caballos delante de mí, y a mí me hirieron en la cabeza. Por una corona serían capaces de matar a su excelencia.

Al final salimos por la entrada sur, en la margen oriental de río. Aún había suficiente luz para distinguir al otro lado, a un kilómetro de distancia, el abovedado fantasma del gran palacio de Ardashir, al que mis hombres llamaban Artish Khana, o ‘Casa de Fuego’. Y más tarde, ya en campo abierto, las estrellas proporcionaron suficiente luz para que pudiéramos ver el perfil de un alminar enormemente grueso. Los hombres no tenían ni idea de dónde estaba la ciudad, pero una aldea, en la que deseaban parar, los atrajo con el fin de librarse de nosotros. Media hora después nos hallábamos entre calles silenciosas y paredes bañadas por la luna. Un espectro que pasaba por allí nos indicó cual o la casa del gobernador.

Me dirigí escaleras arriba.

No había muebles en la habitación. En el centro se erguía una alta lámpara de bronce, que lanzaba una fría luz blanquecina sobre las rojas alfombras y las blancas paredes. La flanqueaban dos palanganas de peltre, una con ramas de árboles frutales repletas de flores, y la otra con un ramillete de grandes junquillos amarillos alrededor de un puñado de violetas. Al lado de los junquillos se sentaba el gobernador, con las piernas cruzadas y las manos ocultas dentro de las mangas. Junto a las ramas floridas estaba su joven hijo, cuyo rostro ovalado, ojos negros y pestañas rizadas constituirían el ideal de la belleza para un miniaturista persa. No había nada que les ocupara, ni un libro, ni una pluma, ni comida, ni bebida. Tanto el padre como el hijo estaban absortos en la contemplación y la fragancia de la primavera.

La irrupción de un bárbaro polvoriento, sin afeitar y con paso vacilante debido al cansancio, fue una prueba de buenos modales ante la cual ellos se levantaron, no sin sorpresa, aunque con un alborozo y una excelente disposición de ánimo que tuvo que herir su talante de poética contemplación. Mientras yo me sentaba en el suelo entre crujidos y me estiraba como un perro en una casa de muñecas, al tiempo que deleitaba mi olfato en los junquillos, encendieron un fuego, volvieron a preparar el

samovar y sirvieron un espeso vino tinto. Con sus propias manos, el gobernador cortó la carne y la ensartó para hacerme un pincho, que asó encima de las brasas. Luego desgranó unas mandarinas y las azucaró para mi budín. Al final llegó incluso a ofrecirme su propia cama. Le expliqué que la mía estaba a punto de llegar, y le pedí la habitación de abajo para instalarla en ella.

No hay policía en este pequeño núcleo comercial de las tribus, y tampoco Amniya ni Nasmiya: la seguridad del gobernador depende de unos pocos soldados. La gente viste como quiere; los hombres llevan túnicas a rayas, fajas anchas y holgadas de las que sobresale el arma, y unos tocados en forma de moño negro y sin ala. El sombrero Pahlevi constituye una rara excepción. Ésta es al fin esa otra Persia de la que muchos viajeros se enamoran, y donde ahora que la he encontrado, me quedaría con mucho gusto una semana si pudiera. Pero, si Christopher y yo queremos llegar a Afganistán antes de que se produzcan esos tan profetizados «disturbios de primavera», tenemos que salir de Teherán en torno al 15 de abril, y no puedo entretenerme. No creo que las probabilidades de que allí surjan problemas sean muchas, pero el mero rumor de que los haya puede bastar para que cierren el país a los extranjeros durante un par de meses.

Y fue así, con una energía del todo contraria a mis inclinaciones como salí a ver las ruinas esta mañana. El gobernador me ofreció un caballo, consciente de que el mío debía de estar muy cansado. Le di las gracias, le expliqué que la simple mención de una silla de montar me hacía gemir, y emprendí la marcha a pie. Lo cierto es que Firuzabad está más al sur que Bushehr. Hacía mucho calor. Desde las afueras de la ciudad vi palmeras que se mecían por encima de las azoteas. Había recorrido los cuatro kilómetros que hay hasta Gur, la ciudad que Ardashir fundara en el 220, y lamentaba haber rechazado la montura, cuando un ruido de cascos de caballos al galope me hizo volver la cabeza. Primero llegó el gobernador, encima de un encabritado semental de color marrón; su hijo le seguía con un corcoveante caballo de color gris, luego venían el alcalde y otros caballeros, y a continuación un grupo de soldados armados, uno de ellos montado en un ruano color fresa. En medio de la cabalgata cabriolaba un enorme asno blanco cargado con un montón de alfombras y sin jinete.

—Este es para usted —me dijo el gobernador—. Nuestros huéspedes no van a pie.

El «alminar» de anoche resultó ser una maciza chimenea cuadrada, de unos veinticinco o treinta metros de alto por seis de ancho, construida con basta masonería sasánida, sin una entrada ni indicios de que la hubiese habido. Los lados muestran huellas de que hubo una rampa ascendente, la cual debía de rodear la chimenea con una espiral de cuatro lados. Recuerdo ahora que Herzfeld insinúa en su *Reisebericht* que la rampa estaba cercada a su vez, con lo cual el conjunto formaba una torre con un interior por el que se podía subir, y de la que ahora tan sólo queda su centro. Dieulafoy, más pintoresco, cree que la columna servía como altar del fuego sagrado,

y retrata a los sacerdotes llenando la rampa a la vista del populacho situado abajo, como si se tratara de un teocali azteca. Pero no hay ninguna teoría que explique qué otro propósito, aparte de la megalomanía, pudo impulsar la erección de mil cien metros cúbicos de piedra sólida de esta manera. Hasta las pirámides estaban en parte huecas.

La torre no tiene nombre, pero se dice que marca el sitio en donde una roca cayó del cielo. A su alrededor, en un radio de unos cuatrocientos metros, el terreno muestra los contornos de la capital de Ardashir. Gran parte de los cimientos, o de los muros que se sustentaban en ellos, parecen penetrar tan sólo unos cincuenta centímetros bajo tierra. Y todavía hay una plataforma encima formada con bloques rectangulares, perfectamente tallados y encajados al estilo aqueménida, muy distintos de la desordenada mampostería de la torre, en la que piedras de todos los tamaños se empotraron en un mar de cemento. Me gustaría excavar aquí: debe de ser el paraje más espléndido para excavar en Persia de los que aún están sin tocar. Los fragmentos sasánidas carecen apenas de belleza, pero documentan un oscuro pasaje de la historia en la conjunción del mundo antiguo con el moderno.

Los otros montaron sus caballos y yo el asno, que adelantaba por un palmo al semental del gobernador en cada recodo, además de sacudir las orejas y saltar cada zanja como si fuera capaz de superar a todo caballo viviente. A la vuelta nos detuvimos en un jardín, para descansar a la sombra de unos viejos naranjales, y bebimos cuajada con nuez moscada. En las afueras de la ciudad, tres chiquillos vestidos con harapos saludaron con una reverencia al gobernador desde la joroba de un dromedario. Frenando al semental hasta encabritarlo sobre las patas traseras, como si la escena fuera otro Field of the Cloth of Gold^[8], el gobernador les replicó con esta fórmula de cortesía:

—La paz sea con ustedes. ¿La salud de sus excelencias es buena, a Dios gracias?

Fue una broma estupenda y todos nos reímos, incluso los chiquillos. Pero también fue un auténtico acto de caridad que conmovió mi corazón en favor de Haji Seyid Mansur Abtahi Shirazi, el gobernador de Firuzabad.

Ibrahimabad (unos 1340 m), 23 de febrero. Ese hombre encantador tenía la intención de acompañarme a la garganta, pero al ser hoy viernes, estaba ocupado agasajando a la municipalidad con un refrigerio en el jardín de Nasrabad. No creía que yo fuera a partir tan temprano, y quería que asistiera también. Casi se ofendió con mi partida. Pero le aseguré, por una vez con total sinceridad, que su pena no era nada comparada con la mía.

Hoy ha sido un día perfecto, el día que a pesar de que no hubiera otro como éste, compensaría ya haber hecho el viaje desde Inglaterra.

Aunque el inicio fue poco favorable. Anoche, cuando en el bazar herraban mi caballo de Ismailabad, el animal rompió el cabestro y huyó. La escolta me prometió

uno de los suyos a cambio pero se levantaron tarde, conscientes de que ahora tenían ventaja sobre mí. En las afueras de la ciudad encontramos al caballo desaparecido, lo cual nos retrasó todavía más. El animal estaba mordisqueando en el borde del camino con ese aire de desvalida indecisión característica de los caballos que se pierden, alzando de vez en cuando su mirada inexpresiva, como si buscara una persona amable que se lo llevara a casa. Después de perder media hora en un intento por transmitir esta amabilidad, durante la cual nuestros caballos terminaron cubiertos de espuma y el muy tunante seguía tan fresco, indiferente y desvalido como antes, empujamos al bruto hacia la garganta. Uno de la escolta se quedó guardando la entrada a nuestras espaldas, de modo que si el animal conseguía escapar por la otra tan sólo pudiera dirigirse a su lugar de procedencia.

El palacio de Ardashir adquirió proporciones enormes cuando cruzamos el río y descubrimos la pequeñez de las dos tiendas kashgai que habían acampado en el prado a sus pies. Aquellas tiendas eran negras y oblongas, y se tensaban encima de unos muros bajos de piedra. Perros, niños, corderos y gallinas deambulaban por el prado, haciendo que la tosca estructura que había por encima de ellos pareciera todavía mayor. Dos mujeres que vestían falda larga plisada estaban golpeando maíz encima de una tela, para lo cual habían atado una mano de almirez a un palo largo.

No había tiempo para medir de forma adecuada el palacio, pero pronto vi que la altura que había facilitado Dieulafoy era errónea. Consideré esto muy interesante, teniendo en cuenta la importancia de la construcción en la historia de la arquitectura y el hecho de que hasta el momento Dieulafoy había sido la única información disponible para los escritores especializados en el tema.

La entrada se efectuaba en un principio por el sur, a través de un gran iwán con bóveda de cañón. Ahora lo que semeja la fachada principal está de cara al este, mirando por encima del río a la entrada de la garganta. Detrás se encuentran dos patios, uno en cada extremo el del sur con una extensión de unas dos hectáreas, y el del norte con algo menos. Ambos están separados por una serie de tres cámaras, techadas con cúpula, las cuales se extienden paralelas al palacio, de un lado al otro, una detrás de la otra. De la cámara situada al este, tan sólo la mitad continúa en pie, con la mitad de la cúpula encima, de modo que la línea de la fachada parece, a primera vista, que se interrumpe por un vestíbulo abierto de unos diez metros de ancho por quince de alto. Pero uno pronto se da cuenta de que no hay ninguna fachada —a pesar de que yo utilice el término por conveniencia—, y que la totalidad del muro del este, al apoyarse en el borde de la vertiente herbosa que ahora sirve de sostén a las tiendas kashgai, se ha desmoronado de forma gradual, arrastrando consigo la fachada de la primera cámara.

Las dos cámaras interiores también miden unos tres metros de lado, y las cúpulas, que descansan justo encima de unas pechinas situadas en las esquinas, ostentan el mismo diámetro. La cima de cada cúpula presenta un agujero ancho, redondo, en torno al cual la mampostería externa se proyecta hacia arriba. En la actualidad, estos

agujeros proporcionan la única luz que penetra allí dentro, si en un principio estaban cerrados, las cámaras que había debajo deberían iluminarse artificialmente, y cada cúpula estaría coronada por una especie de tosco cupulino, o linterna, con lo cual constituiría un precedente para esos extraordinarios pezones de las cúpulas románicas de Périgueux. La cúpula de la cámara del centro es unos cinco metros más alta que las otras dos, si bien es todavía más alto el cupulino en forma de elipse que lo separa de la cúpula de enfrente, y que sirve de techo al corredor que va de la cámara del centro a la exterior en ruinas. Este corredor consta de dos plantas, pero un pozo de luz horadado en el piso de arriba permite que el agujero del cupulino ilumine la planta baja. Un corredor similar separa la cámara del centro y la posterior. Aquí el techo lo constituye una maciza bóveda de cañón y carece de toda luz.

Dieulafoy indica la misma altura para las tres cúpulas y omite por completo los cupulinos de los corredores.

Habría necesitado más tiempo para orientarme en el laberinto de muros internos y montones de mampostería caída que ocupan los dos patios. No obstante, uno puede ver que junto a la cara norte de las cámaras con cúpula se extiende una sala, o una serie de ellas, con bóveda de cañón. La bóveda ha desaparecido pero todavía quedan dos de los muros transversales cuyo remate semicircular sostenía la cúpula. Estos muros están agujereados en la parte inferior por unos arcos chatos como los de un puente cuya curva, al ser menor que la de la bóveda de arriba, se vuelve dos veces horrible debido a un entrepaño situado en el remate superior, necesario para sostener el peso del muro.

La mayoría de los muros tiene alrededor de un metro y medio de grosor. Las piedras están sin encajar, y el cemento llena los huecos. El estuco adornaba tres de las cámaras, cuyas filigranas presentan dos estilos. A uno podríamos llamarlo románico las pechinas descansan encima de una cornisa en forma de colmillo y los portales de dintel semicircular se hallan enmarcados por molduras concéntricas en el patio sur hay un nicho similar que ostenta estas molduras en forma de colmillo. El otro estilo sería un egipcio espúreo, copiado de Persépolis: encima de los portales en arco hay doseletes horizontales, con festones que se proyectan hacia delante y hacia arriba en forma radial, formando el dibujo de una pluma. Esta convención ya resulta poco atractiva en su país de origen y con la piedra original. Como reminiscencia de tercera mano, y en materiales más baratos, presagia el gusto del London County Council de comienzos del siglo xx.

No obstante, sólo los arqueólogos ven belleza en la arquitectura sasánida. El interés aquí es histórico. Este palacio Fundado a comienzos del siglo III, es un hito en el desarrollo de la construcción. Su descubrimiento de la pechina, un simple arco situado en el ángulo formado por dos paredes, coincide con la aparición en Siria de la albanega, un arco abovedado que se apoya en un pilar en ángulo. Y de estos dos inventos se derivan dos estilos arquitectónicos primordiales, como consecuencia de dos religiones: el persa medieval, que se ramifica en Mesopotamia, los países de

Levante y la India, y el bizantino-románico, que se expande hasta los confines del norte de Europa. Con anterioridad no había medios para colocar una cúpula sobre cuatro muros, o sobre un edificio de cualquier forma cuya área interior excediera a la de la propia cúpula. A partir de entonces, a medida que se agrandaban las pechinas y las albanegas, y las formas de las primeras se multiplicaban formando estalactitas o alas de murciélago, ya fue posible colocar una cúpula en edificios de todas las formas y tamaños. El desarrollo cristiano de semejantes posibilidades alcanzó su punto culminante con Santa Sofía, en Constantinopla, y empezó una segunda existencia con la cúpula de Brunelleschi en Florencia. El islámico espera que alguien trace los mapas, y sólo podrá hacerlo quien sea capaz de controlar sus impulsos entre los recelos que despierta la arqueología moderna. Pero una cosa es cierta: sin esos dos inicios, de los que uno tiene aquí su prototipo, la arquitectura tal como la conocemos sería muy distinta, y muchas de las construcciones que hoy resultan familiares en todo el mundo. Como San Pedro, el Capitolio o el Taj Mahal, no existirían.

Me gustaría poder ir a Sarvestán. Está más cerca de Shiraz que esto, y hay allí otro palacio sasánida, en el que una hilera de arcos que surgen de la pared se apoyan en unos pilares redondos. Tal vez ahí esté el germen de ese otro gran rasgo de la arquitectura islámica: la arcada. No hay duda de que las columnas desempeñaron un papel en la arquitectura sasánida, como han demostrado las excavaciones de Damghan, y en vista de la aptitud de los sasánidas para las bóvedas, es probable que las utilizaran en muchas ocasiones como sostén de los arcos.

Estimulado por esta serie de revelaciones, bajé de la azotea para descubrir que los kashgai nos habían preparado un té. Un anciano de la tribu sacó una lezna e hilo para arreglar la pieza transversal de mis alforjas. Uno de los hombres más jóvenes, que conocía el sendero de subida al Kala-i-Dukhtar, se había adelantado y nos esperaba en la garganta. Cuando llegamos, nos hizo señales desde arriba. La subida fue más fácil de lo que parecía, aunque bastante molesta.

Visto desde atrás, el castillo se alza sobre un promontorio con lo cual se defiende por tres de sus lados mediante unos precipicios que caen casi en picado desde los muros exteriores. El último tramo de la ascensión se hizo a través de una silla que conecta el promontorio con el risco principal. Esta conduce a la parte trasera de la construcción, que da al norte una impresionante muralla carente de puertas y ventanas, con un perfil curvo, como si tras ella hubiera un estadio. Unos elevados contrafuertes, bastante delgados, la sostienen a intervalos muy cortos, y en lo alto se juntan para formar arcos de medio punto.

Después de avanzar con cautela por el borde de la muralla, pues soplaba un viento muy fuerte, llegué a la cámara central.

El castillo está construido sobre tres terrazas. Desde la garganta, puede verse abajo la negra abertura de un arco, que permite la entrada a un subterráneo por la cara este. Sin embargo, no pude llegar allí porque la rampa en espiral que comunicaba con ella estaba bloqueada y no me apetecía bajar escalando por el muro exterior. Existen

dos rampas como ésta, embutidas en el interior de unos torreones cuadrados, que en un principio iban desde la parte inferior del edificio a la cámara donde estaba yo, y seguían hasta un tercer nivel situado arriba.

En general, la forma de esta cámara es similar a las del palacio de Ardashir, de planta cuadrada, que soportan una cúpula sobre Pechinas. El estuco está salpicado con agujeros de balas, pero por otro lado se conserva muy bien, aunque carece de adornos. Cada Pared está perforada por un amplio arco de medio punto que en el caso de las paredes orientadas al sur, al este y al oeste, da al exterior. El de la cara norte está bloqueado, y la mampostería se ha cubierto con estuco. Pero su diseño es bastante sencillo.

Esta pared pertenece al lado de la cámara que mira en dirección contraria a la garganta y que por detrás está bloqueada por la muralla de perfil curvo. Y aquí surge el misterio. Entre la cámara y la muralla hay un gran espacio cuya única entrada parece que tan sólo podía efectuarse por el arco bloqueado, o por algún pasadizo oculto excavado en la roca de abajo. En la parte de atrás yo no había visto ningún pasadizo. Puede que hubiera alguno en el subterráneo. Aunque yo no lo creía así, pues vi las huellas de otros que también habían advertido ese misterio y habían excavado muy adentro en la pared, a ambos lados del arco, en un intento por penetrar en la cámara sellada. Difícilmente habrían malgastado tantos esfuerzos para nada. La profundidad de los túneles alcanzaba hasta los seis metros dentro de la sólida mampostería, pero no conducían a ningún sitio.

El arco de enfrente, situado en la cara sur, da a una plataforma cubierta de hierba entre altas paredes, que se extiende unos dieciocho metros hasta el borde de la garganta. Estas paredes, como puede verse desde lo alto del muro semicircular del fondo, sostenían una bóveda de cañón de unos doce metros de diámetro. El otro extremo de la cámara siempre estuvo abierto. Con esto el Kala-i-Dukhtar de Firuzabad proporciona otro prototipo sasánida para la importante contribución de Persia en la arquitectura islámica, después de la bóveda y la pechina: el iwán, o salón de fachada abierta. Esta forma, más que cualquier otra, cambió el aspecto de las primeras mezquitas. Al principio se construyó tan sólo en uno de los laterales, para indicar el santuario y la dirección de La Meca. Más tarde se utilizó también para romper la monotonía de los otros lados. Cada vez lo hacían más alto, y la fachada plana en forma de biombo se convirtió en terreno para todo tipo de adornos y escritos. En los lados brotaron alminares, y en lo alto arcadas y cupulinos. Sus excentricidades cambiaron el aspecto de todas las ciudades del Islam, y es un enorme placer, pienso, poderme sentar en una rama de un viejo nogal y comerme una naranja en el mismo sitio donde la idea se forjó.

De pronto, el guía kashgai me preguntó:

—¿Le gustaría ver el hamman?

Quise saber a qué se refería; por lo general, los baños turcos no se construían en lo alto de montañas tan desoladas. Mi escolta cogió los fusiles y seguimos al hombre

por un tortuoso sendero que avanzaba por el borde del precipicio. Al cabo de unos instantes, los guardias se alejaron corriendo al tiempo que gritaban:

—*Nargiz! Nargiz!*

Pensando que habrían descubierto a algún animal, yo seguí al guía, del que en un principio tenían que protegerme, si es que había que protegerme de alguien, y que al final empezó a descender sobre el risco, a la vez que me hacía señas para que le siguiera. Llegamos ante la boca de un túnel festoneada de helechos, y que emitía un fuerte olor a rancio, como si fuera la guarida de alguna bestia, un idea que se vio sustentada por algunos montoncitos de huesos y plumas.

Siguiendo unos doce metros por ese túnel, llegamos al umbral de una cueva. La oscuridad era casi total, y hasta nosotros llegó un cálido vapor y una especie de borboteo. De pronto notamos que nuestros pies pasaban de la dura roca a una costra de barro oscilante.

—Será mejor que vaya usted delante —dije yo.

—Pues yo pienso que debería ir usted el primero —contestó el kashgai.

Decidimos encender una hoguera.

Pero ni siquiera eso nos permitió ver el extremo opuesto de la cueva, ni el origen del borboteo. Cogí una tea y me disponía ya a pisar la costra de barro, cuando el humo espantó a una bandada de murciélagos. Había tan sólo una salida para ellos, pero estaba bloqueada. Con el aleteo de sus alas en mi nuca, corrí por el túnel hacia la luz del día, donde me quedé observando cómo las repugnantes criaturas se colgaban entre los helechos. Pertenecían a una especie de orejas cortas, tamaño entre un gorrión y un tordo, y sus pequeñas caras sonrosadas miraban malévolas directamente a la mía.

Unas risas sonoras y un par de piernas me indicaron que los guardias nos habían encontrado. Descendieron sobre el saliente y, en vez de traer el pellejo de un animal, lo que traían eran los brazos cargados con los mismos junquillos enormes, el doble que los nuestros, que había visto en casa del gobernador. El significado de *nargiz*^[9] era éste: ¡narcisos!

Al mirar por el borde del saliente para ver si alguna vez había habido una subida allí abajo, descubrí restos de un sendero artificial, construido en la cara del risco. Tanto el cemento como la obra de sillería eran sasánidas, por tanto, es posible que en aquellos tiempos la cueva se utilizara como baño turco; resulta difícil ver qué otro motivo pudo haber para construir aquel sendero hasta allí. Los datos acerca de la realeza sasánida son especialmente impersonales, pero ahora me los empiezo a imaginar en zapatillas, como si dijéramos, pasando los fines de semana en el ala Dukhtar, mientras los miembros reumáticos del grupo tomaban las aguas por la mañana y las matronas se hacían mascarillas para la cara con aquel barro. A fin de cuentas, si Mlle. Tabouis puede escribir una biografía de Nabucodonosor tan voluminosa que a duras penas se puede levantar, con el material que hoy disponemos de Ardashir yo podría escribir dos volúmenes así.

Cuando llegamos abajo me zambullí en el río. Era lo bastante profundo para nadar, no demasiado frío, y muy reconfortante después de la calurosa mañana. Pero a los escoltas les pareció espantoso, de modo que arrancaron varios arbolitos y encendieron una hoguera para reanimarme cuando saliera. Incluyendo al kashgai, en total éramos seis, pero la generosidad de Ali Asgar a la hora de preparar lo necesario para el viaje permitió que los invitara a almorzar con lo que había en mis alforjas, reservando para mí una botella de vino. Un martín pescador moteado volaba arriba y abajo por el río, negro y blanco y algo más grande que los nuestros, pero sin duda un pariente suyo. Tenía la misma cabeza grande, cola corta y ancha, y un vuelo relampagueante. En la orilla crecían unos cuantos lirios malva sin hojas, o azucenas, de unos ocho centímetros de alto.

En la garganta existen dos relieves sasánidas tallados en la roca, de los que Flandin y Coste hicieron unos dibujos, pero de los que no se han publicado fotografías hasta el momento. El más interesante representa una pelea entre Ardashir y su enemigo Ardabán V, el último rey de la dinastía arsácida, al que destronó. Éste se encuentra en el extremo que da a Firuzabad, pero por desgracia me lo perdí, y ahora ya no había tiempo para retroceder tan lejos. Pero cabalgué para ver el otro, que el kashgai me había indicado desde lo alto del risco. En él se representa al dios habitual, Hormuzd, y al rey, en ese caso también Ardashir, cogiendo un anillo. El rey luce un globo en la cabeza, y algunos entendidos dicen que se trata de una bolsa para el cabello. Le siguen varios acompañantes, y adopta una actitud de defensa (el artista pretendía que fuera de deferencia), como si practicara el boxeo de hoy en día. Pequeñas y solitarias entre los enormes riscos, talladas en una superficie de basta roca púrpura —donde el río, los árboles y el martín pescador son las únicas cosas vivientes—, la hilera de antiguas figuras recuerda no tanto el triunfo sasánida como la oscura época sobre la cual triunfaron. Ni ellas ni la garganta han cambiado sólo los que por allí pasan, que ahora son menos habituales y encuentran menos facilidades: antes había un puente cerca del relieve y el río todavía está dividido en dos a causa de un pilar caído hecho con piedra tallada, y cuyo cemento ha resistido las riadas de trece siglos. Después de obligar a mi caballo a que se metiera entre las cañas hasta que el vientre le rozó el agua, busque apresuradamente y en vano, la inscripción que Herzfeld había visto allí en donde ponía que el puente lo había hecho construir Aprsam el ministro de Ardashir.

La escolta se irritó ante la perspectiva de que la noche volviera a sorprendernos en la garganta. Un galope suicida, sin preocupar nos por sortear piedras ni árboles, nos llevó a la vista del paso del Agua antes de que se fuera la luz y las ranas empezaran a croar. Desde allí la luna nos guió por los campos hasta esta peculiar aldea de Ibrahimabad cuyas calles se hallan encerradas, como el metro, en un laberinto de túneles con casas edificadas encima.

Ali Asgar estaba aguardando en una azotea al lado de una puerta abierta. Encima de una bandeja se hallaban dispuestos los utensilios para el té, los libros y el vino en

una repisa.

—¿Qué le apetece a su excelencia para cenar?

El olor a cabras, a estiércol de caballo, a parafina y a Flit se han desvanecido con el aroma de los junquillos.

Shiraz, 25 de febrero. Christopher aún sigue aquí, pero ahora ha obtenido permiso para ir a Bushehr, con la condición de que abandone Persia sin dilación. Este es el fin de nuestras esperanzas para viajar a Afganistán, a menos que la decisión se revoque, aunque es posible que esto suceda, ya que se han iniciado protestas por vía diplomática. Sir Reginald Hoare no es de los que soportan con pasividad los insultos cuando éstos adquieren la forma de un ataque encubierto contra su Legación, pues Christopher es, además de primo suyo, un antiguo agregado. Desde su punto de vista, las autoridades no han tenido la sensatez de apaciguarle ofreciéndole una razón. Ayrum, el jefe de la policía de Teherán se limita a repetir que la orden de expulsión procede del estado mayor; en otras palabras, del propio Marjoribanks. Tal vez la historia del león disfrazado de gusano sea por fin una realidad.

Vi a Krefter un minuto, y me dijo que el gobernador de Shiraz se equivoca al afirmar que Herzfeld no está autorizado a negar el permiso para sacar fotografías a los restos antiguos de Persépolis. Esta autorización se la ratificó, de manera expresa, el ministro de Enseñanza Pública. Voy a tener que preguntárselo al gobernador, por si esto fuera una patraña. Como consecuencia de esta conversación, sueño que Persépolis se ha convertido en un centro donde se enseña el arte de tejer y entre las columnas han colgado cortinas de paño con el dibujo de la flor de lis, al cual ahora el profesor dedica toda su atención, y se lo enseña a los visitantes.

Kazerun (880 m), 27 de febrero. Veo que ayer fue mi cumpleaños.

Desde lo alto del paso de PiriZan hasta aquí hay una caída de unos mil quinientos metros, mayormente perpendicular, e interrumpida por una estrecha repisa que puede contarse entre los beneficios concedidos a Persia durante la guerra. Al oeste del paso comienza otro color, el gris acerado del golfo Pérsico. En esta época del año, cuando la hierba esmeralda empieza a brotar las aldeas parduscas, los campos irregulares, los caminos serpenteantes y los ruinosos muros de piedra del valle de los Kazerun me traen el recuerdo de Irlanda. Ni siquiera las palmeras están del todo fuera de lugar en esta comparación.

Las cercanas ruinas de Shapur, si bien se encuentran próximas a la carretera principal, proporcionan un campo arqueológico tan virgen, si no tan interesante, como las de Firuzabad. El lugar se llama así por su fundador, Shapur I, cuyas relaciones con los dioses, sus numerosas victorias y la captura del emperador romano Valeriano se muestran en las paredes de una garganta en miniatura. En calidad de

documentos, estos relieves ofrecen una detallada descripción de la moda sasánida por lo que se refiere a arneses, sombreros, pantalones, zapatos y armas. Como monumentos, constituyen una interesante reliquia de ese impulso grosero que impulsó a las primeras monarquías de Egipto, Mesopotamia e Irán a esculpir su inmortalidad en la roca viva. Como obras de arte, se importaron de Roma, con toda probabilidad a través de prisioneros romanos, y enmascararon su bárbara ostentación bajo una capa de majestuosidad y opulencia mediterráneas. Aquellos que admiren la potencia sin arte, y la forma sin inteligencia, los hallarán encantadores.

La estatua de Shapur, tridimensional y tres veces su tamaño natural, mejora los relieves sólo por su situación en la boca de una cueva situada cinco kilómetros valle arriba, detrás de la garganta. Una ascensión de ciento ochenta metros conduce hasta ella. Los últimos cinco son perpendiculares y me quedé de todo paralizado mientras el valle oscilaba a mis pies. Pero antes de que pudiera oponer resistencia los aldeanos me izaron como un saco, tal como habían hecho con nuestro almuerzo y con el vino. La estatua debía de medir unos seis metros de altura y se extendía desde el suelo hasta el techo justo en el interior de la entrada. Actualmente, al pie de una oquedad hay una cabeza coronada con barba tipo Velázquez y rizos a lo infanta española, encima de la cual se inclina un torso adornado con borlas de muselina, roto a la altura de los muslos. En 1821, el señor Hyde grabó en él su nombre. Por suerte, llegamos justo a tiempo para impedir que Jamshyd Taroporevala, nuestro chófer indio, incorporara el suyo. Dos pies embutidos en unos zapatos de punta cuadrada ocupan todavía el pedestal.

El fondo de la cueva desciende por una serie de impresionantes abismos, de los que se ramifican unas catedrales de impenetrable oscuridad. Llevábamos una linterna, pero su alcance resultó inútil contra semejantes distancias, y tan sólo sirvió para avisarnos de que había demasiada agua para poderlas explorar.

Después de regresar andando a la garganta, Christopher y yo nadamos en el río que cruza por ella. Estuvimos recordando el último baño que habíamos tomado juntos en Beirut. Esta mañana me despedí de él. Se ha marchado a Bushehr y volveremos a encontrarnos para viajar a Afganistán o para almorzar en el Ritz.

Persépolis (1680 m), esa misma tarde. De regreso aquí me detuve en Shiraz, con el fin de obtener una carta del gobernador para el doctor Mostafavi, el encargado de vigilar las excavaciones para el gobierno persa. Al salir de la ciudad me encontré con Krefter, que venía en su coche para asistir a un baile en el Bank. Me entregó otra carta:

PERSÉPOLIS, SHIRAZ
Oriental Institute Persian Expedition

Querido señor Byron:

Disculpe mi tardanza en contestarle; sencillamente, se me olvidó. La situación es ésta: como en Persia no

existen leyes que protejan los derechos de reproducción, etcétera, la única forma de evitar que venga todo el mundo, que saquen fotos y luego las vendan para su publicación, es impedir que se hagan fotografías. De modo que, tan pronto como se ve a un extranjero sacando fotos, aparecen artículos en la prensa (ya ha ocurrido en tres ocasiones) quejándose de que a todo el mundo se le permite fotografiar los monumentos nacionales de Persia excepto a los propios persas. Ya he mantenido una desagradable correspondencia con el gobernador a este respecto.

Por lo tanto, se han tomado las disposiciones pertinentes para que las personas interesadas en la publicación de fotografías puedan obtenerlas del Oriental Institute, Univ. de Chicago, y publicarlas siempre que indiquen su procedencia. Lo siento, pero no puedo hacer excepciones... No incluyo en esta consideración a las personas que, con una cámara pequeña, Saquen una foto de grupos de gente o de sí mismos como recuerdo. Pero no para que la publiquen.

Queda afectuoso a su disposición.

ERNST HERZFELD.

Y Krefter añadió:

—Encontrará al profesor a solas. Estará encantado de tener compañía.

¿De veras? Por el momento estoy durmiendo en un establo contiguo a la casa de té, junto a un montón de estiércol fresco.

Persépolis, 5 de marzo. La casa de té se encuentra a dos kilómetros y medio de Persépolis carretera arriba. Dado que en esa dirección está Naqs-i-Rustam, decidí ir primero allí. Estaba a punto de ponerme en marcha cuando la gente me dijo que no podría cruzar mientras los arroyos bajaran demasiado llenos. En ese momento, un jinete se detuvo allí para desayunar.

—Oiga —le dije—. Usted necesita un coche para la carretera y yo necesito un caballo para viajar por el campo. ¿Quiere hacer el intercambio?

Aceptó encantado.

Las esculturas de la pared rocosa de Naqs-i-Rustam abarcan un período de más de veinte siglos, desde el elamita, pasando por el aqueménida, hasta el sasánida. Debajo se alzan dos altares del fuego sagrado, de fecha sin determinar, y un sepulcro aqueménida. Sólo este último es hermoso, lo demás es arte negativo o repelente. Sin embargo, mientras las montañas subsistan, se recordará a los maníacos de la roca que ordenaron la construcción de estos relieves, y quienes lo planearon lo sabían. Ellos eran indiferentes al agradecimiento de la posteridad. ¡No hay ningún esteticismo perecedero ni ninguna condescendencia jurídica para ellos! Todo cuanto pedían era llamar la atención, y lo consiguieron igual que un niño pequeño, o como Hitler: mediante la insistencia bruta. En esta frase de ideogramas gigantescos registraron un momento crucial en la historia de las ideas humanas cuando el derecho divino de los reyes surgió de la prehistoria para entrar en el mundo moderno.

Lo que llama la atención son las cuatro tumbas de los reyes Aqueménidas, mojones regulares tallados en forma de cruz sobre a pared rocosa. Cada una aparece tallada con la monótona uniformidad de los bajoalieves. Estos empiezan arriba mediante el pacto habitual entre el dios y el rey —en esa época el dios era un humano con forma de escarabajo—, continúa con un par de canapés al estilo Tutankhamón,

uno encima del otro, los cuales en cierran hileras subsidiarias, para luego expandirse por los brazos de la cruz con una falsa fachada de columnas semirredondas que sostienen unos capiteles en forma de cabeza de toro. Entre las columnas, la superficie de la roca está cubierta con escritura cuneiforme. Mediante la ayuda de una cuerda de pelo de cabra, que bajaron dos hombres que viven allí, escalé una de las tumbas: la segunda desde el oeste, teniendo en cuenta que la pared rocosa da al sur, El interior de la tumba está distribuido en tres nichos, cada uno dividido en tres sarcófagos. En un par de éstos la tapa es cónica, y la han abierto forzándola con una palanca. El conjunto de la tumba debió de estar sellado por una puerta de piedra que giraba en unas espigas de piedra situadas arriba y abajo, y cuyos encajes todavía son visibles.

Los paneles de Naqs-i-Rustam que se encuentran debajo de las tumbas se han descrito e identificado muy a menudo. La pared rocosa está cara al sur. De este a oeste anoté lo siguiente, sin referencias a su significado histórico:

Entre el ángulo del risco y la segunda tumba

1. Un espacio vacío, preparado para esculpir, pero en el que tan sólo hay una pequeña inscripción moderna.
2. Un grupo sasánida. El rey, que luce pantalones de muselina abombados, zapatos de puntera redonda en los que aletean unas cintas largas, y una bolsa para el cabello, se enfrenta a una figura alegórica cuya corona de mando, apilada sobre unos rizos en forma de salchicha podría muy bien haberla diseñado Bernard Partridge. Esta criatura cuyo sexo está en discusión, sostiene el anillo que denota un pacto entre ella y el rey. En medio de los dos se encuentra un niño, y detrás del rey un hombre con gorro frigio. El conjunto se extiende por debajo del nivel del suelo existente, que ha sido excavado para dejarlo al descubierto.

Debajo de la segunda tumba.

3. Un rey sasánida, que lleva una bolsa para el cabello, pelea con enemigo. Está muy deteriorado.
4. Debajo hay la cabeza y los hombros de otros dos guerreros luchando. Aquí el suelo no se ha excavado, y la mayor parte del relieve permanece oculto.

Entre las tumbas segunda y tercera.

5. Una composición de Shapur a caballo, tres veces mayor que su tamaño natural, mientras recibe el homenaje del emperador Valeriano que se encuentra de rodillas. La figura del caballo está tomada de una pose romana, pero sin fuerza. Al igual que todos los relieves sasánidas carece de musculatura, como un maniquí relleno de paja. Una de las cabezas del lado este tiene aspecto aqueménida. ¿Es posible que existiera aquí un relieve más antiguo, al que los sasánidas destruyeron con el fin de dejar sitio para sus propios anuncios?

Debajo de la cuarta tumba.

6. Un rey sasánida lucha con un enemigo, que está perdiendo. Su bolsa para el cabello es menor que la de los otros, tiene forma de limón y se sujeta a la cabeza mediante un tallo. Este relieve posee mayor vivacidad, su deuda con Roma es menor, y se aproxima a esas figuras ecuestres sobre bandejas de plata que muestran el auténtico genio de ese período.

Más allá de la cuarta tumba.

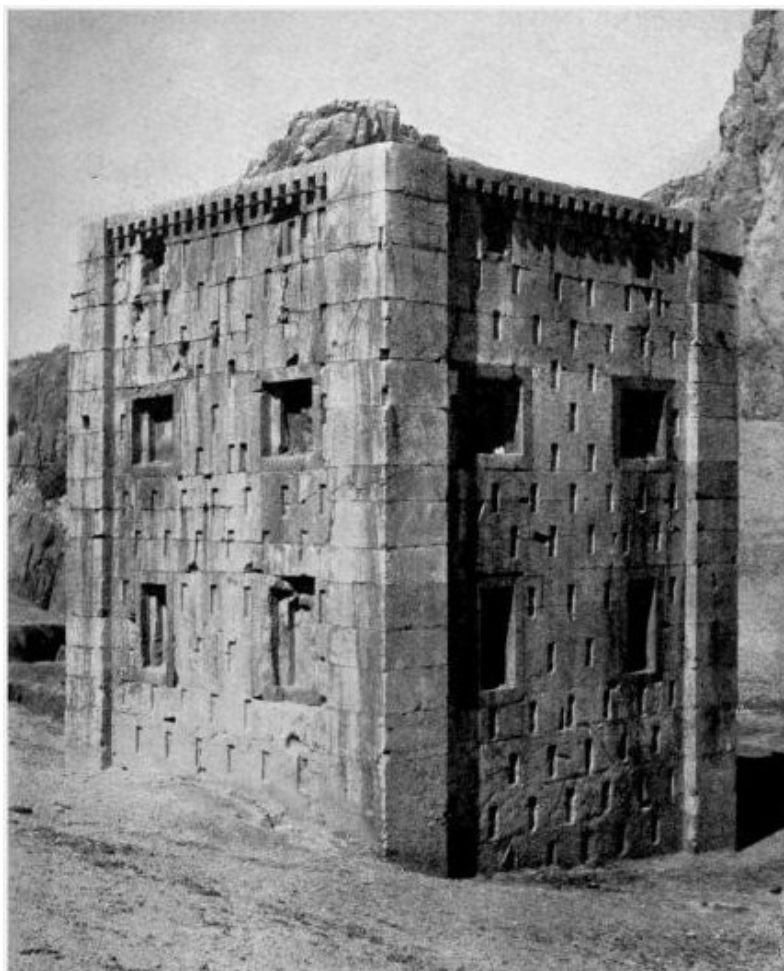
7. Un rey sasánida y su corte en un púlpito o una galería. Esta curiosa composición se halla esculpida en la parte frontal de un saliente de tres caras sobre la pared rocosa. El rey se encuentra en el centro del grupo, donde un hueco en la balaustrada permite contemplarlo en toda su extensión. Tres figuras de medio cuerpo lo acompañan a cada lado y dos más en la cara oeste del saliente. Estas figuras ostentan también una apariencia aqueménida, aunque la cabeza del rey es típica del arte sasánida. Una vez más, me pregunto si hubo aquí un relieve aqueménida con anterioridad, o si esta apariencia es el resultado de una afición consciente por todo lo antiguo.

8. Sea lo que sea lo que los aqueménidas hicieron en esta cara rocosa en particular, a los sasánidas les precedió alguien más, que por lo visto, vivió a mediados del segundo milenio antes de Cristo, y que por tanto podríamos considerarlos elamitas. En la cara este del saliente se ve una figura primitiva de relieve extraordinariamente bajo, en forma de pájaro, cuyos perfiles angulosos recuerdan los de un jeroglífico mexicano. En la cara oeste, debajo de dos figuras de medio cuerpo, hay una cabeza de ese mismo estilo. Las dos cabezas están de perfil, pero los ojos aparecen de frente una convención familiar procedente de Egipto^[10].

9. Casi rozando el grupo del púlpito, hacia el oeste, hay una pareja de jinetes enfrentados, cada uno inclinándose hacia delante para coger el simbólico anillo. Aquí el rey sasánida lleva la bolsa para el cabello

encima de un gorro frigio, mientras el dios ostenta una corona de mando. Los caballos pisotean a los jinetes enemigos y presentan una fina muestra de las guarniciones sasánidas. Una enorme borla, suspendida de la silla de montar mediante unos cordones, se balancea entre las patas traseras de cada caballo.

Después de este relieve, la pared rocosa dobla hacia el norte y se ve absorbida poco a poco por una suave pendiente. Los dos altares del fuego sagrado se encuentran al doblar la esquina. Su altura alcanza un metro treinta, y si estuvieran pintados de color siena podrían confundirse con un par de enfriadores de vino neogriegos.



Naq-i-Rustam: sepulcro aqueménida (siglo VI a.C.)

El sepulcro aqueménida se halla aislado, delante de la cuarta tumba. Se le conoce como la tumba de Zoroastro, una denominación a menudo ridiculizada por los arqueólogos, hasta que Herzfeld descubrió que podía existir alguna razón para considerarla como tal.

Esto es auténtica arquitectura. O tal vez debería decir, dado que su función no tiene nada que ver con su forma, que representa una auténtica tradición arquitectónica que por otro lado desconocemos. Es la copia de una casa. ¿Y dónde estaba esa casa? ¿En Persia? No proporciona ninguna pista de que este costoso e híbrido refinamiento fuera a florecer en Persépolis. De haber estado en un país mediterráneo, se la saludaría como la fuente original de la arquitectura doméstica de la Italia del Quattrocento y de la Inglaterra Georgiana. A diferencia del templo griego, que se

desarrolló a partir de una forma de madera preocupada por la tensión de los pesos, este sepulcro deriva de una forma de ladrillos o de barro que transmitía la idea de contenido; su belleza está en el espaciado de la decoración sobre un muro plano. Resulta sorprendente hallar este principio, del cual ha derivado toda buena construcción doméstica desde el Renacimiento, establecido en toda Persia hacia la mitad del siglo VI a.C. Resulta asimismo sorprendente recordar la poca atención que hasta ahora han prestado a esto, desde este punto de vista, aquellos que han visitado Naqs-i-Rustam.

El sepulcro se alza sobre un cuadrado de unos cinco metros y se eleva unos ocho metros por encima del nivel del suelo, aunque en un principio debió de ser unos tres metros más alto, tal como revela la tímida cuneta que excavaron tan sólo en torno a la cara norte. Los muros tienen un grosor de metro cuarenta, y están contruidos con grandes bloques de mármol blanco, tan bien encajados como los de la Puerta Áurea de Constantinopla. Cada ángulo se ve reforzado por unos contrafuertes delgados, entre los cuales —aunque no por encima— corre una diminuta cornisa. El plano techo está compuesto por dos enormes monolitos colocados el uno al lado del otro.

Las caras este sur y oeste se hallan adornadas con tres pares de ventanas cada una enmarcadas con una piedra más oscura a ras del mármol, en cuyo interior hay unos paneles ciegos, los cuales están encerrados dentro de unos marcos interiores secundarios, aunque sólo en los laterales y en la parte superior. Las ventanas inferiores son más altas que anchas, las del centro son cuadradas, y las de arriba son una copia de las de abajo, aunque en miniatura y tocando la cornisa una disposición que recuerda a Vitruvio y a Palladio. Verticalmente, la distancia entre ellas es la misma. Pero horizontalmente la distancia entre cada ventana es más del doble que la distancia entre éstas y el ángulo interno de los contrafuertes de las esquinas. Aparte de las ventanas, los muros están decorados con un diseño de pequeños nichos poco profundos, oblongos y verticales, que cortan de través las uniones de abrazaderas, aunque abrazaderas en las que la luz y la sombra estuvieran invertidas, al estilo del negativo de una fotografía.

La cara norte, la que da a la pared rocosa, no tiene parejas de ventanas, sino tan sólo una única abertura baja, situada a más de a mitad de la altura de la construcción, cuya entrada y el suelo que hay en el interior, cortan de través el plano de las ventanas laterales situadas en medio. Encima de esta entrada hay un arquitrabe en forma de cuerno, sobre el cual descansa una pequeña ventana ciega, sin marco de ningún tipo. Uno puede escalar hasta allí, lo mismo que otros han probado a atravesar la mampostería de abajo para entrar en una supuesta cámara inferior.

Por la tarde fui a Persépolis y entregué la carta del gobernador de Fars al doctor Mostafavi.

Herzfeld se unió a nosotros. Se mostró muy jovial mientras me enseñaba las excavaciones, y dejó suelta a Bul-Bul, su cerda salvaje, que salió corriendo con una piedra perteneciente a su enemigo, un fox terrier viejo y gruñón. El resultado fue una

grotesca persecución entre las ruinas, en la que las carreras de la cerda resbalando por las escalinatas y los pavimentos como si fueran los pies de Charlie Chaplin se vieron acompañadas por el concierto de gruñidos y rugidos del profesor. Finalmente nos sentamos a tomar el té en la casa que Krefter había construido para los excavadores. Digo casa, pero es un palacio reconstruido con madera en la misma excavación, y en el estilo de su predecesor aqueménida, al que se han incorporado el portal de piedra así como los marcos de las ventanas. El dinero fue suministrado por la señora Moore, de la Universidad de Chicago, y el resultado es una lujosa mezcla entre el hotel King David de Jerusalén y el Pergamon Museum de Berlín. Así es como tenía que ser pues servirá a ambos propósitos cuando se terminen las excavaciones.

R. B.: Es posible que interpretara mal mi carta.

HERZFELD: La entendía la perfección. No puede usted fotografiar nada de lo que hay aquí. Si los persas le vieran habría problemas.

R. B.: Pienso que debe de estar usted en un error. El gobernador de Fars dijo que quería que yo sacara fotos aquí.

HERZFELD: Son inconcebibles las dificultades que he tenido en este aspecto.

Cuando vine aquí por primera vez, envié mis fotos a Shiraz para que las revelaran. El fotógrafo hizo copias de los negativos y vendió las fotos como si fueran suyas. Entonces ese horrible individuo, x..., vino cuando yo estaba fuera y sacó un centenar de fotos de mis descubrimientos. La primera noticia que tuve de ello fue cuando aparecieron en los periódicos como si los descubrimientos fueran de él. Ahora el señor Myron Smith ha estado pidiendo permiso. Tiene influencia con mis patrocinadores en América, y, a fin de librarme de él, he presentado toda mi colección de fotografías a la Universidad de Chicago. Hasta doce cartas he tenido que escribir por el asunto de este individuo.

R. B.: Comprendo perfectamente que si otros venden fotografías de sus descubrimientos es como si robaran dinero de los fondos destinados a las excavaciones. Pero escuche mi punto de vista. Yo no soy un arqueólogo. No tengo nada que ver con sus descubrimientos. Toco cuanto me interesa aquí son las formas arquitectónicas, no porque sean antiguas, sino porque forman parte de la historia de la arquitectura. Las puertas, por ejemplo... Las puertas existen tan sólo en relación con la figura humana; se pueden juzgar estas puertas, las puertas del Renacimiento y las de Le Corbusier mediante este mismo patrón. Para efectuar este tipo de comparación no necesito más que unas fotografías de referencia de cosas que la gente lleva contemplando desde hace dos mil años, que ya se han dibujado y fotografiado cientos de veces. Y si quiero tomar yo mismo esas fotos es porque sólo yo conozco con exactitud los detalles que quiero ilustrar. Si no confía en mí para dejarme a solas con los monumentos, puede enviar a

alguien allí conmigo. Es bastante razonable, ¿no le parece? Es posible que se crea con derecho legal para impedir que yo tome fotografías, pero debe admitir que esto sería moralmente indefendible. Sería como si de repente el Partenón se convirtiera en una villa privada, y el resto de la humanidad se viera excluido de allí.

HERZFELD (procurando dominarse): En absoluto. En Europa siempre han regido esas reglas. Cuando yo era joven, y me dedicaba a excavar, nunca se nos permitía fotografiar nada.

R. B.: Pero ésa no es razón para que siga un mal ejemplo, ahora que ya es mayor.

HERZFELD (chupando furioso su cigarrillo): ¡Pues yo lo considero del todo correcto!

Esta actitud de autoritarismo alemán era impropia de un hombre al que los nazis estaban a punto de expulsar de su propio país. Por fortuna, la entrada de Krefter me impidió expresar este pensamiento y la aproveché para levantarme, dispuesto a marcharme.

—¿Dónde está su coche? —preguntó Herzfeld, más afable—. Tenemos un garaje en la parte trasera. Les diré que entren su equipaje.

—Muy amable de su parte, pero me hospedo en la casa de té que hay en la carretera.

—No es muy cómoda. ¿Por qué no se queda aquí?

Se quedaron muy pálidos cuando rechacé su oferta; no por verse privados de mi compañía, sino porque escapaba a los grilletes de su hospitalidad.

—Bien —exclamó Herzfeld, más animado—, quizá nos veamos mañana.

—Sí, claro —le sonreí—. Adiós, y gracias por su amable oferta. Me hubiese gustado poderla aceptar.

Eso era cierto. Nadie en su sano juicio disfrutaría rechazando las comodidades y la buena compañía a cambio de un montón de estiércol.

Persépolis, 2 de marzo, mediodía. Por la mañana temprano entregué esta Carta:

Querido señor Herzfeld.

Puesto que tanto el gobernador de Fars como el doctor Mostafavi han declarado categóricamente que no tiene usted derecho a prohibirme fotografiar las partes de los arcos y de las columnas que siempre han estado por encima del nivel del suelo, las únicas formas de impedir que yo saque fotografías serán:

- 1) enseñándome un documento de su concesión que pruebe que está en su derecho, o
- 2) por la fuerza.

Por favor, elija usted mismo lo que prefiera.

Mientras estaba haciendo una fotografía, una figura pequeña y redonda centelleó al otro lado de la plataforma.

—Nunca he conocido una manera de actuar tan desleal como la tuya —me dijo, luego hizo una pirueta y se alejó al tiempo que volvía a centellear.

Desleal ¿con quién?, me pregunté.

Era una cuestión de principios. Conseguí mis fotos e hice un servicio a los viajeros al descubrir la baladronada de Herzfeld. Pero fue una lástima perderme su conversación.

Todavía quedan cosas por decir de Persépolis.

En la época de su esplendor, cuando las paredes eran de barro y los techos de madera, es posible que pareciera bastante falso, como lo sería, de hecho, si se reconstruyera en Hollywood. Hoy al menos no tiene ese aspecto. Sólo la piedra ha sobrevivido, exceptuando algunas de las cenizas de Alejandro que de vez en cuando sacan a la luz. Y la piedra elaborada con tanta opulencia y precisión posee una gran brillantez, sea lo que sea lo que uno pueda pensar de las formas con que la han moldeado. Esto se ve incrementado por el contraste entre las piedras que utilizaron el gris extremadamente opaco y el blanco más luminoso. También se han encontrado algunos adornos aislados de un mármol azabache, sin venas ni manchas de ningún tipo.

¿Y eso es todo?

¡Paciencia! En la antigüedad se llegaba allí a caballo. Subías con él las escalinatas hasta la plataforma. Acampabas allí, mientras las columnas y las bestias aladas mantenían su soledad bajo las estrellas, y ni un solo ruido ni movimiento alteraba la llanura desierta iluminada por la luna. Pensabas en Darío, en Jerjes y en Alejandro. Estabas a solas con el viejo mundo. Veías Asia tal como la vieron los griegos, y sentías su hálito mágico extendiéndose incluso hasta la misma China. Tales emociones no dejaban lugar para la cuestión estética ni para cualquier otra.

Hoy bajas de un vehículo motorizado, mientras un par de camiones retumban junto a una nube de polvo. Encuentras la entrada protegida por unos muros. Entrás sólo con la autorización de un portero, y al llegar a la plataforma te encuentras con una vía para vehículos ligeros, un albergue neoalemán y un código de malicia académica controlado desde Chicago. Estas útiles incorporaciones agudizan la inteligencia. A pesar de ellas, puedes autosugestionarte para experimentar una sensación de romanticismo. Pero la sensación a la que ellas te invitan es la que un crítico experimenta en una exposición. Éste es el castigo que hay que pagar para un mayor conocimiento. No es culpa mía. Nadie sentiría mayor placer que yo dejando vagar la mente en un sueño de historia, paisaje, luz, viento y otros fenómenos intangibles. Pero si las circunstancias insisten en enseñarme más de lo que yo quiero ver no sería bueno mentir al respecto.

Las columnas, por tanto, pueden despacharse con una sola palabra. Resultan sorprendentes, como lo es el ayuntamiento de sir Gilbert Scott en Bombay, dado que combina los temas hindúes con el gótico. Como ocurre con las mulas, estas uniones son estériles. No tienen descendencia en el curso general de la arquitectura, ni dictan

preceptos para ella. Pueden gustarte de manera ocasional, si por casualidad coinciden con alguna corriente de la moda contemporánea. Este no es el caso de las columnas de Persépolis.

Las columnas son lo primero que salta a la vista. Otros rasgos arquitectónicos son las escalinatas, la plataforma y las puertas de palacio. Las escalinatas son hermosas porque hay muchísimas. La plataforma es hermosa porque sus inmensos bloques han planteado, y solucionado, un problema de ingeniería. Ninguno de estos dos rasgos posee arte alguno. Pero las puertas sí. Éstas, sólo éstas, ostentan un destello de auténtica invención: sugieren ideas expresan un comentario respecto a otros pórticos. Sus proporciones son estrechas y gruesas, y eso invita a un perpetuo entrar y salir, mientras que nuestras puertas invitan a que la figura se detenga un momento y quede enmarcada. Como los arcos de Stonehenge, están hechas de monolitos: uno a cada lado y otro en cima. Pero sus molduras y sus ángulos son tan finos y delicados como si los hubiera cortado una máquina.

Y luego está la decoración. Estos relieves provocan una fuerte conmoción al que los conoce sólo por fotografías. Allí donde han estado expuestos a las inclemencias del tiempo, su línea y su ritmo emergen poéticamente de la piedra moteada de negro. Los del interior de los pórticos, así como los que Herzfeld ha excavado, tienen la misma línea y ritmo, pero la piedra, debido a su extrema dureza, se ha mostrado impermeable a envejecimiento sigue siendo lisa y de un gris reluciente bruñida como una cacerola de aluminio. Esa pulcritud provoca en las esculturas la misma reacción que la luz del sol en la obra de un falso maestro: revela, en lugar del genio que uno esperaba encontrar, un desconcertante vacío. Comprendo muy bien lo que Christopher quiso decir cuando afirmó que las esculturas «carecían de emoción sin llegar a ser intelectuales». Al enseñarme Herzfeld la nueva escalinata, el pensamiento espontáneo que me invadió fue: «¿Cuánto costaría? ¿La construirían en una fábrica? No, no es posible. Entonces ¿cuántos trabajadores, y durante cuántos años, cincelaron y pulieron estas figuras interminables?». Es cierto que no son figuras mecánicas, ni son culpables de su propio acabado, ni son pobres en el sentido de que carezcan de habilidad técnica, pero son lo que los franceses llaman *faux bons*. En ellas hay arte, pero no un arte espontáneo, ni un arte espléndido ciertamente. En vez de inteligencia o sentimiento, destilan un refinamiento sin alma, un barniz adoptado por los asiáticos cuyo instinto artístico se vio constreñido y privado de vitalidad al entrar en contacto con el Mediterráneo. Para ver lo que fue de verdad ese instinto, y cómo difiere de éste, basta con observar los relieves asirios del British Museum.

Una conmoción menos intensa es la que provocan las almenas que se extienden a lo largo del parapeto y de las balaustradas de la escalinata. Herzfeld las encontró casi en perfectas condiciones cada una tiene tres escalones y parece como si se hubieran hecho con los ladrillos de una caja de construcción de un niño. Estas puntiagudas excrecencias adornan todos los palacios. Krefter las reprodujo con gran cuidado por su parte. Por sí solas son bastante feas, pero, contiguas a los bajorrelieves, su

desmañada reiteración y sus sombras angulosas estropean también la delicadeza de la talla. «Dan vida a esto», exclamó Herzfeld. Y así es. Pero no es una vida bonita, y mata todo lo demás.

Abadeh, 23 de marzo. Ali Asgar ya no podía soportar la casa de té. Abandonamos Persépolis después del almuerzo.

Una alameda recién plantada sale de la carretera de Isfahán hacia la tumba de Ciro, un sarcófago de mármol blanco situado encima de una peana alta y escalonada, solitario entre los campos arados. Representa la edad que tiene: cada piedra ha sido besada por separado, y cada juntura ha sido vaciada con caricias, como por los efectos del mar. No hay adornos ni nada llamativo que importune su serena soledad. Basta con que Alejandro fuera su primer turista. En torno a ella había habido un templo, por las bases de las columnas aún pude verse cómo era su contorno.

Desde entonces se ha convertido en la tumba de la madre de Salomón. Por deferencia a esta transformación, en uno de los muros internos se tallaron un diminuto mihrab y una inscripción en árabe. Por encima del mihrab cuelgan un puñado de harapos y unas campanitas; por el suelo vuelan las hojas de un viejo Corán. Dentro de los límites del templo, el suelo está ocupado por unas tumbas musulmanas.

A unos ochocientos metros de allí hay una plataforma de mismo estilo que la de Persépolis, en la que se apoya un único pilar blanco, y cerca de éste se encuentran las ruinas de un sepulcro como el de Nasq-i-Rustam. Al final, cuando los últimos rayos de sol brotaron en medio de una acumulación de nubes de una tormenta, crucé los campos arados hasta la solitaria estela de mármol con la efigie cuatrialada de Ciro. Ahora ya podía imaginar lo que sentiría el visitante de Persépolis, y, así soñando, me perdí en la oscuridad, hasta que vinieron a rescatarme los destellos de los faros de un coche.

Isfahan, 5 de marzo. El día me encuentra alojado en casa de Wishaw, el «capitán del petróleo». En otras palabras el director de la sucursal de la Anglo-Persian Oil Company en la ciudad.

El nombre del gobernador de Isfahán significa “Trompeta-de-Rafael”. Antes de ir a verle, le pedí a uno de los empleados de Wishaw que tradujera mi carta de recomendación:

S.E. el Gobernador General
Isfahán

El señor Birn, uno de los hombres ilustrados de Inglaterra le solicitaría sacar fotos de dichos edificios históricos etc. De esta provincia, y también le gustaría sacar fotos de dichos edificios.

Por favor, dé las instrucciones necesarias a las Autoridades respectivas para que le otorguen cualquier ayuda

que pueda necesitar.

Firmado: MAHMOOD JAM.
(Sellado): MINISTRO DEL INTERIOR.

El señor Trompeta-de-Rafael me habló de sus planes para mejorar el Maidam. La primera fase de estos planes ya le causó problemas, pues Marjoribanks desaprueba la instalación del nuevo depósito en la explanada, dado que podría facilitar la reproducción del mosquito anopheles. No obstante, está decidido a proseguir con el resto. Las paredes de la arcada se van a embellecer con azulejos a ambos lados. Y allí donde la carretera cruza frente a la entrada del bazar en el extremo noreste hará que pase entre unos arcos enormes también cubiertos de azulejos en ambos lados. El arquitecto es un alemán que trabaja bajo la supervisión de un comité formado por Herzfeld, Godard y otros expertos.

Isfahán, 9 de marzo. El pintor Muzaffar, que expuso sus obras en la exposición de Londres y luego realizó un retrato de la reina, hace que uno retroceda a épocas anteriores al temperamento artístico, cuando los artistas pintaban lo que se les pedía. Muzaffar descende de varias generaciones de estos pintores, y ha heredado su carácter de artesanos. De hecho, empezó decorando cajitas para guardar plumas. Le pregunté si me haría un retrato en miniatura. Por supuesto, me dijo, pero antes tenía que darle una fotografía para copiarla. Le respondí que eso era justo lo que no quería, pues mi objetivo al hacerle el encargo era ver si era capaz de dibujar del natural. Sí podía. Me ha hecho un retrato y ha conseguido un parecido siempre dentro del estilo persa. Pero antes he tenido que diseñárselo, decirle cómo debía airear la cabeza dentro del papel y decidir si el fondo debía ser liso o con adornos. Son sus alumnos quienes pintan los fondos y las cenefas, basándose en un repertorio de diseños tradicionales.

Muzaffar se enorgullece de tener dos estilos, el persa y el europeo. He visto algunas miniaturas que realizó basándose en unas fotos, lo cierto es que parecen las mismas fotos, sólo que en color. El otro día dibujó un espléndido cartel con dos pavos reales, para una marca de cigarrillos local.

—¡Ahí tiene! —me dijo orgulloso—. Puedo hacer miniaturas y puedo hacer esto. Rubens no habría podido hacer las dos cosas.

¿Por qué Rubens? ¿Por qué Rubens, precisamente?

Isfahán, 3 de marzo. Según noticias llegadas de Teherán Christopher se halla ahora prisionero en la Residencia de Bushehr. Ayrum, el jefe de la policía, sigue diciendo que la culpa es del estado mayor. El ministro de Asuntos Exteriores asegura que es debido a órdenes personales del propio Ayrum.

La señora Budge Bulkeley, cuya fortuna está valorada en treinta y dos millones de

libras, ha llegado acompañada por algunas millonarias de menor cuantía. Se sienten tremendamente desoladas porque el caviar se está acabando. En suma, que viajan con menos comodidades que yo. Ni una docena de acompañantes a su servicio (ellas llevan dos) vale lo que un criado capaz de cocinar y de convertir una pocilga en un dormitorio corriente con sólo avisarle con cinco minutos de antelación: porque así es Ali Asgar.

Oí que una del grupo decía lo siguiente de la señora Moore, que está viajando por aquí en avión:

—¿Rica? ¡Vaya! Podría comprarnos a todas cuatro veces.

El señor Trompeta de Rafael les organizó una recepción para tomar el té. Yo me senté entre el obispo inglés y un príncipe qayar.

—¿Y qué hace usted por aquí? —me preguntó airado el obispo.

—Viajo.

—¿Con qué?

Isfahán, 16 de marzo. Ayer fue el cumpleaños de Marjoribanks. Tal como ordenan las costumbres persas, el gobernador ofreció recepción la noche anterior.

Esto hizo que de pronto el Chihil Sutun volviera o la vida transformándose, de una vieja residencia de verano, en el majestuoso y placentero edificio que fue en su origen. Cubierta de alfombras, iluminada con montones de lámparas, y atestada con cientos de personas, la galería parecía enorme; las columnas de madera y el pabellón decorado se elevaban hasta penetrar en la noche, la hornacina de cristal que había al fondo, reluciente a través de su filigrana de oro, se veía infinitamente lejana. Los persas se sentaban formando hileras negras, con las manos cruzadas y los pies debajo de la silla. El doctor Wolff, el dentista alemán, se tocaba con un bombín. Al frente había mesas repletas de pasteles y mandarinas. Los Camareros no paraban de Servir tazas de té.

El señor Trompeta-de-Rafael llegó luciendo un esmoquin encima del cual aleteaba una gabardina. Era tan evidente que se alegraba de ver allí a todo el mundo, que todo el mundo se alegró de verle a él. Estrechó la mano a todos los que se ponían a su alcance y actuó como anfitrión en vez de hacer de sustituto oficial, como habría hecho cualquier gobernador inglés.

Una charanga de muchachos armenios procedente de Jolfa empezó a tocar, y nosotros avanzamos hacia la fachada para contemplar los fuegos artificiales. Éstos explosionaban junto a la alberca alargada: cohetes, girándulas, y demás artificios, hasta que al final dos hileras de fuentes doradas empezaron a chorrear dentro de las negras aguas, y Marjoribanks chisporroteó vengativo en medio de las llamas en el extremo opuesto. La charanga interpretó el himno nacional y esto supuso el final de la primera recepción.

La segunda fue más selecta. Alrededor de unas cincuenta personas se reunieron

en una larga sala abovedada, debajo de aquellos lánguidos frescos safawíes que habían rivalizado con Umar Yayyam para ofrecer al mundo una idea falsa del arte y el sentimiento persas. La esposa del director del banco alemán actuó como anfitriona. Otra orquesta de Jolfa interpretó jazz dentro de una alacena de cristal. Al fondo de la sala había un buffet frío, en donde se servían tazas con una bebida roja de unas enormes poncheras. Dado que estaba compuesto por tres partes de arak y una de vino tinto de Jolfa, el ponche no era tan inocente como en un principio hubiera creído.

Ningún persa se atrevería a recibir a un solo invitado, y mucho menos a un grupo, sin poner alfombras. Cuando empezó el baile el suelo se encrespaba igual que un mar embravecido, y tan sólo después de que varias parejas hubieran naufragado, utilizaron clavos para fijar los rompientes de lana. En el buffet, los príncipes qayar se codeaban con sus enemigos de siempre el gobernador y el jefe de la policía. Sus immaculados esmóquines y los gemelos Cartier habrían hecho que mi traje prestado se sintiera zarrapastroso de no haber sido por el elemento alemán: en cualquier parte se puede confiar en ellos para conseguir que las otras nacionalidades parezcan elegantes. Uno de ellos, que mediría dos metros diez llevaba chaqué, un cuello de diez centímetros de ancho sin apertura y chaleco de ante, de esos que se usan para cazar, tuvo la osadía de mirar de reojo mi ancha faja.

Fue una velada agradable, y cuando el señor Trompeta-de-Rafael me preguntó con tono conmovedor qué me había parecido, aplaudí sinceramente su buen gusto. No había nada pretencioso, ninguna tímida antigualla nacionalista, ni pretendida modernidad parisiense que estropeará el disfrute de los invitados. Los persas poseen un don especial para la naturalidad en el trato social. Este buen gusto hizo que sintiera cierto afecto por el viejo monstruo cuya vida estábamos celebrando. Además, no todo el mundo puede decir que haya bailado en el Chihi Sutun.

Todo el Char Bagh estaba iluminado cuando regresamos a pie a la casa de Wishaw junto al río. Las hileras de lámparas y velas se alineaban a intervalos regulares debajo de los árboles, enormes tartas nupciales de diez metros de altura, hechas de luz, con cortinajes rojos y un fondo de espejos de marco dorado. En medio de todo este fulgor, puesto en escena por la municipalidad a costa de muchos sacrificios y con el fin de probar su lealtad, los mullahs de la madrasa habían intentado en silencio hacer algo mejor aún. Del parapeto que había en lo alto de la gran entrada habían bajado tres arañas de cristal tallado cuyas pálidas velas, al centellear sobre el negro vacío del arco, dejaban ver tres peceras llenas de pececillos de colores suspendidas entre las lámparas.

A la tarde del día siguiente hubo un desfile. Como había pasado la mañana decorando la carroza de la Anglo-Persian, después del almuerzo me quedé dormido y me lo perdí. Wishaw también se lo perdió, pues todos sus empleados habían salido y él tuvo que darse para vigilar el almacén.

Isfahán, 18 de marzo. La belleza de Isfahán sorprende a la mente desprevenida. Circulas en coche por las alamedas de árboles de tronco blanco y copas de brillante ramaje; pasas ante cúpula turquesa y amarillo primaveral contra un líquido cielo azul violeta; sigues por el río moteado de bancos serpenteantes que atrapan ese azul en su fangoso plateado, flanqueado por livianos bosquecillos donde se concentra la savia; cruzas los puentes de ladrillo color melaza claro, hilera sobre hilera de arcos que desembocan en el interior de unos pabellones que se yerguen sobre columnas; observado desde lo alto por las montañas color lila, por el Kuh-i-Sufi que semeja la joroba de Punch y por otras cumbres que retroceden hasta formar una línea de oleaje nevado; y, antes de te des cuenta Isfahán se ha convertido en algo imborrable, ha insinuado su imagen en esa galería de sitios que todo el mundo asesora en privado.

En eso yo no le he facilitado las cosas. Los monumentos me han tenido demasiado ocupado.

Uno podría pasar meses explorando sin llegar a verlos todos. Desde el siglo XI, arquitectos y artesanos han dejado constancia de los altibajos en las fortunas de la ciudad, los cambios en sus gustos, en sus gobiernos, en su fe. Y los edificios reflejan estas circunstancias locales son su encanto, el encanto de la mayoría de las viejas ciudades. Pero unas pocas ilustran por sí solas la cumbre del arte y colocan a Isfahán entre esas ciudades extraordinarias como Atenas o Roma, que constituyen un esparcimiento habitual para la humanidad.

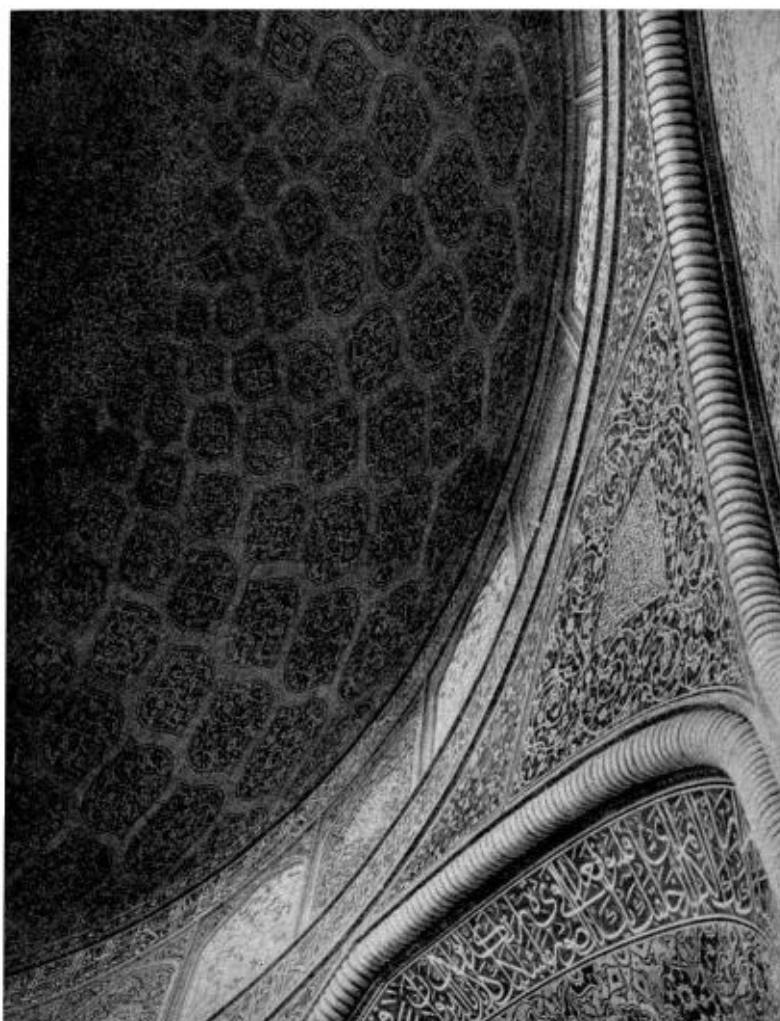
Las dos cámaras con techo de cúpula que hay en la mezquita de los viernes resaltan con sus diferencias esta distinción. Ambas se construyeron en la misma época a finales del siglo XI. En la más grande, el principal santuario de la mezquita, doce columnas enormes sostienen una lucha prometeica con el peso de la cúpula. Esta lucha empaña de hecho la victoria: para percibir esta última es preciso experimentar previamente cierto interés por la ingeniería medieval, o por el carácter de los selyuqíes. Esta cámara contrasta con la más pequeña que es en realidad una tumba torre incorporada a la mezquita. La planta mide apenas nueve metros cuadrados y su altura no pasa de los dieciocho; su volumen tal vez sea una tercera parte del de la otra. Pero mientras la cámara mayor carece de los antecedentes necesarios para su escala, la pequeña encarna este precioso momento situado entre tener pocos antecedentes y tener demasiados, cuando los elementos de la construcción se habían refinado con un volumen superfluo y aún se resistían a la fascinación de la gracia superflua; de manera que todo elemento, como los músculos de un atleta entrenado, desarrollaba sus funciones con alada precisión, no ocultando sus esfuerzos como lo haría el exceso de refinamiento, sino ajustándolo al grado más elevado del significado intelectual. Eso es la perfección de la arquitectura, la cual no se consigue tanto con la forma de los elementos dado que esta es una cuestión de costumbres aceptadas, sino con las virtudes del equilibrio y la proporción. Y ese

pequeño interior se aproxima más a esta perfección de lo que yo había creído posible fuera de la Europa clásica.

El material en sí es ya un indicio de economía: pequeños y resistentes ladrillos de un gris plomizo o que se tragan la ornamentación de textos cúficos y la taracea de estuco con su puritana determinación. Por lo que refiere a la estructura, la cámara es un sistema de arcos, de uno ancho en el centro de la pared, dos estrechos junto a cada esquina, cuatro diminutos en cada pechina, ocho en la zona de la pechina, y dieciséis encima de éstas para recibir la cúpula. La innovación de Firuzabad se había extendido, y se extendería mucho más antes de que la arquitectura persa se extinguiera en el siglo XVIII. Aquí la captamos en el momento más esplendoroso de su juventud y vigor. Incluso en esta etapa, el sistema se repetía y variaba en muchas otras construcciones, como por ejemplo la tumba-torre de Maragheh. Pero dudo que exista otra construcción en Persia, o en todo el Islam, que ofrezca una visión de pura forma cúbica tan tensa, tan inmediata.

Según la inscripción que hay alrededor de la cúpula, la tumba-torre fue construida por Abu Ghanain Marzuban, un ministro de Malik Shah en 1088. Uno se pregunta qué circunstancia provocaría en ese momento tal estado de genialidad. ¿Fue la acción de una nueva mentalidad procedente de Asia Central sobre a vieja civilización de la meseta, una procreación de la energía nómada a través del esteticismo persa? Los selyuqíes no serían los únicos conquistadores de Persia que produjeran semejante efecto. Antes que ellos la dinastía de los gaznawíes, y después de ellos los mongoles y los timuríes, todos vinieron del norte del Oxus (Amu Daria), y todos produjeron un nuevo Renacimiento en suelo persa. Incluso los safawíes, que inspiraron la última fase, y la más lánguida, del arte persa, eran originariamente turcos.

Fue esta última fase la que dio a Isfahán el carácter que posee hoy, y la que produjo curiosamente su otra gran obra maestra. En 1612, el Sha Abbas estaba ocupado con la mezquita Real, situada en el extremo suroeste del Maidam, en donde la grandiosa mole azul y la enorme superficie de azulejos con toscos dibujos florales crean justo ese tipo de decorado «oriental» tan querido por los seguidores de Umar Yayyam: bonito, si así lo quieren, espléndido incluso, pero sin importancia en el marco general de las cosas. No obstante, en 1618 construyó otra mezquita en el extremo sureste del Maidam, a la cual pondría el nombre de su suegro, el jeque Lutf Allah.



Isfahán: la mezquita de Luft Allah (1618)

Esta construcción se halla en el polo opuesto de las virtudes arquitectónicas de la pequeña cámara con cúpula de la mezquita de los Viernes. Esta última es notable porque, aparte de que su mérito es único, es de ese tipo de mérito que la mayoría de la gente considera propiedad exclusiva de la inteligencia europea. La mezquita de Lutf Allah es persa en su sentido más fabuloso: los seguidores de Umar Yayyam, para quienes la forma racional es un anatema tan grande como la acción racional, pueden revolcarse en ella con gran satisfacción. Pues, mientras la cámara de la cúpula es sólo forma, carece de color y empaña todos sus adornos con la intensidad de su construcción, la mezquita de Lutf Allah esconde cualquier síntoma de construcción o de forma dinámica bajo el espejismo de las superficies levemente curvas, las múltiples derivaciones de la pechina original. Aquí hay forma y debe haberla; pero cómo fue creada, o qué es lo que sostiene, son cuestiones de las que la mirada profana no es consciente, como debería, a menos que su atención deambule por la ostentación de colores y dibujos. Color y dibujo constituyen un lugar común en la arquitectura persa, pero aquí poseen una cualidad que debe asombrar al europeo, no porque infrinja lo que él considera su monopolio, sino porque no podía saber con antelación que un dibujo abstracto fuera capaz de ser tan esplendoroso.

Como si quisiera anunciar estos principios lo antes posible, el exterior de la mezquita descuida la simetría hasta límites grotescos. Sólo la cúpula y la portada se ven desde el frente. Pero, debido a la discrepancia entre el eje de la mezquita y el de la de Ali Gapu situada enfrente, la portada, en vez de hallarse justo delante de la cúpula, está ligeramente a un lado. Sin embargo, el carácter de la cúpula es tal, tan diferente a cualquier otra cúpula de Persia o de cualquier otro lugar, que esta deformidad apenas se nota. Alrededor de una semiesfera achatada, hecha con diminutos ladrillos y cubierta con una capa de estuco color camarón se extiende un rosal de vigorosas ramas taraceado en blanco y negro. Visto de cerca, el dibujo recuerda un poco a los de William Morris, sobre todo en las espinas; pero en conjunto es más formal que prerrafaelita, más comparable al dibujo de un brocado genovés aumentado al infinito. Aquí y allá, en la unión de las ramas o en las profundidades del follaje, los adornos ocre y azul oscuro mitigan la dureza de la tracería en blanco y negro, y consiguen armonizarla con el rosa suavemente dorado del fondo: un proceso que continúa con el débil azul celeste del follaje que surge debajo. Pero la genialidad del efecto está en el juego de las superficies. La taracea es vidriada, la capa de estuco no. De este modo, el sol golpea la cúpula con una luz cenital quebrada, cuyo destello intermitente, moviéndose a medida que transcurre el día, añade una tercera textura al dibujo, móvil e imprevista.

Si el exterior es lírico, el interior es clásico. Aquí una cúpula todavía achatada, de unos veinte metros de diámetro, flota encima de un anillo de dieciséis ventanas. Desde el suelo hasta la base de las ventanas se alzan ocho arcos principales, cuatro que cierran ángulos rectos y cuatro planos que ocupan las paredes, de modo que el contorno de la planta forma un cuadrado. El espacio entre las partes superiores de los arcos está ocupado por ocho albanegas divididas en planos, como el ala de los murciélagos.

En la cúpula se inserta una red de compartimentos con forma de limón, que aumentan de tamaño a medida que descienden de una estilizada cola de pavo real situada en la cúspide, y están rodeados de ladrillos desnudos. Cada compartimento está decorado con un dibujo de hojas taraceado sobre estuco. Las paredes, bordeadas con amplias inscripciones blancas sobre azul oscuro, tienen un taraceado similar, con retorcidos arabescos o cuadrados barrocos encima de un estuco de color ocre intenso. Los colores de todo este taraceado son azul oscuro, azul algo verdoso y un tono de una indefinida riqueza semejante al del vino tinto. Cada arco se halla enmarcado con tirabuzones turquesas. El mihrab, situado en la pared oeste, está esmaltado con flores diminutas sobre un prado azul intenso.

Cada parte del diseño, cada plano, cada repetición, cada rama separada o cada flor posee su propia belleza melancólica. Pero la belleza del conjunto se obtiene cuando uno se mueve. Una vez más, los rayos cenitales se rompen mediante el juego de las superficies vidriadas y las que no lo están, de modo que en cada peldaño se reestructuran en innumerables dibujos centelleantes. Hasta los dibujos de luz que

penetran por las gruesas tracerías de la ventana son inconstantes, debido a las tracerías exteriores que se encuentran a varios palmos de distancia y que doblan la variedad de cada silueta cambiante.

Yo nunca había visto nada tan esplendoroso como esto. Mientras permanecía allí acudieron a mi mente otros interiores para compararlos con aquél: Versalles, las salas de porcelana de Schönbrunn en Viena, el palacio Ducal de Venecia, o San Pedro en Roma. Todos espléndidos, pero no tanto como aquél, su riqueza es tridimensional, y se consigue sobre todo por la fuerza de las sombras. En cambio, en la mezquita del jeque Lutf Allah hay una riqueza de luz y de superficie, de dibujo y de color tan solo. La forma arquitectónica carece de importancia. No está pulida, como en el rococó, es tan sólo el material para un espectáculo como la tierra lo es para un jardín. Y entonces, de pronto, pensé en esa especie tan desafortunada: los modernos decoradores de interiores, que se consideran capaces de lograr que un restaurante, o un cine, o el salón de un plutócrata parezcan ricos si se les da dinero suficiente para cubrirlos con pan de oro. Ignoran que son unos aficionados. Y, por desgracia, también lo ignoran sus clientes.

Yazd (1250 m), 20 de marzo. A pesar del cálido sol de primavera, el desierto entre Isfahán y Yazd parecía más vasto, más negro y más desolado que cualquier otro. Su único relieve eran los montículos de ventilación de los kanats, que brotaban como bombines en fila a lo largo de quince o treinta kilómetros, enormemente magnificados por el trémulo aire transparente. Recuerdo que Noel me comentó que había calculado que una tercera parte de la población masculina adulta de Persia trabajaba en aquellos canales de agua subterráneos. Han desarrollado de tal modo el sentido de la hidrostática a lo largo de varias generaciones sucesivas, que son capaces de construir una pendiente de sesenta u ochenta kilómetros a través de un territorio casi plano sin instrumentos de ningún tipo, y a tan sólo un determinado número de palmos por debajo del suelo.

Esta mañana sufrí un espantoso incidente. Anoche, al ir a la misión inglesa para ponerme una inyección, decidí agradecido aceptar la amable sugerencia de que, puesto que el médico estaba ausente, me quedara a dormir en su habitación. En mitad de la noche, el pobre hombre regresó de improviso y, al hallar la cabeza de un desconocido en su almohada, se vio obligado a dormir en el sofá. Pero lo peor aún estaba por venir. Cuando al fin se decidió a entrar en su dormitorio en busca de algunas prendas limpias, me descubrió en medio de una orgía sentado en su propia cama, con una botella de vino y un cigarro. Puesto que yo iba a estar todo el día fuera, había decidido almorzar temprano. Intenté adoptar una expresión de indiferencia y le ofrecí un poco de vino, pero es indudable que se formó una mala opinión de mí.

Yo estaba preocupado por el hecho de que, al llegar aquí, no pudiera obtener

alguna carta de recomendación.

—Yo le conseguiré su carta —dijo Ali Asgar, seriamente, y me explicó que había servido al actual gobernador de Yazd durante diez años, cuando éste era alcalde de Isfahán. De hecho, justo antes de que yo le contratara en Shiraz, el gobernador le había teleografiado pidiéndole que regresara, y él había rehusado.

Ahora, cuando entramos en el despacho del gobernador, allí estaba él. El gobernador saltó de su silla con una exclamación.

Ali Asgar, que en el momento más radiante tiene el aspecto de un párroco anciano, se quedó con las manos juntas y las rodillas temblorosas sonriendo con timidez y aleteando los párpados con la modestia de una señorita victoriana. Al final, tal como Ali Asgar había profetizado, el gobernador me mostró su cordialidad y me preguntó si Ali Asgar podría tener la noche libre para cenar con él y hablar de los viejos tiempos.

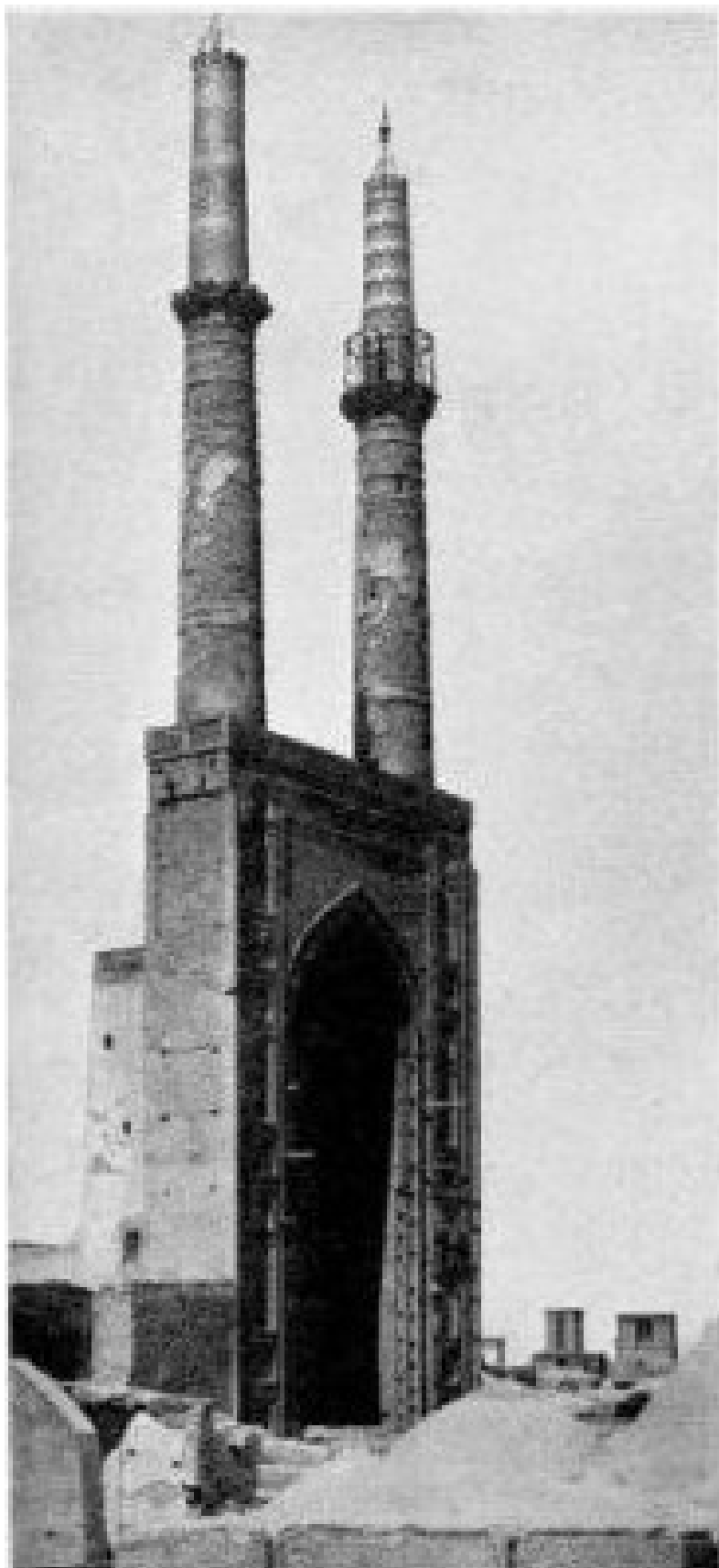
Después de acceder a su petición, obtuve todas las facilidades para explorar, acompañado por un inteligente y servicial agente de policía. El comienzo de una búsqueda de monumentos en una ciudad virgen como Yazd debe hacerse desde un sitio convenientemente elevado, donde sea posible ver qué cúpulas o alminares, por su forma o por el material, prometen una excelente obra debajo. Hoy, una pista tras otra nos han proporcionado buenos tesoros, hasta que, al concluir el día, estábamos tan cansados que apenas pudimos regresar a casa andando.

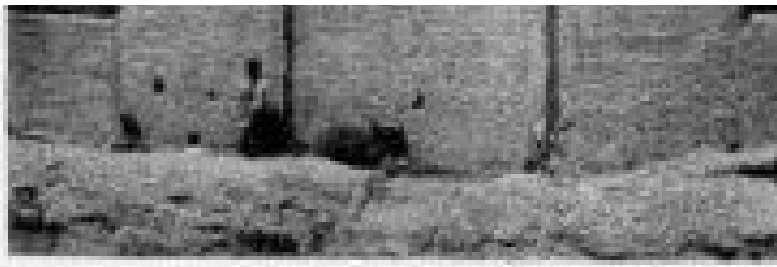
Sir Percy Sykes es el único escritor que ha prestado atención a las construcciones de aquí, y tan sólo de manera breve. ¿Acaso está ciega la gente que viaja? Resulta difícil imaginar cómo la portada de la mezquita de los Viernes le puede pasar por alto a alguien. Su altura alcanza unos treinta metros, y su estrecho arco piramidal es casi tan espectacular como el del presbiterio de Beauvais. Después de la portada, el patio interior supone una decepción, es como el pequeño patio de una parroquia. Pero no así el santuario, cuyas paredes, cúpula y mihrab están revestidos con azulejos del siglo XIV en perfecto estado. Es la mejor decoración de este estilo que he visto desde Herat. Difiere de la obra que impera por aquí. Los colores son más fríos, los dibujos más brillantes y precisos, aunque no tan espléndidos.

Una serie extraordinaria de mausoleos sencillos, con cúpula ovalada, nos seducen ahora por la ciudad: extraordinarios en el hecho de que, al estar contruidos con ladrillos que apenas se diferencian del adobe, podría esperarse que tan sólo contengan ruinas. Sin embargo, uno tras otro nos descubren muros, bóvedas y cúpulas pintadas con vigorosos y trenzados caracteres cúficos tan exquisitos, y a veces tan distorsionados, que parece como si carecieran de algún precedente conocido. El más elaborado de todos ellos es el Vakht-i-Sa'at, que fue construido en 1324. Algunos de los otros deben de ser anteriores. El santuario de los Doce Imanes, por ejemplo, tiene un friso con caracteres cúficos de mismo estilo que los que hay en el interior del Pir Alam Dar, en Damghan, que data del siglo XI.

Nos encontramos con otra curiosidad en el bazar: una de las antiguas puertas de la

ciudad, conocida como Darwasa Mehriz. La maciza puerta de madera está reforzada con placas de hierro en las que hay grabados signos primitivos del Zodíaco. Estas tienen aspecto de incalculable antigüedad, pero lo primitivo de sus formas hace que los calendarios resulten muy poco fiables. Sin embargo, es posible que sean sólo un síntoma de ineptitud artística





Yadz: la portada de la mezquita del Viernes (siglo XVI)

Yazd no se parece a otras ciudades persas. No hay un cinturón de jardines ni frías cúpulas azules que la defiendan del amenazante desierto que la rodea. Ciudad y desierto tienen un mismo color una misma sustancia: la primera nace del segundo, y las altas torres de ventilación, testimonio del calor, semejan un bosque que el desierto pudiera producir de manera natural. Otorgan al lugar un perfil fantástico, aunque no tanto como los de Hyderabad en la provincia de Sind. El viento allí siempre sopla del mar, y de las torres salen doseletes para recibirlo. Las torres de Yazd son cuadradas y reciben al viento desde los cuatro puntos cardinales mediante unas acanaladuras huecas, que lo conducen hasta las habitaciones de abajo. Dos de estas habitaciones, situadas en ambos extremos de la casa, crean una corriente de aire a todo lo largo del edificio.

Hasta ahora, a pesar de que el gobernador tiene planes ambiciosos, sólo se ha abierto una avenida en medio de los viejos laberintos. Los amantes de lo pintoresco incluso lo lamentan. Pero esto ha beneficiado a sus habitantes, que ahora tienen un sitio donde pasear, respirar, encontrarse unos a otros y contemplar las montañas a lo lejos.

Al ir al garaje en busca de transporte para Kermán, entablé conversación con un ex diputado, el cual me dijo que Kavam al-Mulk había estado en la cárcel, pero que ahora lo han soltado, mientras el destino de Sardar Assad y de los demás hermanos bajtíares sigue siendo una incógnita. Estaba enojado con Marjoribanks y al preguntarle la razón, me contó que su tío, un anciano de setenta y cuatro años y ciego de un ojo, había estado dos años en la cárcel por negarse a entregar a Marjoribanks sus propiedades de Maznarán, donde cultivaba arroz. Este soberano inimitable se ha ido apoderando de haciendas por todo el país y haciendo fortuna con ello, ya que los otros Nabot^[11] no se han mostrado tan pertinaces. Me quedé sorprendido ante la indiscreción de ese nombre, aunque imagino que pensó que yo no le traicionaría. Confío en no hacerlo. Esto ocurrió antes de que yo llegara a Yazd, y él no era un ex diputado.

Bahamabad (1580 m), 22 de marzo. Aquí, en la carretera a Kermán desayunando después de pasar toda la noche en un camión.

Hoy es No-Ruz, el 'Nuevo Día'. En otras palabras, el primero del Año Nuevo persa y fiesta oficial. Ali Asgar acaba de formular una leve queja, y con algo de

razón:

—No baños, no afeitado, no ropa limpia.

Y luego, utilizando el inglés con el fin de dejar claro su sentir añadió:

—No-Ruz es Navidad persa, sahib.

Le entregué el correspondiente regalo.

Kermán (1740 m), 24 de marzo. Una furiosa tormenta de polvo azotaba la ciudad cuando llegamos. Se desata cada tarde, entre las dos y las cuatro. Ayer hubo otra.

«Debido a su aislamiento, las mejoras en Kermán son comparativamente pocas», dice presuntuosa la guía de Ebtehaj. Aquí existen más adelantos que en Yazd. Hay varias calles anchas y también un taxi, con el que tuve la fortuna de encontrarme y al enterarme de que era el único, contratarlo para todo el día. Con él salí de la ciudad hasta el Jabal-i-Sang, un santuario de planta octagonal con una cúpula del siglo XII, interesante debido a que lo construyeron con piedra en vez de con ladrillos.

Por otra parte, a pesar de que Kermán nunca ha sido explorado arqueológicamente, sólo encontré dos cosas dignas de destacar. Una es el panel del mihrab de la mezquita de los Viernes, con azulejos del siglo XIV, que por lo visto la construyeron artistas de Yazd. La otra es la madrasa de Ganj-i-Ali Khan, un edificio feo y no muy antiguo, pero en el que se conservan unas zonas revestidas con mosaicos. En éstos se representan dragones grullas y otras criaturas inusuales en la iconografía persa, formando una especie de decoración chinesca, si bien resulta un misterio cómo las ideas chinas pudieron penetrar en una ciudad tan remota.

El Kuba-i-Sabz, que Sykes menciona, se ha derrumbado. Era un santuario con una alta cúpula azul, al estilo timurí. Hallé sus restos incorporados a una casa moderna.

Aquí el vino es tinto, y lo hacen los seguidores de Zoroastro. Ali Asgar compró una botella, pero era demasiado dulce y se lo vendí al hotelero.

Un conocido persa me ha prestado un ejemplar de Modern World Series sobre Persia. Los persas desprecian todos los libros que hablan de ellos, pero él dice que odia éste en particular porque la adulación es excesiva. Esto es algo maravilloso, viniendo de un hombre tan enamorado de su propia integridad como sir Arnold Wilson.

Mahán (1920 m), 25 de marzo. Los viajeros procedentes de la frontera con la India, Christopher entre ellos, creen estar en el paraíso cuando llegan a Mahán después de cruzar el desierto de arena de Beluchistán. Incluso en el trayecto desde Kermán, este desierto impresiona con su siniestra presencia. Hay acumulaciones de arena en la carretera, las cuales deben de significar el final de Persia, porque aquí los desiertos son pedregosos.

El mausoleo de Niamat Allah supone un inesperado respiro, una bendición de agua y de hojas susurrantes. El almohadillado púrpura de los climatores y el confeti de los árboles frutales recién florecidos se reflejan en un gran estanque. En el patio contiguo hay otro estanque en forma de cruz y rodeado de elegantes macizos, con lirios recién sembrados. Se está más fresco aquí. Enhiestos cipreses negros, superados por las ondulantes copas de los pinos de crecimiento rápido, extienden una profunda sombra arbolada. En medio de ellos brilla una cúpula azul, recorrida por una telaraña negra y blanca, y un par de alminares azules. Un derviche sale con paso vacilante; lleva un gorro cónico y una prenda de piel de cordero amarilla con bordados. Abre el camino pasando ante la tumba del santo debajo de la cúpula, a través de una espaciosa sala encalada, hasta un tercer patio más grande, al fondo del cual hay un segundo par de alminares también más grandes. Un último estanque estilizado, y un potente plátano que brilla con savia nueva se yergue afuera, tras la última puerta. El paisaje del entorno está cubierto de viñedos, campos que parecen pistas para jugar a los bolos, repletos de conos de arcilla para sostener a las parras, del mismo modo que las moreras las sostienen en la llanura de Lombardía. Una alta cadena de montañas, vestida de nieve y niebla violácea, ciñe el horizonte.

Mientras el declinante sol lanza tenues rayos cobrizos a través del cielo barrido por la arena, todos los pájaros de Persia se han puesto de acuerdo para entonar un último concierto. Poco a poco, la oscuridad trae el silencio y, con un aleteo menguante, los pájaros se posan para dormir, como un niño pequeño que arreglara las ropas de la cama. Y entonces empieza otra nota, una nota rítmica y metálica, tímida al principio, pero que gana coraje, vibrando sin cesar, hasta que, cuando los segundos violines entran en acción, la nota se convierte en dos, ahora ésta, ahora a otra, y a éstas les responde una tercera desde el otro lado del estanque. Mahán es famoso por sus ruisseños. Pero por mi parte doy la bienvenida a las ranas. He salido al patio ahora, y me encuentro en plena oscuridad debajo de los árboles. De repente el cielo se aclara y la luna se refleja en tres partes, una en la cúpula y dos en los alminares. Armonizando con esto un círculo o de luz ambarina sale de la galería que hay sobre la entrada, y un peregrino empieza a cantar. Y a su canto le sigue el ruido de agua chorreando sobre los macizos de flores recién cavados. Finalmente me voy a la cama. La estancia tiene diez puertas y once ventanas, a través de las cuales silba un viento huracanado y se escabullen unos gatos en busca de huesos de pollo. Las ranas continúan llamándose unas a otras, y esa nota vibrante y cambiante se va introduciendo en mi sueño. Me despierto y descubro a un gato abriendo mi caja de víveres con tal entusiasmo que, si yo fuera un ladrón de cajas fuertes, lo contrataría como ayudante. La corriente de aire sacude la cama. Supongo que Ali Asgar estará caliente con los derviches. De todos modos, no creo que por la mañana me atreva a quejarme a él, pues hace quince años el general Sykes le dijo que Mahán era el paraíso. La mañana se acerca, alza sus grises velos, llega y como si obedecieran las órdenes de un estricto director de orquesta los pájaros inician de nuevo un himno al

sol, estridente y ensordecedor, mientras una bandada de cuervos, para no pasar inadvertidos, inician una irritante competición al otro lado de mi dormitorio. Y luego, con brusquedad, el silencio vuelve a reinar, mientras los primeros rayos del sol recorren sigilosos el escenario. Al otro lado de la puerta, Ali Asgar y el derviche están abanicando una cubeta con carbón y preparan con paciencia el samovar. Se acercan unos pasos: «Ya Allah!». Y el derviche contesta: «Ya Allah!». El peregrino entona las plegarias matutinas desde la galería, utilizando unos semitonos nasales y prolongados que me recuerdan el Monte Athos. Un arco dorado ilumina la cúpula azul y el cielo se vela con un tono rosado. Ahí viene Ali Asgar, con la bandeja del té.

Yazd, 28 de marzo. Al aproximarnos a Yazd a primera hora de la mañana, después de pasar otra noche de viaje, nos encontramos con un funeral zoroástrico. Los portadores vestían turbantes blancos y unas largas túnicas blancas, el cadáver envuelto en un paño mortuario sin ceñir. Lo conducían a una Torre del Silencio, situada en una colina algo apartada un muro liso y circular de unos cinco metros de altura.

Esta tarde conduje hasta una aldea en el campo, para ver un jardín, Esta aldea consta de mil casas, y como propiedad está valorada aproximadamente en 62.000 libras, incluyendo el suministro de agua. La tasa del alquiler es de 2.250 libras, un interés no muy grande por ese capital. Violetas y almendros habían florecido en el jardín, y una exuberante mata de lirios blancos despedía un fuerte olor. El dueño me enseñó un árbol al que había aplicado dos injertos, de modo que ahora tenía flores de ciruelo, melocotonero y albaricoquero a la vez. Sus otros tesoros eran un granado que daba frutos sin pepitas, el cual Kew había estado buscando, y un invernadero de naranjos situado en un huerto hundido unos ocho metros, donde el kanat principal se ensanchaba hasta convertirse en un estanque. El hombre hablaba emocionado de los pistachos que traía en verano de Ardekán, donde hacía más calor que en Yazd y había el agua salobre que ellos prefieren.

Isfahán, 31 de marzo. Christopher está aquí.

Se le ha concedido libertad provisional para que recoja sus cosas en Teherán. De modo que ahora, si Dios quiere, podremos ir juntos a Afganistán.

En el camino de regreso me detuve en Nayin para ver la mezquita, que data del siglo IX y es una de las más antiguas de Persia. La ornamentación de estuco está llena de racimos de uvas, y sugiere una transición de ideas helenísticas pasando por el arte sasánida hasta el islámico. Y de Nayin fui a Ardestán, donde el estuco se utilizó de una manera nueva, para formar una especie de filigrana encima de la obra de ladrillería. Aquí la mezquita es selyuqí, data de 1158 y tiene la misma pureza de formas que la pequeña cámara con cúpula de la mezquita de los Viernes de Isfahán,

aunque no en el mismo grado.

Teherán, 2 de abril. Un torrente de montaña había cortado la carretera en las afueras de Isfahán. Con la ayuda de unos veinte campesinos, y el agua hasta la cintura, empujamos el coche hasta el otro lado. Cuando nos hubimos cambiado de ropa, cambiado el aceite, la gasolina y las bujías, y secado los cilindros, el agua ya se había retirado y los demás coches, que habían estado aguardando sin hacer nada, salieron antes que nosotros. La iniciativa británica a veces resulta bastante estúpida.



Ardistán: un nicho en la mezquita del viernes (1158)

Nos alojamos en la Legación. Al bajar me encontré con la casa repleta de criaturas vestidas de hadas. Se estaba ensayando una obra de teatro para niños.

Teherán, 4 de abril. Sardar Assad ha muerto de un ataque de epilepsia en el

hospital de Kasr-i-Kajar.

Kasr-i-Kajar es una fortaleza que domina Teherán desde lo alto. Fue desde aquí donde los cañones rusos arrasaron el movimiento constitucional antes de la guerra. Marjoribanks la ha transformado en una cárcel modelo, y para que su homenaje al progreso no pasara inadvertido, organizó allí una recepción para extranjeros, que se quedaron muy impresionados al ver las cocinas y las piezas de los sanitarios. Pero, tal como un norteamericano me comentó ayer, la tasa de muertes entre los prisioneros de clase alta es curiosamente elevada.

Ayer fue un día de sobresaltos. Por si no hubiese bastado con encontrarme a Marjoribanks en plena calle y tener que oír los histéricos aplausos de sus súbditos, a mi regreso a la Legación un estruendo apocalíptico anunció la huida de un caballo y un carro que avanzaban por el sendero de la entrada, esparciendo los bancos que estaban descargando para la función de teatro infantil. Como no me sentía un héroe, me aparté de su camino. El portero cerró la verja y el caballo, incapaz de atravesarla, se precipitó contra los barrotes igual que un gorila, mientras el carro se desintegraba a sus pies. Aunque conmocionado, el caballo no sufrió ninguna herida.

Luego se representó la obra de teatro, y a continuación se sirvió un té.

R. B.: ¿No le apetecería otro pastel?

SHIR AHMAD (m):^[12] Gracias, no ya he comido, (f) Estoy lleno, (*bajando la voz*) no hasta aquí (*tocándose la garganta, cr*), sino hasta aquí (*tocándose la frente*). He comido (f) de todo. He comido de todos los platos que hay en la mesa. (p) Como usted sabe, mi nombre es Shir Ahmad. Y Shir, ya sabe, significa *lión*. (*Rugiendo ff*) ¡Y cuando ataco (*susurrando pp*) soy terrible!

Por otra parte, de la detención de Christopher se ha derivado un incidente característico. Insistentes averiguaciones han descubierto los motivos de la detención, que son, en palabras exactas del ministro de Asuntos Exteriores, que «el señor Sykes habla con los campesinos». Imaginamos que debe de ser una alusión encubierta a su charla con el jardinero de Marjoribanks en Darbend. No resulta muy convincente, pero es probable que baste para que, en Londres, el Ministerio de Asuntos Exteriores vuelva a su abyecta sumisión por lo que a malos tratos a los súbditos británicos se refiere. En este caso han expresado sus protestas con un acto tan exquisito, que los persas han decidido ahora expulsar al padre Rice de Shiraz. Tal vez el Vaticano lo sepa defender mejor. El nuncio está rabioso.

Christopher fue a visitar a Shir Ahmad esta mañana.

SHIR AHMAD: (mf) ¿Piensa quedarse mucho tiempo en Teherán?

CHRISTOPHER: Me voy dentro de dos semanas, y aparte del placer de ver a su excelencia (*ambos hacen una inclinación de cabeza*), he venido a pedirle

permiso para viajar a Afganistán.

SHIR AHMAD: (*señalando hacia Afganistán y rugiendo ff*) Por supuesto que puede viajar allí.

CHRISTOPHER: Su excelencia es muy amable al decir esto. Pero pienso que mi deber es informarle primero que he estado bajo sospecha de espiar por el sur de Persia, y que el resultado...

SHIR AHMAD: (*p*) Lo sé.

CHRISTOPHER: Lo que hace que resulte más absurdo es...

SHIR AHMAD: (*pp*) Lo sé, lo sé.

CHRISTOPHER: Si me lo hubiesen advertido antes, yo habría podido...

SHIR AHMAD: (*pp*) Lo sé. Pero eso no importa.

CHRISTOPHER: Perdone, su excelencia, pero sí importa. Estoy muy enojado.

SHIR AHMAD: (*riéndose m*) Está usted enojado, ja, ja. Se equivoca. Su ministro está enojado; se equivoca. Los persas, ja, ja, tienen razón, (*cr*) tienen razón.

CHRISTOPHER: Sin duda su excelencia es lo bastante sensato como para Creer...

SHIR AHMAD: (*m*) Los persas tienen razón. ¿Por qué le han expulsado?

CHRISTOPHER: Dicen que hablo con los campesinos.

SHIR AHMAD: (*triumfal, f*) Entonces tienen razón. Y le diré por qué tienen razón: En Persia, en Afganistán, en Irak o en Oriente (*pp*) no hay misterios. (*f*) En Inglaterra, en Rusia, en Alemania (*pp*) hay grandes misterios. (*f*) En Inglaterra, misterio con los barcos. En Rusia, muchos millones de personas, misterio con los ejércitos. En Alemania y en Francia, misterio con las armas (*p*) En Afganistán, en Persia, (*gesto violento de desprecio*) no hay misterios. No hay ejércitos. No hay barcos. (*mf*) Esta es la historia de los reinos.

CHRISTOPHER: Pero no entiendo por qué...

SHIR AHMAD: (*m*) Se lo voy a explicar. Deje que hable. Es muy sencillo. (*cr*) Usted escuche. (*m*) Había un viejo burro, un pobre burro, que debía cargar muchas piedras. Estaba muy cansado. Un día, un animal con mucho pelo, mucha nariz, muchos dientes, ¿cómo se llama? Ladra Como un perro.

CHRISTOPHER: ¿Un lobo?

SHIR AHMAD: (*ff*) Un lobo no.

Christopher: ¿Un chacal?

SHIR AHMAD: (*f*) Un chacal... Un día un chacal se acerca al pobre burro (*pp*) El viejo burro está muy cansado, muy triste. (*mf*) El chacal le dice: «Perdone, señor, ¿querría ser rey, ser Shah-in-Shah de toda nuestra selva?».

(*mp*). El burro le contesta: «Esto nunca será posible»

(*mf*) El chacal le dice. «Sí, sí, yo así lo quiero. Basta con que se quede en esta colina»

(mp). El burro le dice: «No quiero. Yo no debo ser rey. Deje que siga llevando mis piedras».

(mf) El chacal le dice: «No se preocupe por eso. Usted quédese en la colina y póngase estas pieles».

El chacal le da unas pieles de león. El burro se las pone y se queda en la colina.

(pp) En la selva el chacal se encuentra con un (ff) ¡león! (mf) Le dice: «Su majestad, hay otro Sha en las colinas. Un Sha importante, más importante que su majestad».

(pp) El león se enfada mucho. Le contesta: (rugiendo, literalmente, ff) ¡Grrrrr! ¿Cómo se atreve? ¿Dónde está? (Los ojos le arden, los dientes le rechinan) Me los comeré a todos».

El león se dirige rápido a la colina. Ve al burro con piel de león. Es demasiado grande. El burro-león es demasiado grande, demasiado alto. El león tiene miedo, se marcha (Riendo, cr) Entonces todos los animales se arrodillan delante del burro. Es el Shah-in-Shah de toda la selva. (Pausa).

(pp) Un día se presenta un pequeño (cr) cedro...

CHRISTOPHER: ¿Un pequeño qué?

SHIR AHMAD: (mf) Un cedro... Ah, un cerdo... Y se acerca a mirar al burro-león. Luego le gruñe (gruñe), el ruido del cerdo. El burro-león se enfada muchísimo. Da patadas como el Shah-in-Shah, y hace (sonido indescriptible) ruidos de burro. (ff) Entonces todos los animales, leopardos, leones, tigres, grandes bestias, ven que el Shah-in-Shah de la colina no es más que un pobre y viejo burro. Y ¡paf! ¡Se acabó! El pobre y viejo burro acaba muerto.

(mf) ¿Lo ha entendido, señor Sykes? Le aseguro que en Oriente ocurre lo mismo. Afganistán y Persia son dos viejos burros, pero Persia es un burro con piel de león. Eso está bien, Persia se siente orgullosa, muy importante. Pero (cr) si usted le habla como hizo el cerdo, (f) si se atreve a hablarle, (mf) se enfadará mucho, porque todos los animales, todas las personas, verán que no es más que un burro. De manera que debe usted marcharse.

Shir Ahmad prosiguió con el tema del orgullo persa, y luego habló de una entrevista que había mantenido con Marjoribanks a raíz del asesinato de cierto policía persa en la frontera afgana.

(m) El Sha estaba muy enfadado. Le pregunto «¿Qué tal está, señor? ¿Está bien? ¿Se encuentra usted bien?».

Y el Sha me responde (ff) «¡Grrrrrr!».

(m) Le digo: «Señor, ¿por qué se enfada? (cr) No se enfade»

(mf) El Sha repite (f) «Grrrrrr».

(m) Le pregunto: «¿Por qué está usted enfadado?»

El Sha me dice: (ff) «¿Dónde están los asesinos afganos?»

(mf) Y yo le digo: «No lo sabemos (p) Pero lo sentimos mucho».

(mf) El Sha estalla: (ff) «¡Grrrrr!».

(mf) «¿Qué piensa hacer usted?», le pregunto.

El Sha dice cosas terribles de los afganos, dice que enviará soldados a matar afganos.

Le contesto: «No señor, eso que me dice no es justo»

El Sha me responde (*rugiendo*, ff) «¿Cómo que no es justo? ¿Su excelencia se atreve a decirme que no soy justo?

(mf) Y yo le digo: «Vaya a Afganistán, majestad, y mate a muchos afganos, (cr) a muchos. (p) Son hombres malvados. (mf) Pero antes tiene que matar a su jefe de la policía, el general Ayrum. También él es malvado. La semana pasada, en los baños de Naderi, unos hombres hicieron cosas feas a una mujer. Luego (*un gesto de consternación*, cr) le cortaron la cabeza y dejaron su cadáver todo ensangrentado (*Bajando la voz*) El general Ayrum no puede encontrar a los asesinos. Nosotros no podemos encontrar a los asesinos. Él lo siente mucho. Nosotros lo sentimos mucho. De modo que mate al general Ayrum y (ff) vaya luego a Afganistán (mf) Pero primero necesito ver muerto a general Ayrum. (c) ¡Muerto! ¡Asesinado! ¡Y también cubierto de sangre!

(mf) El Sha se echó a reír. «Su excelencia no debe enfadarse. Tiene usted razón».

Teherán, 11 de abril. En la nueva fotografía de la Legación hay ochenta y cuatro personas, incluyendo niños, traductores y mensajeros. No todos duermen en las dependencias sin embargo, a todos se les puede encontrar allí al mediodía. Esa es la importancia que tiene Persia en nuestra diplomacia.

Young, el bibliotecario del American College nos llevó anoche a un Zur Khana. La primera vez que oyó hablar de la existencia de esta institución fue al escuchar cómo sus alumnos desacreditaban la gimnasia sueca en favor de esta otra. Data de la época preislámica, y es posible que proceda de algún rito zoroástrico.

Una sala de techo alto en el barrio del bazar nos recibió con un olor a humanidad y una luz mortecina. Las paredes estaban cubiertas de retratos, algunos dibujos y unas cuantas fotografías amarillentas, que le daban un aire similar al de ciertos salones de la aristocracia, como el de Dempster en Eton y el de la señora Sacher en Viena. En los retratos se veía a los campeones del pasado: *pahlevan*, los llaman; un título antiguo que se aplica a míticos guerreros como Rustam, pero que significa fuerza más que cualquier virtud moral. Encima de los retratos colgaban otros recuerdos del «deporte», una hilera de calcetines bordados, con el pie gastado en las competiciones

de lucha libre, y algunos arcos de hierro que, en lugar de cuerda, iban unidos con una cadena holgada de la que perdían unos discos de hierro. Una sala contigua estaba atestada de garrotes de madera y escudos cuadrados, también de madera.

En medio del piso había un pozo cuadrado de unos noventa centímetros a un metro de profundidad y diez metros de lado, lleno de arena fina pisoteada y cubierta por unos treinta centímetros de paja, muy prensada, a fin de darle elasticidad. En el pozo había una docena de hombres de distintas edades, desnudos con la excepción de una toalla en torno a la cintura, Y completamente tendidos bocabajo los *pahlevan* del futuro. En un rincón, encima de una mesa, había una cubeta con brasas encendidas, junto a la cual un miembro de la orquesta estaba calentando el tambor para que resonara más. En cuanto el tambor empezó a sonar, los hombres se izaron y bajaron apoyándose en los brazos, arriba y abajo, cada vez más veloces, hasta que la orquesta empezó a cantar, y de pronto, con una sucesión de tañidos de campana alternándose con el tambor, ding, ding, pom, porpopom, ding, ding, la actividad llegó a su fin.

Después siguió un revoloteo de garrotes, un hombre a la vez, con un garrote en cada mano, y cada garrote tan pesado que apenas podría yo levantarlo del suelo utilizando ambas manos. A continuación se hicieron más ejercicios corporales. Luego, manteniendo los brazos extendidos, giraron a tal velocidad que en cada individuo pude ver con todo detalle dos perfiles y un rostro de frente a la vez. La orquesta integrada por tambor, voz y campana no paraba de sonar, disminuyendo o incrementando su rimo, de modo que los ejecutantes respondían visiblemente a un impulso musical, el rostro y el cuerpo animados por el goce, y el contraste de aquello con la gimnasia sueca, que transforma la esperanza de Europa en filas de autómatas gesticulantes, hizo que fuera todavía más doloroso para nosotros de lo que lo era para los jóvenes alumnos persas.

El último acto se llevaba a cabo con los arcos de hierro, a los que sostenían por encima de la cabeza mientras la cadena y los discos se deslizaban sonoros entre los hombros y las orejas. El campeón de este ejercicio efectuó al final una danza en la que saltaba dentro y fuera del arco al estilo de Tex McLeod con su lazo sólo que, debido al peso del instrumento, se quedó tan agotado que al concluir apenas tenía fuerzas para salir del pozo. Mientras tanto, otros recién llegados se desvestían a fin de participar en la siguiente sesión.

Cuando la primera hubo finalizado, los ejecutantes se pusieron sus ropas y pudimos ver qué clase de personas eran. En su mayoría eran comerciantes o tenderos. Uno era oficial de las fuerzas aéreas. Y había también un profesor, que en aquellos momentos traducía la *Encyclopaedia Britannica* con la colaboración de cuatro ayudantes. El primer volumen de su traducción ya se habría publicado si no hubiesen advertido, justo a tiempo, que en inglés el orden alfabético difiere del persa.

El propietario, que preside cada ejecución para vigilar que nadie se extralimite, nos explicó cómo funciona la organización. Cada Zur Khana es un club, y la mayoría, al igual que aquél, están situados en la conjunción del bazar con los barrios

residenciales de forma que los comerciantes puedan entrar a ejercitarse camino de regreso a casa. La cuota es de tres tomanes al mes, es decir, siete chelines y tres peniques. De vez en cuando se celebran competiciones entre distintos Zur Khanas.

Durante la cena conocía un joven sueco y, al ver lo suntuoso de sus joyas y la forma con que hablaba de las fincas de su padre, le pregunté qué estaba haciendo en Teherán.

SUECO: Estoy en el negocio de las fundas.

R. B.: ¿De las fundas?

SUECO: Sí, fundas para salchichas.

R. B.: ¿Se refiere a cajas de embalaje?

SUECO: No, las fundas para embutidos se hacen con intestinos de oveja. Hay quienes piensan que es un negocio nada atractivo. No siempre hablo de él.

R. B.: Yo pensaba que estas fundas se hacían con papel de arroz o algún material similar.

SUECO: En absoluto. Cada embutido lleva una funda de tripa.

R. B.: ¿Y qué pasa con esos embutidos, ja, ja, que tienen unos quince centímetros de grosor?

SUECO: (*muy serio*), Bueno, no sólo utilizamos tripas de oveja, también las usamos de buey. El intestino grueso del buey sirve para los embutidos más gruesos que se fabrican.

R. B.: Pero ¿acaso el ganado sueco no tiene intestinos? ¿Por qué venir a buscarlos a Persia?

SUECO: Las tripas persas poseen un alto grado de calidad. El primer grado procede de los Calmucos, en la estepa rusa. El segundo grado viene de Australia y Nueva Zelanda. El tercero, de Persia. Las tripas constituyen una de las principales materias de exportación en el acuerdo comercial entre Suecia y Persia.

R. B.: ¿Y qué le hizo elegir la importación de tripas como profesión?

SUECO: Es el negocio de mi padre.

De ahí lo de las fincas, imagino.

Sultaniya (unos 1800 m), 12 de abril. Una última visita al mausoleo de Uljaitu. Era el primer gran monumento que yo había visto en Persia, pero entonces carecía de pautas para poderlo comparar, y temía que ahora fuera a decepcionarme.

No me decepcionó.

No lejos de allí hay dos monumentos más pequeños: una tumba-torre del siglo XIII y planta octagonal, conocida como la del sultán Cheilabi, y un mausoleo también octagonal, achatado y de época posterior, que cobija la tumba de Mullah Hassan. El

enladrillado del primer monumento, todavía con cantos afilados como si lo hubieran construido ayer, supera el mejor trabajo de los maestros del ladrillo en Europa: los holandeses. El segundo monumento es notable por la cúpula con el techo de estalactitas, pintadas en rojo y blanco.

Un estrecho sendero conducía al último mausoleo a través de unos árboles achaparrados y espinosos, de color pardusco.

—Qué lástima que no regrese usted en verano —dijo el campesino que me acompañaba, con cierta nostalgia—. La alameda de los rosales es muy hermosa entonces

Teherán, 14 de abril. Al detenerme en Qazvín en el viaje de regreso, descubrí el vino blanco que allí se hace y compré todas las existencias que había en el hotel. ¡Qué cómodo me parece ahora ese hotel! Recuerdo que, habiéndome parado allí en el trayecto desde Hamadán, avisé a los de los quemadores de carbón en Bagdad que lo evitaran a cualquier precio.

Casi todos los viajeros que llegan a Persia lo hacen a través de Rash o de Hamadán, y todos deben pasar ante la mezquita de los Viernes de Qazvín. Sin embargo, exceptuando a Godard, el director francés del Antiquities Service, creo que soy el único que se ha fijado en el estuco selyuquí del santuario, un precioso diseño de paneles, cornisas y frisos con arabescos, que data de 1113. Las inscripciones se intercalan con ese gracioso despliegue de flores, rosas, tulipanes y lirios que por lo general se cree inventaron los Safawíes cuatro siglos después.

Teherán, 20 de abril. Todavía estamos aquí.

Debíamos partir esta mañana, pero un diluvio nos lo impidió.

Thrush, un maestro de escuela, también se dirige a Kabul, pero por la ruta del sur. Informó a la Embajada de Afganistán que buscaba aventuras, a lo cual Shir Ahmad, siempre ansioso por complacer, le sugirió que podía hacerse pasar por espía ruso y luego, cuando le fueran a fusilar, salvarse enseñando una carta que Shir Ahmad le daría con ese propósito. Christopher y yo le conocimos esta mañana, cuando estábamos discutiendo la importancia de la comodidad en nuestro viaje. Él dijo que prefería la incomodidad, que eso le estimulaba más. Conozco a esa clase de tipos: debido a su ineptitud, son capaces de morir sólo para fastidiarte.

Esta tarde visité a Assadi, el Mutavali Bashi del sepulcro de Mashad. Esta es una concesión imperial, y su arrendatario controla los ingresos del sepulcro, que ascienden a 60.000 libras al año. Estaba ansioso por enseñarme el hospital que está construyendo gracias a estos ingresos. Pero no conseguí arrancarle la promesa de que fuera a dejarme entrar en el santuario.

Como persona, de Gohar Shad Se conocen muchas más cosas de las que yo había

imaginado.

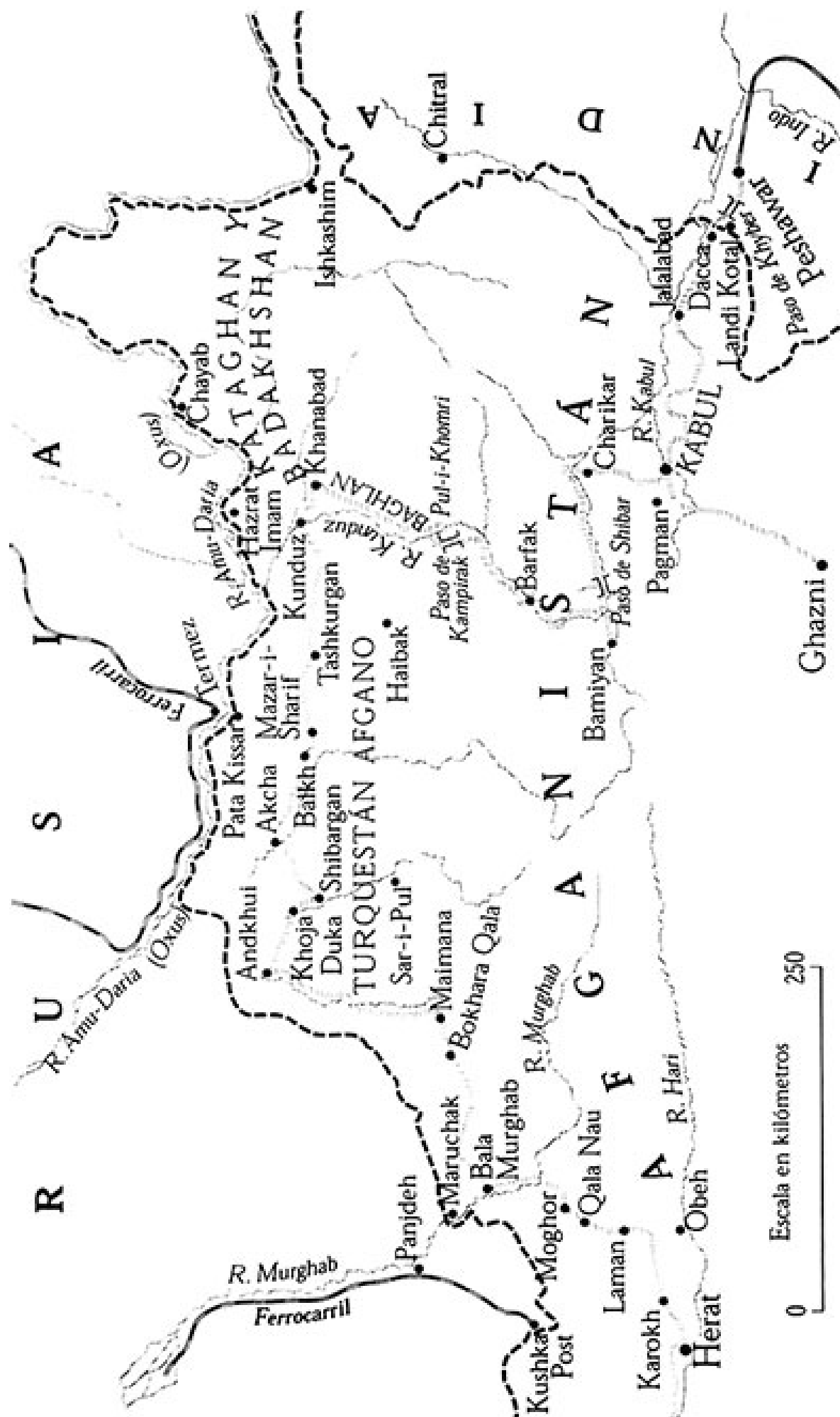
Teherán, 21 de abril. Aún estamos aquí.

Esta vez hicimos una visita a Upham Pope, que llegó ayer. Algunas de mis fotografías, y parte de la información que poseo, le pueden servir para su próxima obra, *Survey of Persian Art*.

Llegó en un aeroplano junto con la señora Moore, una matriarca envuelta en chales, con más de setenta años de edad y una fortuna de muchos millones. Las dos hermanas de ella, tres doncellas y un «administrador», completan la comitiva. Los conocimos en un té en el American College, y Christopher se quedó pasmado ante la cantidad de adulación servil que siguió, pero no siente ninguna simpatía por la gente cuya obra depende de las donaciones privadas.

QUINTA PARTE

Shahi, Aserabad, Gondad-i-Qabus, Bandar-i-Shah, Semmán, Damghan, Abbasabad, Mashad, Kariz; AFGANISTÁN: Herat, Moghor, Maimana, Andkhui, Mazar-i-Sharif, Robat, Khanabad, Bamiyan (Shibar), Charikar, Kabul; INDIA: Khyber, Peshawar, Delhi



Shahi (unos 90 m), 22 de abril. La primera noche de nuestro viaje durante tanto tiempo planeado.

Lady Hoare y Joseph se levantaron temprano para desayunar con nosotros debajo de la glicina. El aspecto invernal del recinto de la Legación, que semeja un hospicio victoriano, ahora quedaba casi disimulado con las flores y las hojas nuevas. Y cuando nos alejábamos con el coche, recordé con infinita gratitud la amabilidad que había hallado en aquellas casas pequeñas y feas, y entre la comunidad inglesa en general. Esta clase de amabilidad es fácil de olvidar y difícil de compensar es preciso ser un hombre rico para ofrecer en Inglaterra el mismo grado de hospitalidad que suponen en Persia dos sábanas limpias y un baño después de un largo viaje. Y peor todavía, el que escribe está en disposición de pagarlo con agravios, en la forma de indiscreción política, lo cual contribuye a que la vida de los residentes sea más difícil de lo que ya lo es. Pero esto, debo reconocerlo, no hace que me arrepienta, por mucho que lo lamente desde el punto de vista personal. Hoy en día, difamar una puesta de sol ya es una indiscreción política; lo mismo que alabarla, si por casualidad al fondo hay una fábrica de cemento, pues habría que alabar ésta, en vez de la puesta de sol. En interés del sentido común de la humanidad alguien debe infringir los tabúes del nacionalismo moderno. Los comerciantes no pueden. Los diplomáticos no quieren. Así que debe hacerlo la gente como nosotros.

¡Una vez más, preñada de recuerdos, la carretera del Jurasán! A pesar de la primavera, estaba nevando en el paso que cono por el borde de la meseta y desciende hasta la costa del mar Caspio. Bajo la blanca ventisca se produjo una extraordinaria transición: en cinco minutos pasamos de un mundo de piedra, barro, arena y sequía perpetua, que duraba desde Damasco, a otro de madera, hojas y humedad, en donde las colinas se cubrían de arbustos, los arbustos se transformaban en árboles, y los árboles, cuando dejaba de nevar, se juntaban hasta formar bosques de troncos desnudos y copas tan frondosas que impedían la visión del cielo. La opresión de la meseta se había extinguido de improviso. Y sólo entonces me di cuenta del castigo que habían supuesto para el espíritu los desolados desiertos barridos por el viento, las amenazantes montañas y las ruinosas aldeas. En realidad, el alivio era físico. Como si nuestros cuerpos experimentaran un cambio de gravedad, un retorno a la vivacidad normal.

Estos sentimientos se interrumpieron de pronto al percibir un agudo silbido y una columna de humo blanco. En el fondo del valle, la nueva línea férrea de Marjoribanks reptaba hacia la meseta. Allí, después de salvar el segundo desnivel de los Elburz en Firuzkuh, mediante un túnel en forma de triple espiral, llegaría a Teherán dentro de tres años. Nunca lo podrían pagar. La tarifa impuesta para los primeros trescientos kilómetros privaba ya a los campesinos de sus únicos lujos: el té y el azúcar. Pero su objetivo tiene que ver más con la psicología que con la economía. Para la Persia

moderna es un símbolo de autoestima nacional proporciona una nueva dieta para esa indomable vanidad que durante dos mil años se ha alimentado con las proezas de Darío. Para nosotros, después de todo lo que habíamos sufrido a merced del motor de combustión interna, el rugido del vapor nos resultó tan amigable y pasado de moda como el traqueteo del coche con propulsión en las cuatro ruedas. Nos sentimos dos veces favorecidos, por los árboles y por el tren.

Cuando cruzamos el paso por primera vez, las pistas para el deslizamiento de troncos colina abajo y los aleros con tejas de madera de las casas me recordaron Austria. Ya en la llanura costera donde los campos están separados por setos y zarzas, al pie de los cuales crecen helechos y grupos de ortigas florecen sobre los márgenes herbosos, nos sentimos como si estuviésemos en Inglaterra una húmeda tarde, hasta que vimos una piel de tigre colgando en la puerta de entrada de una casa. En medio de aquel entorno bucólico, los pastorcitos descalzos de Mazandarán, con sus gorros de piel de borrego negros, parecían curiosamente exóticos. Tenían un aire de salvajismo estéril que daba la sensación de que lo hubieran provocado los efectos de un entorno semitropical sobre unas gentes que en el pasado fueron nómadas.

Shahi es una ciudad de colonos, que llegó a existir gracias al ferrocarril. Cuatro calles principales, procedentes de ninguna pare convergen en una plaza circular asfaltada, la cual se dignifica mediante aceras y tiendas con escaparate. El hotel está repleto de ingenieros rusos, alemanes y escandinavos.

Aserabad (90 m), 23 de abril. Hay una carretera que va de Shahi a Asterabad, pero han dejado que se deteriorara en beneficio del ferrocarril. Con el coche sólo pudimos llegar hasta Ashraf.

Dos jardines y un palacio indican aún la presencia de este parque real en donde el Sha Abbas recibió a sir Dodmore Cotton en 1627. Visto de lejos, el palacio sobre su colina arbolada semeja una casa de campo inglesa. Sin embargo, la verdad es que resulta muy pequeño, los azulejos son bastante bastos, y está diseñado como para impedir la conveniente utilización del espacio dado que suele encontrarse en los edificios seculares persas. Su peculiaridad principal se debe a que, por una extraña coincidencia, las ventanas son como las que Ruskin transfirió de los palacios de Quattrocento florentino a las zonas residenciales de Oxford. Los dos jardines son más románticos. Largas canalizaciones de piedra avanzan entre prados levemente inclinados, superando cada desnivel con una piedra plana deslizante al estilo mongol. Donde quiera que se originase ese estilo, ya fuera en Persia, India u Oxiana, era adecuado tan sólo para el árido paisaje. Aquí, rodeado de hierba y helechos, resulta algo excesivo, como lo sería un jardín italiano en Irlanda.

El jardín más grande ilustra la misma escala de ideas que el Sha Abbas puso en práctica en Isfahán. En la parte posterior de la colina, donde las orquídeas rosas florecen entre la maleza, una alameda de cipreses baja por el centro de un recinto

vallado de varias hectáreas y punteado por otros cipreses, a la manera de un parque inglés. El canal de agua corre paralelo por el interior de la alameda y al igual que en la Villa Lante, pasa entre dos pabellones, los cuales se unen mediante una arcada cubierta que hace de puente. Al pie de la alameda se alza una caseta para el guarda y detrás de ésta, un camino prolonga el túnel de árboles a través de la aldea de Ashraf, luego por una franja cultivada de la planicie, hasta que la mirada se relaja en el fulgurante horizonte del mar Caspio.

Al buscar un sitio donde almorzar elegimos uno de los estanques cuadrados, ahora secos, que se utilizaban para recibir cada deslizamiento de agua sobre las piedras planas, y cuyas albardillas están talladas con agujeros para lamparitas, de éstas en que la mecha flotaba en aceite. Cogí la bolsa del almuerzo y salté dentro de la hierba que cubría el fondo. Pero el sitio ya estaba ocupado. Una serpiente color canela, de metro y medio de largo y por fortuna más asustada que yo, pasó junto a mis pies y se precipitó hacia una grieta que había en la mampostería.

Cuando el tren llegó, ataron el coche a un vagón de plataforma y los criados permanecieron en él, mientras nosotros nos juntábamos con la multitud que aprovechaba las vacaciones para venir de Teherán y echar un vistazo a la nueva maravilla. En cada vagón, cinco prohibiciones informaban de la etiqueta que había que guardar en el ferrocarril. En Bandar-i-Shah, el nuevo puerto del Caspio donde el tren concluía su recorrido, la gente que vivía siempre en la costa acudía a esperar al tren. Entre esta gente estaban el jefe local de la policía y un representante del Ministerio de la Guerra, que nos preguntaron adónde nos dirigíamos.

¿A Gondad-i-Qabus?

Por supuesto. Y, si queríamos, también podíamos continuar con vehículo motorizado hasta Mashad por la nueva carretera militar a través de Bojnurd y del territorio turcomano.

Esto fue una agradable sorpresa. Cuando en Teherán solicité permiso para visitar Gondad-i-Qabus, Jam, el ministro de Interior, me envió un mensaje privado en el que me suplicaba que retirara mi petición, dado que aquello era zona militar y no podía garantizar la seguridad. Al enterarse de esto, Pybus, nuestro agregado militar, se ofreció a interceder por nosotros con el estado mayor. Pero cuando nos pusimos en marcha aún no había obtenido respuesta, de modo que habíamos llegado hasta aquí confiando en esta posibilidad. Era la foto que Díez había tomado de Gondad-i-Qabus lo que me había decidido a venir a Persia, y, por lo que sabía, preferiría perderme cualquier otra construcción de este país.

Podíamos percibir la estepa incluso en plena oscuridad. Los faros del coche morían en el vacío y no hallaban nada destacable, con la excepción de algún cerdo salvaje que pasaba por allí. Hasta nosotros llegaba un aroma dulzón a hierba, como en casa durante las noches de junio, antes de la siega del heno. En Asterabad la gente celebraba el Mohurram, desfilando por las calles detrás de un ataúd tapizado y enarbolando estandartes triangulares de luces. Muchos lloraban y gemían, y los que

tenían las manos libres se desgarraban la ropa y se golpeaban, tal como Shir Ahmad había descrito. Nos hospedamos en casa de un viejo turco que había sido vicecónsul británico aquí, y que se ha ofrecido a gestionar nos una cacería del tigre.

Gondad-i-Qabus (60 m), 24 de abril. Después de retroceder un poco por la carretera de Bandar-i-Shah, giramos a la derecha por un sendero delimitado mediante unas vallas de mimbre. Los altos cañaverales dificultaban la visión. De pronto, igual que un barco que abandona el estuario, salimos a la estepa: un deslumbrante mar abierto de color verde. Con anterioridad nunca había vista un color así. En los otros verdes, como en el de la esmeralda, el jade o la malaquita, en el verde profundamente intenso de la selva de Bengala, en el verde triste y frío de Irlanda, en el verde claro de los viñedos del Mediterráneo, o en el verde ya maduro de las hayas durante el verano inglés, siempre hay algún elemento de azul o de amarillo que predomina sobre los otros. Este era la pura esencia del verde, indisoluble, el color de la vida misma. El sol era cálido, las alondras cantaban en lo alto. Detrás de nosotros se elevaba el neblinoso azul alpino de los bosques de los Elburz. Y delante, el radiante verdor se extendía hasta los confines de la tierra.

Postes de señalización y mojones desaparecían de nuestra vista como lo harían desde un esquife en medio del Atlántico. Era como si estuviésemos siempre por debajo del nivel de nuestro entorno, atrapados dentro del tirabuzón de una ola verde. Sentados, podíamos ver a una distancia de seis metros de pie, a treinta kilómetros. E incluso entonces, a una distancia de treinta kilómetros, la curva de la tierra era tan verde como el borde del camino que rozaba las ruedas, de modo que resultaba difícil adivinar cuál era cuál. Nuestro único mapa eran las cosas cuya escala conocíamos: grupos de tiendas de techo blanco, esparcidas como hongos por el césped, aunque incluso en este caso había que recurrir al sentido común para creer que no eran hongos, y los rebaños de ganado, yeguas junto con sus potrillos, ovejas negras y marrones, vacas y camellos. Aunque los camellos resultaban decepcionantes en un sentido contrario, pues parecían tan altos que se precisaba un esfuerzo adicional para creer que no eran unos monstruos antediluvianos. A medida que las cabañas y los animales variaban de tamaño, podíamos calcular las distancias: medio kilómetro, un kilómetro, cinco kilómetros. Pero lo que nos transmitía la magnitud de la estepa no era eso, sino la multiplicidad de aquellos campamentos nómadas, que surgían allí donde uno posara la vista, y siempre a una distancia de dos o tres kilómetros de sus vecinos. Había centenares de estos campamentos de modo que era como si la vista abarcara cientos de kilómetros.

De igual modo que los planos de las ciudades están insertos en los mapas de los países, otro mapa a mayor escala surgía debajo de nuestras ruedas. Allí el verde se descomponía, no en una hierba vulgar, sino en trigo, cebada o avena silvestres, lo cual explicaba aquel vívido esplendor, como si dentro del verde latiera a vida. Y entre

aquellos innumerables callejones barbudos vivía toda una población de flores ranúnculos y amapolas, lirios púrpura pálido y campánulas púrpura oscuro, y otras múltiples especies exhibiendo todos los colores, formas y maravillas que un niño descubre en su primer jardín. Luego llegaba un soplo de aire, combando el trigo en una ola plateada, mientras las flores se inclinaban con él; o asomaba la sombra de una nube y todo se volvía oscuro, como en un sueño momentáneo, aunque a unos pocos metros de distancia no hubiera ondulaciones ni sombra. De modo que todo ese mundo interno de la estepa se podía trazar en un mapa mediante un sistema de infinitos retrocesos diminutos, dado que poseía esas gradaciones de distancia que a mundo externo le faltaban.

Nuestro espíritu se elevó cuando dejamos atrás la meseta. Ahora estaba en efervescencia. Gritábamos de alegría y deteníamos el coche para que los minutos que nos hurtaban la irrepetible primera visión no transcurrieran tan rápidos. Incluso las alondras habían perdido su habitual retraimiento en este paraíso. Debido a la curiosidad, una casi rozó mi sombrero.

Encontramos al río Gurgán en una depresión de nueve metros de profundidad, cuyas rocas desnudas trazaban una grieta de desolación en medio del verdor. Era tan ancho como el Severn en sus tramos más elevados, y lo cruzamos por un viejo puente de ladrillos que se sustentaba sobre unos altos arcos ojivales. En la orilla norte, la vigilancia del puente se hacía desde una caseta guardabarreras, cuya planta superior sobresalía y se remataba con un tejado de ancho alero, como los que se ven por los Apeninos. Desde allí, unos senderos uniformes, de color verde, empezaban a diseminarse por la estepa en todas las direcciones, y nos hubiese costado hallar el camino de no haber sido por el tráfico ocasional de jinetes que montaban sus caballos, sus camellos o iban en calesas de rueda alta, y que nos lo indicaban. Todos eran turcomanos, las mujeres con su tela de zaraza roja estampada con flores, los hombres de rojo liso, o más raramente con preciosas sedas multicolores cuyo tejido formaba luminosos zigzags. Pero no se veían muchos gorros de piel de borrego. La mayoría de los hombres lucían el sustituto impuesto por Marjoribanks, o al menos un cono de cartulina unido a un gorro de piel de borrego.

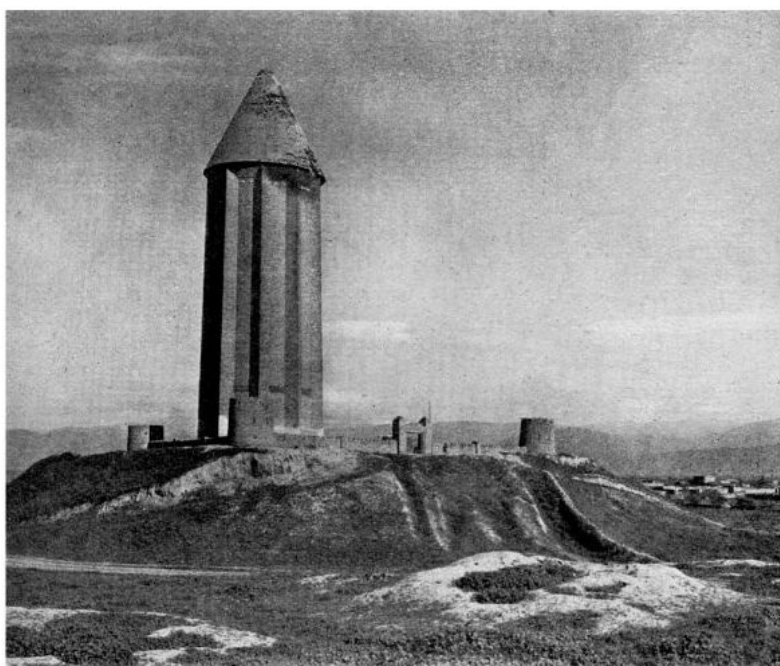
Los Elburz empezaban ahora a curvarse frente a nosotros en cerrando una bahía verde. En medio de ésta, a unos treinta kilómetros, una pequeña aguja de color crema se alzaba frente al azul de las montañas: era lo que conocíamos como la torre de Qabus. Una hora después, guiados por esta señal, llegamos a un pequeño núcleo comercial, cuyas anchas calles recordaban la ocupación del distrito por los rusos antes de la guerra. La torre se encuentra en el lado norte de la ciudad, y contribuye a elevarla hacia el cielo una verde colina de forma irregular, si bien artificial y muy antigua.

Un cilindro piramidal de ladrillos café con leche surge de un plinto redondo y se remata con un tejadillo puntiagudo, de un color gris verdoso, que se lo traga como un capuchón apagavelas. El diámetro del plinto es de unos quince metros, y la altura

global de unos cuarenta y cinco. A lo largo del cilindro, entre el plinto y el tejadillo, ascienden diez contrafuertes triangulares que atraviesan dos estrechas franjas de textos cúficos, una en lo alto, justo debajo de la cornisa, y otra en la parte inferior, encima de la esbelta entrada oscura.

Los ladrillos son largos y delgados, y los cantos tan agudos como cuando salieron del horno, lo cual contribuye a perfilar las sombras que el sol extrae de cada contrafuerte con la precisión de un cuchillo afilado. A medida que los contrafuertes se alejan de la luz del sol, las sombras se extienden sobre la curva de la pared del cilindro situada entre los contrafuertes, de modo que las franjas de luz y de sombra, variando de grosor, alcanzan un impulso extraordinario. Es la oposición de este impulso vertical con el abrazo lateral de los anillos cúficos lo que otorga carácter al edificio, un carácter distinto de cualquier otro en la arquitectura.

En el interior no hay nada. Antes había estado el cadáver de Qabus, suspendido del techo en un ataúd de cristal. Él había muerto en 1007, y durante casi mil años este faro había anunciado su recuerdo, y el espíritu de Persia, a los nómadas del mar del Asia Central. Hoy los que lo contemplan son más numerosos, y sin duda deben de preguntarse cómo la utilización del ladrillo a comienzos del segundo milenio después de Cristo llegó a producir un monumento tan heroico, y un juego de superficies y adornos tan afortunado, como no ha vuelto a verse desde entonces en este material.



La torre de Kabus (1007)

(Los superlativos que los viajeros suelen aplicar a los monumentos que han visto y otras gentes no, por lo general resultan sospechosos: lo sé porque también a mí se me puede culpar de esto. Pero al releer mi diario, dos años después y en un entorno distinto dentro de lo posible [Pekín], todavía mantengo la opinión que me había formado antes de ir a Persia, y que confirmé esa noche en la estepa: que Gondad-i-Qabus está a la misma altura que las grandes construcciones del mundo.)

El gobernador militar vino a vernos a la hora de la cena y nos dijo que según cuenta la tradición, en el tejado de la torre solía haber algo que brillaba algo de vidrio o de cristal, y que se creía que era una lámpara. Los rusos se lo habían llevado, nos dijo; aunque no nos explicó cómo habían podido cogerlo. Es posible que esta tradición contenga una referencia distorsionada al ataúd de cristal de Qabus, que según parece fue real, tal como registró el historiador árabe Jannabi poco después de la muerte de Qabus.

Los alrededores están plagados de antigüedades; ojalá tuviera tiempo para detenerme y examinarlas todas. La «Línea de Alejandro» se encuentra sólo a unos pocos kilómetros al norte del Gorgán, y se dice que las ciénagas que siguen al río hacia el este están repletas de ruinas que nadie ha explorado. También hay restos prehistóricos. No hace mucho, unas familias turcomanas encontraron un túmulo lleno de vasos de bronce. Los desenterraron y los utilizaron con fines domésticos. Luego la desgracia se cebó en estas familias y, achacándolo a la profanación de una tumba, regresaron al túmulo y enterraron de nuevo los vasos. Me imagino la afluencia de profesores a este Klondike arqueológico, si supieran dónde se encuentra.

El gobernador también trajo la mala noticia de que la carretera a Bojnurd está bloqueada por la lluvia y los desprendimientos de tierras. Tal vez pudiéramos cruzar, pero hasta aquí ha llegado arrastrándose un camión medio destrozado, después de invertir cinco días en el viaje, y no nos hemos atrevido a poner el coche en peligro con la perspectiva de llegar a Afganistán. Por consiguiente, estamos estudiando la posibilidad de ir a caballo por las montañas hasta Shahrud, mientras el coche retrocede vía Firuzkuh.

Bandar-i-Shah (a nivel del mar), 26 de abril. Arrestados. Estoy escribiendo sentado en una cama del cuartelillo de la policía.

Estamos aquí por equivocación, lo cual hace que resulte más irritante todavía. Después de aguardar en Gondad-i-Qabus hasta las cuatro, y sin que todavía hubiera caballos a nuestra disposición decidimos regresar con el coche y, pasando de largo por Asterabad, llegar aquí a las diez. No había ningún sitio donde dormir excepto la estación. Sin embargo, al jefe de estación, un joven macilento, no le hizo ninguna gracia que le molestáramos a una hora tan avanzada. El tren, esa mañana, tenía la salida a las siete. Nos advirtió que el coche tenía que estar listo en el apartadero a las seis. Y lo estuvo, pero el vagón donde cargarlo no llegó hasta las siete menos diez. De pronto vimos cómo el jefe de estación, por puro despecho, daba la salida al tren sin nosotros. La irritación acumulada durante siete meses estalló y nos lanzamos contra ese hombre. Gritamos muy fuerte, unos soldados acudieron veloces y sujetaron a Christopher de los brazos. Hubo unos que le golpearon en la espalda con las culatas de los fusiles, mientras el oficial, que apenas mediría un metro veinte y tenía voz de tenor napolitano, no paraba de abofetearle en la cara. Yo pude escapar a semejante

ultraje, pero decidí compartir el arresto, para perplejidad de la policía, que nos consideraba un estorbo.

Nos han amenazado con abrir una «investigación» sobre el «incidente» en Teherán. Si es preciso nos arrastraremos con tal de evitar esto a toda costa. Nos detendría durante semanas. Me pregunto —ambos nos lo preguntamos— qué locura se apoderó de nosotros para arriesgar de tal modo nuestro viaje.

Semmán (1220 m), 27 de abril. El «incidente» lo arregló un inspector alemán de los talleres de reparaciones, un anciano imperturbable que entró en el cuartelillo de la policía, dijo «¿A qué viene eso?», y después de comprobar que nos dábamos la mano con el jefe de estación, nos llevó a su casa para pasar la noche. Fue muy amable por su parte, pues su hija y su yerno, un danés director de banca, habían llegado sin avisar de Teherán y, puesto que sólo disponía de una habitación suplementaria, tuvimos que tender nuestros petates en el salón.

Esta mañana, al salir de Shahi, estaba lloviendo, y la carretera que subía al paso estaba resbaladiza, con lo cual resultaba peligrosa. Al doblar una curva surgió un camión que había perdido el control y chocamos de costado, bamboleándonos hacia el precipicio que daba sobre el valle; parecía el final... Pero no, nos quedarnos en la carretera y lo único que tuvimos que lamentar fue que mi maleta, que yo había atado en el estribo quedó chafada bajo la rueda delantera del camión, convertida en un delgado emparedado azul del que salían prendas, carretes de película y papel de dibujo. El seguro, que abarcaba ocho meses, hacía una semana que había caducado.

En Amiriya dijeron que había estado lloviendo quince días seguidos y que nunca habían visto un tiempo así en esa época de año.

Damghan (1190 m), 28 de abril. Más desastres.

A treinta kilómetros de Semman se rompió el eje trasero. Traíamos uno de repuesto, pero tardaron cinco horas en colocarlo. Mientras, Christopher y yo, incapaces de ayudar, deambulamos desesperados por el húmedo y reluciente desierto, consolándonos con la visión de los tulipanes enanos de color amarillo que acababan de florecer, y de vez en cuando comiendo huevos revueltos en una destartada casa de té.

—¿Qué idioma hablan ustedes? —pregunto Christopher al joven encargado.

—Yo hablo chakapakuru, el idioma de Semmán. ¿Y ustedes?

Nosotros no. Pero podría ser un gran hallazgo para el diálogo.

La lluvia caía como por el desagüe de una bañera. A lo largo de varios kilómetros, la carretera era un río, el desierto una inundación, y cada montaña una catarata. Sin embargo, por algún capricho de la naturaleza, el lecho de un río que iba paralelo a los postes de telégrafos, y que se hallaría a más de un metro por debajo del nivel del

terreno circundante, estaba totalmente seco.

En un torrente, un par de camiones ya se habían atascado sin esperanzas de salir. Los habitantes de la zona nos arrastraron al otro lado, exigiendo la tasa de salvamento antes de llegar, ya que de lo contrario conducirían nuestro coche a la parte más profunda y lo dejarían allí. A partir de allí la carretera mejoró, y avanzábamos a sesenta y cinco kilómetros por hora, en línea recta, cuando una pequeña canalización de agua de un metro de ancho y medio de profundidad, de cantos tan agudos como un ataúd, surgió de pronto ante nuestros ojos. De nuevo era el fin... pero no: saltamos por encima, aterrizamos dentro de un lodazal y chocamos con gran estruendo contra un montón de grava.

Las ruedas delanteras tenían la forma de los pies de un pato, pero el eje se había salvado, de modo que pudimos arrastrarnos hasta Dangnan, donde ahora el herrero nos lo está enderezando. Aquí nos encontramos con el ordenanza indio de Pybus, quien nos explicó que su superior, a su regreso de Mashad, se había quedado atascado en el río, al otro lado de la ciudad. Al cabo de un rato apareció el propio Pybus, encabezando una procesión que acarreaba su equipaje. En ésta había una anciana encorvada por el reumatismo y envuelta en cuadros azules que se esmeraba por salvar un pequeño portafolios.

Logramos animar a Pybus contándole nuestras propias desgracias. Tres botellas de vino de Shan, una ensalada de naranja y unos cigarros terminaron de animarnos a todos.

Abbasabad (unos 910 m), 29 de abril. Ya en mis otros dos viajes, este maldito lugar azotado por el viento, donde venden pitilleras de esteatita verde y los hombres llevan blusas rojas, me pareció el cúmulo de la miseria. Ahora tenemos que pasar aquí la noche.

El río subió por encima del coche de Pybus. Era una limusina nueva. Esta mañana semejaba la cueva de Neptuno. Después de que dos camiones no consiguieran sacarlo a pesar de tirar de él con cadenas, decidimos proseguir la marcha.

Aún seguía lloviendo. Más allá de Shahrud nos encontramos con un tramo de arena blanda, que volaba como pasta contra el parabrisas. De modo que me veía obligado a conducir con la cabeza fuera, aunque nunca a menos de cincuenta por hora, o de lo contrario nos habríamos quedado atascados. Las colinas oscuras e irregulares y los cielos cargados de nubes del Jurasán seguían siendo los mismos. Pero una nueva vegetación había surgido por encima del negro desierto anegado: el verde ralo de la aulaga camellera, los extraños gamones, y una especie de robusto perejil macedonio, de color amarillo, un metro de altura y tan grueso como un árbol, aunque con una flor fea y agorera.

Dicen aquí que en el camino a Sabzevar hay más de un metro de agua. Así que hemos decidido quedarnos. Yo me he ido a la cama con el Padre e hijo de Gosse.

Christopher ha estado comprando una blusa roja con tanto alboroto como si fuera de Schiaparelli.

Mashad, 1 de mayo. «¡Justo a tiempo para el baile!», gritó la señora Gastrell en cuanto nos vio subir con paso vacilante los escalones de la entrada del Consulado.

¿Acaso la totalidad del servicio diplomático indio viaja por Asia con cajas llenas de disfraces? La señora Gastrell iba de negra con mallas negras y chistera; Gastrell, que debe de medir dos metros diez, bailaba una alocada danza escocesa en su papel de Barba Azul, ataviado con una túnica dorada y gorra con visera azul celeste. Rose, del mismo servicio, se presentó como un colegial de la ilustradora Kate Greenaway. La señora Hamber era una pastora, y Hamber un noble de Bujara, cubierto de sedas con unos estampados enormes. Antes de que pudiera decir cuánto me alegraba volver a verles, me transformaron en una criada, mientras Christopher se veía acaparado por los Gastrell, que lo convirtieron en un jeque árabe. Los misioneros habían sido desterrados. El señor Donaldson, que había pasado la mitad de su vida estudiando a los peregrinos chiítas, se había transformado en uno de ellos con gran propiedad. Cuando le pregunté si no suponía un sacrificio afeitarse la cabeza sólo por una noche, me contestó.

—Oh, no, me va muy bien. Cuando viajo siempre voy con la cabeza rapada, y mañana empiezo un viaje a las aldeas georgianas entre Abbasabad y Quchán. Allí la gente es musulmana, claro, pero aún conservan la tradición de una educación superior.

La criada se desinhibió de tal modo que, durante un dueto apache, terminó apuñalando por la espalda al noble de Bujara con una sombrilla.

Mashad, 2 de mayo. Lee, del Bank, asegura que últimamente ha estado haciendo más negocios que los que cerraba hace algún tiempo. Le he preguntado si eso podía deberse a la expulsión de los judíos en Afganistán. Ha dicho que es posible.

Esos judíos dominaban el negocio de las pieles de borrego, y recuerdo que por Navidad Lee estaba interesado en que le contara lo referente a su éxodo, aunque ni él ni yo sabíamos entonces que se debía a una orden gubernamental. La razón de su interés era que antes una parte muy grande de este comercio pasaba por Mashad, con el consiguiente beneficio para la ciudad y el banco. Pero cuando Marjoribanks inició su política de nacionalismo económico, el beneficio se interrumpió. Todo el comercio se paralizó, en mayor o menor medida, hasta que al final el servicio de aduanas del Jurasán ya no pudo pagar siquiera los salarios por falta de ingresos. Pero ahora que muchos de esos judíos han regresado a Persia, es posible que consigo hayan traído también el negocio de las pieles de borrego. Uno siempre oye hablar del cordero «persa», y cuando estuve en Afganistán la otra vez no me di cuenta de la importancia

económica que tiene este comercio para aquel país, a pesar de que en el bazar de Herat se hablaba mucho de las pieles de borrego. Es cierto que Persia exporta bastante cordero, pero las pieles finas, por las que los millonarios de Londres y París pagan hasta siete libras la unidad, son un monopolio de Oxiana. Esto se debe a la sequedad de unos pastos especiales que crecen en la llanura del Amu Daria (Oxus), y que hacen que la lana se rice con más firmeza que en cualquier otro lugar. Por tanto, la parte en realidad más provechosa del negocio de las pieles de borrego es compartida entre Rusia y Afganistán. De modo que la razón de que los afganos necesitaran desembarazarse de las gentes que dirigían su parte del negocio, regalando así sus beneficios a los intermediarios persas, sigue siendo un misterio por descifrar.

Mashad, 6 de mayo. Una posible luz sobre este misterio se nos reveló ayer a través de mi viejo amigo el cónsul afgano. Estábamos comentando una nota del periódico según la cual el gobierno de Afganistán había decidido reconstruir Balkh, y yo le pregunté qué sentido tenía esto, dado que Mazar-i-Sharif, capital del Turquestán afgano y floreciente ciudad, está a sólo veintisiete kilómetros de allí. Me contestó que Balkh era una ciudad histórica, la cuna de la raza aria.

Esta manía debe de proceder de Alemania. Hasta hace un año los afganos afirmaban que eran judíos: las tribus perdidas de Israel. Pero nada resulta demasiado fantástico para el nacionalismo asiático.

Los días han transcurrido agradablemente aquí. Ya deberíamos haber partido, pero dos cosas nos han retrasado. Una es la llegada de un eje de repuesto procedente de Teherán. La otra es el Santuario.

Por lo que respecta a los azulejos de colores, ningún edificio persa de los que he visto, o he oído hablar, puede compararse a la Musalla de Herat, excepto tal vez el santuario de aquí, que fue construido por la misma mujer. En cualquier caso, esté más o menos intacto, es muy probable que sea el ejemplo de color más espléndido de toda la arquitectura islámica. No había captado semejante probabilidad cuando estuve aquí la otra vez suponía que la cerámica de Isfahán igualaría o superaría la de la Musalla. No fue así. La mezquita del jeque Lutf Allah es más espléndida, pero tan sólo en la medida que San Pedro es más espléndido que el Templo Malatestiano de Rímini: le falta la juvenil inspiración de un Renacimiento. No pienso marchar de esta ciudad sin ver la única construcción de Gohar Shad que aún queda completa.

Hemos despejado el terreno. El primer paso fue visitar el nuevo hospital, la niña de los ojos de Assadi, con el fin de alabárselo cuando regresara de Teherán. Este acierto le puso de buen humor, pero nada más: continuó negándose a aceptar la responsabilidad oficial de la seguridad de un extranjero dentro del santuario. Sin embargo, la visita que le hicimos nos condujo de manera indirecta a conocer a un maestro de escuela joven y afable, que llevaba guantes de ante, el cual se ofreció a ayudarnos por puro placer, es decir, por el placer de romper una lanza en favor del

conocimiento y en contra de las fuerzas del oscurantismo religioso. Anoche nos reunimos con él para discutir el asunto, si bien antes reservamos una habitación en el hotel con el fin de impedir que el Consulado se entere de nuestros planes. Cuando el maestro llegó, yo ya me había convertido en un persa, o al menos eso creyó él, pues me saludó a la manera persa y se quedó pasmado en cuanto el andrajoso oriental de párpados caídos y manos cruzadas dentro de las mangas estalló en una sonora carcajada. Esto dio por finalizada la cuestión. Va a llevarnos allí esta misma noche.

Esta mañana fuimos en coche a Chinarán, a lo largo de la carretera que lleva a Ashjabad y a la frontera rusa. Desde allí seguimos unos diez kilómetros por un camino de carros hasta la torre de Radkan. El resto del trayecto lo hicimos a pie, primero por una turba mullida, muy recortada por las manadas de caballos, y luego a través de unos marjales salinos y resbaladizos. Nuestro guía era un pobre campesino irritable, que llevaba largas patillas.

—¿Conoce el camino a Radkan?

—Claro que lo conozco —exclamó indignado.

Pero lo único que conocía era el camino a la aldea de Radkan, y su furia sobrepasó todos los límites cuando lo arrastramos por aquellos marjales hasta la torre.

Ha valido la pena el esfuerzo: una sólida tumba-torre cilíndrica con el tejado cónico, unos veintisiete metros de altura, y que data del siglo XIII. La pared exterior está formada por columnas de sesenta centímetros de diámetro que se tocan unas con otras. El enladrillado, de un color rojo herrumbroso, crea un dibujo de líneas en diagonal, lo cual le da a la Construcción una especie de brillo, como el de un caballo bien atendido. A diferencia de la de Gondad-i-Qabus, esta torre tiene una escalera dentro del espesor del muro.

A la vuelta, nos desviamos de la carretera principal para visitar Tus. Le estaba diciendo a Christopher que, aparte del viejo puente y el mausoleo, debíamos ver el monumento conmemorativo a Firdawasi, porque probaba que en la Persia moderna todavía quedaba un hálito de buen gusto arquitectónico. Estas palabras se paralizaron en mis labios: un grupo de mujeres se dedicaban a demolerlo. Unas rejas de hierro tapaban el estanque. El municipio había hecho construir unos parterres, en los que estaban a punto de sembrar cañacoros y begonias. Y al fondo, en vez de la elegante pirámide sin pretensiones que yo había admirado en noviembre, se alzaban a medio construir unas copias de las columnas con cabeza de toro de Persépolis.

Pedí disculpas por mi entusiasmo y nos largamos de allí. Al parecer, Marjoribanks vio una foto del primer monumento y dijo que era demasiado sencillo.

Mashad, 7 de mayo. Anoche dimos una excusa en el Consulado y cenamos en el hotel. Christopher comentó que una guía de Mashad puesta al día podría contener esta frase: «Los viajeros que intentan visitar el santuario del imán Ridá suelen cenar y reunirse en el Hotel de París». Acabamos la cena con un helado de vainilla y nos

animamos con un borgoña caucásico terriblemente ácido. A las ocho acababa de aplicar la última capa de tizne a la nuca de Christopher cuando nuestro amigo el maestro llegó con una señora armenia, que había venido a ver la partida de los héroes. Vio cómo éstos subían a una victoria destartalado y cómo éste se encaminaba hacia la entrada principal del santuario. Allí bajamos pero, en vez de entrar, doblamos a la derecha por una alameda circular.

—Preparados —preguntó el guía, y se sumergió en un oscuro túnel.

Le seguimos como si fuéramos conejos, llegamos a un pequeño patio y nos deslizamos por un iluminado bazar, repleto de tenderetes y compradores, y salimos dentro del gran patio de la mezquita de Gohar Shad.

Las luces ambarinas titilaban en el vacío, iluminando invisibles desde el espléndido arco que había delante del santuario, a la vez que emitían un suave resplandor por encima de la dorada entrada de la tumba situada enfrente y descubrían, a medida que la visa se adaptaba, un vasto cuadrilátero delimitado por hileras de arcos. Una hilera superior se elevaba fuera del alcance de las luces y, después de pasar por uno o de oscuridad, reaparecía como un parapeto negro frente a las estrellas. Mullahs con su turbante y afganos con su túnica blanca se desvanecían como fantasmas entre las órbitas de las lámparas deslizándose por el por el negro pavimento para postrarse debajo de la dorada entrada. Se oía un cántico procedente del santuario, en donde una única figura diminuta se humillaba en la penumbra, a los pies del esplendoroso mihrab.

—¡Islam! ¡Irán! ¡Asia! ¡Mística, lánguida, inescrutable!

Uno podía escuchar a un francés diciendo esto el muy estúpido, como si se tratara de un fumadero de opio en Marsella. Nosotros experimentábamos lo contrario y ésta es la razón de que lo mencione. Cualquier circunstancia que implicara ver, oír y entrar en un lugar prohibido conspiraba para ahogar la Inteligencia. Pero el mensaje de una obra de arte vencía a esta conspiración, la obligaba a salir de las sombras, insistiendo en la estructura y la proporción, en la huella de una calidad superlativa, y en el intelecto que había detrás de todo ello. Resulta difícil explicar cómo se transmitía este mensaje. Sus auténticas palabras eran atisbos de arabescos tan fluidos, entrelazados con tal delicadeza, que no semejaban un conjunto de azulejos, del mismo modo que una alfombra no semeja un cúmulo de nudos; atisbos de dibujos más grandes que se perdían en la oscuridad, por encima de muestras cabezas; de bóvedas y frisos vivificados con la caligrafía. Pero su sentido era mucho más amplio. Uno era había dominado la noche: la de los timuríes, la de la propia Gohar Shad y de su arquitecto Kavam al-Din.

—Por favor, suénese la nariz —le susurró el guía a Christopher.

—¿Por qué?

—Le pido que se la suene y que no deje de sonársela. Debe ocultar su barba.

Nuestro guía era muy conocido por los mullahs y los agentes de guardia. Le saludaron sin reparar en la presencia del andrajoso plebeyo que iba a lado, ni del

estornudador compulsivo que le pisaba los talones. Recorrimos dos veces el patio cuadrado con gran lentitud, haciendo una reverencia cada vez que pasábamos por delante de la tumba; luego aceleramos el paso al recorrer otros dos grandes patios, una visión etérea de hornacinas de color blanco plateado en doble hilera.

—Ahora llegamos a la puerta principal —susurró nuestro guía—. Al salir, yo le hablaré, señor Byron. Usted, señor Sykes, no deje de sonarse la nariz y camine detrás.

Guardias, porteros y religiosos se irguieron respetuosos cuando le vieron acercarse. Él seguía absorto en su propia conversación, que había adquirido el tono del monólogo de una criada y sonaba tan ostensiblemente persa que no necesité simular interés alguno:

—De modo que yo le dije runrún runrún runrún runrún. Runrún dijo él runrún. ¿Runrún? —pregunté y dije runrún runrún Runrún runrún me contestó y yo le dije ¡Runrún! Rumrunrunrunrunrunrún...

Todo el mundo hacía reverencias. Nuestro guía echó una ojeada por encima del hombro para ver si Christopher nos seguía, y de pronto nos encontramos afuera, cogimos un coche y al cabo de un rato nos lavábamos la cara en el hotel, antes de regresar al Consulado.

Le dimos las más sinceras gracias, pero al mismo tiempo sentí la necesidad de añadir que, por mucho que hubiésemos visto, ninguna gratitud podía impedir que le suplicara que me introdujera allí de nuevo a plena luz del día. Al advertir en él cierta reticencia, Christopher se ofreció a no venir, pues era evidente que su barba resultaba un estorbo. Esto pareció tranquilizar a nuestro guía, que quedó en pasar a buscarme hoy a las dos.

Esta mañana, cuando entré en el hotel, el mozo de la habitación me trajo una bandeja con corchos y carbón sin necesidad de pedírselo. Maquillarse para la luz del día con aquellos toscos materiales era algo muy distinto de lo de anoche: el bigote se veía verde en lugar de negro, y me quedaba moteado; mis ojos seguían siendo azules debajo de unos párpados seminegros, que además me dolían de tanto frotar. Pero la indumentaria era ingeniosa: zapatos marrones con pantalones estrechos y negros que me quedaban cortos unos diez centímetros, chaqueta gris, botón dorado en el cuello en vez de corbata, la gabardina de nuestro criado, y un sombrero Palhevi, al que envejecí pisoteándolo. Todos estos componentes creaban al tipo perfecto de la Persia de Marjoribanks. Y de pronto, cuando mi obra de arte estaba ya lista, llegó el mensaje telefónico informándome de que en el último instante nuestro guía se había arredrado.



Indumentaria persa de clase media

Al no atreverme a coger un coche por mi cuenta, tuve que recorrer a pie los dos kilómetros y medio que me separaban de santuario. El Sol me daba en la espalda y yo sudaba bajo la gabardina, al tiempo que inventaba un trote rápido al estilo persa, consistente en unos pasitos altos y cortos para no tropezar con los irregulares adoquines, pero nadie me miraba. El objetivo se encontraba cada vez más cerca. Allí estaba la puerta principal. Allí el pequeño túnel. Sin mirar a mi alrededor me sumergí en él, encontré el patio, descubrí que había árboles allí, y entonces vi que al otro lado la salida estaba bloqueada por un grupo de mullahs, mis potenciales atacantes, los cuales discutían sobre los artículos de una pequeña librería.

Todo dependía de mi paso. Tenía que adaptarme a él y mantenerlo. Si tropezaba, quedaría al descubierto. Así que lo mantuve y embestí a los mullahs igual que un torpedo corta las olas. Cuando se dieron cuenta de mi presencia refunfuñando por mis

malos modales, lo único que consiguieron ver fue mi espalda.

Me aleje veloz por el oscuro bazar, encontré la cúpula, donde doblé a la izquierda y, al salir al patio, me saludó tal ostentación de colorido y luminosidad que medio cegado tuve que detenerme un instante. Era como si alguien hubiese encendido otro sol.

Todo el patio era un jardín turquesa, rosa, rojo oscuro y azul oscuro, con toques púrpuras, verdes y amarillos, sembrados entre senderos de sencillo ladrillo pulimentado. Enormes arabescos blancos se retorcían encima de los arcos de los iwanes. Y estos mismos iwanes ocultaban otros jardines, más sombreados, con los colores de las liláceas. Los altos alminares que había junto al santuario elevándose de una base circundada por textos cúficos de tamaño de un muchachito, estaban profusamente adornados con una malla de rombos en forma de diamante. Entre los alminares asomaba la hinchada cúpula verde mar, adornada con zarcillos de color amarillo. En el extremo opuesto, relucía el remate dorado de otro alminar. Pero en toda esa variedad, el principio de unión, la chispa de vida de esa esplendorosa aparición, estaba iluminada por dos grandes textos: uno, un friso de escritura suls esparcida sobre un fondo azul genciana por el contorno de todo el patio cuadrangular; el otro, una orla del mismo alfabeto, en blanco margarita y amarillo sobre un fondo color zafiro, entrelazada con caracteres cúficos color turquesa a lo largo del borde interno encerrando en una figura oblonga de tres lados, el arco del iwán principal entre los alminares. En realidad éstos fueron diseñados según consta por «Baisangor, hijo de Shah Ruj, hijo de Timur Gurkani (Tamerlán), que aguarda en Dios en el año 821 (nuestro 1418)». Baisangor fue un famoso calígrafo y dado que también era hijo de Gohar Shad, celebró la magnificencia de su madre con una inscripción cuyo esplendor explica para siempre el gozo que experimento el Islam en la escritura sobre la faz de la arquitectura.

Esta visión duró tan solo unos segundos. Al mismo tiempo, empecé a sentirme inseguro. La intención era seguir el plan de anoche y pasar lentamente en torno al patio pero me lo impedían dos grupos: uno que escuchaba a un predicador delante del iwán principal, y otro que rezaba ante la tumba situada enfrente; de modo que en ambas direcciones estaba amenazado por las normas de conducta religiosas. Otros peregrinos permanecían acucillados en torno al patio, la mayoría afganos, todos muy distintos, en cuanto a indumentaria y modales, al persa de clase media baja que representaba yo. Me observaban con el ceño fruncido mientras iba y venía de un grupo al otro, o al menos eso imaginé. Aunque al final ya no fue cosa de imaginaciones: mi exagerada curiosidad atrajo su atención. Me escabullí de nuevo hacia el bazar. Los mullahs ya no estaban en el pasaje. Afuera, en la calle, vi a Christopher que me miró indiferente cuando pase por su lado con la mirada baja. Luego, en el trayecto de regreso, el sol me daba en la cara y la gente se volvía a mirarme al pasar. Había algo que no estaba como debía. Pero, fuera lo que fuese, la señora Gastrell no se sobresaltó al verlo. Se estaba secando el cabello o al fuego y se

irritó en sumo grado al ver que un nativo desconocido se atrevía a profanar su intimidad.

Ya he averiguado lo que quería saber: primero, que la utilización de los azulejos de colores en el exterior alcanzó su punto culminante durante el Renacimiento timurí; y segundo, que la belleza de éstos en el santuario de aquí se ve no obstante superada por seis de los siete alminares de Herat, cuyos restos poseen una calidad incluso superior y un color más puro, y no se ven interrumpidos por el intercalado del simple ladrillo. Los pocos viajeros que han visitado Samarcanda y Bujara y también el santuario del imán Ridá aseguran que no hay nada en aquellas dos ciudades que iguale a éste. Si están en lo cierto, entonces la mezquita de Gohar Shad debe de ser el monumento más espléndido de la época que ha logrado sobrevivir, mientras las ruinas de Herat demuestran que en el pasado hubo uno más espléndido todavía.

Tiemblo al pensar que, de los cuatro monumentos más hermosos de Persia (la torre de Gondad-i-Qabus, la pequeña cámara con cúpula de la mezquita de los Viernes en Isfahán, la mezquita de Gohar Shad aquí, y la mezquita del jeque Lutf Allah también en Isfahán), fui posponiendo el conocimiento de dos de ellos a las últimas dos semanas que voy a permanecer en el país.

Kariz (910 m), 8 de mayo. Nuestra intención era detenernos en Sengbest para inspeccionar un mausoleo del siglo XI y un alminar que se distinguen a poco más de un kilómetro de la carretera. Pero un cielo que presagiaba lluvia hizo que nos apresuráramos a llegar a Torbat-i-Sheikh Jam. El santuario de allí fue una decepción. Y también nuestro almuerzo. Fue en Isfahán donde decidí que los emparedados eran incomibles y compré un tarro azul, que Ali Asgar solía llenar con pollo guisado con mayonesa antes de salir de viaje. Hoy ha habido algún traidor en la cocina de los Gastrell, pues lo han llenado con cordero. Y peor todavía, nos hemos quedado sin vino.

Luego empezó esa sensación de hallarte en el fin del mundo, que yo ya había experimentado en la llanura donde Persia y Afganistán se encuentran, y que ahora se había apoderado también de Christopher. Los campos sembrados de adormideras rodeaban las aldeas cada vez más escasas, centelleando con sus hojas verde claro contra el oscuro cielo que presagiaba tormenta. Rayos color púrpura danzaban en el horizonte. Por aquí ya había llovido, y del desierto podíamos oler la aromática aulaga camellera como si se estuviera quemando. El amarillo de los altramuces se mezclaba con las grandes zonas de lirios color malva y blanco. El mismo Kariz estaba saturado por un aroma subyugante, tan dulce como los guisantes de olor, aunque más lánguido, más poético. Salí a la calle para olerlo e intentar localizarlo. Las flores de las adormideras atraieron mi atención, brillando en la penumbra como lámparas cubiertas de escarcha. Pero no procedía de allí.

Kariz, 9 de mayo. Llovió durante la noche. Intentamos salir, pero apenas habíamos recorrido medio kilómetro cuando tuvimos que regresar.

Kariz, 10 de mayo. Esta mañana salimos a caballo para inspeccionar la carretera y probar las sillas de montar del ejército. Yo iba en una yegua baya, vieja, pequeña y muerta de hambre, Christopher montaba un semental blanco, joven, corpulento y de ojos penetrantes. La diferencia de sexos nos garantizó el máximo de velocidad que podía obtenerse de ellos.

En el fortín persa situado en tierra de nadie encontramos a un oficial que tan sólo llevaba dos días al mando y ya se sentía indescritiblemente deprimido con la compañía de sus pocos soldados, un perro salvaje y un corral de yeguas flacas con sus potrillos recién nacidos. No había ningún árbol, ni un arroyo, ni pizca de jardín que frenara la saturación amarilla del perejil macedonio del desierto. Le ofrecimos un poco de bizcocho y le dijimos que debíamos proseguir, para comprobar la parte peor de la carretera, allí donde cruza por los marjales.

El oficial puso algunos reparos, asegurando que era poco segura, pero al ver que estábamos decididos a continuar se vino con nosotros para disfrutar de la compañía. Sin embargo, al montar a caballo se colocó un fusil debajo del muslo izquierdo. También vinieron un par de soldados, y el grupo al completo nos desperdigamos en línea, para inspeccionar cualquier posible pista. Habríamos recorrido más o menos un kilómetro cuando el oficial me gritó que tuviera cuidado con un pastor dormido. Pensé que se trataba de otro de sus temores cuando de pronto vi muchas moscas —demasiadas— sobre sus piernas desnudas. Una máscara azul amarronada hinchada hasta parecer una calabaza, se inclinaba rígida hacia atrás, tenía cerrados los ojos, y abiertos los negros labios.

El oficial estaba a punto de enloquecer. ¿Cómo podía el nombre haber muerto tan cerca del fortín? ¿Cuándo había muerto? ¿Y qué le había provocado la muerte? ¿Creíamos que podía haberle atropellado un vehículo a motor? Si observábamos la llanura completamente plana a lo largo de quince kilómetros a la redonda y recordábamos que la media del tráfico motorizado era de un camión al día, no lo creíamos posible: esto destruyó nuestra última esperanza persa de fingir que un cadáver en nuestro camino, por muy desagradable que fuera, seguía siendo un signo de progreso.

Al final se armó de valor, desmontó y levantó el cadáver. Lo que había dentro de él resonó. Tenía torcidas y rígidas las piernas. Había un agujero de bala encima del ojo izquierdo, y otro a la izquierda del pecho. El hombre era un kazako. Su barba canosa era tan rala que se podían contar los pelos. El nudoso cayado había caído en el mismo sitio que él, y allí tendido parecía incluso más humano que el bulto podrido que yacía a su lado.

El oficial dijo que debía regresar enseguida para redactar un informe. Cuando le contestamos que muy bien, pero que nosotros pensábamos continuar, se puso frenético. El dilema se solucionó con la aparición en el horizonte de un jinete solitario que venía en dirección de Islamkillah. Christopher y yo salimos a su encuentro y el oficial nos siguió a regañadientes. El desconocido era un tratante de caballos afgano y nos comentó que hasta su caballo había tenido dificultades en la carretera que cruzaba los marjales; que el lodo le llegaba hasta el vientre, como podíamos comprobar. Esto era cuanto necesitábamos saber. Después de tomar un té en el fortín, dejamos al oficial redactando su informe y regresamos a caballo por una carretera alternativa.

Después de padecer el ataque de unos perros procedentes de un campamento nómada, que cogieron al semental por el lado ciego y le hicieron bufar de terror, la carretera nos llevó hasta la plaza fuerte de Yusufabad, donde un oficial nos agasajó con tortas de azúcar en una sala limpia y cubierta de alfombras, la cual daba a un jardín lleno de retama y de acacias floridas. Era un joven apuesto, el cual resultó ser muy sagaz, y tuvo la amabilidad de mostrarse comprensivo respecto al interés que sentíamos por los monumentos de su país.

—*Vous avez raison, Messieurs. Cette tour de Gondad-i-Qabus, je le trouve unique dans le monde entier. Vous avez été a Isfahan? Naturellement. C'est épatant, n'est-ce pas? Il y a encore des antiquités ici [...] Oui, toutes proches.*

Y procedió a describir el alminar de Kerat, que Díez ilustró y cuyo paradero ningún mapa ni ninguna investigación habían logrado situar con exactitud hasta el momento. Si considerábamos que esto era demasiado lejos, y por desgracia lo era, en Tayabad, a sólo un kilómetro y medio de allí, estaba el Maulana con sus 504 años de antigüedad.

También nos habló de una segunda carretera, que cruzaba la frontera por Islamkillah, y desde Yusufabad proseguía por el sureste hasta las colinas, evitando así los marjales. Podemos intentarlo por aquí, dado que la carretera habitual precisará de tres o cuatro días de sol para secarse. El cielo estaba más nublado que nunca cuando regresamos a Kariz.

AFGANISTÁN: Herat, 12 de mayo. ¡Nuestro querido Herat!

De nuevo me alojo en una habitación cuadrada de paredes blancas, un friso azul y techo de listones sin cubrir. El repiqueteo de los caldereros de abajo me trae a la memoria los encapotados días de otoño y la espera sin fin. Y luego se incorpora una procesión: el grupo de Noel, los indios, el húngaro, el médico penjabí y los quemadores de carbón, todos bajo la amenaza del invierno y el cierre de las carreteras... Ahora tenemos el verano ante nosotros, aunque el aire sopla helado por la puerta abierta mientras permanezco tendido en la cama contemplando el bullicio de la calle a primeras horas de la mañana. Hay un nuevo coche en la ciudad, un Chevrolet azul oscuro, modelo de 1933. Pero el birlocho real sigue aquí. El

comandante en jefe permanece de pie en la esquina. Hay menos gente que antes que vaya armada con fusil, aunque todo el mundo va con una rosa en la mano, y hay quien la lleva en la boca. Es posible que las rosas hayan desplazado a los fusiles. Lo cierto es que no hay ningún indicio de «los disturbios de primavera».

Acabo de levantarme para tomar un té y contemplar los alminares a la luz del amanecer, desde la azotea que hay al final de las escaleras. Aquella luz de entonces ha cambiado. Hace cinco meses era una triste claridad que menguaba día tras día y que pesaba sobre mi estado de ánimo incluso más que aquellos amaneceres en los que no había luz y la lluvia expresaba su desesperado golpeteo sobre el tejado de hojalata. Ahora la luz será más intensa cada mañana. Podremos viajar a Mazar cuando queramos, en vez de tener que disputar una carrera con el invierno y al final perderla por un día.

Nuestra llegada aquí anoche sorprendió tanto a nuestros anfitriones como a nosotros mismos. Ayer por la mañana, a eso de las diez y media, Christopher y yo salimos para Yusufabad sin apresuramientos, con la intención de pasar el día en el Maulana de Tayabad. La noche anterior, en el camino de regreso, habíamos visto que en varios tramos bajos la carretera aún estaba demasiado sumergida bajo el agua para que un coche pudiera pasar. Ahora vimos que estaba casi seca, al mismo tiempo que a nuestras espaldas se acercaba una nueva tormenta desde Persia. Comprendimos que había que cruzar de inmediato la frontera o de lo contrario tendríamos que soportar otros tres días de espera. Nuestras monturas eran mejores que las del día anterior, así que Christopher galopó en busca del coche y el equipaje, y yo seguí hasta el Maulana, donde había una hermosa inscripción en estuco sobre un fondo vidriado de color turquesa. Regresé a Yusufabad un minuto antes de que llegara el coche. Después de empaquetar mi silla de montar y las alforjas, partimos bajo la guía de un campesino, el cual llevaba el cabello cortado al estilo de un paje medieval, con flequillo y media melena, y lucía una blusa larga de color carmesí, adornada con hojas blancas. No hubo dificultades hasta Hajiabad, una pequeña aldea cercana a las colinas. Sin embargo, a partir de ahí, al avanzar por la parte baja de las laderas, desembocamos en una zona de arena suelta, y no habríamos podido encontrar el camino sin nuestro guía. Unas monstruosas plantas de perejil macedonio que se erguían en medio de la pista indicaban que muy poco tráfico había circulado por allí en aquella estación. Al cabo de un rato divisamos Islamkillah, una solitaria fortaleza en medio del azul lejano de la llanura allí abajo, y por último surgió la carretera que llevaba a Herat, a tan sólo tres kilómetros de donde estábamos. Sin embargo, retrocedimos obedientes para cumplimentar los trámites de la aduana. Como compensación, los guardias nos ofrecieron un menú a base de huevos escalfados.

Por teléfono habían avisado al hotel de Herat de que unos viajeros se estaban acercando, y Seyid Mahmud ya nos aguardaba en el umbral. Al vernos, los ojos casi se le salieron de las orbitas, y empezó a entonar una especie de coro antiguo:

—*Mister-é Bairum mariz bud*, el señor Bairum estaba enfermo y ha regresado.

Estaba enfermo, enfermo. Ha regresado, ha regresado. El señor Bairum estaba enfermo y ha regresado, estaba enfermo y ha regresado.

Etcétera, etcétera. Hasta que Christopher, que desconocía las muestras de afecto de los afganos, pensó que estaba en una casa de locos. ¿Debía sentirme halagado? Nos pusieron una rosa musgosa en el ojal, las mejores alfombras en nuestras habitaciones y macetas con geranios en nuestras mesas. Nos trajeron dos tipos de sorbetes, y para mañana nos prepararán bizcochos y unos tarros de mi jalea favorita. En un abrir y cerrar de ojos el equipaje estuvo ya en nuestras habitaciones.

—Gracias a Dios, por fin volvemos a estar en un país en donde las cosas se hacen con ganas —comentó Christopher.

Nuestro retraso en Kariz tuvo sus ventajas. Thrush ya se había marchado a Kandahar. En el libro de Seyid Mahmud había escrito su opinión, y decía que según los criterios europeos el hotel era bastante lastimoso, pero que, según los afganos, imaginaba que no había queja. Éste era el hombre que se deleitaba con la falta de comodidades.

Herat, 3 de mayo. La obsesión persa por las mejoras municipales ha llegado hasta aquí. Ahora, un diminuto quiosco de música protege al guardia situado en el cruce de carreteras, y desde allí cuando un carruaje dobla la esquina a gran velocidad, lo amonesta con su rojo bastón de mando y un silbido ideal para asustar a los pistoleros de Chicago. También están demoliendo el bazar y lo sustituyen por una serie de pequeños pórticos destinados a distintos tipos de comercio. Lo cierto es que esto supondrá una mejora. El viejo túnel era un lugar aterrador, espantosamente frío en invierno y sin valor arquitectónico.

También la naturaleza ha provocado otras alteraciones. En Gazar Gah, donde la última vez vi caléndulas y petunias, por encima del estanque que se encuentra en el patio más apartado cuelgan ahora sólo rosas blancas, tan tupidas que semejan nieve; en vez de los silbidos del viento otoñal, por encima de las copas de los pinos aletean ahora las palomas y las familias están de fiesta en el pabellón decagonal. Además, vista desde la terraza exterior, la llanura que va desde las montañas hasta el río Hari es ahora un mar con distintos tonos de verde y arroyos color plata.

Al salir de la Musalla con este diario bajo el brazo y en busca de un lugar tranquilo donde efectuar las anotaciones, identifiqué cada campo, cada margen, cada acequia centelleante, pero sólo como se reconoce un rostro unido a una extraña indumentaria. Hasta los alminares habían cambiado como en respuesta a la provocación del paisaje, su azul se había vuelto más intenso. Las enormes bases circulares, que antes emergían de la tierra desnuda, se elevan ahora de un frondoso trigo esmeralda, en cuyas profundidades florece el púrpura intenso del acónito; o del nítido blanco y el gris que cubre las cápsulas de los cultivos de adormidera, o de aquellos árboles enanos, salpicados de oro cuando los vi por primera vez y pelados

como huesos cuando me fui, y que ahora se han convertido en frondosas moreras de un verde oscuro. El sol proporciona un calor templado desde el cielo levemente azul. Y por todas partes se percibe el lánguido y escurridizo aroma que notamos por vez primera en Kariz, fruto de su dosel de pétalos bajo la acariciante brisa veraniega.



Herat: Mausoleo de Gohar Sad y el minarete de la madrasa (1432)

Se oye a gente charlando al otro lado del mausoleo. Hay allí una terraza que da a las montañas, en la cual pretendía sentarme. Pero no, varios mullahs ya se han adueñado de ella. Tienen algunos libros desplegados por el suelo, y un grupo de novicios de barba pubescente reciben sus lecciones, mientras otros dos permanecen sentados en un muro cercano, leyendo por su cuenta. Un fruncimiento de cejas por parte del mullah que está recitando, y que lleva un turbante blanco enrollado en torno a un cono de color púrpura, me pide que me mantenga alejado. Encuentro un lugar situado frente a ellos, a una distancia prudencial, desde donde la alta y oscura entrada, así como la gran cúpula de color azul que asoma por encima, empequeñecen al variado grupo de la terraza. Es una lástima que estén tan ocupados, de lo contrario podría preguntarles por qué han elegido este sitio para sus clases. ¿Es en honor a la gente que hay aquí enterrada? Y si es así ¿qué saben de esa gente? En el siglo pasado aún era muy habitual oír contar historias acerca de Gohar Shad.

No era su belleza lo que contaban aquellas historias, y menos aún el mecenazgo que ejercía en las artes. Para la gente de Herat que durante setenta años la había

tratado, Gohar Shad era un personaje famoso. La versatilidad de su estilo de vida y la violencia de su muerte la convirtieron en el símbolo de su época, una época en la que Herat era la capital de un imperio que se extendía desde el Tigris hasta Sinkiang.

Uno piensa en nuestras reinas, en Isabel y en Victoria. Mujeres así son raras en los anales musulmanes. Quizá sea por esto por lo que Mohun Lal oyó que, cuatrocientos años después de la muerte de Gohar Shad, aún la consideraban la «mujer más incomparable del mundo». Pero los timuríes, a pesar de ser los líderes de una sociedad musulmana, eran mongoles tanto por nacimiento como por tradición; sus ideas de la vida doméstica procedían de China, aquel paraíso de mujeres dominantes. La primera esposa de Tamerlán había cabalgado junto a su esposo durante las primeras misiones y aventuras de éste. Y luego, en los prósperos días de Samarcanda, Clavijo relata cómo sus otras esposas y sus nueras organizaban fiestas independientes de las de sus maridos, en las que la principal diversión consistía en r que los hombres se emborrachasen. Gohar Shad, ella misma hija de un noble yagatay, se aprovechó de las costumbres mongoles con el fin de satisfacer gustos más serios.

Su padre fue el emir Ghiyas al-Din, cuyo predecesor había salvado la vida a Gengis Khan. Ella se casó con Shah Ruj, probablemente en 1388, pero sin duda antes de 1394, fecha del nacimiento de su hijo Ulug Beg. El suyo fue un matrimonio dichoso, según las baladas de Herat, que cantan el amor que Shah Ruj sintió por ella. Aunque se sabe muy poco de los primeros cuarenta años de su vida en común, excepto por lo que respecta a sus construcciones. Por ejemplo, ella fundó la mezquita de Mashad en 1405, y llevó a Shah Ruj a verla en agosto de 1419, fecha en la que él elogió el diseño y la mano de obra, y dedicó una lámpara de oro a la tumba del santo. Sólo más tarde desempeñaría ella un papel más destacado, primero como consorte de Shah Ruj ya anciano, y luego como su viuda.

Yo me hallaba justo al lado del alminar solitario que hoy queda reflexionando en que había formado parte de la madrasa de Gohar Shad. En un bosquejo de 1885, que hizo el comandante Durand de la Comisión de Fronteras poco antes de su demolición, se ve la planta cuadrangular de la madrasa al lado de la Musalla y el alminar adherido a la puerta principal. De modo que me lo imaginé presidiendo la llegada de la fundadora real y de sus doscientas damas, cuando vinieron a la ciudad con motivo o aquella visita de inspección que tan gratas consecuencias tendría para los estudiantes de la madrasa. A causa de la presencia de las damas, cuyos sentimientos había que preservar, se envió a los estudiantes fuera del recinto. Sin embargo, hubo uno que se quedó dormido y no se marchó. Quizá fuera una perfumada tarde de verano como ésta. Cuando despertó y miró por la ventana para ver la causa de tanto alboroto, atrajo la atención de «una dama de labios de rubí», a la que se apresuró a llevar su habitación. Sin embargo, cuando la joven regresó junto a la comitiva real, la traicionó «la irregularidad de su indumentaria y la manera de comportarse». Para evitar otros incidentes de ese tipo, o mejor, para bendecirlos, Gohar Shad desposó sin dilación a las doscientas doncellas con los estudiantes, a los que con anterioridad se les había

ordenado que evitaran la compañía femenina. Dotó a cada estudiante con un ajuar, un salario y una cama, y decretó que esposo y esposa se reunieran una vez a la semana, con la condición de que el marido cumpliera con sus estudios. «Ella hizo todo esto para impedir que se extendiera el adulterio», añade con cierta gazmoñería Mohun Lal.

Shah Ruj tuvo ocho hijos, de los cuales el mayor Ulug Beg y Baisanghor, el quinto, fueron también hijos de Gohar Shad. Por lo que se refiere a la parte intelectual, ellos dos colmarían las expectativas depositadas en su estirpe junto con su madre se convertirían en las figuras centrales del Renacimiento. Ulug Beg abandonó el escenario de Herat por el de Transoxiana. En 1410. Su padre le nombró virrey de Samarcanda, y diez años después su madre le visitó allí para ver su nuevo observatorio. Los cálculos astronómicos que realizó le condujeron a la reforma del calendario, y en Oxford le rindieron honores póstumos con su publicación en 1665.

Baisanghor, que vivió junto a sus padres en Herat, no participó en política, aparte de presidir el consejo de su padre. Su corte fueron los poetas y los músicos, y amplió la pasión de su madre por la construcción, la pintura y la edición de libros. Bajo su directa supervisión trabajaba un equipo de cuarenta ilustradores, encuadernadores y calígrafos. Él mismo ocupaba un lugar relevante entre estos últimos, y para comprobar que no se lo dieron para halagarle basta con ver la inscripción de Mashad, que algún día debo comparar con otros ejemplos de su caligrafía en la biblioteca de allí y en la del palacio de Constantinopla.

Al igual que muchos otros de su linaje ese príncipe, dotado con semejante talento, fracasaría en lo que respecta a discernir entre los placeres de la mente y los del cuerpo. En 1433 moriría a causa de los abusos del alcohol. Se decretaron cuarenta días de luto, y un gran gentío flanqueó todo el trayecto del cortejo fúnebre que desfiló desde su residencia en el Jardín Blanco hasta la madrasa de su madre. Allí, en el patio cuadrangular de la madrasa, Gohar Shad hizo construir el mausoleo. Con la excepción o este alminar, la madrasa ha desaparecido. Pero, a mirar más allá de los patios, observo que el mausoleo sigue siendo escenario de estudios teológicos, y que a los estudiantes felices que se desposan con las damas de Gohar Shad los han relevado otros hasta el momento presente.

Gohar Shad tenía entonces sesenta años, y aún iba a vivir otros veinticinco. Fue el afecto que sentía por el hijo de Baisanghor Ala ad-Daula, lo que la llevó a meterse en política. Durante el resto de su vida, Gohar Shad trabajaría en favor de los intereses de su nieto por convertirse en su sucesor, hasta desencadenar su propia ruina.

Su parcialidad convirtió en enemigos a aquellos que pretendía excluir, sobre todo a su otro nieto, Abd al-Latif, hijo de Ulug Beg que se había criado en la corte de sus abuelos en Herat. Furioso ante las atenciones que se le prodigaban a Ala ad-Daula se marchó junto a su padre a Samarcanda, lo cual entristeció de manera inconsolable a Shah Ruj, que le adoraba. Por esto, a fin de complacer a su anciano esposo. Gohar Shad partió en su busca, viajando en pleno invierno por la carretera que nosotros

vamos a tomar mañana. Es probable que Abd al-Latif tuviera razón al huir, pues la vieja dama, después de ir en su busca, dirigió su malhumor en contra de Mohammad Juki, el hijo menor de Shah Ruj, hasta el punto de que el muchacho falleció a consecuencia de las mortificaciones a que Gohar Shah le sometía, según explica.

Dos años después ocurrió la desgracia para la que Gohar Shad se había estado preparando. A pesar de que a su esposo le fallaban las fuerzas, le convenció para que al frente de un ejército se dirigiera al interior de Persia, y ella misma lo acompañó. Después de marchar hasta Shiraz, Shah Ruj se instaló para el invierno en Ray, donde ahora se encuentra Teherán. Y allí, el 12 de marzo de 1447, a la edad de sesenta y nueve años, falleció. El primer período del Renacimiento timurí había llegado a su fin, pues las artes no pueden florecer sin una estabilidad política, o como mínimo civil, y durante los doce años que siguieron, Herat cayó presa de diez soberanos sucesivos.

La anarquía se desató con toda su furia frente a Gohar Shad, que se vio cogida en su propia trampa. Había dejado a Ala ad-Daula, el nieto en quien más confiaba, al mando de Herat. Mientras Abd al-Latif, el nieto de quien desconfiaba, y al que había obligado a acompañarla con el ejército a fin de no perderlo de vista, ahora la tenía en sus manos. Esto se lo dejó muy claro, pues no sólo se apoderó de todo el equipaje de su abuela, sino también de sus animales de carga. De modo que al tiempo que el cadáver del difunto rey regresaba a Herat en una litera, su viuda, la mujer más famosa de su época, y con más de setenta años de edad, se veía obligada a marchar a pie por el desierto del Jurasán, «con un vulgar pañuelo de hilo en la cabeza y un cayado en la mano», explica Khondemir. Sin embargo, su nieto Ala ad-Daula la rescató de semejante apuro, apresó a Abd al-Latif y lo encerró en la Ciudadela (allí donde yo tuve problemas a causa del parque de artillería). Al enterarse de lo ocurrido, Ulug Beg, que había salido de Samarcanda con un ejército para reclamar también el imperio, renunció a sus exigencias en favor de Ala ad-Daula, con la condición de que dejara en libertad a su hijo.

Por el momento, los planes de Gohar Shad habían triunfado. Pero una nueva disputa con Ulug Beg acerca de los otros términos del acuerdo hizo que éste prosiguiera su avance sobre Herat. Allí se enteró de que un grupo de jinetes uzbekos habían saqueado las zonas residenciales de Samarcanda y habían destruido muchas de sus obras de arte favoritas. Así que, para reemplazarlas, se llevó tantos tesoros como pudo de Herat, incluidas las puertas de bronce de la madrasa de Gohar Shad. También sacó del mausoleo el cadáver de su padre Shah Ruj y, de regreso a Samarcanda, lo enterró en Bujara. Mientras tanto, Abd al-Latif, debido a su carácter patológico, había empezado a obsesionarse con la supuesta preferencia de su padre por su hermano menor, independientemente de la circunstancia de que si su padre no hubiese renunciado al imperio, él aún seguiría en prisión. Abd al-Latif cruzó el Oxus desde Balkh, derrotó a su padre en Shahrukhiya y ordenó a un esclavo persa que lo ejecutara. De esa manera, el 27 de octubre de 1449, fallecería Ulug Beg, el más

considerado de toda su estirpe y el único científico que habría en ella.

Seis meses después, el parricida sería asesinado por uno de los sirvientes de Ulug Beg.

Durante los siete años que siguieron, en Herat reinó Abulkasim Babur. Hijo también de Baisanghor, por lo visto vivió en paz con su abuela. Pero Ala ad-Daula, el hijo menor de Baisanghor seguía siendo el favorito de Gohar Shad, y cuando Abulkasim Babur murió en 1457, alcoholizado como su padre, ella dedicaría todas las energías que le quedaban a apoyar a su bisnieto Ibrahim, hijo de Ala ad-Daula.

Gohar Shad tenía ya más de ochenta años cuando Abu Said, bisnieto de Tamerlán y predecesor de Babur, se presentó aquel mes de julio en Herat. Tan sólo la ciudadela, al mando de Ibrahim, logró resistir. Sin embargo, aunque Abu Said dirigió en persona las operaciones, no consiguió apoderarse de ella. Furioso por el obstáculo que se interponía a sus planes, y convencido de que era Gohar Shad la que animaba en secreto la resistencia, ordenó la muerte de la anciana.

A Gohar Shad la enterraron en su propio mausoleo. Y en su tumba escribieron: «La Bilkis de su tiempo». Bilkis significa Reina de Saba.

Un año después, tanto Ala ad-Daula como Ibrahim yacían junto a ella. Sin embargo, otro bisnieto, Yadgar Mohammad, también descendiente de Baisanghor, logró sobrevivir. En 1469 vivía con Uzun Hasan, el jefe de los aqqoyunlu (los turcomanos del carnero Blanco), cuando éste se vio atacado por Abu Said. Pero el ataque fracasó, Abu Said fue capturado, y Uzun Hasan lo entregó a su invitado, entonces un muchacho de dieciséis años. Éste, después de impartir las órdenes necesarias, se retiró a su tienda. A Abu Said lo ejecutaron enseguida. Y así fue como un descendiente de Baisanghor vengó la muerte de Gohar Shad.

Hace frío. El sol está muy bajo. Los mullahs han entrado y, junto con ellos, sus alumnos. El brillo ha desaparecido de las torres azules y del trigo verde. Y también sus sombras. El mágico aroma se ha ido. El verano se ha ido, y la penumbra trae de nuevo la primavera, fría y poco fiable. Es hora de que me vaya.

Adiós, Gohar Shad y Baisanghor. Descansad bajo vuestra cúpula, al arrullo de las clases de los muchachos. Adiós, Herat.

Moghor (unos 910 m, 190 km desde Herat), 7 de mayo. Estoy fumando el último de los cigarros de Wishaw, que Dios lo bendiga. En algunos momentos anhelo regresar a aquel domicilio seguro y confortable, en medio de aquellas encantadoras cúpulas azules y aquellas montañas de suave color malva. Aun así, nuestra situación actual queda compensada por los prados y las ondulantes pendientes. Y por lo menos hemos pasado Qala Nau, de modo que ahora, tanto Christopher como yo, nos encontramos en un nuevo país.

Hace tres días, a primera hora de la tarde, dejamos Herat estimulados por una botella de «sorbete» de Seyid Mahmud. En Karokh, debajo de los pinos, había

brotado el césped. Los peces seguían nadando en su estanque protegido con redes, siempre corriente arriba para no quedar atrapados en la red. Nuestra disposición de ánimo nos empujaba a pasar allí la noche, y también lo aconsejaba la prudencia, dado que el cielo se estaba encapotando. Pero, después de discutir acerca de que si nos quedábamos y llovía podíamos vernos atascados en Karokh durante algunos días, decidimos cruzar el paso aquella misma noche. Era un riesgo, y si seis meses atrás alguien me hubiese dicho que iba a correr semejante riesgo otra vez, le hubiese llamado idiota, en vez de llamármelo a mí.

La pendiente de tierra que llevaba hasta el paso, donde habíamos tenido tantos problemas con el camión, ahora no presentaba dificultades, ya que estaba seca. Al llegar arriba, de nuevo nos recibieron los descarnados y tortuosos enebros, así como la espléndida vista, aunque también las nubes de tormenta sobre el Turquestán. Pensábamos que lo peor había acabado, pero entonces vimos que la vertiente norte de las montañas aún seguía húmeda. Medio kilómetro más abajo, el coche se quedó atascado.

La unión de nuestros esfuerzos no logró moverlo, aunque la pendiente era tan pronunciada que el capó apuntaba al valle de abajo. El chasis se había quedado clavado en una roca. Durante una hora y media, con los tobillos hundidos en el lodo helado, fuimos apartando piedras con una palanca: el vehículo se hundía cada vez más. Empezaba a caer la oscuridad cuando dos pastores de chaquetón blanco pasaron por allí con su rebaño. Les suplicamos que se quedaran a ayudarnos. Contestaron que no se atrevían, debido a los lobos. Pero uno de ellos, por iniciativa propia, nos prestó su fusil, y dos balas que le quedaban, para pasar la noche.

Discutimos acerca de lo que podíamos hacer. Jamshyd, el chófer quería que Christopher y yo fuéramos a pie a la aldea más cercana en busca de ayuda, mientras él se quedaba con el arma. Christopher quería que fuéramos todos a la aldea. Y yo, que sabía que la aldea se encontraba a una distancia de ocho kilómetros quería que todos nos quedáramos en el coche argumentando que semejante caminata sería un fastidio indescriptible que en aquella aldea eran bastante inhóspitos y ladrones cuando estaban despiertos, de modo que lo serían todavía más si se les despertaba, y además no nos proporcionarían ayuda hasta mañana. Christopher replicó que era una tontería pensar que se podría espantar a los lobos con los faros o el motor en marcha y que si nos quedábamos en el coche se abrirían paso a mordiscos a través de las cortinillas laterales y nos dejarían con los huesos pelados. A lo cual contesté que, tanto si le parecía una tontería como si no, dispondríamos de mayores oportunidades dentro del coche que fuera de él, y que, de todos modos, los perros de la aldea eran más salvajes que los lobos.

—Por el amor de Dios —exclamé—. Subamos ya al coche, bebámonos ese whisky y pongámonos cómodos. Y así lo hicimos. Sustituimos con colchas y pieles de oveja las ropas empapadas con barro. El fanal, suspendido de un puntal de la capota, desprendía el suficiente resplandor sobre nuestra cena, que consistió en

cordero frío y salsa de tomate que sacamos del tarro azul, huevos, pan, bizcocho y té caliente. Después nos instalamos cada uno en un rincón, con un ejemplar de historietas del detective Charlie Chan. Jamshyd se quedó dormido en el asiento delantero. Yo estuve un rato escuchando el susurro de viento entre los enebros y el ulular de una lechuza a lo lejos, luego también me dormí. Christopher se quedó despierto con el arma sobre las rodillas y convencido de que cada chasquido se debía a la presencia de un lobo o de un bandido.

A las dos y media me despertó con una palabra más siniestra que cualquier lobo: «Llueve». Oí un golpeteo encima de la capota que fue incrementándose hasta convertirse en un continuo redoble. Al amanecer Jamshyd se alejó carretera abajo en busca de ayuda.

Envueltos todavía en nuestras colchas nos dispusimos a desayunar y cuando estábamos extendiendo un poco de mermelada de Herat sobre unas rebanadas de pan con mantequilla alzamos la vista y divisamos a un hombre montado a caballo. Era el pastor que nos había prestado el fusil. Se lo devolvimos junto con las balas, y le dimos las gracias. No pronunció palabra alguna, se limitó a desaparecer entre los oscuros árboles empapados por la lluvia.

Jamshyd regresó al frente de un grupo de peones camineros a los que habían mandado como avanzadilla porque se esperaba la visita de Abdul Rahim. La lluvia caía a ráfagas y en cada ángulo de las montañas había una catarata. La verdad es que el descenso fue peor que en noviembre. Entonces como mínimo estaba seco por debajo de la línea de nieve. Ahora a lo largo de una estrecha cornisa en donde los rojos pináculos se alzaban hacia las nubes de arriba, y se veía cómo las cadenas montañosas surgían de las nubes de abajo, el coche siguió su desesperado avance por lo general sin control, a menudo de lado, y nunca a menos de medio metro del borde. En un sitio, la lluvia había desprendido una roca roja, bloqueando así la cornisa de manera que hubo que construir un saliente de piedras para poder pasar por su lado. A final llegamos a la tienda de los peones camineros. A partir de allí nos dijeron, la carretera era buena es decir, recién removida. Con esto querían decir que habían nivelado el piso. La carretera nos llevó hasta las laderas abiertas, ahora cubiertas de pasto. Seguimos patinando y dando bandazos a través de la lluvia torrencial, obligados a cada medio kilómetro a sacar el coche de las profundas rodadas que, de ordinario, habrían precisado la fuerza de una docena de hombres, pero que ahora, al estar tan resbaladizas, con una pala y nuestros débiles esfuerzos era suficiente.

Yo iba a pie la mayor parte del tiempo, contemplando las flores que destacaban entre las altas hierbas del borde de la carretera: pequeños tulipanes escarlata, lirios enanos de color crema y amarillo, una especie de flor de cebolla morada que desde el ojal me perseguía con un olor parecido a la carne en mal estado, amapolas, campánulas, y una extraña planta con hojas de tulipán, cuya flor color rosado pálido tenía los pétalos cuadrados y separados que crecían hacia arriba formando una copa. Las cosechas empezarían dentro de poco, trigo y trébol, con lo bajos que estarían en

Inglaterra por esa época. La aldea de Laman ya estaba a la vista cuando el coche cayó en una cuneta de la que no había posibilidad de sacarlo sin ayuda.

La aldea tenía un bonito aspecto en esa época del año, cobijada por la sombra de los álamos, animada por la corriente de un arroyo y vigilada por rojos peñascos, sobre los cuales había placas de hierba verde. Lo cierto es que era muy diferente de como la vi por última vez, en medio de la niebla blanquecina de un amanecer de diciembre. Christopher se había adelantado y se había encontrado con la rusticidad el mal humor. Pero cuando llegué yo, el jefe de la aldea había telefonado al gobernador de Qala Nau respecto a nuestra llegada y nos recibió con hospitalidad, encendiendo un fuego en medio de la estancia para que nos secáramos la ropa. Esta noche, el gobernador de Qala Nau nos envió a caballo un pilaf de arroz con carne.

Esta mañana no había ni una sola nube en el cielo. Después de conceder a la carretera un par de horas para que se secara partimos valle abajo, si bien cada diez minutos cruzábamos un arroyo, por lo que a veces luego teníamos que secar la magneto. A mitad del camino nos encontramos con el gobernador de Qala Nau sobre su caballo gris seguido por un séquito pintoresco, a la cola del cual iba el secretario que había envidiado mi pluma. Dijo que habría ordenado que arreglaran una habitación para nosotros, si la queríamos. Pero le contestamos que no que debíamos llegar a Bala Murghab esa misma noche.

El valle se ensanchó y en sus depresiones cubiertas de hierba divisamos los mismos campamentos de tiendas circulares, cuyos rebaños estorbaban nuestro avance, los perros se encolerizaban ante nuestro paso y los chiquillos se mofaban de nosotros. Observé que los salukis seguían con su mal humor. Toda la hierba, incluso la que crecía en lo alto de los riscos, se veía manchada por el bermellón de las amapolas. De vez en cuando, en los márgenes de la carretera, un estallido de azul rojizo producía un efecto curiosamente artificial, como si lo hubieran plantado allí por patriotismo. En Qala Nau tomamos un poco de leche, después abandonamos por fin el curso del río y proseguimos a lo largo de la zona baja de una región de onduladas pendientes, logrando una buena marcha y seguros de llegar a nuestro objetivo antes de que anoheciera. Por la carretera encontrábamos muchas tortugas, a las que Jamshyd llamaba langostas. También vimos dos serpientes. Debían de medir un metro veinte, eran de color verde pálido, y lo más probable es que fueran inofensivas. Pero, con el odio visceral de los indios, Jamshyd detuvo el coche y, muy serio, las mató.

A treinta y dos kilómetros de Qala Nau, el eje delantero se quedó atascado en un montículo. Se produjo una ligera sacudida y luego, poco a poco, el motor se extinguió.

El resultado fue uno de esos períodos llenos de sórdida ansiedad, en los que manoseamos y revolvimos, cambiamos el serpentín, meamos dentro de la batería, y probamos por todos lados en busca de una chispa. El motor se negó a emitir ningún ronquido. Faltaba poco para anoecer, la región estaba desierta, y aquel tramo de la

carretera era especialmente famoso por los bandidos.

En esta situación, por un recodo de la pendiente surgió de pronto un caballero con barba y turbante azul, montado sobre un esbelto caballo negro. Le seguían dos ayudantes, que apoyaban el fusil sobre el fuste de la silla de montar. Uno también lucía barba, pero el otro llevaba el rostro tapado.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el que iba delante.

—Yo sé quién es este caballero —intervino el ayudante de la cara destapada, al tiempo que me señalaba—. En invierno vino o Qala Nau y cayó enfermo. ¿Su salud está mejor ahora, agá, gracias a Dios?

—Sí a Dios gracias. Yo también le recuerdo. Usted trabajaba para su excelencia el gobernador de Qala Nau, y me trajo comida cuando yo estaba enfermo.

Tranquilizados ante el mutuo reconocimiento, los dos grupos volvimos más confiados. Christopher les explicó nuestros apuros.

—Yo me llamo Haji Lal Mohammad —nos informó el hombre del turbante azul—. Soy mercader de pistachos y tengo negocios en Murghab, pero ahora regreso a la India. Éste es un tramo de carretera bastante malo para andar por ahí después de que oscurezca; no hace mucho, a un hombre le rajaron la garganta por aquí. El robat más cercano se encuentra a sólo un farsang. Si quieren montar en los caballos de estos señores, podríamos acercarnos hasta allí, y luego envían a alguien con otros caballos en busca de su conductor y del equipaje. Nos colocamos encima de los caballos, y los guardias con sus fusiles montaron de un salto a nuestras espaldas. El de la cara tapada juntó ambas manos en torno a mi cintura.

—¿Qué opina usted de él? —me preguntó Haji Lal.

—No sé qué pensar de un hombre al que no puedo verle la cara.

—¡Ja, ja! Es muy joven, pero es un gran asesino. Ha matado a cinco hombres ya. Demasiado joven para tantos, ¿no le parece? El misterioso rió disimuladamente por debajo del embozo, al tiempo que me cosquilleaba en las costillas.

—Tengo la impresión de que ustedes son seguidores de Jesús —observó el que iba montado detrás de Christopher.

—En efecto.

—¿Así que estuvieron en Herat hace tres días? —inquirió Haji Lal—. Entonces podrán decirme a cómo estaba el cambio de kabulis por rupias indias. Y también la cotización de los karakulis.

Con esto se refería a las pieles de borrego.

—¿Están ustedes casados? —preguntó a continuación—. ¿Cuántos hijos tienen, y cuánto dinero? Yo a veces pienso en visitar Londres. ¿Cuánto me costaría pasar allí una noche?

—Eso depende del tipo de noche que quiera usted pasar —le contestó Christopher.

Esto trajo a la memoria de Haji Lal asuntos más apremiantes.

—¿Llevan medicamentos en su equipaje?

—Sí.

—¿Podrían darme alguno? Necesito de los que hagan que las damas se sientan atraídas por mí en Herat.

—Me temo que no disponemos de éstos.

Por unos instantes, cabalgamos en silencio.

—¿Qué tiene ese coche suyo que no funciona? —preguntó de pronto Haji Lal.

—No lo sé.

—¿Volverá a funcionar alguna vez?

—No lo sé.

—¿Y qué piensan hacer si no funciona?

—Seguir a caballo.

Se produjo otra pausa.

—¿Me lo venderían? —preguntó Haji Lal.

Aquellas palabras sonaron como música celestial. Pero Christopher se esforzó por no demostrarlo.

Tardamos una hora a caballo para llegar al *robat* de Moghor. Un *robat*, además de ser el término que los afganos utilizan para referirse al caravasar, es también una medida de longitud, pues las principales carreteras tienen uno de estos establecimientos cada cuatro farsangs, es decir, cada veinticinco kilómetros. El *robat* consiste en el patio habitual, con establos en la planta baja y una hilera de habitaciones encima de la entrada. Aunque los parapetos están almenados, por si hay incidentes serios, y las puertas se cierran más temprano que en Persia. La gente del lugar estuvo de acuerdo en que la carretera no era lugar seguro para Jamshyd y el equipaje a estas horas del día, y enviaron en su busca tan pronto como les fue posible.

Moghor, 8 de mayo. Christopher ha aceptado la oferta de Haji Lal por el coche, que asciende a unas cincuenta libras. Él sólo pagó sesenta cuando lo compró. Uno de los guardias se ha marchado a Qala Nau en busca de una parte del dinero el resto llegará en saquitos procedente de las aldeas vecinas. Nuestro amigo debe de ser un hombre influyente. Hay que deducir diez libras por el caballo negro, pues Christopher se ha encariñado con él. Yo alquilaré uno para mí, por si más adelante conseguimos transporte motorizado.

Acaba de pasar un vehículo todo terreno con destino a Herat en el que viajaba el secretario del Consulado ruso en Maimana. Como había visto que unos bueyes tiraban de nuestro coche, se detuvo para preguntar si podía ayudarnos en algo, lo cual fue muy amable por su parte. Nos dijo que los camiones circulan casi a diario entre Maimana y Mazar-i-Sharif.

Después de que se fuera, un afgano entró en la habitación y se dirigió a mí llamándome *tovarich*.

—¡Santo cielo! —exclamé—. No me trate de camarada, que soy inglés.

Necesité un rato largo para convencerle de que no todos los rubios son rusos. Pero cuando por fin conseguimos hacérselo entender, dejó entrever que era un ciudadano ruso que había escapado del país y que en realidad no tenía nada que ver con los bolcheviques.

Cerca del robat hay un río, al que fuimos a lavar los platos al atardecer. Como vimos que al otro lado había una aldea, le preguntamos a un joven que pasaba por allí si podría acercarse a comprar un poco de leche para nosotros. Contestó que sí, si le proporcionábamos algo para traerla. De modo que le dimos un termo. Sin embargo, en vez de dirigirse hacia la aldea, se quedó quieto y con los ojos abiertos, manoseando el reluciente objeto mientras nosotros terminábamos de lavar. Luego, cuando nos disponíamos a regresar al robat, corrió en pos de nosotros y después de despojarse del turbante, nos lo entregó como garantía a cambio del termo.

Más tarde. Todo el mundo piensa que a Christopher lo han estafado por lo que respecta al coche. Por lo visto, en este país su valor es mayor del que nosotros pensábamos. Se me ha olvidado mencionar la parte más curiosa del trato, y es que tuvimos que darle a Haji Lal una carta que le autorizaba a visitar los edificios de Nueva Delhi. Hice todo lo que pude, aunque allí no conozco a nadie del departamento de Obras Públicas.

Antes de partir para este tipo de viajes, uno debería realizar un cursillo de primeros auxilios. Acaba de visitarnos un hombre para que le arreglemos el pulgar que tiene dislocado, y otro que sufre de lombrices. Todo cuanto podemos hacer es un poco de teatro al tratarlos. Pero, en lugar de disfrazarnos de hechiceros, resultaría mucho más satisfactorio saber que se les puede curar.

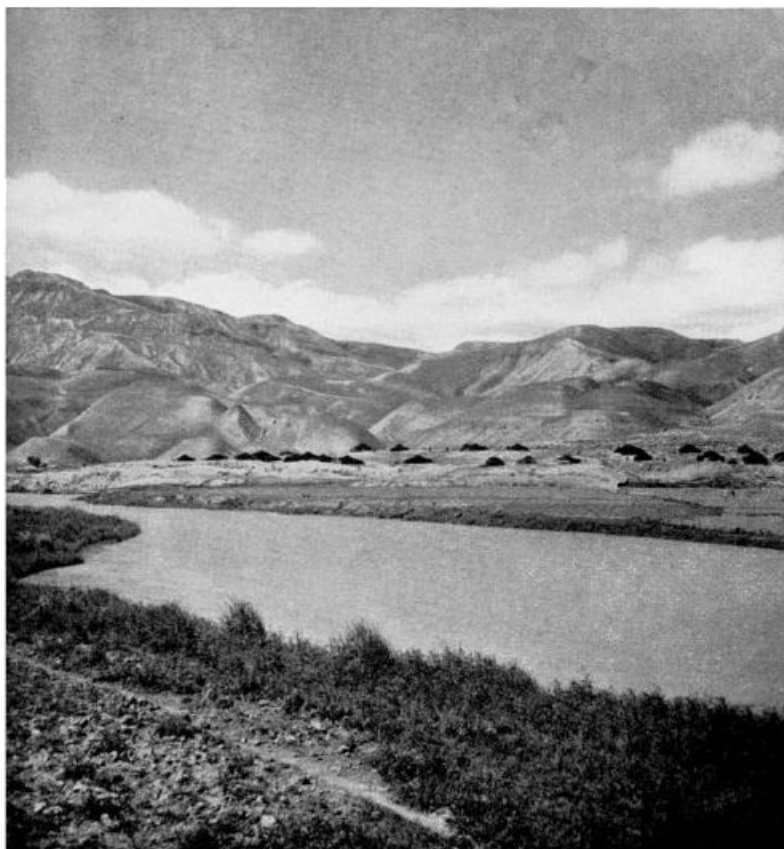
Bala Murghab (460 m, unos 70 km desde Moghor), 20 de mayo. Hace seis días que salimos de Herat. De haber partido por la mañana en lugar de hacerlo por la tarde, lo más probable es que hubiésemos llegado a este pueblo aquella misma noche.

Al abandonar Moghor, nuestra caravana estaba formada por seis caballos tres para el equipaje, uno para mí, otro para el «pistolero» que nos escoltaba, y el negro de Christopher. Éste resultó ser un notable trotador, que adelantaba la pata interna y la de fuera alternadamente y a la velocidad de una ametralladora. Nos apartamos de la carretera para el tráfico motorizado y, atajando por las lomas, llegamos a las colinas más altas, todavía cubiertas de hierba, si bien salpicadas por afloramientos de rocas y de vez en cuando por algún arbusto de pistacho, que yo confundía con las higueras silvestres hasta que vi los manojos de frutos rojizos. Desde lo alto de aquella cordillera echamos un último vistazo a los montes Paropamisus a nuestras espaldas, medio ocultos todavía detrás de las nubes que amenazaban lluvia. Frente a nosotros, y más cercana, se alzaba la cordillera principal del Band-i-Turkestan.

Luego surgió ante nosotros un amplio valle, tórrido y pedregoso, en donde volvió a hacer acto de presencia la flora del desierto. Y un viajero solitario, al divisarnos

desde lejos, se ocultó en una barranca hasta que hubimos pasado. Al otro lado del valle, cuando nos preparábamos para una nueva ascensión, descubrimos un río que, ante nuestra sorpresa, fluía recto hacia la pared de la montaña. La explicación de semejante comportamiento residía en un par de entradas rocosas, cada una coronada mediante una atalaya, las cuales le permitían pasar a través de las montañas. Seguimos el curso del río y pasamos de la orilla oeste a la este a través de un puente ruinoso, de cuyos dos arcos, uno había desaparecido con alguna riada, y lo habían sustituido después mediante un puente colgante de madera. La carretera, que debía de juntarse con el río más al sur, utilizaba este puente. Según el ruso que nos había visitado en Moghor, fue Alejandro Magno quien construyó tanto el puente como las atalayas.

El río en cuestión era el Murghab, que nace en el Hindu Kush y se consume hasta perderse por el desierto en torno a Merv. Aquí tendría el mismo tamaño que el Támesis en Windsor, si bien la corriente era más impetuosa y fluía entre los márgenes bajos cubiertos de hierba, flanqueado por cañas y arbustos de espirea con flores rosa. Al otro lado, algunos grupos de tiendas negras se desperdigaban por las verdes laderas de las colinas.



El río Murghab

Puesto que habíamos cabalgado cincuenta kilómetros y para Murghab todavía faltaban unos veinte, nos detuvimos a pasar la noche en un robot. Allí la gente era estúpida y desagradable, y nuestro dormitorio una celda sin ventilación y llena de moscas, lo cual evidenciaba que teníamos que haber dormido un poco durante el día;

de modo que nos alegramos cuando partimos temprano esta mañana. Abandonamos por fin el valle y salimos a una llanura cultivada, ceñida por las redondeadas estribaciones montañosas cubiertas de hierba. Aquí el calor era mucho más intenso. La hierba segada que había a los lados de la carretera tenía ya un tinte amarronado, y el trigo estaba muy alto, repleto de áfaca rosa. Sin embargo, en algunas de las colinas los hombres estaban arando tal vez para una segunda cosecha. Como de costumbre, la ciudad semejaba un bosque desde lejos, aunque a mí me recordó una villa irlandesa nada más llegar. Las casas son de una sola planta y las puertas dan directamente a la calle, así que, en vez de los habituales muros blanqueados y los patios que impiden ver el interior de las viviendas, uno puede echar una ojeada a la vida que se desarrolla ahí dentro.

Aquí empieza el Asia Central. Hasta nuestros oídos llegan conversaciones en turco meridional, que musitan hombres velludos y de ojos rasgados, vestidos con túnicas a rayas o floreadas. Los turcomanos, que llevan birretina y prendas rojas, deambulan arriba y abajo, y la mayoría ha escapado por la frontera rusa, que se halla a tan sólo treinta y dos kilómetros. Estuvimos observando a un grupo de sus mujeres, vestidas todas con distintos tonos de rojo e inclinadas sobre su comida en un patio sin cerrar: mientras comían hacían bambolear sus altos tocados, de modo que semejaban un parterre lleno de geranios y minutisas. Para nuestra sorpresa, vimos también judíos sentados con total despreocupación delante de sus comercios.

Nuestro pistolero nos llevó a casa del gobernador, que se encuentra en un jardín tapiado junto al río. Cerca de allí, sobre una escarpa que se eleva por encima del agua, está encaramado el viejo castillo, en el que hay ahora una pequeña guarnición. Desde el castillo hasta el jardín, la orilla está flanqueada por moreras, bajo las cuales los hombres de la ciudad pasan su tiempo libre conversando, leyendo, orando o lavando y apacentando sus caballos. Christopher se les unió con el suyo.

El gobernador estaba comiendo, pero impartió órdenes para que fuéramos sus huéspedes. Tenemos una habitación al fondo del despacho de su secretario. Nos han dicho que tiene setenta años, que luce una larga barba blanca, y que se le aprecia mucho porque ha terminado con los bandidos. Al otro lado del jardín había algunos de estos ladrones, cuyos grilletes resonaban metálicamente; se les veía bastante contentos. Por lo visto, el gobernador disfruta de la posición de un kan hereditario, y es muy posible que sea el último representante de los numerosos soberanos independientes que surgieron entre el Oxus y el Hindu Kush hasta hace ochenta años, cuando el emir Dost Mohammad incorporo sus dominios al estado afgano. Su hijo, cuyo rostro recuerda al de un noble español, y que luce botas altas, traje de caza, chaquetón largo, cuello blanco almidonado y turbante ladeado sobre un ojo, sin duda ejerce los honores con el aire de un príncipe heredero. El ambiente reinante es patriarcal. Turcomanos, tadjiks y uzbekos de ambos sexos siguen acercándose por el sendero del jardín hasta la ventana del secretario en busca de justicia.

Un retriever Labrador negro y un dudoso spaniel deambulan también por el

jardín, ambos criados en Rusia.

Maimana (880 m, unos 80 km desde Murghab.), 22 de mayo. ¡El Turquestán!

Los últimos tres días he estado leyendo a Proust (y empiezo a observar en mi diario la intromisión de detalles incontrolados). La descripción que hace de cómo el nombre de Guermantes le hipnotizó me recuerda en qué medida el nombre del Turquestán me hipnotizó a mí. Esto empezó en el otoño de 1931. La Depresión estaba en plena marcha, Europa era insoportablemente sombría, uno se preguntaba si el comunismo sería la solución, y la única vía de escape parecía ser una villa en Kashi, donde no pudiera llegar el correo. Consulté la Biblioteca de Londres, la de la Central Asian Society y la School of Oriental Studies, pero por lo que se refería al interés arquitectónico y al histórico, el Turquestán ruso, si bien no tan lejano, ofrecía mucho más que el chino. Así que renuncié a Kashi, hice amistad con un secretario de la Embajada rusa, reuní a los miembros de una posible expedición y me fui a Moscú en busca de un permiso para ponerla en marcha. Fue inútil. En todos los departamentos me encontraba con el mismo argumento: cuando se les permitiera a los científicos rusos entrar en la India, o incluso a un simple catador de té, yo podría viajar a Bujara. En 1932, cambié al plan Original. Organicé otro grupo y solicité a la Oficina de la India permiso para viajar por la carretera de Gilgit hasta Kashi. Esta solicitud — después de producir extraños efectos secundarios en el tipo de información que se confía a los archivos de la Oficina de la India, relacionada siempre con aquellos que quieren visitar la India— se remitió a Delhi y a Pekín. Sin embargo, antes de que pudieran contestarla, el gobierno de Kashi cayó, la guerra civil se extendió por todo Sinkiang y la carretera a Gilgit se cerró para los viajeros. Quedaba un tercer Turquestán: el afgano. Para él se formó otra expedición, pero en el último momento preferí aprovechar una investigación sobre las características combustibles del carbón. Lo intenté yo solo y fracasé, lo intenté de nuevo y ahora tengo esperanzas de conseguirlo. Sin embargo, aunque hayamos cruzado la frontera del país, todavía estamos a mitad de camino hasta Mazar-i-Sharif.

Cuando Proust conoció a su duquesa en persona, la imagen que se había forjado estalló en mil pedazos; tuvo que construirse otra que concordara con la mujer en vez de con nombre. Mi imagen se ha confirmado, acrecentado incluso. En los últimos dos días, toda la novedad y el bucólico atractivo que implicaba el nombre de Turquestán se ha hecho realidad; todo un capítulo de la historia se ha transferido ya de la página impresa al ojo de la mente: y debo este logro a la buena suerte de la estación climática. Lo que le falló a Proust fue la apariencia de Madame de Guermantes. Nosotros encontramos el Turquestán envuelto en el esplendor de principios del verano.

Había tres coches en el jardín del gobernador de Murghab. Uno era la carrocería sin vida de un Ford gris descapotable. Los otros eran unos Wauxhall nuevos, cerrados

y de color rojo oscuro: cuando llovía, los tapaban con una lona impermeable. Por la mañana temprano, después de nuestra llegada, el gobernador y su hijo se marcharon con los Wauxhall a Maruchak, en la frontera rusa. Observamos con aflicción cómo el motor del Ford estaba desperdigado entre los macizos de plantas del entorno, y encargamos unos caballos.

—Yo puedo llevarles a Maimana en coche, si quieren —dijo un muchacho persa llamado Abbas, al tiempo que sacaba el radiador, oculto detrás de unos arbustos—. Podríamos salir dentro de una hora.

La posibilidad de recorrer con aquel absurdo vehículo más de tres o cuatro kilómetros —de los ciento ochenta que nos separaban de Maimana— nos pareció tan remota que no tomamos ninguna de las precauciones que solemos tomar antes de partir: no preparamos comida; nos abstuvimos de contar las piezas de recambio del coche, aunque fuera por cortesía hacia el conductor; e incluso llegamos al extremo de ponernos lo que llamábamos nuestros mejores trajes. Cargamos el equipaje en la parte trasera, donde llegaba hasta el techo. Y cuando Christopher y yo nos sentamos en la parte de delante, el chasis se hundió un palmo y medio, como si fuéramos la suegra en una película cómica muda. Abbas hacía girar la manivela de arranque y, de pronto, el brazo le salió disparado por encima de la cabeza; del motor, ahora montado, salió un estruendo similar al de una herrería, y nosotros saltamos por encima de los macizos de flores del gobernador. Abbas corrió veloz en nuestra persecución y agarró el volante a tiempo para hacer pasar el vehículo por la puerta. Por la calle principal, la gente huía despavorida. En unos segundos atravesamos la población y cruzamos a toda velocidad por un valle desértico. El equipaje cayó por las ventanillas sin cristales. El radiador, lanzando surtidores hacia el cielo, primero se inclinó hacia delante, luego hacia atrás, encima del motor, y al final se enredó con el ventilador, hasta que decidimos sujetarlo con las cuerdas de petate. El estruendo del motor empezó a ser apocalíptico, resonaba y chisporroteaba sin ritmo alguno, hasta que por último, con un ensordecedor cañonazo final, se apagó por completo, y Abbas nos sonrió con la expresión de un director de orquesta cuando baja la batuta después de que le hayan aplaudido una sinfonía. Aunque con algo de retraso, un estampido solidario del neumático de la rueda posterior anunció que, de momento, ella también necesitaba descansar. Tan sólo habíamos recorrido dieciséis kilómetros.

No había rueda de recambio. Abbas, después de atar los jirones de la cubierta de goma, se dispuso a crear un remedo de rueda, mientras Christopher y yo, convencidos aún de que nos perseguía la mala suerte, dejábamos que nuestros mejores trajes se posaran sobre la hierba, a cierta distancia. Las sombras de la tarde se hacían cada vez más largas, y aún faltaba resucitar el motor. Pero esto se consiguió con celeridad mediante unos cuantos golpes de martillo al azar, como los que uno daría a un niño pequeño, y saltamos justo a tiempo dentro del coche. Empezábamos a ser conscientes de que los pasos de canguro que daba, aunque no tan cómodos como el suave deslizamiento del viejo Chevrolet, nos conducían por una carretera en la que el

Chevrolet nunca habría podido transitar.

El valle por donde circulábamos debía de medir unos tres kilómetros de ancho. Un río lo recorría en dirección oeste, recluido dentro de una hendidura en la tierra. A ambos lados se elevaban unas colinas de tierra, cuyos perfiles imprecisos y verdosos, redondeados y pulidos por el tiempo, tenían el brillo de los flancos de un caballo, si bien las del oeste bajaban tan verticales hacia el fondo, que se convertían en unos riscos desnudos al juntarse con el valle, donde descubrían la capa que había debajo, en la que no tenía cabida el verdor. Tanto el valle como las colinas estaban cubiertas con una ondulante hierba de color verde dorado, tan exuberante que nos costaba creer que no la hubieran sembrado a propósito; sin embargo, al llegar a las zonas cultivadas, la siembra se veía rala y débil comparada con aquellos pastos. Esta maravillosa región, en la que no hay un solo guijarro que impida arar y sembrar, estaba casi deshabitada.

Tampoco se veía un solo guijarro en la carretera. Al salir de valle y cambiar el rumbo de norte a noreste, lo único que marcaba la pista eran dos cunetas que habían excavado con este propósito, las cuales surgían y se esfumaban tras las hondonadas de las pendientes. La hierba, que de lejos se veía tan lisa, estaba repleta de hoyos y montículos, y cada topetazo amenazaba con liquidarnos. Pero, casi sin darnos cuenta, la distancia que nos separaba de Maimana era cada vez menor, y habíamos recorrido sesenta y cinco kilómetros cuando Abbas, al divisar dos columnas de turba junto a la carretera, sugirió que, aunque los faros no tuvieran nada que desear, era preferible pasar allí la noche. Convencidos de que ya habíamos tentado bastante a nuestro destino en un solo día, le dimos la razón.

Un desvío que había entre las dos columnas nos llevó por una serie de gibosos puentes hasta una casa solitaria y un jardín dominados por un bosquecillo de álamos. Salió a recibirnos su propietario: un hombre de talla mediana, vestido de blanco y con turbante también blanco, cuya sonrisa, enmarcada por una rizada barba castaño oscuro, tenía la misma inocencia que la de un niño pequeño. Nos acompañó a una habitación cubierta de alfombras, con una ventana de corredera, una chimenea y un montón de libros antiguos en una hornacina que había encima de la puerta. Desprendía el mismo olor que una sala de estar inglesa, procedente de la mezcla de pétalos de rosa que se estaban secando en otra hornacina. Unos niños entraron con el equipaje. Otros trajeron té mientras nos sentábamos afuera, sobre la hierba, y contemplábamos las frías y sinuosas sombras que surgían entre las verdes colinas teñidas de oro, por encima de las se elevaban los abruptos picos liláceos del Hindu Kush occidental.

A la hora de la cena de las aldeas vecinas llegaron unos jinetes con la intención de que les tratáramos sus dolencias. Uno tenía la fiebre; otro magulladuras en la nariz, pues se la habían partido como castigo; otro sufría jaquecas y vómitos por las mañanas; otro padecía por toda la espalda, y desde hacía un año, una pestilente enfermedad de la piel cuyo aspecto recordaba la sífilis sin embargo, ¿qué podíamos

hacer por él? Entre todos repartimos aspirinas, quinina y pomada, todo cuanto teníamos, y entonces asumimos de forma deliberada el aire de superchería típico del brujo doctor, diciéndoles que los medicamentos no funcionarían al menos por lo que se refería a las heridas a no ser que se acompañaran de continuos lavajes con agua hervida. Sí, hervida...susurrábamos, como si nos refiriésemos a un hígado de sapo. Esta mañana vinieron más.

Después del desayuno fui a dar un paseo por el bosquecillo de álamos. Los gorriones gorjeaban en las ramas superiores. Debajo había sombra y humedad, y olía lo mismo que un bosque inglés, lo cual me provocó un ramalazo de nostalgia. Luego nuestro anfitrión nos llevó a ver su jardín tapiado: un viñedo con una torre vigía en el centro, en la que suele sentarse para disfrutar de la vista y ver quién llega. En una esquina había una húmeda hondonada con una maraña de rosales repletos de enormes rosas color carmesí, de las que cortamos un ramo cada uno.

Le preguntamos si podíamos pagarle algo por nuestro aloja miento, o al menos por los alimentos que habíamos consumido.

—No, no pueden —contestó—. Mi casa no es una tienda. Además, ustedes han dado sus medicamentos a la gente.

—Es un santo varón —explicó Abbas, cuando nos marchábamos— que acoge a todos los que viajan por esta carretera. Es por ese motivo por el que colocó estas cosas —añadió, señalando las columnas de turba—, para que sepan que su casa se encuentra allí. Este lugar se llama Kariz.

El coche olía a rosas cuando cruzamos la frontera para entrar en el Turquestán.

La carretera ahora volvía a ser una pista hundida, si bien presentaba horribles obstáculos a medida que atravesaba las colinas. Cruzamos los lechos de dos ríos, de unos trescientos metros de ancho, como si jugáramos a la silla vacía con las piedras. La inclinación para salir del primero era tan pronunciada que reculamos patinando hasta el agua a cincuenta por hora. En cada grieta, la lluvia había abierto grandes fisuras en la superficie de la tierra blanda. Al final nos trasladamos a la antigua carretera para caballerías, en donde la conducción no se vería obstaculizada por los continuos cauces. En cambio, allí nos acechaban unos profundos baches en los que el Ford rebotaba como una pelota de tenis.

A unos veinte kilómetros de Maimana, en la llanura de Bokhara Qala, nos detuvimos junto a un estanque en medio de un grupo de árboles para presenciar una pelea de perdices. Los espectadores formamos un corro y de las jaulas de mimbre sacaron las aves. Sin embargo, al cabo de unos instantes, una de las dos perdices dio media vuelta y se deslizó por entre nuestras piernas escapando campo a través mientras todos nosotros la perseguíamos. La carretera estaba mucho más transitada ahora. La mayoría de los viajeros montaban un tipo de caballos de caza en miniatura, como si aquí la raza árabe se hubiese cruzado con la china. Con sus vistosos turbantes, ondulantes barbas, túnicas floreadas y las alfombras enrolladas en la grupa, parecerían recién salidos de alguna pintura timurí si no fuera por los fusiles que

llevaban colgando de los hombros. Había animales también: muchas serpientes y tortugas, grajos indios de plumaje tan brillante como el del martín pescador, que salían asustados de sus madrigueras cuando pasábamos por su lado, y un tipo de ardilla de tierra, color ocre claro, cuyo rabo rudimentario medía tan sólo cinco centímetros y era característico de las regiones sin bosques. Cerca de Maimana las colinas estaban más cultivadas, y observamos que, hasta donde llegaban los surcos del arado, a menudo en el mismísimo borde de las verdes escarpas, crecían las amapolas de modo que incluso las cumbres adquirían un tono escarlata en medio del verde dorado.

El gobernador de Maimana se había marchado a Andkhui. Pero su ayudante, después de ofrecernos un té, pasteles o pistachos y almendras, nos acompañó a un caravasar contiguo al bazar principal, un viejo enclave de aspecto toscano y rodeado de arcos de madera, donde todos tuvimos nuestra habitación, tantas alfombras como quisimos, una jofaina de cobre para lavarnos, y un criado barbudo calzado con botas altas de enormes tacones, que abandonó su fusil para ayudarnos en la cocina.

Fue una cena especial. Una sensación de bienestar se había apoderado de nosotros en esta tierra de abundancia. Jarras de leche, arroz guisado con pasas, pinchos de carne salpimentada en su punto, mermelada de cerezas y pan recién horneado que acababa de llegar del bazar. A todo lo cual contribuimos con algunos obsequios nuestros: sopa preparada, ketchup, cerezas maceradas en ginebra, chocolate y Ovaltine. Las reservas de whisky bastarán, pero por desgracia la biblioteca anda escasa de clásicos, de modo que ahora estoy leyendo la traducción de Tucídides que hizo Crawley, mientras que Christopher ha regresado a nuestro ya muy destrozado Boswell.

También hemos traído con nosotros una obra de sir Thomas Holdich titulada *The Gates of India*, la cual nos proporciona un resumen de la exploración afgana de 1910 y describe el viaje de Moorcroft, que falleció en Andkhui en 1825. En la página 440 encuentro este comentario: «Los libros de Moorcroft (treinta volúmenes) se han podido recuperar, y la lista sorprendería a cualquier viajero moderno que crea en un equipo ligero y de fácil manejo». Lo sorprendente es que, teniendo en cuenta que estuvo viajando durante cinco años, llevara tan pocos libros. ¡Un equipo ligero y de fácil manejo! Uno conoce a esos viajeros modernos, a esos instructores ya crecidos y pseudocientíficos cretinos, a los que unas congregaciones de oficiales ya extinguidos envían para que comprueben si las dunas cantan o la nieve es fría. Reciben el apoyo de cantidades ilimitadas de dinero y todo tipo de influencia oficial, penetran en los rincones más recónditos de la tierra y, además de comprobar que en efecto las dunas cantan y la nieve es fría, ¿qué otra cosa observan a fin de ampliar la mente humana?

Nada.

¿No resulta sorprendente? Cuidan de su salud física, se someten a un duro entrenamiento, observan las reglas para mantenerse fuertes, y cargan con un montón

de medicamentos para curarse cuando, a consecuencia del proceso de fortalecimiento, se vengan abajo. Pero ninguno piensa en su salud mental, ni en su posible importancia en un viaje que se supone debe ser de observación. Su equipo ligero y de fácil manejo contiene alimentos para todo un rascacielos, instrumentos para un buque de guerra y armas para un ejército. Pero no debe contar con un solo libro. Me gustaría ser lo bastante rico para dotar con un premio al viajero sensible: diez mil libras para el primero que cubra la ruta de Marco Polo y a la vez lea tres libros distintos a la semana, y otras diez mil si, además, bebe una botella de vino a día. Ese hombre podría contarnos algo de su viaje. Tanto da que sea o no un observador natural. Al menos usaría los ojos de que dispone y no creería necesario disfrazar el resultado con emociones que nunca ocurrieron, ni datos científicos que no van más allá de su propia jerga específica.

Lo que quiero decir es que si tuviera conmigo más historias de detectives en lugar de a Tucídides, y más botellas de clarete en vez de whisky templado, lo más probable es que me estableciera aquí para siempre.

Maimana, 24 de mayo. El patio de nuestro robat se convierte en un mercado por la mañana. Nos despierta el ruido de cascos de caballos, la descarga de los fardos y el regateo en persa y en turco meridional. Debajo de la galería oscila un mar de turbantes blancos, azul intenso, rosa y negros, unos achatados y anchos, otros ceñidos y con forma de calabaza, y algunos retorcidos como si acabaran de salir del rodillo de la secadora. Estos comerciantes son en su mayoría uzbekos, de rasgos aguileños y barba hirsuta todos ataviados con largas túnicas de zaraza o de seda, estampados con flores o a rayas, o con unos efectos tornasolados en rojo, púrpura, blanco y amarillo, que antes se fabricaban en Bujara y en la actualidad se consideran pasados de moda. Las altas botas de cuero tienen las puntas en forma de canoa, tacones altos y bordados en torno al ribete superior. El bazar está lleno de otras: afganos del sur, tadjid de habla persa, turcomanos o hazaraspies. Los turcomanos son los del Oxus, y se distinguen de las tribus occidentales porque llevan un tocado distinto: en vez del morrión negro, lucen un cono de piel de borrego circundado por un anillo de cuero sin pulir que, según dicen procede del sagabi, una especie de salamandra. ¿Se referirán a la nutria del Oxus? Los hazaraspies, que pertenecen a la rama mongol, proceden de los ejércitos de Tamerlán, y viven sobre todo en las montañas, supuestamente en la pobreza más extrema. Los que vemos por aquí son la viva imagen de la prosperidad, personas robustas, rostro ovalado y atractivo, de apariencia y talante achinados, que visten chaqueta corta bordada, no muy diferente de las que hace un siglo llevaban los pueblos del Levante. Entre la multitud destacan algunos tipos: un mercader hindú; un derviche que lleva una serpiente viva que mide casi un metro y medio y es venenosa, y se le enrosca alrededor del cuello; un hombrecito que luce pantalones blancos de dril y una gorra de tela negra, y que resulta ser el cónsul

ruso. Las mujeres, como de costumbre no se ven por ningún lado, pero las muchachitas visten sari y llevan joyas en la nariz, al estilo de la India. Hasta los soldados son incapaces de solucionar un conflicto. Esta mañana pasó un regimiento por el bazar: unos tipos de rostro cadavérico y aspecto enfermizo cuando se les despoja del turbante, pero todos con una rosa en la boca del fusil. Es posible que Nur Mohammad esté con ellos, pues hay aquí una importante guarnición, y Nur iba a regresar a ella cuando me despedí de él aquella mañana en Qala Nau.

Arquitectónicamente hablando, la ciudad carece de personalidad. El único rasgo que la distingue es un castillo ya en ruinas. En su interior hay un montículo donde antes se alzaban unas construcciones, como demuestran las pilas de ladrillos, pero ocupado ahora por una solitaria tumba sagrada.

En las afueras de la ciudad, allí donde termina el bazar, y frente a un horizonte de álamos, se extiende un amplio prado que podría ser un campo de cricquet inglés. Todas las noches, una charanga toca delante de la residencia del comandante en jefe, una casa de adobe, de una sola planta, protegida por un seto de rosales. En las casas de té próximas a la carretera, alguien rasga una guitarra. Los hombres dejan a un lado sus tazas y musitan una melancólica canción. Un arroyo que hay al lado hace girar un pequeño molino, y una bandada de palomas blancas se ha reunido en la orilla, debajo de un plátano. La orquesta vuelve a oírse a lo lejos.

Los hombres, con una rosa en la boca, pasean por el prado para contemplar las competiciones de lucha libre. Cada luchador lleva una gorra puntiaguda y conserva puesta la larga túnica, aunque se la sujeta en torno a la cintura con una faja roja, la cual proporciona un agarradero al competidor. Antes de que comience la lucha, se anuncia una pelea de perdices, y el corro se abre para luego volverse a cerrar en torno a las aves. Al final, una de ellas escapa, y el público, tanto muchachos como hombres de barba cana, se levantan la túnica por encima de las rodillas y se dispersan en una frenética persecución.

Contra la oscuridad de una tormenta que se acerca, el pálido color naranja de la puesta de sol ilumina las verdes montañas de tierra, los cimbreantes álamos plateados por la brisa y los trajes multicolores de la gente que se divierte.

Andkhui (340 m, 130 km desde Maimana), 25 de mayo. Hemos alquilado un camión para que nos lleve a Mazar-i-Sharif. Es un Chevrolet nuevo, y todos sus accesorios, arranque automático, cuentakilómetros, etcétera, funcionan. Esta es la mejor manera de viajar por aquí. Por encima de los bancos hemos desparramado todo cuanto necesitamos: alimentos, botellas de agua, cámaras, libros y nuestros diarios, mientras el equipaje más pesado viaja en el techo. El conductor es un indio de Peshawar, y por lo tanto más respetuoso, pero tartamudea, y cuando él Christopher tartamudean juntos la conversación avanza a un ritmo muy lento. A su lado, y desde Maimana, viaja nuestro querido Gato con Botas con su fusil, así como un par de

turcomanos: uno semeja un oficial de la guardia, y el otro un Apolo etrusco.

Para viajar, el Gato con Botas lleva un sombrero de piel de borrego marrón, levita de fieltro negro, y calzones de esos que por delante están sin cerrar. Debajo lleva otros, pero el efecto es impresionante. Su nombre es Ghapur.

Desde Herat a Maimana viajábamos casi siempre en dirección norte. Pero al dejar Maimana giramos rumbo al norte, por un valle como los que se encuentran en las tierras altas de Wiltshire, donde las aldeas se alinean en estrecha sucesión a lo largo de un pequeño río sin nombre que serpentea entre los huertos y los campos sembrados; en este caso huertos de moreras y albaricoqueros, y campos cubiertos de flores de lino azul pálido. Después de Faizabad, la mayor de las aldeas, las colinas eran más bajas, los terrenos más yermos y el aire más cálido, y empezamos a patinar sobre la arena. Un horizonte plano se abrió ante nosotros, una brisa siniestra y calurosa nos azotó, y el cielo adquirió un color plomizo. Habíamos llegado a la llanura del Oxus, y percibimos la presencia del río, a ochenta kilómetros de allí, lo mismo que se percibe la presencia del mar antes de verlo. Al final divisamos una colina de cumbre plana, sobre la cual, después de una escalinata custodiada por dos leones de estuco amarillos, se alzaba un espantoso bungalow de ladrillo. En él encontramos al gobernador de Maimana, un hombre gigantesco y con gafas, pequeña barba negra y voz femenina, a quien entregamos una carta de Shir Ahmad.

—Sí, el terreno está quemado de aquí a Mazar —reconoció—, pero vuelve a ser verde cerca del Jihun.

Utilizó esta denominación para referirse al Oxus, pero no lo entendió al referirnos nosotros al Amu-Daria. Impartió órdenes para que nos facilitaran alojamiento en Andkhui, que todavía se encontraba a unos tres kilómetros de allí.

Andkhui es el centro del comercio de las pieles de borrego. En el depósito del bazar, atestado también de petróleo ruso y cubos de acero galvanizado, observamos que las pieles se curaban dentro de una solución de cebada y sal, luego se tendían encima de las azoteas para el secado y después se apilaban formando fardos para su embalaje. El director nos informó de que habían desterrado a los judíos a Herat para que el comercio no siguiera en manos de «extranjeros». La mayoría de los rebaños pertenecía a los turcomanos, añadió. Las pieles de Andkhui eran las mejores, las de Akcha eran casi tan buenas como las de Andkhui, pero las de Mazar, donde las ovejas parían tres o cuatro semanas más tarde no eran tan buenas. Todos los años exportaba un lahk (7.500) de pieles a Londres.

Christopher le preguntó si podría comprar algunas de las más finas, por supuesto.

—Esta calidad —dijo el hombre, señalando un pellejo con el que tan sólo se podrían confeccionar un par de manguitos para muñecas— cuesta setenta afganis (una libra y quince chelines). La mejor calidad, ideal para confeccionar un buen sombrero, costaría unos cien. Pero de este tipo no se consiguen muchas.

Es viernes por la noche, y la gente celebra la fiesta en unas mesas que han colocado bajo el bosquecillo de moreras que hay en las afueras del bazar. Escribo en

medio de gentío mientras bebo whisky con nieve dentro y espero a que llegue el arroz pilaf.

Mazar-i-Sharif (370 m, 195 km desde Andkhui), 26 de mayo. Debo reconocer que, para mí, nuestra legada aquí esta noche ha significado una gran ocasión. En agosto salí de Inglaterra con dos deseos: uno, contemplar los monumentos de Persia; otro, llegar a esta ciudad. Ninguno de esos dos deseos era excepcional, pero ha hecho falta algún tiempo para que se hiciesen realidad.

Habíamos salido de Andkhui a las cinco de la mañana. Al divisar un rebaño de ovejas, cuando el sol estaba ya en lo alto, detuvimos el camión y nos acercamos a pie por encima del pasto ralo y crujiente que hace que la lana sea tan rizada. El pastor era un uzbeko y al principio no quiso saber nada de nosotros, pues nos creía unos rusos. Luego pidió excusas por sus malos modales y explicó que, tres años atrás, los rusos le habían robado cerca de sesenta mil de sus mejores ovejas, lo cual hizo que nos preguntáramos si los desdichados judíos no estarían relacionados con esa clase de transacciones. El rebaño estaba formado por dos razas: la karakul, o astracán, que es la que proporciona las pieles más finas y la árabe. Y, después de coger un cordero de una raza y una oveja de la otra, nos enseñó cómo reconocerlos por la cola. Ambas colas eran gruesas, pero mientras la de la raza árabe era redondeada, en forma de riñón, la de la raza karakul colgaba balanceándose en el mismo centro. Más adelante encontramos un campamento turcomano. Los nombres no estaban allí y los perros nos atacaron, pero como las mujeres no los llamaban, hicieron falta veinte minutos de estudiada resolución para conseguir que las bestias ladradoras se retiraran. Dos viejas brujas, seguramente unas viudas, salieron a recibirnos ataviadas con las espantosas túnicas holgadas de arpillera gris azulada. Las más jóvenes, que se mantuvieron a cierta distancia constituían una hermosa visión mientras deambulaban de un lado al otro entre las negras colmenas, barriendo el suelo con sus túnicas blancas y rosadas, haciendo gala de su modestia detrás de los largos velos de vivo color azafranado que colgaban de unos altos tocados color rosa. Aquellos velos a menudo adquirían la forma de una capa. Más tarde, ese mismo día, pasamos entre otras mujeres vestidas aún de rojo, cuyo rostro se enmarcaba con unas túnicas cuyo color era el azul profundo del aciano, bordadas con flores.

Me aproximé a una madre con dos criaturas, pero cuando escaparon al interior de su tienda, me volví hacia una mujer más joven y de espléndido porte que abrazaba a un bebé. Después de dejar a la criatura detrás de un biombo de mimbre, agarró un palo, trazó un círculo sobre el polvo frente a ella y se me enfrentó lo mismo que un caballero medieval. Tenía el rostro congestionado por la rabia, y había algo en el tono de sus acusaciones que hizo que me sintiera incómodo, como si yo fuera un malvado que se aprovechara de la ausencia de su marido. Las dos brujas reían entre dientes ante aquella escena. Pero nuestro guardián, uno nuevo que nos habían asignado en

Andkhui, se sentía avergonzado y murmuraba que Afganistán era así. Lucía una elegante gabardina occidental y no paraba de tomar rape de una cajita de plata con forma de calabaza, con un rubí encima de la tapa.

Una de las *kibitkas* estaba vacía, tal vez una tienda para huéspedes, de manera que pudimos visitarla sin sentirnos amenazados. En el interior había un friso de listones enrejados, y otro de estera de esparto en el exterior, atados a la parte inferior de una cúpula de fieltro negro. Ésta se desplegaba sobre un armazón de madera curvada, el cual se unía en lo alto a una especie de cesta circular que se abría al firmamento y servía de chimenea. Debajo de la cesta colgaba una guirnalda de borlas negras. Una puerta de doble hoja se abría en un sólido marco de madera, ambas hojas algo esculpidas. También había una capa de fieltro en el suelo, y el mobiliario consistía en unos baúles esculpidos y pintados. El efecto global no era en absoluto de sordidez, ni de salvajismo. Cuando nos íbamos, vimos que desmantelaban una de aquellas tiendas. Los puntales del armazón, al plegarlos, semejaban un manojo de esquíes delgados. Pero la cesta del techo, tan grande como la rueda de una carreta, se balanceaba de forma precaria encima de la joroba de uno de los camellos.



Un pastor uzbeko

El día fue terrible, bochornoso y plomizo. Oxiana parecía tan descolorida y rural como la India. Una gran mancha de verdes pastos en Khoja Duka nos tentó para que

volviéramos a detenernos, y así contemplar la conducción de una manada de yeguas con sus potrillos, entre las cuales hacía cabriolas un escuálido y viejo semental de unos ocho palmos, un tamaño considerable para estas regiones. Christopher comentó que un grupo de chiquillos andrajosos que se habían sentado en lo alto de un muro le recordaban a los clientes de Sledmere. Luego llegamos a Shibarghan, una aldea en ruinas y dominada por un castillo, en donde una carretera se dirigía por Sar-i-Pul hacia el sur. Fue cerca de esa aldea donde Ferrier vio una roca esculpida de estilo sasánida. O al menos eso dice. Pero entre Maimana y Andkhui no encontramos a nadie que lo corroborara, y él es muy poco fiable para que emprendiéramos la búsqueda sin esa certeza.

Akcha era un lugar más próspero. Bajo los muros del castillo descubrimos una carretilla de heladero, cuyo dueño montó una mesa dentro del camión para que pudiéramos almorzar, y trajo un cubo con nieve para que enfriáramos nuestras bebidas.

Después de Akcha, el color del paisaje pasó del plumizo al pálido y cadavérico del aluminio, como si el sol hubiera consumido su viveza a lo largo de miles y miles de años, pues ahora estábamos en la llanura de Balkh, y dicen que Balkh es la ciudad más antigua del mundo. Los verdes bosquecillos de árboles y los toscos haces de hierba segada, con forma de surtidores, se recortaban casi negros contra aquella tonalidad espectral. A veces veíamos algún campo de cebada ya madura, de modo que los turcomanos, desnudos de cintura para arriba, la cortaban con sus hoces. Pero la cebada no era marrón ni dorada, algo que nos recordaría a Ceres, a la abundancia. Era como si se hubiese desteñido antes de tiempo, lo mismo que los cabellos de un loco como si escasearan los nutrientes. Y, a partir de estas áreas cerúleas, primero hacia el norte y luego hacia el sur, por la carretera se elevaban las deterioradas siluetas gris pálido de una arquitectura antigua montículos, arrugados y descoloridos por la lluvia y el sol, más consumidos que cualquier construcción humana que yo hubiese visto en mi vida: una pirámide retorcida o una plataforma cónica, un grupo de almenas, una bestia agazapada, completamente familiares para los griegos de Bactriana, y más tarde para Marco Polo. Deberían haberse desvanecido, y sin embargo el mismo impacto del sol, desafiando la obstinación de su barro ceniciento, había conservado alguna chispa inextinguible de la forma, una chispa como no habían conservado un terraplén romano o un montículo ahora cubierto de hierba crecida, una chispa que todavía titila en un mundo más brillante que el propio, agotado como sólo podría estarlo un suicida frustrado.

No obstante, de manera gradual, la región se volvía más verde, los pastos cubrían la obstinada tierra, los árboles se multiplicaban y de repente, una línea de esqueléticas murallas desvencijadas surgió del suelo y ocupó el horizonte. Al cruzar al otro lado, nos encontramos en medio de una vasta metrópoli en ruinas que se extendía hacia el norte; mientras que hacia el sur al otro lado de la carretera, el brillante verdor de las moreras, los álamos y los majestuosos plátanos que crecían aisladamente, constituían

un bálsamo para los ojos heridos por la monstruosa antigüedad del paisaje que nos había precedido. Nos detuvimos en la misma Balkh, la madre de todas las ciudades.

Mientras contemplaba aquellas ruinas, la mayoría en el mismo estado en que las había dejado Gengis Khan, nuestro guardián comentó:

—Esto era un sitio precioso antes de que los bolcheviques lo destruyeran hace ocho años.

Otro medio kilómetro de camino nos llevó al núcleo habitado del lugar: un bazar, unas tiendas, un caravasar y un cruce de carreteras. Por encima de los árboles, hacia el sur, se elevaba una alta cúpula acanalada, un azul nocturno contra el verdor de tonos oscuros y la pizarrosa amenaza de una tormenta sobre el Hindu Kush. Nos encaminamos hasta ese edificio, mientras el chófer iba en busca de alojamiento, y al salir por la parte de atrás nos sorprendió ver a nuestro conocido el gobernador de Maimana en medio de un espacio abierto. A su lado había un europeo, cuya reluciente cabeza en forma de guisante indicaba que se trataba de un alemán. Un grupo formado por cuatro soldados se había retirado a un lado, mientras en el otro se habían reunido un puñado de oficiales y secretarios. Entre los dos grupos, y frente a una tienda a la que se llegaba a través de un pasillo de alfombras, el alemán explicaba la disposición de aquel lugar a un hombre de porte digno que llevaba sombrero de pieles, barba negra muy bien cuidada, polo de cricquet y tres plumas estilográficas en el bolsillo del pecho. Ese hombre, al que el gobernador de Maimana nos presentó era Mohammad Gul Khan, ministro de Interior del Turquestán. Había llegado de Mazar-i-Sharif para inspeccionar la reconstrucción de la ciudad. En el suelo habían clavado estacas, y ya se había despejado la zona entre la parte delantera del mausoleo de la cúpula y el ruinoso arco de la madrasa situado enfrente. El alemán nos explicó que llevaba tres años viviendo en Afganistán y seis meses en Mazar, donde hace de «criado para todo» en lo referente a puentes, canales, carreteras y construcciones en general.

La tormenta se acercaba. Mohammad Gul, después de expresar sus deseos de que las inconveniencias de la carretera no hubieran supuesto una gran incomodidad para nosotros, subió al coche y se marchó. Su comentario de que había un hotel en Mazar, donde confiaba que estuviéramos cómodos, nos decidió a seguirle en vez de quedarnos en Balkh. Esto supuso recorrer otros veinticuatro kilómetros. El diluvio y la oscuridad empezaron a caer cuando llegábamos a la capital.

—¿Dónde está el hostel? —preguntamos, utilizando el término persa que se solía emplear.

—No es ningún hostel. Es un hotel. Vayan por allí.

Y tenía razón de verdad. En cada habitación hay una cama de hierro con un colchón de muelles, y al lado un baño alicatado donde nos lavamos con el agua de un balde y nos secamos los pies sobre una estera que pone «esterilla de baño». En el comedor hay una larga mesa de internado, preparada con cubertería de Sheffield y aguamaniles. La comida es persa-afgano-anglo-india, en el peor sentido de cada una

de estas cocinas. Las puertas de retrete cierran sólo por fuera. Iba a indicar esta anomalía al gerente, pero Christopher dijo que le gustaba y que no hacía falta que lo cambiaran.

Pagamos siete chelines y seis peniques al día, lo cual no es barato según las tarifas locales. A juzgar por el nerviosismo del personal, debemos de ser los primeros clientes que han tenido.

Mazar-i-Sharif, 27 de mayo. Esta ciudad debe su existencia a un sueño.

En época del sultán Sanjar, que reinó durante la primera mitad del siglo XII, de la India llegó a Balkh el rumor de que la tumba de Hazrat Ali, el cuarto califa, estaba por allí cerca. Uno de los mullahs del lugar negó tal posibilidad, pues, como todavía creen la mayoría de los chiítas, estaba convencido de que la tumba del califa se encontraba en Arabia, en Nejef. Ante esa incredulidad el propio Ali se le apareció al mullah en un sueño y le confirmó el rumor. Se encontró la tumba y el sultán Sanjar ordenó levantar allí un mausoleo, que se terminó de construir en 1136, y que constituiría el núcleo de la ciudad actual.

Aquel mausoleo fue destruido por Gengis Khan. En 1481, a instancias de Hussein Baikara, que el año anterior había estado de campaña por Oxiana, se edificó allí un santuario. A partir de ese momento, Mazar-i-Sharif se convirtió en un centro de peregrinaje, y poco a poco fue sustituyendo a las apestadas ruinas de Balkh como la capital de la provincia, tal como Mashad, siguiendo el mismo proceso, había desplazado a Tus en el Jurasán.

En la construcción de Hussein Baikara no hay gran cosa que ver cuando se mira desde fuera, aunque las dos cúpulas achatadas que señalan la existencia de un santuario dentro y otro fuera, sugieren que el plano es una copia de la Musalla de Gohar Shad. En el siglo pasado, los muros externos se revistieron otra vez de azulejos con un tosco dibujo geométrico en blanco, azul celeste, amarillo y negro. Incluso después de que Niedermayer estuviera aquí, se han efectuado otros añadidos, pues en sus fotografías no aparecen las balaustradas italianas de cerámica color turquesa a lo largo de los parapetos principales. A pesar de todo, el grupo no resulta desagradable en conjunto: podría describirse como un cruce entre la catedral de San Marcos, en Venecia, y una residencia campestre isabelina revestida de cerámica azul.

En el exterior del gran mausoleo se hallan las ruinas de otros dos más pequeños. Las cúpulas se han derrumbado, pero ambos conservan restos de mosaico en torno al tambor, de feo colorido debido a un exceso de tono rosado en el ocre. Al igual que en el mausoleo de Herat, el de la derecha contiene una cúpula interna, una achatada estructura intermedia que se apoya en el muro de una galería dentro del tambor. Encima de ésta aún pueden verse los puntales curvos de ladrillo que sostenían la cúpula superior a medida que ésta se elevaba por la parte externa del tambor.

Como en Mashad, se ha efectuado un despeje de casas en torno al santuario, a fin

de que se pueda ver de lejos y completar así las vistas desde diversas calles. De hecho, toda la ciudad se ha embellecido últimamente. Los bazares se ven nuevos y encalados, y sus azoteas se apoyan sobre columnas que dejan entrar la luz y el aire por debajo. En la ciudad nueva, donde se encuentran el hotel y las oficinas gubernamentales, unos perfectos canalones de ladrillo bordean las calzadas. El tráfico rodado se divide entre los coches indios de dos ruedas y toldo, y los carruajes rusos con su yugo de madera sobre el cuello del caballo. Después de Bala Murghab y de Maimana, volvemos a sentirnos en contacto con el mundo exterior, y deseábamos habernos quedado más tiempo en aquellos lugares. No obstante, sería una grosería no admitir que la ciudad resulta mucho más agradable gracias a estas mejoras. No hay duda de que disfrutamos con el hotel.

Por lo visto hay objeciones a que visitemos el Oxus. El gobernador y el Mudir-i-Kharija están fuera, en Haibak, y hemos tenido que tratar con el ayudante del Mudir-i-Kharija, un joven pomposo e inexperto que recibió con desdén nuestra solicitud. Pero es evidente que carece de poder para decidir al respecto. Tendremos que pedir ayuda al visir, tal como llaman aquí a Mohammad Gul.

Mazar-i-Sharif, 28 de mayo. Al lado del hotel hay un jardín público donde crecen minutisas, boquitas de dragón, malvas reales y primulas. Entre los macizos han puesto bancos, y las más populares esteras de junquillo, donde la gente se sienta a tomar el té mientras suena la música. Hay dos orquestas. Una se encuentra al sol: una hilera de ancianos con instrumentos de viento; conocen algunas melodías europeas, y les acompañan dos jóvenes situados detrás, los cuales repiten cada compás con el triángulo metálico y el tambor. La otra orquesta se sienta lánguidamente en un estrado situado debajo de un árbol e interpreta música india con un laúd, varios tambores y un pequeño armonio. Nosotros la escuchamos desde nuestras habitaciones, donde unas vidrieras se abren a una galería que da a la parte trasera del jardín.

Todas las tardes, cuando las nubes se concentran sobre las montañas, una irresistible pereza desciende sobre nosotros. Las moscas y un calor pegajoso invaden la habitación. El cloqueo de unas perdices encamina mis sueños a una tarde de septiembre en casa, hasta que recuerdo que están a la espera de combatir. ¿A qué se deben estas nubes? Hace bastante calor, pero el verano ya debería haberse instalado hace unas seis semanas. Nunca se había conocido un año así. La lluvia que cayó la noche de nuestra llegada mantendrá cerrada la carretera que va a Kabul durante un mes, y toda una aldea se ha desmoronado por el desfiladero en Haibak. Si partimos a caballo, como tal vez tengamos que hacer, habrá que acampar al raso y, aparte de traer un par de mosquiteras, hemos sido demasiado indolentes para agenciarnos el equipo necesario. El agua sería la dificultad principal en ese tipo de viaje, pues aquellos que padecen sífilis de garganta que son muchos, suelen elegir los pozos para

escupir en ellos.

Nuestras esperanzas para llegar al Oxus son cada vez más descorazonadoras.

El Muntazim del hotel, un tipo viejo, gordo y desagradable, se comporta como si fuera nuestro carcelero. Esta mañana nos siguió entre protestas hasta la oficina de Mohammad Gul, donde nos dijeron que el visir estaría durmiendo hasta las once. A esa hora volvió a seguirnos hasta la oficina. El visir seguía durmiendo. Entonces me siguió hasta la oficina de telégrafos, resoplando y sudando a causa del calor: cuanto más resoplaba él, más rápido andaba yo. El Muntazim-i-Telegraph, al que ya había advertido su compañero de Herat, dijo que había olvidado casi todo su inglés en los esfuerzos por hablar ruso: había un ruso con él en la oficina. Me sugirió que fuera a ver al médico. Camino del hospital salté a una carreta tirada por un poni y dejé al Muntazim-i-Hotel en medio de la calle. Sin embargo, por lo visto el cochero iba a completar el informe de mis movimientos.

El doctor Abulmajid Khan resultó ser un graduado por Cambridge, un hombre ilustrado y encantador, cuya reserva natural, tan rara entre los indios, no tardó en transformarse en cordialidad. Lleva ocho años residiendo aquí y, al ver mi sorpresa, explicó que había tenido que dejar el Servicio Médico Indio por culpa de un incidente relacionado con el movimiento en favor de la resistencia pasiva. Hablaba con bastante nostalgia de la imprudencia juvenil que le había arruinado la carrera, y añadió que el Movimiento parecía bastante muerto ahora, como si quisiera dar a entender que, un esfuerzo que tanto le había costado, se hubiese destinado a una causa perdida. Pero no había amargura en su voz, y ni tampoco ese inquietante tono de desafío que los nacionalistas indios asumen al referirse a los ingleses. Intenté transmitirle, sin parecer empalagoso, que los nacionalistas tenían mis simpatías, así como las de muchos más ingleses ahora que hacía diez años. Tampoco hubo amargura en las observaciones que hizo acerca de Afganistán. Le preocupa la gente y su propio trabajo, y en eso difiere de los demás indios que he conocido en este país.

No es una labor fácil la suya. Dirige el hospital contando con diez mil rupias afganas al año, el equivalente a unas doscientas cincuenta libras. Las camas están en dos o tres pabellones de una sola planta, que se encuentran en un frondoso jardín lleno de gorjeantes pájaros. El aspecto es bastante rudimentario, pero se ve limpio y ordenado. La mayoría de los pacientes sufren de cataratas, cálculos o sífilis.

Le comenté al médico nuestros deseos de visitar el Oxus y los intentos por ver a Mohammad Gul. Aseguró que los ataques de la enfermedad del sueño que éste padecía eran sólo una advertencia cortés de que no deseaba discutir el asunto con nosotros. Le pregunté qué otros pasos podíamos dar, y sugirió que escribiéramos al visir una carta en inglés, pero en un estilo tan elaborado que superara las posibilidades de traducción del Muntazim-i-Telegraph. De esta manera habría que llamar a uno de los mercaderes indios residentes, a fin de que interpretara de manera inteligible nuestras palabras.

El resultado de esta sugerencia fue el que sigue:

Su Excelencia Mohammad Gul Khan,
Ministro de Interior del Turquestán
Su Excelencia:

Sabedores por experiencia propia de que las jornadas de Su Excelencia resultan ya en exceso breves para el bienestar general de su gente, es con enorme pesar que, en ausencia de Sus Excelencias el Wali y el Mudir-i-Kharija, de viaje a Haibak, nos atrevemos a exponer ante Su Excelencia una petición personal de importancia tan poco significativa.

Al emprender el viaje desde Inglaterra por el Turquestán afgano, de cuyas molestias y esfuerzos nos hemos visto compensados repetidamente por el espectáculo de las bondades de la administración de Su Excelencia, el objetivo primordial consistía en contemplar, con nuestros propios ojos, las aguas del Amu Daria, célebre tanto en la historia como en la leyenda como el río Oxus, y tema del famoso poema inglés que nació de la pluma de Matthew Arnold. Ahora, después de siete meses de expectación, nos hallamos a sesenta y cuatro kilómetros de sus márgenes.

Informados por el secretario de Su Excelencia el Mudir-i-Kharija de que se precisa de un permiso extraordinario para visitar el río, solicitamos para nosotros dicho permiso, seguros de que Su Excelencia no caerá en el engaño de atribuir una motivación política a lo que tan sólo es una curiosidad natural de un hombre instruido.

El hecho de que otros, de menor sabiduría hayan caído víctimas de este engaño, nos obliga a recordar que Afganistán y Rusia no son los únicos países del mundo separados por un río. Nos atrevemos a observar que si un viajero afgano viajara por Francia o Alemania, no hallaría ninguna ley que le impidiera disfrutar de las bellezas del Rhin.

Existen, en efecto, países donde la luz del progreso aún no ha penetrado la noche de la barbarie medieval, y en los que el viajero extranjero puede estar seguro de que le aguardan todo tipo de sospechas infundadas. Sin embargo, durante nuestra estancia en Persia nos consolaba considerar que dentro de muy poco estaríamos en Afganistán, y escaparíamos de un parcela donde impera una frivolidad y un histerismo femeninos para entrar en otra donde la gente yergue el pecho de manera viril y es inmune a las ridículas alarmas, feliz por otorgar a los extranjeros la libertad que esa gente solicita con justicia para sí.

¿Estamos en lo cierto? Y, al regresar a nuestro país, ¿podremos decir que no andábamos equivocados? La respuesta depende de Su Excelencia. Sin duda habrá que decir que el hotel de Mazar-i-Sharif está equipado con las comodidades que se conocen en las grandes capitales de Occidente; que se trata de una ciudad en vías de reconstrucción mediante un diseño que el propio Londres envidiaría; que en los bazares se encuentran todos los lujos de la civilización. Sin embargo, ¿habrá que añadir entonces que, si bien la capital de Su Excelencia posee todo cuanto puede deleitar a un visitante, a éste se le niega el atractivo principal e inimitable de su provincia? En resumen, ¿qué a quien llega a Mazar-i-Sharif con la petición de posar los pies en las riberas donde combatió Rustam se le trata como si fuera un espía, un bolchevique, un perturbador de la paz? Estamos convencidos de que Su Excelencia, celoso del buen nombre de su país, desechará semejantes afirmaciones. También estamos convencidos de que, después de haber leído esta carta, tales afirmaciones ya no serán necesarias.

En un principio habíamos pensado en viajar a caballo a lo largo del río desde Pata Kissar hasta Hazrat Imam. Si esto fuera desaconsejable, nos contentaríamos simplemente con viajar, a caballo o en coche, de aquí a Pata Kissar, y regresar aquí de nuevo. Todo cuanto queremos es ver el río, de modo que cualquier punto serviría a este propósito si Su Excelencia desea sugerir otro lugar. Hemos mencionado Pata Kissar porque es el punto más cercano, y porque desde allí se pueden ver las ruinas de la antigua Termez, en la orilla opuesta.

Pidiendo disculpas por molestar a Su Excelencia con una carta tan en un idioma extranjero...
nos despedimos de..., etcétera, etcétera.

La redacción de este grotesco documento permitió como mínimo que nos divirtiéramos muchísimo. Mohammad Gul tendría que ser más estúpido de lo que parecía si su vanidad permitía que a carta le engañara.

Mazar-i-Sharif, 29 de mayo. La carta provocó al menos una respuesta. Negativa.

Por lo visto, no se trata sólo de que Mohammad Gul sea antipático; en esto interviene la política de las altas esferas, que exige que todos los permisos para que

un extranjero visite el río deban citarse a Kabul. De modo que, aunque Mohammad Gul hubiese querido, no habría podido dejarnos marchar sin mantener una correspondencia que habría precisado de un mes, ahora que el telégrafo está cortado en la Haibak. Además de esto, existía también un obstáculo local. En los últimos seis meses unas importantes cuadrillas de turcomanos han cruzado el río desde Rusia y se han instalado en los bosques de la orilla sur. Su revuelta bastaría por sí sola para impedir nuestra propuesta excursión hasta Hazrat Imam. Esto serviría de pretexto para que cualquier agente bolchevique creyera su deber impedir que inspeccionaran la frontera. Esta última excusa podría sonar absurdamente imaginativa si no se correspondiera con la información que nos habían facilitado en Mashad.

Según el médico, que años atrás había visitado Tashkent y no fue muy bien recibido allí, no nos perderemos nada si no vemos Pata Kissar, que está formado sólo por dos tiendas, una para el oficial de aduanas y otra para el guardia. Antes había varios edificios, pero una riada se los llevó. Sin embargo, reconoce viaje a caballo a Chayab o a Hazrat Imam resulta interesante, pues nos llevaría por una hermosa región famosa por sus faisanes; aunque no hay tigres por allí como yo creía.

A pesar de todo, me habría gustado ver las ruinas de Termez: Yate describe que su aspecto resulta impresionante vistas de orilla sur, y destaca un alminar de la época primitiva, al que Sarre ilustró. Sin embargo, imagino que es precisamente Termez lo que estos supuestos agentes no quieren que veamos. El ferrocarril procedente de Bujara termina allí su recorrido, y el lugar está custodiado por un regimiento de la Rusia europea. Es la Peshawar del Turquestán ruso.

Las fuerzas rusas que hay en el Oxus no están allí de adorno. No cabe duda de que invadieron Afganistán en la época del destronamiento de Aman Allah. Y, si bien no se trató de una invasión muy grave, no obstante sí basta para explicar el comentario de nuestro guardián en Balkh. En su totalidad, ese destacamento estaría formado por unos trescientos hombres, tres cañones y un pequeño servicio médico. Hubo una ocasión en que este ejército se encerró en el fuerte de Dehdadi: un enorme recinto amurallado frente al que pasamos en la carretera procedente de Balkh, y que descubrimos porque los muros, en vez de caerse a pedazos estaban recién restaurados. Allí se vieron asediados por unas hordas de turcomanos, a los que mantuvieron a raya trasladando los cañones de un lado al otro del fuerte. Pero los turcomanos, que según dicen eran más de veinte mil plantearon un ataque lastimoso.

Me imagino la histeria que debió de sacudir al gobierno de la India cuando se enteró de esta incursión, a pesar de que los rusos por lo que he podido saber, no hicieron más que lo que nosotros hacemos cada año en la frontera noroeste: apaciguar el malestar de las tribus antes de que se extienda por la frontera. Es indudable que, de haberse presentado la ocasión, las fuerzas rusas habrían actuado según los intereses de Amán Allah; del mismo modo que las nuestras, en circunstancias similares, habrían actuado en favor del rey Nadir. Sin embargo, la situación global está clara. Si los afganos no son capaces de mantener el orden en su propia casa, los rusos se verán

obligados a hacerlo por ellos en el norte, del mismo modo que nosotros lo hicimos en el sur. Se lo demostraron entonces y estuvieron a punto de volvérselo a demostrar el pasado noviembre, cuando yo estaba en Herat. No es extraño que los afganos estén inquietos, sobre todo aquí arriba. Tan sólo hace ochenta años que esta parte del Turquestán se incorporó al estado de Afganistán. El acceso desde Kabul resulta difícil a causa del Hindu Kush. Y los rusos contemplan a los turcomanos de la región, a los que hay que añadir los refugiados desertores, como una posible fuente de infección antibolchevique. Como es lógico, la auténtica carta de seguridad de la provincia reside en el hecho de que los rusos no están ansiosos por enemistarse con los británicos y a que un Afganistán intacto, si está tranquilo, resulta útil a ambas potencias en calidad de amortiguador. Pero los afganos consideran humillante admitir esto. A pesar de todo, saben muy bien que la forma de mantener los rusos a cierta distancia es que haya paz en su propio país, y que los mejores medios para conseguirla son el telégrafo y la carretera: el primero para convocar a las tropas, y el segundo para conducirlos al escenario de cualquier insurrección. Nosotros hemos visto algunos de los esfuerzos que han hecho a este respecto. Pero las comunicaciones nacionales necesitan mejorar muchísimo antes de que dejen de estar a merced del clima.

Tal como sospechábamos después de conversar con el pasto uzbeko, lo que el pasado invierno condujo a la expulsión de los judíos fue el temor a la invasión de los rusos: si no económica, sí por la fuerza. Siempre ha habido unos cuantos judíos en Afganistán, gente escuálida y desnutrida, carente de fortuna y de influencias. Estos judíos se habían quedado atrás: los habíamos visto en Bala Murghab. Aquellos tan miserables que encontré en Qala Nau eran judíos de Bujara —o al menos yo así lo creía—, que habían llegado a Afganistán tan sólo después de la Revolución, y gracias a que un cónsul afgano de Tashkent, a cambio de un soborno, les había ayudado a escapar concediéndoles un visado. Pero, tal como han hecho siempre los judíos cuando se ha instalado en un nuevo país, aquéllos continuaron en contacto con la comunidad de origen, de modo que los afganos empezaron a temer que la mayor parte de los beneficios del comercio de las pieles se desviara furtivamente a Rusia, por no mencionar de las propias ovejas. Sin embargo, los judíos no habían sido los únicos que habían padecido esta clase de celos. Diez años había unos cuatrocientos comerciantes indios por Mazar-i-Sharif y sus alrededores. Desde entonces, y sobre todo desde la llegada de Mohammad Gul, se les ha expulsado sistemáticamente del comercio utilizando la extorsión, hasta que solo han quedado cinco o seis. Hay que suponer que el gobierno de la India debe de estar chocheando, puesto que no ha hecho nada por ayudarles.

¡Pobre Asia! Todo se reduce al inevitable nacionalismo, al deseo de autonomía, a las ansias por descollar en el mundo y dejar de llamar la atención por el hecho de carecer de instalaciones sanitarias. El nacionalismo afgano no es tan indigno como el persa porque los oficiales han aprendido, gracias al bombín de Amán Allah, que las

personas a las que pretenden inspirar con dicho nacionalismo todavía están dispuestas a combatir antes de desprenderse de la tradición a cambio de un plato de lentejas tecnológicas. Pero se avanza con lentitud, a veces de manera sensible en cuanto a bienes públicos como las carreteras y las oficinas de Correos, otras en cuanto a extravagantes excentricidades como el hotel de Mazar o la reconstrucción de Balkh. Éstos son esquemas personales de Mohammad Gul, que ponen en evidencia el nacionalismo extremo, el cual se preocupa más de los símbolos externos que de la utilidad: un De Valera afgano que llegaría incluso al extremo de cambiar el idioma persa por el pashtu. De todos modos, Mohammad Gul es algo más que un jactancioso: la conversación que mantuve con él en Balkh me permitió entrar en contacto con un hombre singular. Educado en Turquía, se convirtió en ayudante de Enver Pasha, al que acompañaba cuando los rusos lo mataron cerca de Bujara. Y en su propio país disfruta de una posición única por su incorruptibilidad e imparcialidad ahí reside el secreto de su poder, que se expande más allá de las fronteras del Turquestán. De hecho, se rumorea que es precisamente por esta razón por la que se le mantiene en el Turquestán.

Mazar-i-Sharif, 30 de mayo. El día de hoy lo hemos pasado en Balkh.



Balk: el mausoleo de Khoja Abu Nasr Parsa (1461)

El mausoleo de la parte habitada de la ciudad se erigió a la memoria del Khoja Abu Nasr Parsa, hijo de un santo todavía más famoso, el Khoja Mohammad Parsa, que acercó al poeta Jami a la religión cuando tan sólo tenía cinco años de edad, y murió en Medina en 1419. Abu Nasr Parsa fue profesor de teología en Herat, en la madrasa fundada por Firuza Begum, la madre de Hussein Baikara. Parece ser que más tarde se instaló en Balkh, ya que en 1452 viajó hasta allí para aconsejar a Babur, el hijo de Baisanghor, que no cruzara el Oxus ni atacara a Abu Said. Murió en 1460.

El cuerpo del edificio es un octágono de simple ladrillo, que se esconde tras una fachada cubierta de azulejos, más alta que él y flanqueada por unas brillantes columnas en espiral. Detrás de la fachada apoyándose encima del octágono, la cúpula acanalada se eleva hasta alcanzar unos veinticinco metros. Del octágono también se alzan dos alminares, apiñados entre la cúpula y la fachada.

Los colores de la fachada se limitan al blanco, al azul claro y al oscuro, reforzados con algunos toques discretos de negro. Lo que produce el efecto plateado que tanto nos sorprendió a nuestra llegada es la ausencia de color púrpura y demás tonos cálidos. Este efecto se ve reforzado con la cúpula, cuyas nervaduras, gruesas y redondas, se hallan cubiertas con diminutos ladrillos vidriados de un tono verde turquesa. En la parte superior, allí donde el vidriado se ha gastado, las nervaduras son

blancas, como si las hubiera tapado una capa de nieve. Al igual que las otras dos cúpulas de este tipo, la de Herat y la de Samarcanda, ésta de Abu Nasr Parsa desprende una dignidad monumental. Pero, en su conjunto, el edificio resulta etéreo y romántico. Como si una fuerza desconocida lo impulsara hacia las alturas. El resultado es fantástico y, en algunos aspectos, de una belleza sobrenatural.

No pudimos entrar, pero, al izarnos con disimulo por el alféizar de una de las dieciséis ventanas que rodean el tambor, nos asaltó el cántico de un coro de la aldea que estaba ensayando. Como de costumbre, éste procedía de un mullah y de sus discípulos. Más allá de la entrada oriental existe otro mausoleo, conocido como el de la Khoja Agacha. Ignoro quién era esta santa Agacha. Hussein Baikara tuvo tres codiciosas concubinas con este nombre, y Babur una esposa. Todas procedían de un linaje uzbeko.

No se trata de un edificio singular. La cúpula ha desaparecido, y en torno al tambor hay una inscripción cúfica vidriada. Cerca de allí hay otra de esas plataformas artificiales inclinadas, a las que Balkh debe su fama arqueológica.

Almorzamos debajo de un platanero, en medio de un grupo de peones tocados con turbante. La planificación de la nueva ciudad es tan ambiciosa como la de Canberra, pero nadie que pueda evitarlo cambiaría Mazar por este enclave azotado por ese viento asfixiante: es como si alguien reconstruyera Éfeso con el objeto de desplazar a Esmirna. Más tarde, cuando dibujaba el mausoleo, se me acercó un individuo de barba negra y vestido al estilo de Kabul, murmuró algo referente a mi salud, y a continuación me informó de que si bien sacar fotografías estaba permitido, no lo estaba hacer dibujos, y que por lo tanto debía entregarle el bosquejo. Ante esto me asaltó una rabia paralizante que me impidió hablar durante varios minutos. Cuando al fin lo conseguí, uno de los empleados del hotel me quitó las palabras de la boca, entablando, tal como él mismo dijo, una «batalla verbal» con aquel imbécil entrometido, averiguando así que trabajaba en el esquema de la reconstrucción. Cuando aquellos dos concluyeron la discusión, yo y mi dibujo nos habíamos esfumado.

El doctor Abulmajid vino esta noche para ponerme una inyección. Como para hacerlo había tenido que pedir permiso, consideró que sería más prudente no quedarse a cenar con nosotros. Sin embargo, pudimos convencerle para que se tomara un whisky con soda, pues habíamos obtenido cuatro botellas de soda del fotógrafo, y las habíamos puesto a refrescar en un cubo con nieve. Esto significó un triunfo para todos nosotros. Pero vi que el sabor de la «leche de burra» le traía tristes recuerdos de su juventud y de sus expectativas. Anteayer fui a su casa, una de esas viviendas de adobe, tan corrientes por esta zona, y descubrí que había cubierto las sillas y el sofá con telas sueltas de zaraza, al estilo de las casas de campo inglesas.

Nos contó que hasta que Foucher apareció por aquí hace unos años, las viejas monedas griegas de Bactriana todavía estaban en circulación. A partir de entonces la gente empezó a pensar que su valor era incalculable y pedían veinte o treinta veces lo

que el museo pagaba por ellas.

Las frutas han hecho acto de presencia: deliciosos albaricoques, y ahora empiezan las cerezas, aunque son del tipo guinda, tan amargas que hemos tenido que utilizarlas para hacer mermelada.

Mazar-i-Sharif, 1 de junio. Ayer por la mañana Christopher fue a la oficina del Mudir Kharija a fin de solicitar permiso para visitar el Consulado ruso. La excusa era que necesitábamos unos visados, aunque no hubiera la más mínima esperanza de obtenerlos; pero resultaba exasperante pensar que Bujara se encontraba a tan sólo unas quince horas de Termez en tren. Sin embargo, no hubo oportunidad de utilizar semejante excusa, pues ahora incluso el ayudante del Mudir-i-Kharija estaba durmiendo para nosotros. De modo que Christopher decidió ir al consulado por su cuenta, se abrió paso entre unos soldados afganos que le presentaron sus bayonetas, y al final consiguió llegar ante el señor Bouriachenko, un hombre de pequeña estatura y aspecto intelectual, que estaba leyendo debajo de un árbol.

—¿Quiere usted visados para Samarcanda? —preguntó Bouriachenko—. Pues claro que los obtendrá. Telefonaré a Moscú enseguida diciendo que dos profesores de Oxford especialistas en cultura islámica —(que Dios nos perdone, pero los dos abandonamos Oxford sin hacer la especialización)— han llegado aquí y esperan autorización para cruzar el Amu-Daria. No, en Termez no hay nada que ver. El sitio que deben ustedes visitar es Anau... El profesor Simionov acaba de publicar un libro sobre los monumentos timuríes de la zona. Me gustaría entregarles el visado en seguida, pero me temo que la respuesta tardará una semana o así. De todos modos, ustedes estarán un tiempo por aquí, y eso es lo principal. Tenemos que organizar una fiesta. ¿Asistirían ustedes?

—¿Cuándo? —preguntó Christopher, olvidándose de darle las gracias debido a la sorpresa de la invitación.

—¿Que cuándo? Pues no lo sé. ¿Qué importa esto? ¿Esta noche? ¿Le iría bien?

—Perfecto. ¿A qué hora?

—¿A qué hora? A las siete, ¿le va bien? ¿O prefiere a las seis? O a las cinco, o a las cuatro. Podemos empezar ahora, si quiere.

Eran las once y media de la mañana, y el sol de la mañana resultaba abrasador. Christopher contestó que tal vez por la noche fuera mejor.

A las seis y media de la tarde salimos de puntillas del hotel para que el Muntazim no nos oyera, llegamos a la puerta del Consulado, donde la guardia presentó armas como la vez anterior, y cruzamos una serie de patios sombreados bajo los árboles; en el primero de aquellos patios había una serie de camiones y de coches, incluyendo un Vauxhall rojo. El señor Bouriachenko nos recibió en una fresca estancia donde no había imágenes de Lenin ni de Marx, e iluminada por un generador eléctrico privado. Le comenté que, por su apellido, debía de proceder de Ucrania.

—Sí, de Kiev. Y mi esposa de Riazan.

En ese momento entró ella, una mujer joven que lucía un vestido sencillo de color púrpura oscuro, rostro de apariencia bondadosa, enmarcado con una melena que le caía lacia desde la raya que se peinaba en el centro. La seguían otros invitados: un hombre voluminoso y oscilante, ligeramente perfumado, de cuyo rostro picado por la viruela brotaba la voz de una paloma; su esposa, una rubia con los labios pintados de rojo y la dorada melena peinada recta hacia atrás, desde la misma frente; el joven Bouriachenko de cinco años de edad y la viva imagen de Chaliapin; un muchacho y una jovencita hijos de la segunda pareja; el médico, un tipo rechoncho y bajito que lucía bigote negro y grandes entradas en la frente; otra señora, maquillada con discreción, que llevaba el hermoso cabello rizado formando una cresta; el agradable hombre grueso que había visto en la oficina de telégrafos, quien me contó que había sido oficial de radio en Canterbury durante la guerra; dos jóvenes elegantes que acababan de llegar de Kabul y que habían invertido dos semanas en el viaje a causa de las lluvias; y la última de todos, una jovencita de catorce años, hija de la señora maquillada, cuyos movimientos eran una delicia para los ojos, ya que estaba estudiando ballet.

A juzgar por las costumbres rusas, que difieren de las nuestras, la comida no fue copiosa en realidad. ¿Cómo podía serlo? Sin embargo, habían adquirido —a un precio exorbitante, según averiguamos luego— las últimas sardinas de la ciudad. Pero tuvo ese aire de profusión que los rusos consiguen crear siempre a su alrededor y, a medida que seguían entrando nuevos invitados, y traían nuevas mesas y nuevas sillas, y las criaturas no paraban de brincar en el regazo de la gente, los platos de comida seguían el mismo ritmo y estaban siempre llenos de sardinas de la India, paprika de Rusia, carne cruda con ensalada de cebolla y pan. Una garrafa de vodka amarillento, en donde nadaban trozos de fruta se rellenaba sin cesar. Los rusos, que lo engullían a tazas se quejaban de que nosotros lo paladeáramos a pequeños sorbos. Pero eso fue sólo al principio.

Los dos jóvenes de Kabul iban a traer algunos discos ingleses nuevos que habían encargado en Peshawar, pero todos se habían dañado en el accidente del camión durante la tormenta de Haibak, lo cual supuso una trágica decepción para esta aislada comunidad; aunque, al oír cómo pedían disculpas por aquello, cualquiera pensaría que habían encargado los discos para nosotros, en vez de para ellos. Debido a esto, tangos y jazz se fueron alternando con Scheherezade, Boris Godunov y Eugene Onyegin. Bailamos, cantamos, nos sentamos para comer y volvimos a bailar. La conversación se desarrollaba en persa, y lo que la hacía más extraña, ya que cada cual lo hablaba a su manera, era que la acompañábamos inevitablemente con gestos persas: inclinaciones de cabeza, aleteo de pestañas, la mano en el pecho y la habitual expresión de humildad. El señor Bouriachenko y el señor con voz de paloma se dirigían a nosotros llamándonos sahib. Tal vez pensaban que esto sonaría más igualitario que los «excelencia» y los «alteza» persas que nosotros utilizábamos con

ellos.

Las horas pasaron volando, la garrafa fluía sin cesar, al telegrafista hubo que cargarlo a cuestras, yo caí en una especie de modorra, los rusos empezaron a dar rienda suelta a sus emociones, y cuando me desperté descubrí a Christopher jadeando bajo la mirada atenta de toda la comunidad. Eran las dos de la madrugada y hora de regresar a casa. El hotel estaba a tan sólo un par de centenares de metros, pero el señor Bouriachenko hizo traer el Consulski Vauxhall e insistió en acompañarnos. Esto fue un acto de auténtica amistad. Pues, tanto si nuestro paso fuera vacilante como si no, hubiera significado un riesgo estúpido permitir que los afganos lo vieran; un detalle que apreciamos cuando un centinela introdujo su fusil por la ventanilla del coche.

Esta mañana fue más penosa que el curso natural de las mañanas venideras. Acudimos al Consulado a tomar el té y, en vez de flores, traíamos un par de cajas de cigarros. Encontramos a la gente en una especie de pista para la práctica del deporte, equipada con columpios y barras paralelas, y una red alta, por encima de la cual un grupo de personas, divididas en dos bandos, se lanzaba con el puño una pelota blanda. Decidieron empezar un nuevo partido para que pudiéramos incorporarnos, y el grupo se incrementó con otros cuatro hombres, unos salvajes proletarios a los que habían contratado como chóferes o mecánicos. El telegrafista era el que aparentaba una mayor edad.

Bouriachenko nos explicó que los únicos otros rusos que había en aquella parte del país eran cuatro exterminadores de langostas que vivían en los alrededores de Khanabad. Las langostas constituyen una nueva plaga por aquí: llegaron de Marruecos hará unos cuantos años, se instalaron en la vertiente norte del Hindu Kush, y de allí suelen descender al Turquestán ruso, donde son una amenaza para los cultivos de algodón.

Puesto que desde aquí hay una carretera que va a Khanabad, y otra que de allí lleva a Kabul, soslayando así el desfiladero de Haibak, al final hemos decidido no continuar a caballo. Este desvío nos conducirá unos doscientos cincuenta kilómetros más hacia el este, en las estribaciones de Badakhshan, y la excusa que para ello nos da el bloqueo de Haibak es demasiado buena para echarla a perder. Christopher lamenta perderse el viaje a caballo, pero yo pienso que el desvío será más interesante.

Robat, antes Kunduz (330 m, 152 Km desde Mazar-i-Sharif). 3 de junio. Incluso antes de salir de Teherán ya habíamos decidido no hacer noche en Kunduz, si podíamos evitarlo. Moorcroft murió a causa de unas fiebres que cogió en estos marjales. Hay un proverbio que dice que visitar Kunduz es lo mismo que suicidarse. De modo que aquí estamos, acostados en medio de un grupo de moreras y junto a un estanque de aguas cenagosas: ambos con un irresistible atractivo para el mosquito fatal. Además, abundan otras plagas. Yo monté mi cama junto a un muro pero no

tarde en descubrir en él un nido de avispas, aparte de que la gente me advirtió que estaba lleno de escorpiones. Cuando sugerí que nos trasladáramos a un jardín cercano, dijeron que estaba lleno de serpientes. Fue una suerte que encargáramos aquellas mosquiteras en el bazar de Mazar-i-Sharif. Yo he colgado la mía del trípode de la cámara. Christopher ha echado abajo casi media morera para construirse un almacén donde colgar la suya. Las ranas soplan pompas musicales en el estanque. En dirección sureste, una vasta cordillera de nuevos picos nevados ha captado la primera luz de la luna. Nuestros dos guardianes han cargado el arma antes de acostarse, y un gato ha asaltado la leche que debíamos tomar mañana. Para cenar hemos comido huevos revueltos con cebolla. A Christopher se le ocurrió la idea de las cebollas e hizo que en el hotel las picaran y frieran, de modo que sólo tuviéramos que calentarlas. Una brillante idea.

El día que nos trajo a este desfiladero empezó ya con complicaciones, debido a los efectos de otra fiesta rusa. Esta vez fue sólo una en la que se sirvieron entremeses, pero de nuevo bailamos, de nuevo los espíritus salieron en libertad y se apoderaron de nosotros. El señor Bouriachenko dijo que a pesar de que dos grandes naciones fueran incapaces de acercarse, como ocurre con las montañas, no había razón para que los individuos de estas naciones no lo hicieran. En su caso admiraba Inglaterra y confiaba que por nuestro bien, pronto hubiera allí una revolución. Y añadió que si pudiéramos quedarnos en Mazar, en vez de marchar con aquella prisa absurda, el cónsul en persona regresaría en unos pocos días con una provisión de brandy decente; además, tenía grandes esperanzas de que se nos concedieran los visados.

Yo no tenía tantas esperanzas. Pero me impactó descubrir que la política que Rusia e Inglaterra seguían para excluirse mutuamente del Turquestán y de la India empezaba a perder todo sentido. Al contemplar a mis anfitriones, hombres y mujeres cultos y apacibles que se gastaban el dinero en música clásica, me parecía absurdo que se les negara incluso el visado de tránsito por la India. Además, empezaba a darme cuenta de que los intereses de Rusia e Inglaterra en Asia, en lugar de ser antagónicos, son casi los mismos, sobre todo por lo que se refiere a los estados puente entre ambas naciones, cuyo objetivo en sus relaciones con el exterior es hacer valer sus derechos fastidiando a sus poderosos vecinos. Sólo con que los rusos consintieran en reducir el goteo de dinero y de la doctrina sobre las maravillas del credo marxista a favor de la revolución mundial, que todavía se filtran en la India, esta concordancia de intereses podría salir a la luz del día. Una reunión entre el gobernador de Tashkent y el virrey, en la que se hablara de Persia, Afganistán, Sinkiang y el Tíbet, beneficiaría a ambas partes mucho más que el mantenimiento de la propaganda revolucionaria por un bando, y el temor a ella por el otro.

Cuando nos marchamos, de nuevo con el Consulski Vauxhall, todos los participantes de la fiesta salieron a la puerta y nos despidieron deseándonos un feliz viaje.

En las afueras de Mazar, esta mañana vimos un dragón. Mediría un metro y

medio de largo, era amarillo por debajo e iba bastante erguido sobre sus cuatro pequeñas patas estilo Chippendale. Después de sacudir con furia la cola corrió a ocultarse en un agujero. Cerca de allí encontramos un nido de urogallo de las dunas en cuyo interior había tres huevos.

En Tashkurgan, donde la carretera principal se desvía hacia Haibak, nos paramos a desayunar. Yo estaba tomando unas fotografías del castillo, una construcción de aspecto chino que se elevaba por encima de un torrente de montaña, cuando el mayor de los dos guardias que nos acompañan, un individuo maternal y vestido con una levita blanca estampada con grandes cuadros dijo que fotografiar no era «necesario». Le contesté que si de veras pensaba eso, sería mejor que regresara a Mazar; que el camión era nuestro, y que no andábamos sobrados de espacio en él. Más tarde, cuando tomaba otra fotografía de la llanura del Oxus desde un punto convenientemente elevado, de nuevo interfirió, tirándome del brazo con suavidad. Esta vez le rugí de tal modo, que la mandíbula y el rifle le quedaron colgando. La vez siguiente que me dispuse a utilizar la cámara, permaneció en silencio.

Nos preguntábamos por qué las autoridades de Mazar nos habían facilitado dos guardias en vez de uno. Los propios guardias admitieron entonces que era para impedir que tomáramos fotografías. Los pobres se sienten bastante acongojados al no poder cumplir con su deber. Pero la verdad es que no podemos ayudarles en eso.

La tierra seguía siendo árida, pero una flameante opalescencia había sustituido ahora la monotonía metálica de la llanura frente a Mazar. Por allí los pastizales consistían en una especie de trébol espinoso, no había árboles y muy poca vida. Cada veinticinco kilómetros pasábamos ante un solitario robat. En una ocasión vimos una bandada de buitres apiñados en asamblea alrededor de un estanque. A veces las langostas pasaban zumbando en pequeñas bandadas. Las estribaciones de los montes Shadian, que limitan la llanura del Turquestán por el sur, empezaban a curvarse hacia el norte a medida que, de manera gradual, ascendíamos por ellos. De pronto, a ciento cuarenta kilómetros de Mazar, la ascensión se interrumpió y la carretera descendía unos trescientos metros. Por debajo de nosotros, avanzando por la ladera, se bamboleaba una caravana de camellos, todos cargados con un par de cabañitas de madera, dentro de las cuales viajaba una mujer. Más abajo se extendían los relucientes marjales de Kunduz y la provincia de Kaaghan. A lo lejos, a través de la neblina que producía la luz solar, se alzaban las montañas de Badakhshan, transportando mi ojo mental por el valle de Wakhan hasta el Pamir y la misma China.

Al pie de la bajada, en la entrada de un puente hecho con postes y turba, y que cruzaba un río sobre una brecha de unos cuatro metros de profundidad, esperaba otro camión. Nuestro conductor se disponía a pasar, cuando el otro camión se puso de pronto en movimiento. Todo el puente tembló y se combó. En medio de una nube de polvo y astillas, acompañado por el sonido de gemidos, resuellos y quejidos de maderas, el camión dio lentamente una voltereta y cayó al río, donde aterrizó con el techo sumergido en el agua y el chasis indecentemente expuesto, mientras las ruedas

rodaban inútiles en el aire. Los pasajeros habían bajado antes y el conductor salió ileso de la cabina, que se apoyaba inclinada en la orilla opuesta. En ese momento alguien gritó que había unas mujeres allí dentro, y, con una galantería innecesaria, Christopher y yo corrimos hacia el vehículo accidentado, tiramos de las cuerdas que sujetaban la lona y al desalojar los fardos, descubrimos que no había nadie. A medida que se recuperaban los fardos que flotaban por el río, toda la zona se animó con riberas cubiertas de prados de saraza, huertos de birretes de raso rosa y pastizales de alfombras, todo tendido para que se secara. Un enjambre de hombres, desnudos de cintura para arriba habían surgido ya de los campos para investigar el desastre. Y a lomos de un brioso caballo gris apareció el gobernador de Kunduz, un hombre colérico de barba roja, que con su fusta azuzó a la población para que sacara el vehículo del río y reparara el puente antes del alba. Luego cargaron nuestro equipaje sobre unos caballos y cruzamos el río hasta un robat, el cual estaba tan atestado de gente que hubiésemos preferido dormir al raso.

Entre los pasajeros del vehículo accidentado había un hombre alto, de poblada barba negra y vestido con traje de calle que hablaba alemán. Dijo que era uno de los secretarios del rey y que hacía este trayecto con el fin de escribir un libro de viajes sobre Afganistán. Permanecía sentado en la orilla del río, anotando con todo detalle sus características de derecha a izquierda mientras observaba con desconfianza nuestro whisky aunque a estas alturas habíamos aprendido ya a llamarlo «sorbete» cuando estábamos en público.

Khanabad (400 m, 43 km desde el robat antes de Kunduz), 4 de junio. El puente quedó arreglado a mediodía, y nuestro camión pudo cruzarlo sin dificultades. Resultó que nuestro chófer, Sevid Jemal, era hermano del otro conductor. Con un cable de acero, ató el vehículo accidentado a nuestro camión y, mientras los hombres medio desnudos hacían palanca desde debajo, tiró de él poco a poco hasta enderezarlo. No había sufrido daño alguno excepto en la pintura, de modo que se puso en marcha al primer intento y partió carretera abajo delante de nosotros.

Una pista de arena que cruzaba entre las altas cañas de los marjales nos llevó a una playa abierta junto al río Kunduz, en un sitio en donde la rosada corriente de lodo mezclado con agua de deshielo, de unos sesenta metros de ancho, fluía por un recodo rumbo al Oxus a la velocidad de un tren expreso. La playa estaba atestada de gente, y un calor espantoso se desprendía de la deslumbrante arena. Contra el nítido cielo azul rosado, una hilera de camellos y otra de sauces entremezclaban sus propias siluetas. Cuando llegamos de la orilla opuesta partía un transbordador cargado con gente, caballos y mercancía. Estaba formado con dos barcas de popa alta toscamente labradas, unidas por el medio con una plataforma dotada de barandilla. La corriente lo iba arrastrando. Al mismo tiempo, al otro lado del río, una fila de nadadores sujetaban en ángulo recto una sirga de esparto, mientras en la popa un hombre

utilizaba un ancho remo como timón. A final, gracias a la inclinación, el transbordador chocó con la otra orilla unos cuatrocientos metros corriente abajo. Corriente arriba, otros nadadores pasaban por su cuenta, al otro lado del río, caballos y ganado. Cuando aquellos tritones profesionales salían del agua, vimos que llevaban atadas a la espalda unas enormes calabazas. Debido a la exposición solar, el bronceado de su piel era de un color marrón oscuro, y ciertas facciones del rostro recordaban a los serviles aborígenes, aunque nadie podría asegurar si pertenecían a una determinada raza o no. Tan sólo el respeto que sentíamos por la modestia primitiva del afgano impidió que nos uniésemos a ellos en el viaje de vuelta.

A continuación hubo que arrastrar el transbordador río arriba, hasta lo alto del recodo, en donde nuestro camión subió a la plataforma de la barandilla. Debíamos de aproximarnos a diez nudos por hora a la orilla opuesta, y ya me disponía a nadar para salvar la vida, cuando, mediante un hábil giro, el impacto quedó amortiguado y tan sólo rozamos la baja escarpa de tierra. La excitación de la gente fue comparable a la de un día de regatas en Putney: los desnudos nadadores de piel bronceada, majestuosos uzbekos de túnicas floreadas, curiosos turcomanos de gorro puntiagudo que aguardaban acucillados, hazaraspíes de turbante negro tan voluminoso como los sombreros que se ven en Ascot, y un par de hombres de barba recortada, que supusimos eran kafires, nos ayudaron a desembarcar en el campo situado sobre la escarpa. En medio de ellos destacaba el gobernador de Kunduz que, con su barba roja y el látigo en la mano, semejaba un rebelde escocés mientras supervisaba toda la maniobra.

Una hilera de baluartes blancos, gastados y viejos, como los montículos de Balkh, anunciaron la ciudad de Kunduz. Al otro lado cruzamos una empinada llanura verde, que nos aproximó a las grandes cumbres nevadas del sureste, de modo que entre la nieve podíamos distinguir las lisas superficies y las hendiduras de la pura roca. Entre los pastizales —en su mayoría formados por ese extraño trébol espinoso cuyas flores recuerdan las del trébol común, de color crema y punta rosada, aunque las hojas recuerden más a las del acebo—, de vez en cuando destacaban algunas tiendas de los nómadas, armadas con celeridad y sin gran cuidado, en torno a las cuales pastaban manadas de caballos y ganado. Luego apareció un tipo de asfódelo^[13] amarillo, cuya altura oscilaría entre un metro y un metro veinte; primero de manera aislada luego en pequeñas agrupaciones, y por último transformaría toda la pradera en un mar con el amarillo del narciso de los prados caldeado por el rubor dorado de la puesta del sol.

La gente de Khanabad denomina sikh a estos espetones amarillos, con cuyas bayas verdes fabrican una especie de fibra textil.

Al pie de las montañas nos juntamos con la carretera que viene de Kabul, en donde la doble línea de cables telegráficos que cuelgan de los postes adquiere un nuevo significado político si se extiende, tal como imaginamos, hasta la entrada del valle de Wakham, ese estrecho saliente de Afganistán que separa los grandes estados asiáticos de Rusia, China y la India. Una brusca bajada nos condujo hasta la ciudad,

donde el Mudir-i-Kharija resultó ser un joven de dieciocho años, prematuramente envejecido a causa de una apendicitis. Palabras como «botas», «programa», azúcar» y «automóvil» afluían en inglés en medio de su la sala de audiencias del gobernador, una estancia de unos seis metros de largo, adornada con el escudo nacional en negro y blanco sobre una cortina color naranja que colgaba en uno de los extremos de la sala.

Sucios y cansados como estábamos, preguntamos por nuestras habitaciones. Pero, en vez de llevarnos a la casa de huéspedes que esperábamos encontrar, la cual se había derrumbado hacía poco, nos condujo a un bosquecillo de susurrantes plátanos, altos como olmos, los cuales databan, según nos contó, «de la época de los mirs^[14]», en otras palabras, eran anteriores a la conquista de Badakhshan por el emir Dost Mohammad. Allí habían plantado unas tiendas equipadas con alfombras, mesas y sillas, y encendido lámparas para darnos la bienvenida. Dijo que lo habrían hecho mejor de haber sabido que íbamos a venir, pero entre el pueblo y Mazar no había teléfono para avisarle.

A nuestros guardias los llamábamos el Párroco y el Vicario. Como ignoraba que al fondo del recinto habían instalado una tercera tienda en la que habían excavado una letrina, le pregunté al Vicario dónde estaba el lavabo. Al principio no entendió mi pregunta, aunque utilicé las palabras habituales en persa. Pero entonces intuyó a qué me refería.

—Oh —me contestó—. Se refiere al jawab-i-chai.

«La respuesta al té». Un precioso eufemismo para una función tan básica.

Khanabad, 5 de junio. Esta mañana nos hemos entrevistado con el gobernador, Shir Mohammad Khan, un hombre comprensivo que contestó sin rodeos a todas nuestras preguntas, sin fingir que estaba durmiendo todo el día.

—No —contestó con un suave tono de compunción—, no pueden ir hasta Hazrat Imam porque se encuentra cerca del río y por esa misma razón tampoco pueden ir a ver el balneario de Chayab. El río es la frontera, y sería inoportuno permitirles viajar hasta allí. En cuanto a la carretera a Chitral, el paso de Durah permanecerá cerrado por la nieve otros dos meses. De todos modos, en todos estos casos deberían ustedes obtener permiso de Kabul.

Lamento lo de Hazrat Imam, pues el Mudir-i-Kharija nos ha dicho que el santuario estaba cubierto de azulejos.

Por tanto, mañana, después de diez meses de viaje, emprenderemos el regreso a casa.

Hay aquí muy pocas cosas que despierten nuestro interés aparte del campamento agradablemente situado en la sombra. Una inundación se llevó el puente de ladrillos que cruzaba el río. Dicen que los algarrobos indios que perfuman el jardín del gobernador se trajeron de Rusia. En el bazar venden hielo en lugar de nieve.

Bamiyan (2.560 m, 320 kilómetros desde Khanabad), 8 de junio. Anteayer, en Khanabad, acabábamos de subir al camión cuando el Mudir-i-Kharija acudió corriendo y nos pidió que esperásemos una hora mientras buscaban dos nuevos ayudantes para que nos acompañaran. Ante la perspectiva de perder al Párroco y al Vicario, Christopher rabió, rugió y pataleó, de modo que el Vicario susurró al oído del Mudir-i-Kharija que éramos muy peligrosos si se nos contradecía, y Seyid Jemal juró que no estaba dispuesto a esperar ni un segundo más, de modo que partimos de inmediato, secuestrando a nuestros propios guardias. Éstos se mostraron complacidos con aquella extensión del viaje, pues nunca habían estado en la capital, pero nerviosos por lo que pudiera ocurrirles cuando volvieran a Mazar. No sé por qué damos tanta importancia a su compañía, dado que resultan más cómicos que útiles. Cuando al Vicario le pides que haga algo, te ruega con una especie de sonsonete que le repitas las instrucciones, recita un largo panegírico sobre sus inagotables deseos de colaborar, te suplica que consideres que su felicidad y la tuya son una sola, y luego no hace lo que le has pedido. La pereza del Párroco es manifiesta hay que estimularle con una vigorosa sacudida para que entre en acción. Pero por lo menos ya no nos ponen reparos cuando intentamos fotografiar algo o ir a donde queremos, para lo cual unos nuevos guardias podrían haber puesto reparos.

A veintiocho kilómetros de Khanabad, volvimos a reunirnos con el Kunduz cuando éste penetra en las montañas, y aún pudimos seguir un poco su curso aquí en Bamiyan; en realidad de no haber sido por este río resulta difícil imaginar cómo habrían podido trazar sobre el Hindu Kush una carretera para vehículos a motor. Por el momento, ha resultado ser un estorbo, o algo muy parecido. Un pequeño río tributario, colmado de aguanieve, nos obligó a detenernos en medio de la llanura de Baghlan.

No podíamos hacer otra cosa que esperar y marcar con piedras el nivel del agua, para ver si bajaba o subía. La única sombra de que disponíamos, al acomodarnos en unos frescos pastizales, era la que nos proporcionaban algunos grupos de cortadera argentina. Por allí cerca había una pequeña colina con forma de babosa, donde se arracimaban una pocas tumbas y un mausoleo de cara a la gran cordillera nevada que se extendía hacia el este. Al cabo de un rato, otro camión se unió a nosotros, y los hombres organizaron una competición de tiro a unas latas, a la que se unieron el Párroco, el Vicario y Seyid Jemal. Christopher y yo nos bañamos, pero el agua era tan sucia que al salir tuvimos que restregarnos el cuerpo con un cepillo para la ropa. Cuando se hizo de noche, tendimos nuestros petates al lado del camión. Y unos mosquitos del tamaño de un águila se concentraron a nuestro alrededor como si hubiésemos llamado a comer.

A primera hora de la mañana siguiente, estaba yo tumbado en el petate, cuando un caballero montado en un caballo bayo llegó al río. Vestía una túnica color chocolate

algo descolorida y por encima de una barba gris metálico. Cruzado en la silla llevaba un cordero marrón. Tras él, y a pie venía su hijo, de unos doce años de edad, oscilando dentro de una larga túnica color rojo geranio y con un turbante blanco tan grande como el propio muchacho. Sostenía un palo con el que dirigía la marcha de una oveja negra y de su cría, también negra.

Cuando el grupo se hubo concentrado en el vado, empezó el ritual de cruzar al otro lado del río. Primero el hombre se metió en el agua, logrando con dificultad mantener el caballo contra la corriente, y depositó el cordero marrón en la otra orilla. Cuando el hombre regresaba, el chiquillo cogió el cordero negro. Lo entregó a su padre, quien lo agarró de una pata y balanceándolo volvió a entrar en la corriente. El cordero no paraba de berrear. Entonces la oveja le respondió con unos balidos y le siguió, pero a corriente la arrastró depositándola en la misma orilla que acababa de abandonar. Mientras tanto, su cría ahora a salvo al otro lado junto al cordero marrón, seguía balando. De nuevo el hombre regresó y ayudó a su hijo a conducir la oveja, húmeda y temblorosa, un centenar de metros más arriba del vado. Allí la corriente volvió a arrastrarla y la depositó limpiamente en el vado, aunque esta vez en el otro lado del río, donde los dos corderos la recibieron con grandes muestras de afecto. Luego el muchacho apoyó el pie en la bota de su padre, saltó a la grupa del caballo y con la punta del palo, a medida que cruzaban, tanteaba la corriente para comprobar si el lecho estaba firme. A llegar al otro lado del río desmontó, colocó de nuevo el cordero marrón en la silla de su padre, obligó a ponerse en marcha a la oveja y al cordero negros, y él mismo inició un oscilante trote con la túnica rojo geranio aleteando tras de sí. El caballo bayo siguió al grupo y la procesión se perdió en el horizonte.

Ahora se planteaba la cuestión de si sería preferible continuar a caballo también. Pero el nivel del agua había bajado y a nueve centímetros durante la noche, y Sevid Jemal decidió hacer una oferta para salvar su contrato. Reunió a treinta hombres de una aldea escondida y, mientras unos tiraban con cuerdas de la parte delantera del camión, otros empujaban desde atrás. El camión llegó a la pendiente del vado, se lanzó de cabeza al agua giró en redondo, poco faltó para que atropellara a los hombres que iban delante, y en diez segundos la corriente lo arrastró demasiado abajo para que pudiera salir al otro lado. Pero entonces retrocedió, giró el morro contra la corriente y navegó por el río a cincuenta por hora, seguido por una multitud de torsos con rostro barbudo y turbante que no paraban de chillar, los cuales llegaron justo a tiempo para darle un último empujón hacia tierra firme en un segundo vado que había más abajo. Ni una gota de agua había salpicado las partes vitales del motor.

Baghlan era un cúmulo de aldeas situadas en el extremo sur de la llanura, diseminadas entre los campos donde el trigo ya segado se secaba en fajinas. Volvimos a cruzar el Kunduz por el Pul-i-Khomri, un viejo puente de ladrillo de un solo arco, al lado del cual encontré un grupo de pequeños claveles blancos con el tallo muy largo. A partir de ahí la carretera estaba muy bien construida con leves rampas que salvaban

terraplenes o pasaban a través de brechas. Pero, al encontrarnos en una región formada en su mayor parte por tierra, no había nada que sostuviera semejantes obras, y la lluvia las había cortado como si fuera queso tierno. Casi todas, en vez de suponer una comodidad, obligaban a desviarse por zonas en las que no había carretera alguna.

Ahora empezaba la parte más hermosa del viaje, que nos hizo anhelar haberlo emprendido a caballo. La carretera se apartó del río y emprendió un ataque frontal al corazón del Hindu Kush, escalando sus verdes bastiones, no mediante una progresión de giros y curvas, sino en una sucesión de empinadas gargantas que conectaban una cordillera con la siguiente. Por todos lados, abajo y arriba, hasta donde alcanzaba la vista, las escarpas de ondulante hierba centelleaban con una interminable variedad de flores, amarillas, blancas, púrpuras y rosas, que crecían con gran maestría, ni demasiado apiñadas, ni demasiado dispersas, ni demasiado exuberantes en ninguno de sus sentidos, hasta el punto que parecía como si un jardinero, algún Bacon oriental, cuidara de toda la cadena montañosa. El azul de la achicoria, el rosa de la malvarrosa de tallos altos, concentraciones amarillo limón del aciano sobre recios nudos amarronados, zonas de blancas púas de tallo corto que recordaban el jazmín, una gran saxífraga de hojas moteadas, una pequeña flor de color amarillo mantequilla con el botón marrón y similar a la almizclera de jardín, puñados de ortigas azul o rosa y hojas sin aguijón, y un estallido de florescencias de un vivo color rosado, eran sólo unas pocas de las muchas flores que nos hacían guiños en medio de aquel vasto césped esmaltado, ribeteado arriba por las nubes y abajo por las interminables ondulaciones del Turquestán, guiños que a veces nos hacían bajo los arbustos de pistacho mientras ascendíamos, traqueteando y lanzando humo, al tiempo que maldecíamos a nuestro vandálico camión, hacia lo alto del paso de Kampirak.

Después de cruzar el verdor de las tierras altas, llegamos a un estrecho desfiladero, de unos tres kilómetros de longitud, donde la carretera se convertía en el lecho de un torrente cubierto de piedras sueltas y en el que el camión apenas podía pasar entre las rocas fijas. Cuando el desfiladero se abrió de nuevo, el Kunduz volvía a estar a nuestros pies; al otro lado se erguían poderosos los picos nevados. El río nos llevaba hacia el oeste ahora y, a medida que descendíamos al valle, empujaba sus blancas moles como hipopótamos hacia nosotros. Hasta que la oscuridad nos obligó a detenernos en una aldea que algunos llamaban Tala, otros Barfak, y a veces Tala-Barfak.

Al despertarnos esta mañana, comprendimos que habíamos dejado atrás Asia Central. Las tribus del sur que se desplazaban hacia el norte eran auténticos afganos, de cutis atezado y medio indios en el atuendo, que conducían caravanas de doscientos o trescientos camellos. Coronando las estribaciones de enfrente había castillos en ruinas y muros de fortificaciones. El río, como si se encolerizara al verse constreñido, salía lanzando espuma de una garganta cuyas paredes de pura roca se elevaban unos treinta metros hacia el azul del cielo. Esta formación, interrumpida por algún que otro valle cultivado, se prolongó a lo largo de sesenta y cinco kilómetros, y empezó a

delinear las dos terceras partes de un círculo. Cruzamos el río unas ocho o nueve veces, pasando por encima de puentes de madera. Los granados con sus flores escarlata y los arbustos de ulmaria rosa flanqueaban las orillas del río. Por último, otro puente nos devolvió a la carretera principal que se dirigía al oeste y se internaba en el valle de Bamiyan.

Desde que abandonamos la llanura del Oxus, habíamos ascendido unos mil ochocientos metros, y los colores de ese valle extraordinario con sus riscos de color rojo ruibarbo, sus picos azul añil coronados por la reluciente nieve, y el verde eléctrico del trigo recién nacido, brillaban doblemente en la nítida atmósfera de las montañas. En lo alto de los valles adyacentes habíamos atisbado ruinas y cuevas. Los riscos eran cada vez más pálidos. Y de pronto, al igual que un enorme nido de avispas, vimos como colgaban los centenares de cuevas de los monjes budistas, arracimadas en torno a dos budas gigantescos.

Una casa de estilo europeo, con el tejado de hojalata nos dio la bienvenida en lo alto de un peñasco al otro lado del río. El gobernador estaba ausente, pero su ayudante, una marsopa asmática embutida en un pijama azul, se turbó tanto a causa de nuestra llegada sin aviso previo, que telefoneó a Kabul para ponerles a corriente. Salimos a una galería y bajamos la mirada hacia el verde luminoso de los campos, el azul grisáceo del río y el verde azulado de los álamos que lo flanqueaban, así como al rojo siena de los senderos por donde los campesinos conducían sus animales y luego, al levantarla, nos encontramos con los dos budas, a una distancia de unos dos kilómetros, contemplando la galería como si nos estuvieran haciendo una visita a media tarde. Un rayo amarillo y violeta salió de entre las nubes. Un estremecimiento recorrió todo el valle, y luego siguió una ráfaga de lluvia. A continuación estalló la tempestad, que durante una hora estremeció toda la casa. Cuando por fin despejó, el azul añil de las montañas se había cubierto de nieve recién caída.

Shibar (unos 2740 m, 38 km desde Bamiyan), 9 de junio. No quise permanecer más tiempo en Bamiyan. Su arte carece de frescura. Cuando Huan Tsang llegó aquí, los budas estaban pintados para que parecieran de bronce, y cinco mil monjes pululaban por los laberintos que hay a su alrededor. Esto sucedía en el año 632, el mismo año en que murió Mahoma, y los árabes llegaron a Bamiyan antes de que concluyera el siglo. Pero no sería hasta ciento cincuenta años después que se erradicaría por fin a los monjes. Es fácil imaginar lo que los árabes sentían hacia los monjes y sus ídolos en este valle color rojo sangre. Nadir Sha sin duda debió de sentir lo mismo cuando, mil años después, rompió las piernas del buda más grande.

Este buda mide 53 metros de alto, y el pequeño 35, y a ambos los separan unos cuatrocientos metros. El más grande conserva rastros de una capa de estuco, que estaba pintado de rojo, presumiblemente como base para el dorado que lo cubría. Ninguno de los dos posee valor artístico. Pero uno puede entender esto. Lo que me

repele es su negación de la estética, esa falta de orgullo que desprende su mole flácida y monstruosa. Incluso el material de que están hechos carece de belleza, pues la pared no es rocosa, sino de cascajo comprimido. Sin duda a un grupo de peones monásticos se les dio un pico y se les ordenó que copiaran alguna espantosa imagen semihelenística procedente de la India o de China. El resultado no se merece siquiera la dignidad de trabajo realizado.

Los doseletes de los nichos que cobijan a las dos figuras están estucados y pintados. En el pequeño hay una escena triunfal, en rojo, amarillo y azul, en la que Hackin, Herzfeld y otros han creído ver una influencia sasánida, pero la pista de semejante idea procede de Masson, que cien años atrás descubrió aquí una inscripción Pahlevi. Las pinturas que hay alrededor de la cabeza de buda más grande están mejor conservadas y se las puede examinar de cerca si uno se pone de pie encima de la cabeza de la figura. A ambos lados del nicho, bajo la curva de la bóveda, hay cinco medallones de unos tres metros de diámetro, que contienen bodhisattvas. Estas figuras están rodeadas por una aureola en forma de herradura, de color blanco, amarillo y azul, y llevan el cabello teñido de rojo. Entre los medallones crece un loto de tres ramas, o al menos eso se supone, aunque en otras partes se podría interpretar como un candelabro eclesiástico coronado por tres globos de cristal. La zona inmediatamente superior está formada por una superficie de cuadrados sin perspectiva, y la que viene después, por un friso de cortinajes pompeyanos, rematados con un ribete de plumas de pavo real. Encima de esta última zona hay dos hileras más de bodhisattvas, sentados de manera alterna frente a una aureola y un trono, en donde los tronos aparecen embellecidos mediante unas ricas alfombras. Entre éstos hay unas grandes copas con pie, que semejan surtidores sajones con querubines que escupen. Falta la zona superior, la que había encima de la cabeza. Los colores son los habituales de los frescos: el gris pizarroso, el amarillo resina, el rojo óxido el morado sin brillo y el luminoso azul campánula.

Los temas sugieren que las ideas persas, indias chinas y helenísticas coincidieron todas en Bamiyan durante los siglos. Resulta interesante poseer un registro de semejante encuentro, pero los frutos que dio no son placenteros. La única excepción la constituye la hilera inferior de bodhisattvas que, según Hackin, son más antiguos que los demás. En ellos se consigue ese aire de reposo, lleno de gracia pero vacío, que es lo mejor que uno puede esperar de la iconografía budista.

Las cámaras de la pared rocosa conservan un registro similar de las ideas arquitectónicas de la época. Los monjes tenían la obligación de dar cierta forma a sus interiores ceremoniales. Pero, de todas las convenciones que tenían a su disposición, el interior de la cúpula de piedra india era sin duda lo menos adecuado para reproducir en monolito. Sin embargo, fue lo que eligieron para tallar, con sus voluminosas ménsulas colgantes, sus gruesas vigas cruzadas y la ineptitud de su pequeño cupulino. La influencia sasánida produjo resultados mucho más juiciosos. El espacioso vestíbulo tiene un parecido extraordinario con las cámaras rematadas con

cúpula de Firuzabad, y sus molduras, que se despliegan formando arcos o algo similar en la zona superior de las pechinas, pueden indicarnos cómo aplicaban en un principio el estuco los sasánidas. Otras cuevas tienen cúpulas que se apoyan en unos muros de trazado circular u octagonal, algunas minuciosamente esculpidas, y hay una que tiene un friso de arabescos que podría ser el prototipo del que hay en la mezquita de los Viernes de Kazvin, erigida seis siglos después. Pero la conexión más notable con la arquitectura islámica, y prueba más directa de los inventos que tomó prestados del antiguo culto al fuego, se halla en una cueva cuadrangular cuya cúpula se apoya sobre cuatro pechinas compuestas cada una de cinco arcos concéntricos. Este diseño tan poco habitual, con la adición de otro arco, surge de nuevo en un mausoleo de Kassan, en el Turquestán, cuya construcción data del siglo XIV.

Los arqueólogos franceses dejaron las cuevas en buen estado, restauraron el estuco pintado, añadieron escaleras allí donde eran necesarias, y colocaron letreros visibles, escritos en francés y persa, para guiar a quienes no habían tenido la ocasión de estudiar los informes que ellos habían publicado: Groupe C: Salle de Réunion, Groupe D: Sanctuaire, influences iraniennes, etcétera.

La carretera de Kabul, después de que volviésemos a ella, aún seguía paralela a un pequeño río tributario del Kunduz, que nos acompañaría hasta el paso de Shibar por las desnudas colinas en donde el trigo era tan sólo una pizca de verdor sobre la amarronada tierra. Allí encontramos a un hombre, el cual nos dijo que a causa de un deslizamiento de tierras, la carretera estaba cortada al otro lado del paso. Era demasiado tarde para salir a reconocer el terreno, de modo que tuvimos que volver a la aldea de Shibar un desolado grupo de casas bajo los picos desnudos.

Esta mañana, en Bamiyan, Christopher estaba batiendo huevos con su daga cuando el fuego empezó a apagarse, así que le pidió al Párroco que fuera en busca de más leña. Se lo tuvo que pedir una vez más, y al final se vio obligado a empujar al hombre con la daga. Ahora, en Shibar, el Vicario y él pretendían compartir nuestra habitación. Les hemos dicho que no era lo bastante grande. Poco habituado a semejante trato, el Párroco nos ha soltado un discurso. Es indudable, ha dicho, que tenemos nuestras costumbres europeas. Sin embargo, y nos ha suplicado que lo entiéramos, en Afganistán todo se basa en la amistad. Si él hace cosas por nosotros, es porque somos sus amigos, no porque le digamos que las haga. Él es un guardia que trabaja para el Gobierno, no nuestro criado. Por tanto, confía en que lo que queda de día seamos buenos amigos y de esta manera, poder hacer cosas por nosotros. Etcétera, etcétera.

No es culpa nuestra si no tenemos criado. Desde que abandonamos Herat, en cada pueblo hemos intentado contratar alguno. Sin embargo, en cada ocasión las autoridades nos han dicho que los guardias que nos facilitaban actuarían como nuestros criados. De modo que nos limitábamos a hacer caso de las recomendaciones de las autoridades cuando hemos intimidado al Párroco. Aun así, su discurso ha conseguido que nos sintiésemos avergonzados.

Los aldeanos han organizado un concierto después de la cena.

—Tan sólo Afganistán, Persia, Inglaterra y la India hacen buena música —comentó el Vicario.

—¿Y qué me dices de Rusia? —preguntó Christopher.

—Rusia. En Rusia la música es pura basura.

Charikar (1620 m, 118 km desde Shibar), 10 de junio. No un deslizamiento de tierras, sino una docena nos han impedido llegar a Kabul esta noche. Estamos a sólo sesenta y cinco kilómetros de la capital, y un puente de hierro ha anunciado ya la franja de civilización que rodea la ciudad. Aquí, en este caravasar, hemos cenado en una mesa y nos hemos sentado en unas sillas, y de repente hemos caído en la cuenta de que nuestro viaje se halla próximo a su fin. La última semana ha sido muy ajetreada. Tener que levantarnos a las cuatro, cocinar las gachas sobre un fuego de madera, encargarse de la comida para llevar en nuestro escaso equipo de picnic metido en la abollada lata persa, vigilar que las lámparas estén llenas por si hay que pasar la noche al aire libre, bajar en cada manantial para llenar las cantimploras, limpiar las botas cada dos días y repartir cigarrillos entre los hombres a fin de mantenerlos contentos, se ha convertido en una rutina automática, y sólo de pensar que mañana esto se habrá acabado, nos deja abatidos y un poco melancólicos.

El paso de Shibar se encuentra a 3048 metros de altitud, y ya nos hallábamos próximos a la línea de la nieve cuando abandonamos el último reguero del Kunduz, al iniciar éste su largo viaje hacia el Oxus y el mar de Aral. Cinco minutos después, otro reguero empezaba su viaje hacia el Indo y el océano Índico. La geografía tiene sus emociones.

Unos dos kilómetros después del paso llegamos a los primeros deslizamientos de tierra, montículos de barro líquido y guijarros que ocultaban piedras enormes. Allí una cuadrilla de auténticos peones camineros se había puesto a trabajar. Pero en el segundo y más espectacular de los obstáculos, quince kilómetros más adelante descubrimos tan sólo a unos cuantos aldeanos desconcertados que removían el barro como si fueran unos chiquillos jugando, y tuve que adoptar el papel de capataz a fin de aplicar algo de metodología a sus esfuerzos. Los cultivos que había más abajo de la carretera medio destruidos por las riadas de barro, se veían ahora amenazados por otro desbordamiento, de modo que las pobres mujeres corrían frenéticas con sus hoces para salvar lo que quedaba para forraje. Los aldeanos consideraban un deber despejar la carretera, pero no así un grupo de muleros que pasaban por allí, los cuales, al protestar por verse obligados a participar en aquella labor, vieron cómo les caía una lluvia de empujones y golpes por parte de Seyid Jemal, al mismo tiempo que el Vicario les apuntaba con su arma. Obedecieron dominados por el terror.

El río, el nuevo río que descendía veloz hacia la India, estaba bordeado con el rosa de las rosas y el blanco de la ulmaria. Los valles eran cada vez más exuberantes.

Grupos de nogales crecían en torno a las aldeas, al frente de cuyas tiendas los comerciantes indios se sentaban luciendo alegres turbantes ceñidos a la cabeza y después, como una bofetada en pleno rostro surgió el puente de hierro de Charikar.

Kabul (1800 m, 57 km desde Charikar), 11 de junio. Desde Herat a Kabul hemos recorrido 1.488 kilómetros, de los cuales 72 han sido a caballo.

Por una serpenteante carretera, bajamos desde la meseta de Charikar hasta una llanura más pequeña encerrada dentro de un círculo de montañas; entre los árboles centelleaban el agua de los arroyos y los techos de hojalata. A la entrada de la capital y con gran disgusto por parte del Párroco y del Vicario, la policía les privó de sus fusiles, pues, como llevaban turbante, nadie se creía que fueran empleados del Gobierno. Nos dirigimos al ministerio de Asuntos Exteriores, donde unos ociosos ingleses, enrojecidos por el calor, se hallaban encaramados sobre las barandillas de hierro; luego al hotel, donde incluso había papel de escribir en las habitaciones; a la Legación rusa, donde no había respuesta al telegrama del señor Bouriachenko; al colmado alemán, donde se negaron a vendernos unos codillos sin permiso del ministro de Comercio; y por último a nuestra Legación, donde el ministro, sir Richard Maconochie nos pidió que nos quedásemos allí. Se trata de una casa blanca, dignificada con unas columnas y amueblada como si estuviésemos en nuestro país, sin mosquiteras o ventiladores que le recuerden a uno que está en Oriente. Christopher comenta que le resulta peculiar estar en una habitación donde las paredes no se desmoronen.

En la Legación consideran también una estupidez negar a los diplomáticos rusos de Kabul un visado de tránsito por la India. Aunque se limiten a acercarse a un punto tan alejado de la frontera como Jelallabad, el gobierno de la India envía una protesta oficial. El resultado es una especie de acuerdo de caballeros, entre las dos Legaciones y el Gobierno afgano, de que los ingleses no viajarán por el norte del país y los rusos no lo harán por el sur. Esa es la razón de que las autoridades de Mazar-i-Sharif no nos permitieran viajar hasta el Oxus, aunque no podían admitirla sin que pareciera una limitación a su soberanía. Fue una suerte que pudiésemos llegar tan cerca, sobre todo después de que Haji Lal Mohammad, el que compró el coche, y nuestro chófer Jamshyd Taroporevala, difundieran por lo visto el rumor de que éramos agentes del servicio secreto enviados para trazar un mapa de la zona. La próxima vez que emprenda un viaje de este tipo, antes voy a tomar algunas lecciones de espionaje. Puesto que de todas formas uno debe sufrir las desventajas de esta profesión, muy bien podría obtener algunas de sus ventajas, si es que las hay.

En estos momentos, la diplomacia británica de Kabul está pendiente de las rosas del ministro. En la fiesta del cumpleaños del rey, el 3 de junio, estaban en todo su esplendor, y los afganos, que son unos amantes de las rosas, nunca habían visto tan grandes las rosas clásicas. A la mañana siguiente, en los árboles más hermosos

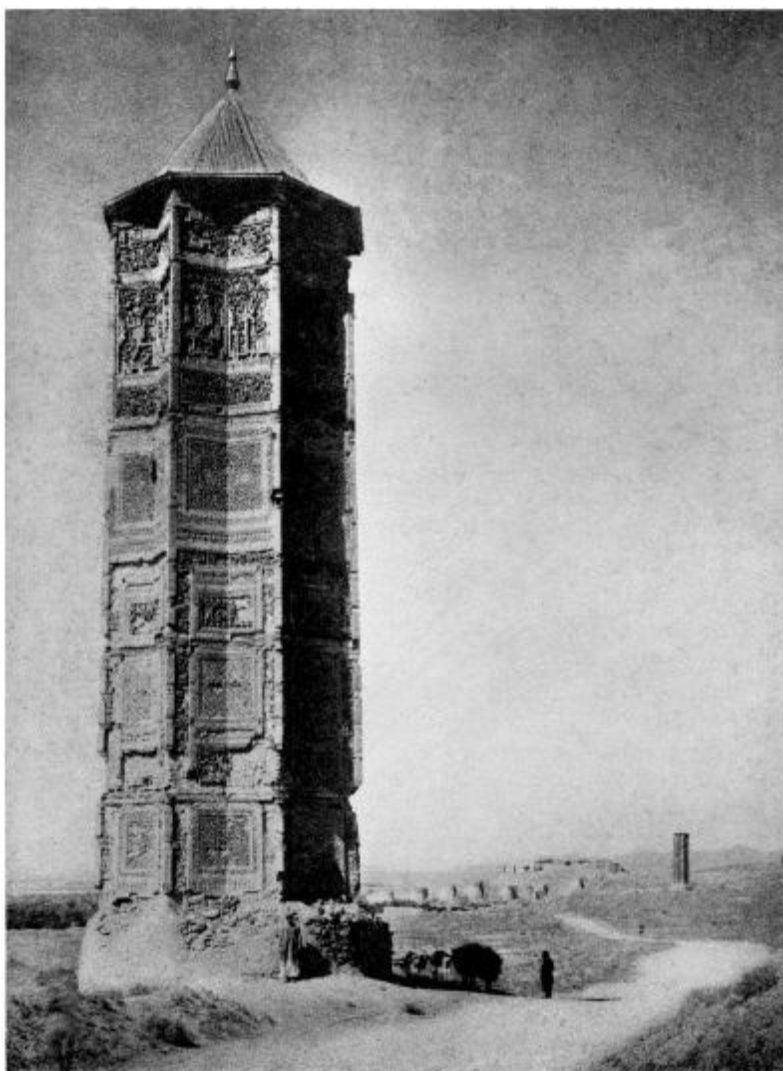
revoloteaban tarjetas de visita del ministro de Justicia: las había dejado su jardinero durante la noche. Ahora todos los demás ministros quieren esquejes, y también hay una gran expectación por lo que se refiere a las peonías, que él les ha prometido para el año que viene.

Por muy espléndidas que sean las clásicas rosas, yo prefiero sin embargo un árbol afgano que hay junto a la verja de la entrada. Tendrá unos cinco metros de altura y está cubierto con tal profusión de flores blancas, que apenas se le ven las hojas.

Kabul, 14 de junio. Unos días apacibles.

El jardín de aquí es demasiado agradable para salir, repleto de minutisas, farolillos y aguileñas, plantados entre las zonas de césped, las terrazas y los umbrosos cenadores: uno podría sentirse en Inglaterra hasta que se da cuenta de la montaña púrpura que emerge detrás de la enorme casa blanca. En todo el recinto hay noventa personas, y en la pista de tenis había esta noche seis muchachos recoge pelotas uniformados para un solo partido. Si bien yo nunca he querido hacerlo, la gente se queja de que nuestras legaciones y embajadas, dependientes del gabinete de lord Salisbury creen que su deber consiste en no ayudar a los visitantes... Es muy posible que la existencia de esta Legación indique todo lo contrario, como muy bien puede comprobar el visitante. Y no sólo el visitante inglés. Los norteamericanos que vienen a Kabul y se ven metidos en algún tipo de problema, como no tienen Legación propia, piden ayuda a la nuestra, y siempre la obtienen

Ghazni (2230 m, 56 km desde Kabul), 15 de junio. El viaje hasta aquí nos llevó cuatro horas y media, a lo largo de una espléndida carretera de piso firme que cruza el desierto del Top, el cual aparecía alfombrado de lirios.



Ghazni: las Torres de la Victoria
Torre grande, de hacia 1100. Torre pequeña, de antes de 1030

Las famosas «Torres de la Victoria» se hallan apartadas unos setecientos metros del camino que va a la aldea de Rozah: un par de tocones octagonales en forma de estrella, cada uno de unos veinte metros de altura y ahora cubiertos por un toldo de hojalata para evitar una mayor erosión. Vigne, que las dibujó en 1836, expuso que la altura de su superestructura circular medía más del doble además. Se construyeron como alminares conmemorativos más que religiosos, pues el terreno no proporciona indicios de que hubiera ninguna mezquita por allí. La construcción de ese tipo de torres era una costumbre sasánida, y después del advenimiento del Islam los persas la mantuvieron casi hasta el siglo XIV. Los alminares de Damghan y Sabzevar, así como muchos de los de Isfahán, están aislados como éstos.

Ha habido mucha confusión respecto a los fundadores de estas torres. J. A. Rawlinson publicó en 1843 las inscripciones que había en ellas, atribuyendo la más grande y la más espléndida de las dos a Mahmud, hijo de Sebüktigin, forjador del imperio de los gaznawíes y protector de Firdawasi y de Avicena. Pero Rawlinson debió de confundir sus notas, ya que en 1925, cuando el epigrafista Fury obtuvo

algunas fotografías de las inscripciones, descubrió que la que hacía referencia a Mahmud era en realidad la de la torre más pequeña, mientras la de la grande llevaba el nombre de su descendiente Masud III, hijo de Ibrahim. Por tanto, a la torre pequeña habría que datarla con anterioridad a logo, y a la grande entre 1099 y 1114.

La diferencia entre ambas reside en la anchura, pues el diámetro de la grande, con exclusión de la base de piedra, es de unos siete metros y medio, y el de la pequeña de unos siete. Ambas están construidas con unos espléndidos ladrillos café con leche coloreados de rojo, y adornadas con terracota esculpida de mismo color. En ambos casos, cada una de las ocho entradas que hay entre las puntas de la estrella se halla dividida en ocho zonas ornamentales de distinta profundidad. Entre la tercera zona y la cuarta, la quinta y la sexta, y la sexta y la séptima, la obra de ladrillo se interrumpe mediante unas viguetas de madera.

Aparte de los dibujos en zigzag con que están colocados los ladrillos, los adornos de la torre pequeña se reducen a dos estrechas franjas de terracota en el centro, y a los dieciséis paneles con escritura cúfica de la parte superior, en donde se describe a Mahmud como «el augusto sultán, soberano del Islam, guardián de la sociedad, Abul-Muzaffar, sostén de los musulmanes, remedio de los pobres, Abulkasim Mahmud, que Dios ilumine su constancia hijo de Sebüktigin Gazi [...] jefe supremo de los fieles». La torre grande es más rica, los ladrillos están más unidos y las ocho zonas repletas de una primorosa ornamentación, a veces ribeteada con inscripciones de menor importancia. En torno a la parte superior, otros dieciséis paneles proclaman los títulos de Masud; los caracteres cúficos son más altos y más elegantes, y destacan ante un laberinto de dibujos lo mismo que unos soldados en medio de la multitud. Por lo general, cuando se trata de comparar dos construcciones de similar diseño pero de distinta época, siempre es preferible la sencillez de la más antigua. Pero aquí no sucede esto. La finura de la obra de ladrillería que se ve en la torre grande así como la elaboración de sus adornos, poseen unas cualidades funcionales. Hacen que la torre pese sobre la tierra dándole ese aire de fortaleza y cohesión que se necesita para sostener la estructura superior. En una fotografía antigua que hay en la Legación de Kabul, la cual se tomó en torno a 1870, se ven los detalles de esta estructura. Los primeros siete metros eran lisos, y lo más probable es que cuando se construyó la torre estuvieran ocultos por una galería de madera. Más adelante se dividió con unas nervaduras ornamentales, que se alternaban en curvas y planas. Encima había ocho pares de nichos alargados y una faja esculpida que da la sensación de que se trataba de una inscripción cúfica.

Sería interesante recordar que este alminar se construyó en el mismo siglo que el de Gondad-i-Qabus. Ambos son monumentales, y ambos se merecen la auténtica medalla del alarde. Pero la diferencia entre la ornamentación de uno y la sencillez del otro demuestra que en la arquitectura persa de la época funcionaban dos ideas distintas. La arquitectura selyuquí que siguió a continuación fue el fruto de estas dos ideas y heredó el genio de ambas alcanzando un equilibrio perfecto entre la

ornamentación y la construcción.

La tumba del sultán Mahmud, que se encuentra en la aldea de Rozah, a unos ochocientos metros de allí, ha despertado el interés de más viajeros que las mismas torres. Ibn Battuta explicó a mediados del siglo XIV, que encima se había construido una hospedería. Babur se detendría allí, como es lógico, y en los alrededores vio las tumbas de los sultanes Ibrahim y Masud. Luego en 1836, llegó Vigne, y seis años después un ejército inglés que se llevó las puertas de la tumba porque algún historiador idiota —creo que fue Ferishta— había comentado que eran las puertas del templo hindú de Sommath, en el Gujarat, que Mahmud había robado cuando saqueó la ciudad. Para llevárselas a Agra hubo que recurrir a las grandes maravillas del transporte (las puertas medían cinco metros por cuatro), al tiempo que lord Ellenborough solicitaba de los príncipes de la India que comprendieran en qué medida el Gobierno británico «demuestra el afecto que os tiene cuando, considerando vuestro honor como si fuera el suyo propio, utiliza la fuerza de sus armas para devolveros las puertas del templo de Sommath, durante tanto tiempo recuerdo de vuestro sometimiento a los afganos». El ridículo con que se recibió semejante misiva consignó las puertas a un permanente anonimato en el fuerte de Agra, donde todavía permanecen. La madera con que están hechas es de cedro deodara afgano, y una inscripción en el dintel invoca el perdón de Dios para Abulkasim Mahmud, hijo de Sebüktigin. Sin embargo, la leyenda de su origen hindú todavía se mantiene en los libros de texto escolares. El gobierno de la India podría muy bien acabar con ella devolviéndolas a su dueño. El robo nunca estuvo justificado siquiera por el hecho de que se publicara una descripción de su obra de talla, única en el arte islámico.

Después de la guerra, cuando Niedermayer estuvo aquí, la tumba estaba a cielo abierto. Nosotros la encontramos ahora debajo de una amplia cúpula, a la que se accede a través de un claustro y una rosaleda.

Tres ancianos cantaban oraciones en unos grandes coranes, al tiempo que nuestros guías se inclinaban por encima de una barandilla de madera para retirar el negro paño mortuario, sacudir los pétalos de rosas que lo cubrían y formar un montoncito a un lado. De allí debajo surgió una cama de piedra invertida con los dos extremos triangulares, de metro y medio de largo por medio de ancho, colocada encima de un ancho plinto. Era de mármol blanco y translúcido, y en la cara que daba a La Meca había una inscripción de dos líneas en escritura cúfica, donde se suplicaba «a Dios una indulgente recepción para el noble príncipe y señor Nizam al-Din Abulkasim Mahmud ibn Sebüktigin». En la otra cara, en un pequeño panel en forma de trifolio, se dice: «Murió [...] en la noche del jueves, cuando quedaban siete noches de mes de Rabat II en el año de 421». Esto era el 18 de febrero de año 1030.

La virtud de la tumba como obra de arte reside en la hondura y abundancia de su talla, en el brillo del mármol allí donde el paso del tiempo lo ha acariciado, y sobre todo en la inscripción principal. Los caracteres cúficos poseen una belleza funcional: contemplados como puro diseño, su énfasis extraordinario parece en sí mismo una

forma de elocuencia, la transposición de un discurso desde lo audible a lo visible. En los últimos diez meses he podido disfrutar con muchos ejemplos de lo que estoy diciendo. Pero ninguno se puede comparar con estas letras altas y rítmicas, entrelazadas con el ondulante follaje, que lloran la pérdida de Mahmud, el conquistador de la India, de Persia y de Oxiana, nueve siglos después de su muerte, en la capital donde gobernó.

A la gente que nos había seguido al interior del jardín se le prohibió la entrada al mausoleo mientras nosotros examinábamos la tumba, y eso provocó la indignación de un hombre que quería rezar sus oraciones.

—¿Por qué dejáis entrar ahí dentro a estos oficinistas herejes? —gritaba—. Esto es indecente.

La gente se puso de su lado y empezó también a gritar, hasta el punto de amenazar a nuestros guardianes con una pelea. Eran ellos los que habían sugerido que visitáramos la tumba, pues el ministro de Asuntos Exteriores había teleografiado desde Kabul advirtiéndoles de que teníamos que verlo todo.

Kabul, 17 de junio. Durante el viaje de regreso de Ghazni, pudimos resolver un misterio.

Cerca de la carretera, a lo largo de un arroyo, crecían unos árboles pequeños del tipo sauce cabruno, y Seyid Jemal se detuvo para que su ayudante cortara algunas ramas, que depositó en la parte trasera del camión. En cuanto cayeron a nuestros pies, desprendieron el mismo olor impreciso que nos había impregnado durante todo el viaje desde el instante que cruzamos la frontera afgana, y que ahora, con su irresistible dulzor, trajo de nuevo ante mis ojos los alminares de Herat. El olor salía de unos racimos de flores pequeñas, de un color amarillo verdoso^[15], apenas perceptible desde lejos, pero que si alguna vez vuelvo a olerlas me recordarán Afganistán del mismo modo que un armario de roble me recuerda siempre la infancia.

Seyid Jemal ha oído decir que, poco después de que nosotros cruzáramos el arroyo que nos retrasó en la llanura de Baghlan, dos camiones se quedaron atascados en medio de la corriente; así como que el transbordador de Kunduz había volcado y se había hundido, y que en el accidente se habían ahogado cinco mujeres.

Ahora nos alojamos en el hotel de Kabul, que está regentado por indios y no es un sitio inhóspito: acaban de construir un anexo y han mandado un telegrama solicitando un cocinero alemán. En general, el aspecto de Kabul resulta agradable y sin pretensiones, muy similar al de una ciudad balcánica, en el buen sentido de la palabra. Se concentra en torno a unas cuantas colinas rocosas y desnudas que se elevan abruptamente de la verdeante llanura y actúan como defensas naturales. Las montañas cubiertas de nieve son como un decorado a lo lejos, el parlamento se halla en un campo sembrado de trigo, y unas largas avenidas dan sombra a las distintas

entradas de la ciudad. En invierno, y a una altitud de 800 metros, el frío puede ser un inconveniente. Pero en estos momentos el clima es perfecto; cálido y sin embargo siempre fresco. Las salas de cine y el alcohol están prohibidos. El médico de la Legación se ha visto obligado a dejar de tratar a las mujeres a instancias de la Iglesia, aunque éstas le visitan a veces disfrazadas de muchacho. Mientras tanto, la política de occidentalización forzosa sigue a la espera. Aun así, la occidentalización progresa mediante el ejemplo, y uno siente que quizá los afganos han encontrado el medio de conseguir lo que Asia estaba buscando. Incluso el más nacionalista de ellos constituye un agradable contraste con el remilgado dogmatismo de la Persia moderna.

Esta mañana, en la Legación, conocí al coronel Porter, quien me preguntó a qué me dedicaba en el mundo laboral. Le dije que estaba investigando la arquitectura islámica.

—Vaya con cuidado —me contestó—. He visto mucha arquitectura islámica de todo tipo en Palestina, en Egipto, en Persia, y he reflexionado mucho sobre el tema. Puedo facilitarle la clave del asunto, si le interesa.

—Por supuesto. ¿Y cuál es?

—Que está dominada por lo fálico —susurró con truculencia.

En un primer momento me sorprendí al notar la influencia de Freud en la Frontera del Noroeste, pero no tardé en descubrir que para el coronel Porter todo el universo era fálico.

Fletcher, de la Legación, nos llevó por la tarde en coche a Dar-al-Aman y a Paghman, los sueños inconclusos de Amán Allah. La primera estaba destinada a ser una especie de Nueva Delhi, y la segunda una nueva Simla, levantadas con las subvenciones británicas que el padre de Amán Allah, Habib Allah, había acumulado año tras año y nunca había gastado. Dar-al-Aman está unida a Kabul por una de las avenidas más hermosas del mundo, de seis kilómetros de longitud, completamente recta, tan ancha como la Great West Road, y flanqueada por altísimos álamos blancos. Delante de los álamos fluye un arroyo, encerrado en unos márgenes cubiertos de hierba. Detrás hay unos senderos umbríos y una maraña de rosales amarillos y blancos, ahora en plena floración y espléndidos en su fragancia. Y luego, al final, ¡Dios mío!, se ve la esquina con la torreta —ni siquiera la fachada— de la oficina municipal francesa, rodeada por un jardín municipal, de estilo francés, del todo desertizado. Mientras por debajo de éste, y ocupando el mismísimo centro del formidable panorama, se alza la fábrica de fósforos alemana, con su estilo a lo nave industrial de hormigón armado.

Paghman, la Simla afgana, se extiende por una ladera boscosa que se eleva unos setecientos u ochocientos metros por encima de la llanura, en donde los claros herbosos interrumpen la progresión de álamos y nogales, una orquesta de arroyos de montaña interpreta su música, y entre los árboles la nieve se ve de pronto muy cercana. En cada claro hay una casa, una oficina o un teatro de aspecto tan sorprendente, tan vilmente parecido a un balneario alemán o a la parte trasera de

Pimlico, que resulta imposible imaginar dónde encontraría Amán Allah a unos arquitectos dispuestos a diseñarlas, ni siquiera en broma. Pero no, no son de broma. Desocupados, ostentosamente vulgares y obscenos, semejantes edificios contaminan los bosques, los arroyos y la vista de la llanura que hay allí abajo, donde los estrechos caminitos en sombra serpentean en medio del trazado irregular de los campos. Pero el punto culminante de esta pseudocivilización es el hipódromo, no mayor que un campo de cricquet, por cuyas curvas cerradas se obligaba a competir a unos elefantes.

Esta tarde compré lapislázuli, no porque fuera más barato o tuviera mejor color, sino porque proviene de unas minas que hay cerca de Ishkashim, en Badakhshan, y por tanto es la auténtica piedra que los antiguos pintores molían para obtener el color azul. Su venta es un monopolio del Gobierno y toda la exportación de las minas se envía a Berlín.

Christopher salió a beber cerveza con un maestro de escuela alemán, mientras yo, como una Marta bíblica, me dedicaba a hacer el equipaje y a pagar la factura. Es medianoche.

INDIA: Peshawar (370 m, 302 km desde Kabul), 19 de junio. El resultado de mi virtud fue que cuando Seyid Jemal llegó, a las cinco de la mañana del día siguiente y convencido de que tendría que esperar dos horas, como de costumbre, el equipaje ya estaba a punto en la puerta y pudimos llegar a Peshawar por la noche. Incluso en un coche de turismo, el viaje suele requerir dos días. Fue una conducción siniestra, bajando veloces por aquellas desnudas montañas de negra osamenta y entre la acerada calina de la India. A la una llegamos a Jelallabad, donde compramos una sandía, y seguimos sin demora hacia el paso de Khyber, por un desierto gris de guijarros que danzaban en medio del calor. En Dacca, un caserío diseminado en donde había varias tiendas, una gasolinera y un árbol enano encaramado en lo alto de un risco sobre el ahora ancho río Kabul, pasamos con celeridad las formalidades fronterizas. Las montañas se cernían sobre nosotros. Seyid Jemal hizo notar con orgullo que era un afridi. Un grupo de afganos, que permanecían sentados de bajo de dos árboles, examinaron de nuevo nuestros pasaportes. Y, al doblar la esquina, apareció una barrera de hierro levantada: un centinela con un casco de acero y un mojón que anunciaba la India Británica como si se tratara de la zona de aparcamiento de la localidad. La nueva oficina de control de pasaportes era un bungalow situado en un jardín repleto de arbustos en flor. Nos sentamos en un banco y comimos la última ensalada de pollo que llevábamos en el tarro azul que habíamos comprado en Isfahán, mientras el oficial de los pasaportes nos informaba de que, como ya eran las cuatro y cuarto, y por consiguiente demasiado tarde para permitir que unos europeos pasaran, tendríamos que decir que habíamos entrado en el desfiladero a las tres y media.

A medida que cruzas el desfiladero, el Khyber es tentadoramente suave, y es justo eso lo que lo ha convertido en un teatro para estas maravillosas obras. Las pistas de

Asia Central y el solitario cable del teléfono atado a unos pequeños postes de madera han dado paso a una red de comunicaciones de exuberancia romana. No es una, sino que son dos las carreteras que serpentean arriba y abajo por el desfiladero: la asfaltada, tan lisa como Picadilly, está flanqueada por unas almenas de poca altura; la otra, su antecesora, se ha abandonado a los camellos, pero sigue siendo una carretera como no habíamos visto otra desde que partimos de Damasco. Entrelazándose con ambas, existe una tercera vía más larga, la del ferrocarril, que llega hasta lo alto del paso y luego se extiende más allá, reluciente entre un túnel y otro, cuyas negras bocas, enmarcadas por pilones de mampostería roja, se internan en la grisácea e indómita lejanía. Las carreteras y la vía férrea se apoyan sobre unas repisas de piedra picada, que unen una montaña con la otra, mientras unos viaductos de hierro las conducen a través de los valles y de un valle a otro. Los manojos de cables telefónicos, sujetos a unos postes metálicos mediante aisladores de reluciente blancura, así como los indicadores verdes y rojos que engalanan la tórrida calina, los abrevaderos diseñados como si fueran antiguos sarcófagos, y los mojones que cada treinta metros indican que la distancia a L. J y P —Landi Kotal, Jamrud y Peshawar— se ha reducido, todo completa la evidencia de los cuidados fortines grises que se encaraman en cada saliente y en cada pico: que si los ingleses deben preocuparse por defender la India, al menos tiene que ser con un mínimo de inconveniencias para sus personas. Tales eran nuestros sentimientos. Era el espectáculo del sentido común lo que nos había conmovido en medio de aquel espantoso calor, los refugios de las tribus en las altas cumbres, y las inmemoriales asociaciones entre peregrinos y conquistadores. Un espectáculo demasiado extraordinario para un patriotismo complaciente y jactancioso.

Seyid Jemal estaba de mal humor.

—Sarakh bisyar harab! ¡Vaya carretera asquerosa! —exclamó al tiempo que hacía una mueca con el fin de contrarrestar el brillo que le deslumbraba—. Esta noche deberían ser mis invitados en Khyber.

Pasamos Landi Kotal, donde el regimiento de gurkas de Hamber estaba jugando al hockey, pero no vimos más oficiales que unos que iban vestidos para jugar al tenis y que pasaron zumbando en unos Morris, así que no pudimos entregarle a Hamber sus mensajes. En Khyber, una de las aldeas típicas del desfiladero, donde cada casa tiene su recinto fortificado y su propia torre de vigía, Seyid Jemal hizo una parada, y una multitud de chiquillos escrofulosos saltaron dentro del camión, indiferentes a nosotros y al equipaje, para saludar a su padre. El dueño del camión, un orondo capitalista, salió presuroso de su casa para comprobar qué tal le había ido a su propiedad por las carreteras afganas. El ayudante de Seyid Jemal levantó el asiento delantero y puso al descubierto un tesoro escondido: el azúcar ruso que habían comprado en Mazar-i-Sharif. También vinieron sus parientes, y pronto la aldea al completo se concentró formando un círculo para dar la bienvenida a los que daban por perdidos, después de tres meses de ausencia.

Nos hubiese gustado aceptar la invitación de Seyid Jemal. Habría sido divertido caminar hasta los barracones de Landi Kotal al día siguiente y descubrir por casualidad que habíamos pasado la noche debajo mismo de la carretera con nuestro chófer. Pero ni siquiera ahora tenemos la certeza de que podamos alcanzar a tiempo el Maloja en Bombay. Con su habitual buen humor, Seyid Jemal abandonó a su familia para proseguir nuestro viaje. Las cocinas se abrieron y dejaron ver la llana inmensidad de la India y sus árboles diseminados. A las siete y media estábamos tomando un gin fizz en el vestíbulo forrado de mármol de Dean's Hotel.

Nos despedimos con auténtica pena de Seyid Jemal. Entre Mazar y Peshawar nos había llevado con su camión a lo largo de 1.344 kilómetros. En ningún momento le habíamos visto de mal humor ni deprimido por las dificultades, sino siempre tranquilo y divertido, puntual, educado y eficiente. Durante todo el viaje, por las carreteras más difíciles que pueda abordar un vehículo a motor, no vimos que abriera nunca su caja de herramientas o cambiara un neumático ni una sola vez.

El vehículo era un Chevrolet.

El Correo de la Frontera, 2 de junio. Nos detuvimos a pasar la noche en Delhi, y al día siguiente, antes de que saliera el sol, estábamos ya debajo del arco memorial de Lutyens. Ha habido unas cuantas novedades desde que el virrey instalara allí su residencia: los elefantes asirio-Cartier de Jagger, un plano de la ciudad en oro en la base de la Columna de Jaipur, y unas estatuas de Irwin y Reading que conviven en el Gran Palacio. Yo le había sugerido a lord Irwin que fuera Epstein quien le hiciera la escultura. Pero su respuesta había sido: «Ya sabía que me dirías esto», y prefirió posar para Reid Dick. En cuanto a la pendiente de King's Way, no será mía la culpa si a Barker no se le recuerda debido a una interesada mala fe.

Resultó extraño ver en el Qutb Minar los adornos de estilo selyuquí tallados en piedra en vez de en estuco. Sus virtudes desaparecen con este otro material: se hacen indias y meticulosas, perdiendo así su libertad.

Este tren salió de Peshawar tan sólo quince horas después de que partiéramos nosotros, así que no dispusimos de mucho tiempo.

B. Maloja, 25 de junio. Un enorme buque de veinte mil toneladas que cabecea por el oscuro mar. Nubes de líquido pulverizado. Sal, sudor y aburrimiento por todos lados. Ruido de vómitos y el comedor vacío.

Después de una experiencia anterior en un viaje realmente animado con la P. and O.^[16] durante la temporada alta, había embarcado con cierto temor. Pero de eso hacía cuatro años, cuando la competencia con Italia acababa de empezar. Ahora detecto un cambio, pues han mejorado las atenciones y la amabilidad. Además, el buque tan sólo va medio lleno, de modo que podemos escabullirnos de la vida comunitaria típica de

una casa de huéspedes. Sin embargo, no deja de ser un castigo bastante atrayente dos semanas borradas de la vida de uno a todo lujo.

B. Maloja, 1 de julio. Hemos entablado amistad con el señor y la señora Chichester y la señorita Wills. Al ver a Christopher deambulando por cubierta con pantalón corto y la blusa roja que se compró en Abbasabad, la señorita Wills le preguntó:

—¿Es usted explorador?

—No —le contestó Christopher—, pero he estado en Afganistán.

—Ah, Afganistán —dijo Chichester—. Eso está en la India, ¿verdad?

INGLATERRA: Savernake, 8 de julio. Dejé a Christopher en Marsella. Se dirigía a Berlín para ver a la señora Wassmuss. Debido a la sequía, Inglaterra me pareció sosa y fea desde el tren. En Paddington empecé a sentirme aturdido, aturdido ante la perspectiva de tener que pararme, ante la inminente colisión que suponían once meses de movimiento continuo y la inmovilidad de mi querido hogar. Y el choque se produjo: habían transcurrido diecinueve días y medio desde que habíamos salido de Kabul. Nuestros perros acudieron corriendo, y luego mi madre a quien, ahora que está concluido entrego el relato completo: lo que he visto de lo que ella me aconsejó que viera, para que me diga si he hecho honor a sus consejos.



ROBERT BYRON (Wembley, entonces Middlesex; 1905 - cerca de Cape Wrath, Escocia; 1941). Uno de uno de los grandes viajeros del siglo xx, autor de algunos de los libros de viajes más influyentes y atractivos que se hayan escrito. *The Station* señaló el camino de la Grecia rural y monástica a Sir Patrick Leigh Fermor; *Viaje a Oxiana* nunca faltó en el equipaje de Bruce Chatwin.

Educado en Eton y Oxford, pronto abandonó la alta sociedad británica para empezar a deambular por los tortuosos caminos de la Europa de entreguerras y el convulso Oriente Próximo de los años treinta. Nunca paró. Un submarino alemán torpedeó el carguero en el que viajaba hacia Oriente Medio en febrero de 41.

Notas

[1] Farsa en árabe. Medida itineraria utilizada por los pesas equivale 5250 m. (*N. del t.*) <<

[2] Así llamado por los turcos del lugar. En persa *sinjid*, según una referencia del Servicio Forestal Inglés. <<

[3] Referencia a *The adventures of Hajji Baba of Ispahan*, de James Morier, 3 vols., Londres 1824 y múltiples ediciones posteriores (*N del t.*) <<

[4] Intérprete de las leyes y dogmas del Islam (*N del t.*) <<

[5] En 1935 se trasladó a Leningrado para la Exposición Persa, y es probable que aún siga allí. <<

[6] Khamim en turco: “mujer de alto rango, cortesana” (*N. del T.*) <<

[7] Las siglas que aparecen en esta conversación corresponden a términos musicales italianos, si bien de uso internacional: *cr*, *Crescente*; *f*, *forte*; *ff*, *fortíssimo*; *m*, *mezzo*; *mf*, *mezzo forte*; *mp*, *mezzo piano*; *p*, *piano*; *pp*, *pianissimo*. (N. del T.) <<

[8] Conocido también como Camp du Drap d'Or. Lugar próximo a Calais, donde Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia se encontraron con gran pompa entre el 7 y el 24 de junio de 152 para concertar una alianza, y que concluiría al aliarse el primero con Carlos I de España. *(N. del T.)* <<

[9] El mismo término se encuentra en arameo y en armenio, y en chino aparece registrado como *nai-ki* (Véase *Siro-Iranica*, de Bertold Lanfer, Chicago 1919, p. 427). <<

[10] Gerald Reitlinger, en su obra *Tower of Skulls*, p. 99, cita otra escultura de este tipo en la cara principal de la roca, junto a los pies del rey sasánida, donde un «rey ataviado con una especie de vestido largo y ajustado se sienta en un trono formado por una serpiente enrollada». <<

[11] Personaje bíblico. Nabot, propietario de una viña, se negó a vendérsela al rey de Israel, y la mujer de éste, Jezabel, lo mandó lapidar (1 Reyes, 21). (*N. del T.*) <<

[12] Véase la nota explicativa en una página anterior. <<

[13] *Enmurus luteus*. <<

[14] Comunas campesinas rusas, que se constituyeron mediante la unión de comunidades agrarias de base familiar. (*N del t.*) <<

[15] El acebuche. <<

[16] Siglas de la compañía naviera Peninsular and Oriental Steam Navigation Company (*N. del t.*) <<